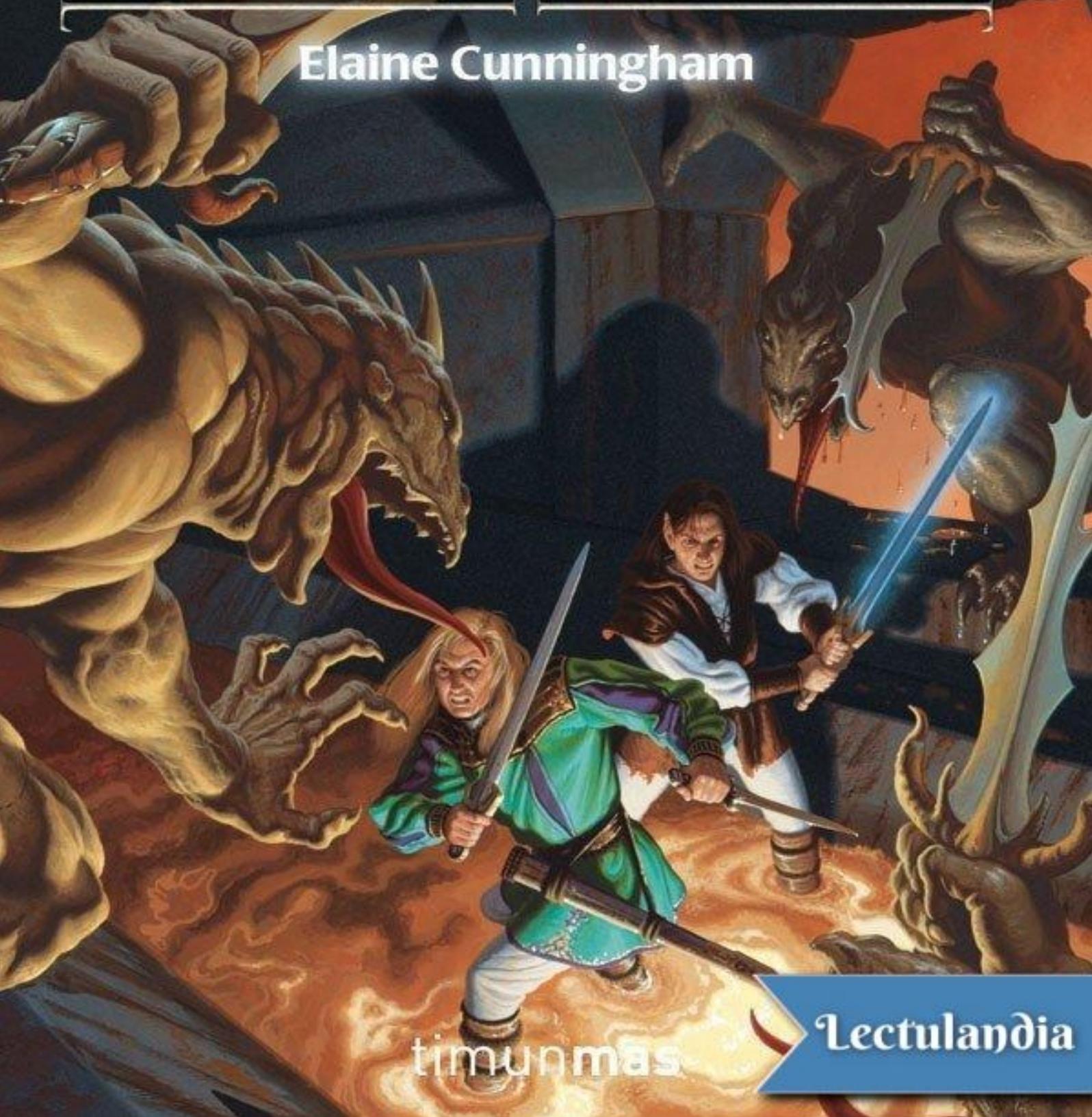


REINOS OLVIDADOS

LOS ARPISTAS • VOLUMEN 5

LAS ESFERAS DE SUEÑOS

Elaine Cunningham



timunmas

Lectulandia

La Ciudad del Esplendor es un lugar en el que se puede comprar cualquier cosa imaginable, incluso sueños, si es que uno está dispuestos a pagar el precio. Cuando la venta de esferas de sueños amenaza la vida de su hermanastra recién descubierta, Danilo Thann une sus fuerzas con Arilyn Hojaluna para descubrir quién maneja desde la sombra los hilos de ese letal negocio. Su investigación los conduce al corazón oscuro de Aguas Profundas y saca a la luz secretos que podrían destruirlos.

Lectulandia

Elaine Cunningham

Las esferas de sueños

Los Arpistas V

ePUB v1.0

Garland 06.11.11

más libros en lectulandia.com

Al desconocido visionario que plantó
esos viejos pinos bajo los cuales crecían violetas
y donde por primera vez soñé con elfos

Preludio

El semiogro se dirigió a la puerta de la taberna, que estaba abierta, arrastrando al último de los clientes de esa noche con la cuerda con la que se sujetaba los pantalones bombacho. Su cautivo se retorció como una trucha en el anzuelo y soltaba mordaces maldiciones típicas de los muelles. Pero sus esfuerzos no producían ninguna impresión en el guardián de la taberna. Con su cuerpo de más de dos metros de estatura, todo músculo y maldad, Hamish era perfectamente capaz de levantar en vilo a cualquier parroquiano de El Pescador Borracho con tanta facilidad como otro llevaría en las manos un paquete de pescado envuelto en papel.

—Levanta la quilla y recoge velas —rezongó Hamish mientras se disponía a lanzar al hombre—. Te guste o no, estás a punto de encallar.

Era un aviso más que suficiente en los muelles, pero el hombre lo desoyó. El semiogro esperó en vano unos momentos a que su presa dejara de debatirse, tras lo cual se encogió de hombros y lo lanzó hacia la oscuridad. Las protestas del hombre se convirtieron en un lamento que quedó interrumpido por un ruido sordo.

Hamish cerró de golpe la puerta de la taberna y luego deslizó la gruesa tranca de madera de roble que la aseguraba. La madera chirrió. Fuera, el parroquiano al que acababa de expulsar empezó a aporrear la puerta atrancada.

Dos camareras dejaron de limpiar la cerveza derramada para intercambiar una rápida mirada de soslayo y suspiros de resignación. Una de ellas, una escuálida morena con unos ojos soñadores que contrastaban con la realidad de su cuerpo desnutrido, lanzó una única moneda de plata encima de la mesa y cogió una jarra grande aún medio llena.

Entonces la alzó, como un espadachín que lanzara un reto, y se dirigió a la otra camarera, una bonita rubia con la que compartía el último turno de la noche en El Pescador Borracho.

—Lilly, ¿qué te apuestas a que soy capaz de acabármela antes de que al viejo Elton le dé un ataque o se marche?

Lilly ladeó la cabeza y aguzó los oídos; el ritmo débil e irregular de los puñetazos contra la puerta se iba apagando. Buscó una moneda igual en el bolsillo, sin importarle que representara la parte del león de sus ganancias de esa noche.

—A que no, Peg —repuso categóricamente la rubia al mismo tiempo que dejaba la moneda sobre la mesa con la actitud de alguien seguro de que ganará.

Lilly miró al semiogro, que, tras contemplar esa familiar escena con una mueca de exasperación, levantó la vista hacia las ennegrecidas vigas.

—Vale, yo seré el juez —dijo, resignado.

La flaca camarera asintió, aceptando así el desafío, inclinó hacia atrás la cabeza y bebió ávidamente. Lilly se situó a su espalda y le tapó las orejas con ambas manos

para no darle ninguna ventaja.

Como Lilly esperaba, Elton se cansó de protestar mucho antes de que Peg apurara la jarra. Pero no importaba; Peg ganaría de todos modos.

La rubia camarera esperó hasta que su amiga acabó de beber, le destapó entonces las orejas y le propinó un cariñoso palmetazo en el trasero.

—¡Eh, has vuelto a ganar! Debes de ser el ojito derecho de la diosa fortuna.

Seguro que has donado más de una moneda de cobre al templo de Tymora.

Vacilando de repente, Peg dejó por un momento de recoger las dos monedas.

—Bueno, no hay nada malo en tratar de poner la buena suerte de tu lado, ¿no? —dijo.

—No, claro que no.

Lilly lanzó al semiogro una mirada de fingida severidad que lo conminaba al silencio. Hamish alzó ambas manos y se marchó para no tener que seguir participando en ese ritual que no acababa de comprender.

Pero a Lilly le parecía que era un modo inofensivo de proporcionar a Peg unas monedas extra, que tanto necesitaba, además de darle una excusa para comer y beber algunos restos. Era la realidad de sus vidas, y algo que muchos empleados de tabernas de mala muerte hacían en caso de necesidad, pero Peg era demasiado orgullosa para ello. Si las pillaban robando las provisiones de la taberna, las despedirían en el acto; no obstante, muchas veces, los restos de cerveza en una jarra y unos encurtidos dejados por un cliente eran el único alimento para alguien como Peg. No era que a Lilly le sobrara el dinero, pero disfrutaba de ciertas ventajas: su risa alegre, su rápido ingenio, una espesa melena de una tonalidad muy pálida poco común, entre rojiza y dorada, así como insinuantes curvas. Cualquier moza de taberna que contara con tales atributos ganaba propinas.

Sin embargo, en esos días las propinas escaseaban en el conflictivo distrito de los muelles. Lilly lanzó un nostálgico vistazo hacia la silenciosa puerta.

—El verano pasado a estas horas Elton y sus amigos seguían bebiendo.

—Y nosotras seguíamos trabajando —replicó Peg—. Trabajábamos tanto que casi nos quedábamos dormidas de pie.

Lilly asintió. Como la mayor parte de las tabernas de los muelles, El Pescador Borracho no cerraba mientras quedara algún hombre o monstruo dispuesto a pagar por un pobre asado y una cerveza aguada, pero el verano de 1368 estaba siendo muy duro.

Demasiados barcos habían desaparecido, lo cual significaba que atracaban menos cargueros en el puerto y que se necesitaban menos brazos tanto a bordo como en los muelles y en los almacenes, por lo que a muchos hombres no les quedaba más remedio que robar para subsistir. Muchos de los marineros y estibadores que solían acudir a la taberna a ahogar sus penas lo estaban pasando muy mal. Lilly había oído

incluso susurros de inquietud entre los jóvenes cachorros de la nobleza que de vez en cuando se dejaban caer por ese local de mala nota buscando nuevas emociones. Una pequeña parte de los nobles de la ciudad empezaban a mostrarse cautos y hablaban de buscar otros modos de importar y exportar las mercancías. Naturalmente, cuando reparaban en que alguien los escuchaba, los señores, los mercaderes y los magos de Aguas Profundas hablaban en tono tranquilizador de una prosperidad sin fin. Pero Lilly no se lo tragaba.

Echó un vistazo a Peg. La muchacha, que era más joven que ella, estaba apilando leña en el hogar para que el fuego ardiera hasta la mañana, pero la mirada se le escapaba hacia la pared del fondo. Allí, colgados de ganchos de madera, se ponían a disposición de los escasos clientes que preferían hacer música a armar escándalo un puñado de maltrechos instrumentos. La enjuta faz de Peg reflejaba un profundo anhelo.

—¡Vamos, vete de una vez! —le espetó Lilly, poniéndose en jarras—. Hoy me toca a mí acabar.

No era necesario añadir más para convencerla. La muchacha corrió hacia los instrumentos y cogió un viejo violín junto con un desgastado arco. Sus pies parecían volar mientras subía la escalera del fondo, como si la promesa de la música hiciera que olvidara las largas horas de trabajo.

Una vez que estuvo sola, Lilly acabó de recoger la taberna. Cuando terminó, se limpió las manos en el delantal y se dispuso a deshacer el nudo atado a su espalda. Pero para su disgusto descubrió que alguien había tirado tanto de las cintas que no podía deshacerlo. Sucedió a menudo; había perdido la cuenta de las veces que un cliente achispado trataba de pellizcarle el trasero y se enredaba con las cintas del delantal.

Lanzó un suspiro y renunció al intento. Se sacó del bolsillo un cuchillo de pequeño tamaño y cortó las cintas del delantal, maldiciendo en silencio a todos los clientes en nombre del tipo que la obligaría a pasarse una hora más cosiendo. ¡Eran todos unos cerdos!

Claro estaba que en otros tiempos, y de eso no hacía tanto, algunos de los clientes de El Pescador Borracho no eran tan despreciables, y ella había aceptado de buen grado sus atenciones. Lilly arrojó a un lado el delantal y se colocó tras la barra. Allí escondida guardaba una botella del mejor vino élfico, regalo de un lord que había pasado por la taberna. La mujer se sirvió una pequeña cantidad para paladearlo mejor y habló a la botella casi vacía.

—¡Qué peligroso es beber licores tan buenos! Ahora ya no soporto la sidra y los matarratas que servimos aquí. ¿Qué voy a hacer al respecto?, te pregunto a ti.

Pero la botella no le dio ninguna solución. Lilly suspiró y se apartó un mechón de cabello cobrizo que le caía sobre el rostro. Súbitamente se sentía agotada y ansiosa

por evadirse con lo que la esperaba en el pequeño cuarto situado encima de la taberna.

Apuró el singular vino de un solo trago y luego subió la escalera que conducía a los dormitorios.

Se detuvo en la puerta de su alcoba y, apoyada en el marco, la inspeccionó con nuevos ojos. Un tiempo atrás se creyó afortunada de disponer de una habitación sólo para ella, un lugar seguro en el que dejar sus cosas y una cama que no tenía que compartir con nadie, a no ser que ella lo deseara. Pero la cosa cambiaba si la miraba con los ojos de su amante.

No era más que una recámara pequeña y oscura, sin ventanas ni chimenea. Por único mobiliario tenía un estrecho camastro que se hundía, una jofaina desportillada, un viejo espejo que pedía a gritos un azogado y ganchos en las paredes para colgar sus otros dos vestidos y la camisola limpia. Unas puertas más allá, Peg trataba de arrancar algo parecido a sonidos musicales del viejo violín, aunque sonaba como un gato al que le pisaran la cola.

Lilly entró en el cuarto meneando la cabeza, como si negara la deprimente realidad que la rodeaba. Después de cerrar la puerta, se desplomó sobre el camastro.

Metió una mano debajo del cobertor y palpó el desigual relleno hasta encontrar un bulto en concreto: una pequeña esfera de cristal iridiscente que escondía en el colchón.

Por un momento, le bastó con contemplar ese tesoro, con saber que ella —una simple moza de taberna— poseía una esfera de sueños. Se trataba de un juguete mágico nuevo en la ciudad, lo cual no significaba que se pudiera adquirir en los bazares.

Naturalmente, los magos de la ciudad veían con malos ojos cualquier tipo de magia que pudiera comprarse y usarse sin que ellos obtuvieran algún beneficio. No obstante, en la Ciudad de los Prodigios se podía comprar cualquier cosa, si uno sabía dónde buscar.

La ciudad no tenía secretos para Lilly. Había comprado ya varias esferas de sueños y cada vez había dado por bien empleado el dinero gastado. Pero ésa era especial, pues había sido un regalo de su amante: un noble. Conociendo cuánto anhelaba Lilly llegar a pertenecer a su aristocrático mundo, sin duda había escogido ese sueño especial con cariño.

La joven cerró los ojos y se imaginó la bella y pícara faz de su amante. Mientras cerraba los dedos en torno a la reluciente esfera, cayó rápidamente en un estado de trance, que era la antesala del sueño.

Primero oyó la música, que no tenía nada que ver con las canciones que de vez en cuando los clientes de El Pescador Borracho entonaban a coro. A continuación, su humilde alcoba se desvaneció. Lilly levantó las manos y las fue girando para

contemplar desde todos los ángulos su inmaculada blancura. Asombrada, se alisó con ellas la fría seda azul del vestido.

De repente, se vio en un gran salón atestado de invitados ataviados con sus mejores galas. En el otro extremo del salón, divisó a su amado, que bebía vino a pequeños sorbos mientras escrutaba la multitud, sin duda buscándola. Cuando la vio, su rostro se iluminó. Pero antes de que Lilly pudiera acercarse a él, otro caballero abandonó el baile y la saludó con una profunda reverencia, un gesto que nadie de tan baja condición como ella había recibido jamás. Lilly asintió graciosamente y flotó hacia sus brazos. Juntos se unieron al intrincado círculo de la danza.

Su amante la observaba desde el borde de la pista de baile con una cariñosa sonrisa en los labios. Cuando la primera danza acabó, se acercó para reclamarla.

Bailaron y se divertieron, hasta que se fundió la cera de los centenares de velas aromatizadas que iluminaban el salón y colgó de las lucernas como fragantes encajes.

Lilly conocía todos los pasos de baile, pese a que nunca los había aprendido; recordaba el sabor del vino espumoso, pese a que nunca una cosecha como ésta se había catado en la taberna de mala muerte en la que trabajaba. Reía, flirteaba e incluso cantó, sintiéndose más hermosa, más ocurrente y más deseable de lo que nunca antes se había sentido. Lo mejor de todo era ser una dama entre la nobleza de Aguas Profundas, entre esos altivos personajes tan brillantes como las estrellas invernales y que nunca jamás aceptarían a alguien tan humilde.

Excepto, claro estaba, en sueños.

El discordante chirrido de un violín se insinuó en la cadenciosa melodía de la danza. Sobresaltada por la intrusión, Lilly perdió el paso y se tambaleó. Los brazos de su amante la sujetaron con más fuerza por la cintura para que no cayera. Por su mirada, resultaba evidente que creía que era parte del flirteo y que le gustaba.

Pero, en realidad, el sueño se estaba desvaneciendo. No habría tiempo para que el noble cumpliera lo que prometía su rutilante sonrisa.

Una oleada de pánico invadió a Lilly. Bruscamente, se apartó de los brazos de su amante, se recogió la falda de su vestido de seda y luego echó a correr como una rata de los muelles.

Descendió frenéticamente por la amplia escalinata de mármol para perderse en el anonimato de las calles. ¡Tenía que alejarse antes de que el sueño se desvaneciera!

Prefería morir a ver cómo la caballerosa admiración que se reflejaba en los ojos de su amante era reemplazada por el condescendiente encanto con el que trataba a las bonitas y serviciales criadas.

Poco a poco, fue aflojando el paso. Nuevamente sintió el agotamiento, magnificado por el sueño que se iba apagando, hasta que se sintió como si corriera por el agua. El brusco despertar la encontró sentada en el borde del desvencijado camastro, con la vista fija en esa imagen tan familiar reflejada en un espejo que una

dama desconocida había desechado.

Lilly contempló con aire sombrío la imagen que veía en el cristal rayado y deslucido. Ya no quedaba ni rastro de las sedas y las joyas. Volvía a ser una pobre camarera vestida con una humilde falda de tela, mezcla de hilo y lana, y una camisola escotada que había soportado demasiados lavados y planchados para que pudiera ser calificada de mal gusto. Sus grandes ojos, oscuros en contraste con la pálida tez, estaban subrayados por profundas ojeras de cansancio, y la mirada era de una tristeza infinita por los sueños imposibles que reflejaba. Una pequeña mano mugrienta apretaba con tanta fuerza la esfera de sueños que tenía los nudillos blancos. Pero la esfera ya no brillaba; una vez agotada su magia, se veía apagada y turbia.

Lanzando un suspiro, Lilly dejó a un lado la esfera gastada y cogió un chal oscuro, con el que se cubrió el brillante cabello. A continuación, bajó corriendo los viejos escalones de madera que llevaban al callejón. Ágilmente, la joven evitó las tablas sueltas y los escalones que sabía que crujían cuando se pisaban.

Con una cruda sonrisa, recordó la amplia escalinata de mármol que había descendido en su sueño y el repiqueteo de las delicadas sandalias contra el suelo al huir del salón. Pero en la vida real se movía tan silenciosamente como una sombra. Eso era lo primero que tenía que aprender un ladrón si quería llegar a adulto.

A Lilly no le gustaba su trabajo, pero lo hacía bien. Después de todo, una tenía que ganarse la vida. Unas noches más y se tomaría un respiro del distrito de los muelles.

Pero hasta entonces, ésa era su vida, le gustara o no, y tenía que vivirla.

Su primera víctima se lo puso muy fácil: el gordo guardián de un almacén que yacía despatarrado en el callejón situado detrás de El Pescador Borracho durmiendo la mona. Tenía la cabeza apoyada en una caja cualquiera, y los carnosos carrillos temblaban cada vez que soltaba un ronquido. Lilly lo examinó con ojo avezado, tras lo cual se sacó un cuchillo del bolsillo y se agachó. Con un diestro movimiento, le abrió una de sus gastadas botas de piel, con lo que varias monedas de cobre cayeron sobre los adoquines. Rápidamente, las recogió, se las guardó en el bolsillo y se puso en pie.

Mientras se refugiaba en la bruma y las sombras pegadas al muro del callejón, reflexionó sobre cuál sería su siguiente movimiento. El círculo de grasienta luz que proyectaba la farola marcaba el final del callejón. El lejano rumor de voces y risas procedentes de El Pegaso Volador, una taberna situada más allá, de pronto aumentó de volumen cuando se abrió la puerta, sin duda para dejar salir a los últimos clientes de la noche. Tras intercambiar saludos, los compañeros de juerga se despidieron y, caminando o tambaleándose, se perdieron en la noche. Por experiencia, Lilly sabía que era muy probable que al menos uno de ellos fuese en su dirección.

La camarera ladrona se escondió en una estrecha grieta entre dos edificios de

piedra. No tuvo que esperar mucho antes de oír los pasos de un solitario caminante, que resonaban en los adoquines.

Por el sonido, supuso que era un hombre, y no muy fornido. Llevaba botas nuevas de suela de cuero, lo cual indicaba que eran obra de un zapatero caro. Y por el ritmo irregular de las pisadas, era evidente que había bebido lo suficiente para estar achispado, aunque no tanto como para no ser capaz de silbar una popular balada sin desafinar excesivamente.

Lilly asintió, satisfecha. Un borracho por noche era su límite; no tenía ninguna gracia robar a un beodo. Se sacó del bolsillo un pequeño cuchillo en forma de gancho y aguardó a que su víctima pasara por delante.

Merecía la pena esperar. Iba lujosamente vestido y, casi con total seguridad, llevaría encima un montón de monedas. Debía de tratarse de un próspero miembro de una cofradía o de un representante de la nobleza comerciante. Lilly se disponía a arrebatarse la bolsa que le colgaba del cinto cuando se oyó una voz.

—¿Maurice? ¡Ah, ahí estáis, golfo más que golfo!

La voz provenía del extremo del callejón. Era una voz femenina de exótico acento, una voz cargada de regocijo y coquetería, así como del tipo de seguridad en uno mismo que solamente proporcionan la riqueza y la belleza. Lilly apretó los dientes cuando el tal Maurice, con el rostro iluminado, se volvió hacia la seductora voz poniendo fuera de su alcance la bolsa.

—¡Lady Isabeau! Pensaba que os habíais marchado con los otros.

—¡Bah! —exclamó sencillamente la mujer, pero de una manera tan expresiva que Lilly casi pudo ver el taimado mohín y el leve ademán desdeñoso de una enojada mano—. ¡Son todos unos cobardes! No hacen más que jactarse de los peligros que los acechan mientras regresan en coches cerrados con guardias y cocheros que los protegen.

Sólo vos sois lo suficientemente hombre como para atreveros a desafiar la noche —añadió la seductora voz, casi en un ronroneo.

La voz decía mucho más de lo que expresaban las palabras. En los ojos del hombre prendió una inconfundible chispa, pero se apagó casi al instante cuando recuperó su habitual expresión atribulada.

Lilly esbozó una sonrisa al darse cuenta de la verdadera razón de su supuesta audacia. Él no era el primero que se dirigía a un oscuro callejón tras una noche de juerga. Sin duda, sus intenciones habían sido aliviarse y luego parar el coche de sus amigos cuando doblara la calle de la Vela. La aparición de la dama había frustrado sus planes y se debatía entre satisfacer sus necesidades fisiológicas o aceptar la oferta implícita en las palabras de la bella. Al fin, ganó la necesidad.

—Debéis tener cuidado, pues incluso las calles principales son peligrosas, y no digamos los callejones. Debo insistir en que regreséis con los otros.

Pero el suave taconeo indicó que la dama prefería acercarse a Maurice.

—No tengo ningún miedo —declaró—. Vos me protegeréis, ¿verdad?

«No», respondió Lilly para sí. Bueno, era casi tan fácil desplumar a dos incautos como a uno. Una simple carterista como ella no podría, claro estaba. Pero ¿acaso no había oído en El Pescador Borracho que muchos ladrones que operaban en el distrito de los muelles no se limitaban a cortar los cordeles de las bolsas? Entonces, vio a la dama y olvidó su desprecio.

Lady Isabeau era muy atractiva, con una belleza oscura y exótica que encajaba perfectamente con su voz. Llevaba la espesa melena de brillante pelo negro recogida de un modo ingenioso alrededor de su bellamente cincelada cabeza, aunque dejando una parte suelta para que le cayera en forma de rizos, tan a la moda. Tenía unos ojos grandes, de un marrón aterciopelado, nariz aristocrática, así como unos labios carnosos y sensuales. Sus vertiginosas curvas desafiaban la firmeza de los cordones que le sujetaban el vestido, de un color rojo subido, y un cinturón bordado con piedras preciosas ceñía su estrecho talle. Lilly lanzó un suspiro de envidia.

Lady Isabeau enarcó una de sus cejas de ébano. Por un momento, Lilly temió que la dama la hubiera oído, pero la mujer seguía contemplando admirativamente al heroico Maurice, sin echar ni una breve mirada al escondite de Lilly.

—Bueno, si vos lo decís, realmente debe ser muy peligroso. —Isabeau cogió al hombre del brazo—. No iréis a dejarme aquí sola, ¿verdad?

—Os escoltaré hasta la calle de la Vela y luego seguiré mi camino —repuso él, dándose importancia—. Hay asuntos que no pueden resolverse a la luz del día. —Su tono de voz insinuaba reuniones clandestinas, duelos de honor y doncellas que languidecían en altas torres.

Lilly tuvo que taparse la voz para no prorrumpir en carcajadas.

Pero Isabeau asintió y se sacó de entre los pliegues de la falda una petaca de plata.

—Como deseéis. Pero al menos podemos compartir la última de la noche.

El aristócrata aceptó la petaca y bebió. Luego, cogidos del brazo, se fueron alejando del campo de visión de la ladrona. Lilly esperó hasta que todo quedó en silencio antes de atreverse a salir y avanzar sigilosamente hacia la calle principal.

Al final del callejón, a punto estuvo de tropezar con Maurice y caer. El hombre yacía en el suelo, boca abajo, justo en el borde de la zona iluminada por la farola. Pese a las manchas de fuerte licor que exhibían sus elegantes ropas, Lilly dudaba de que se hubiera desmayado por la bebida. Se inclinó cuidadosamente y le acercó los dedos al cuello para comprobar si aún tenía pulso. Sí tenía; débil pero regular. Picada por la curiosidad, fue palpando con una mano la cabeza del hombre para descubrir qué le había ocurrido. En la nuca se le empezaba a formar un chichón. Se despertaría con un terrible dolor de cabeza y, naturalmente, sin la bolsa.

Lilly se puso en pie, furiosa. Noble o plebeya, ninguna mujer decente ponía pies

en polvorosa al primer signo de peligro dejando en la estacada a un amigo. ¡La muy zorra ni siquiera se había molestado en dar la alarma!

Silenciosamente, se aproximó a la luz del farol y escrutó las calles, buscando cualquier indicio de la dama que había huido. Un destello rojo desapareció por un callejón próximo. Lilly adoptó una actitud resuelta y emprendió la persecución; aunque raras veces desplumaba a mujeres, hacía mucho tiempo que la ladrona no se topaba con una persona que se lo mereciera más que la tal Isabeau.

Seguirla fue muy fácil. Tan concentrada estaba la dama en el débil ruido de un carruaje que se aproximaba al final del callejón que ni una sola vez volvió la vista. Lilly la alcanzó aproximadamente en la mitad de la calleja y se deslizó con sigilo a su espalda. La ladrona se fijó en una profunda bolsa sujeta al enjoyado cinturón de Isabeau; era una bolsa grande y suave, del mismo tono carmesí que el vestido de la mujer, y confeccionada de tal manera que se confundía con los pliegues de la falda.

Lilly se dijo que era un diseño muy astuto. Aunque la bolsa estaba llena y, por su aspecto, pesaba, a un ladrón menos experimentado que ella se le habría pasado por alto.

Cortó los cordeles con tanto sigilo como lo haría un fantasma, e inmediatamente buscó refugio en las sombras para contar su botín.

Al abrir la bolsa, los ojos casi se le salieron de las órbitas por la sorpresa: contenía el monedero ricamente bordado que había pertenecido al pobre Maurice.

—Eres buena —dijo una voz grave y sensual—, pero yo soy mejor.

Lilly alzó bruscamente la vista de las monedas doblemente robadas y se encontró con la mirada fría y serena de la noble en apariencia incauta. Antes de que pudiera reaccionar, lady Isabeau le arrebató la bolsa con una de sus manos adornadas con sortijas y, hundiendo la otra bajo el chal de la ladrona, la agarró por el pelo. Entonces, dio un violento tirón hacia delante, de modo que la cabeza chocara dolorosamente contra la bolsa repleta de monedas.

Lilly se tambaleó hacia atrás, despojada del botín y, a juzgar por la quemazón que sentía en el cuero cabelludo, despojada asimismo de al menos un mechón. La moza de taberna fue a estrellarse con fuerza contra la pared del callejón.

Rápidamente pugnó por sacudirse de encima el aturdimiento, se apartó de la pared, desenvainó un cuchillo y atacó. Isabeau separó las piernas y blandió la pesada bolsa de seda a modo de mangual.

No había tiempo para estrategias. Lilly lanzó un golpe que era medio parada medio estocada y, aunque no alcanzó a la rival ni de refilón, logró dar un tajo a la peligrosa bolsa. Las monedas cayeron al suelo con un satisfactorio repiqueteo, aunque descubrió que la bolsa seguía siendo muy pesada cuando recibió un golpe que la hizo trastabillar hacia atrás. El cuchillo se le escapó de la mano y cayó entre las monedas.

Siseando como una gata enfurecida, Isabeau se abalanzó sobre su presa con las manos flexionadas como garras. Lilly la agarró por las muñecas, y así la sostuvo mientras se apartaba a derecha y luego a izquierda, tratando de mantener los ojos a salvo de aquellas uñas.

Ambas mujeres daban vueltas y doblaban las piernas en una macabra y mortífera parodia de baile que se mofaba del maravilloso sueño que Lilly recordaba aún tan vividamente. Tan inmersa estaba en la lucha y tan doloroso era ese recuerdo que Lilly no se percató de que el chal se le había caído hasta que tropezó con el fleco.

Un ligero traspié y un momento de vacilación era todo lo que Isabeau necesitaba.

La noble dama se liberó de las garras de su rival y la cogió de nuevo por el pelo. Ambas cayeron al suelo y, en medio de una maraña de faldas, rodaron como locas mientras se arañaban, se tiraban del pelo y se sacudían de lo lindo.

Mientras duró la refriega Isabeau mantuvo un inquietante silencio. De una consentida aristócrata Lilly hubiese esperado que chillara como una banshee al recibir tan cruel trato, sin darse cuenta de que en esa parte de la ciudad ello tan sólo podría acarrearle mayores peligros. Al parecer, la dama estaba más familiarizada con las costumbres de la calle de lo que sugería su elegante atavío.

No obstante, Lilly conocía algunos trucos que la elegante ratera ignoraba. Después de años de práctica en quitarse de encima a los moscones de la taberna, era más escurridiza que una anguila, y apostaba consigo misma a que ni siquiera los gladiadores del lord elfo podrían inmovilizarla si ella se proponía soltarse. Aunque era más baja que Isabeau y al menos seis kilos más ligera, lentamente la suerte la empezó a favorecer.

Finalmente, logró sentarse a horcajadas encima de su rival y sujetarle los brazos a los lados. Pese a que la cautiva mostraba una expresión indignada y furiosa, mantenía su turbador silencio y se retorció y corcoveaba bajo ella como una yegua salvaje.

Lilly respiraba con hondos e irregulares jadeos, dispuesta a aguantar hasta que amaneciera o su rival cediera. No podría haber apostado por cuál de las dos cosas sucedería antes, ni siquiera para favorecer a Peg.

La resistencia de Isabeau fue debilitándose y cesó bruscamente. Los ojos de la noble miraban con fijeza algo más allá del callejón. Pero Lilly, sospechando que la dama trababa de colarle el truco más viejo del mundo, se limitó a sujetarla con más fuerza.

Un instante más tarde se le antojó que la mirada que reflejaban los oscuros ojos de la dama era más de pura avaricia que de astucia. Lilly se aventuró a echar un vistazo hacia lo que había llamado la atención de su presa.

Un hombre solitario se aproximaba al farol sin dejar de lanzar miradas furtivas a lo largo de la calle. Era un tipo grandote y con una espesa barba, aunque sus ropas se veían sencillas.

—No es un noble —susurró Isabeau—. Yo diría que es un servidor de confianza cumpliendo un encargo para su amo. A estas horas y en un lugar como éste, no hay duda de que su misión está fuera de la ley.

Antes de pararse a reflexionar, Lilly ya había empezado a responder.

—Aún no ha hecho lo que le han encargado. Es evidente que busca a alguien.

—Buena observación. —Isabeau miró de soslayo a su captora—. Eso significa que todavía lleva encima el pago.

—Muy probablemente.

Ambas guardaron silencio un segundo.

—Nos lo podríamos partir —sugirió Isabeau.

—Pues claro. Sería muy fácil arrebatarse a ese hombretón de rudo aspecto el dinero de su amo —se mofó Lilly, suavemente—. Perdona que te lo diga, pero como luchadora dejas mucho que desear.

Isabeau se encogió de hombros lo mejor que pudo teniendo en cuenta las circunstancias.

—No me importa. Siempre encuentro a alguien que luche por mí.

—¡Oh!, y en este caso, ese alguien debo ser yo, ¿me equivoco?

—Sería una estúpida si desperdiciara tanto talento. Tú tienes manos ágiles y pies silenciosos. Yo lo distraeré mientras tú lo desplumas.

Extrañas palabras en boca de una mujer cubierta de sedas y joyas. Lilly se sentó sobre los talones y dejó escapar una suave risa de incredulidad.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Isabeau Thione, hija bastarda de lady Lucía Thione, de Tethyr —respondió la dama en tono arrogante, aunque no exento de ironía, pues había mencionado una rama de una familia real tan infame que incluso Lilly había oído hablar de ella. La noble esbozó una maliciosa sonrisa antes de añadir—: Hasta hace poco, también conocida como Sofía, moza de taberna y ratera. Acabo de llegar a Aguas Profundas y me propongo prosperar sea como sea.

¡Una camarera y ladrona de noble cuna! Esas palabras, que encerraban una identidad dual, tocaron una fibra sensible de Lilly.

¿Acaso no se asemejaban mucho ellas dos? No obstante, Isabeau, con sus joyas, sus sedas y la admiración que despertaba en elegantes caballeros, había alcanzado lo que Lilly solamente había experimentado en sueños. Tal vez podría aprender cómo Isabeau había logrado el milagro.

Otra posibilidad, incluso más atrayente, le daba vueltas por la cabeza: ¿era posible que las esferas de sueños, que la embelesaban y la atormentaban al mismo tiempo, no fuesen sólo un sueño imposible sino el augurio de un futuro alcanzable? Las esferas poseían una magia muy poderosa; Lilly la había sentido de modos que no podía comprender ni explicar. Tal vez no era una coincidencia que los caminos de dos

ladronas bastardas se hubieran cruzado aquella noche.

Lentamente, Lilly aflojó la presión y se fue apartando. Ambas mujeres se pusieron de pie y empezaron a alisarse las arrugadas faldas y a componerse la revuelta cabellera.

—Si vamos a hacerlo, tenemos que actuar ya —dijo Lilly.

Su compañera sonrió de manera que los ojos se le estrecharon como los de un gato en plena cacería.

—¿Socias? Por cierto, ¿cómo quieres que te llame?

Lilly le dio el único nombre que legalmente le pertenecía: una palabra, no más; sin familia, sin rango, sin historia y sin fortuna. Siempre le había dolido llevar el tipo de nombre que se da sin pensar a una yegua blanca o a un gatito.

—¿Lilly? —repitió la noble, alzando una ceja con gesto altanero. Era evidente que ella opinaba lo mismo sobre el nombre.

Lilly no estaba de humor para aguantar impertinencias de labios de esa mujer. El desdén que expresaba la hermosa cara de Isabeau indujo a Lilly a revelar, por primera vez en la vida, su secreto mejor guardado.

—En realidad —dijo alzando el mentón en un gesto que trataba de imitar la arrogancia de una dama noble—, es Lilly Thann.

1

El verano se convertía rápidamente en mero recuerdo. Las estrellas que relucían en el cielo de Aguas Profundas eran los primeros heraldos de las constelaciones de invierno: Auril Reina de la Escarcha, Dragón Blanco y Lágrimas de Doncella Elfa.

Aunque formaban fantasiosas y hermosas formas, eran pocos los habitantes de la gran ciudad que se fijaban en ellas, pues sus ojos solamente veían los esplendores situados a ras de suelo.

El joven noble que avanzaba a buen paso por las calles en sombras no sólo no tenía ojos para las estrellas, sino tampoco para la ciudad, la gente ni cualquier otra cosa que no fuese la cita hacia la que se apresuraba. La imagen de una semielfa brillaba en su mente con un fulgor casi suficiente para iluminar la oscuridad de los largos meses de separación; casi suficiente, incluso, para eclipsar el profundo resentimiento que le embargaba por causa de tantas otras separaciones.

Danilo Thann apartó de sí esos pensamientos, pues habría sido una lástima reconcomerse en una noche como ésa. Tal como había prometido, Arilyn había regresado a la ciudad a tiempo de asistir al Baile de la Gema, la sesión inaugural de los festivales de la cosecha. Haciendo un esfuerzo, Danilo trató de no pensar en las últimas dos ediciones del baile a las que había tenido que asistir sin ella, indicadores de otros dos veranos pasados y recordatorios de promesas aún por cumplir.

En sus infrecuentes visitas a la ciudad, Arilyn se alojaba en el distrito sur —el barrio de los artesanos—, en el segundo piso de un viejo edificio de piedra que en mejores tiempos había sido la residencia de un miembro de cofradía que había perdido su fortuna. Danilo se colocó debajo del brazo el paquete de gran tamaño que llevaba a fin de poder tirar de la enorme puerta.

Ya en el vestíbulo, dirigió una inclinación de cabeza hacia un hueco tapado con una cortina que quedaba situado a su izquierda. La única respuesta fue un gruñido procedente del guardia apostado detrás: un enano ya no muy joven, cuyas manos, cuadradas y moteadas, no se alejaban nunca de una ballesta.

El joven subió los escalones de tres en tres. La puerta de la habitación de Arilyn estaba cerrada con cerrojo y protegida con barreras mágicas que él mismo había colocado. Danilo se ocupó de los cerrojos y la magia protectora en silencio, aunque más rápidamente y con menos sutileza de lo que era habitual en él. Abrió la puerta y, para su sorpresa, pilló a Arilyn dormida.

Por un momento, le bastó con observarla. Muchas veces, Dan había hallado solaz en contemplar el reposo de Arilyn, y en el tiempo en que viajaron juntos al servicio de los arpistas pasó muchas horas de ese modo. Arilyn era sólo medio elfa y, a diferencia de los elfos, que se sumían en un estado de ensueño alerta, necesitaba dormir como los humanos. Se trataba de un detalle quizás insignificante, pero para

Danilo esa necesidad de sueño era algo que los unía, un vínculo que la semielfa no podía negar ni modificar.

El joven bardo estudió a la semielfa, fijándose en los pequeños cambios que había experimentado en el curso del verano. La melena negra era más larga, y los rizos se le desparramaban sobre la almohada. Aunque no lo habría creído posible, estaba más delgada que cuando se despidieron en la carretera situada al norte de Puerta de Baldur.

Dormida, mostraba la misma palidez y fragilidad que una figura de porcelana. Dan esbozó una irónica sonrisa cuando sus ojos se posaron en la espada envainada que descansaba junto a ella.

La visión de la hoja de luna —la espada mágica que primero los había unido y después los había separado— lo llenó de un resentimiento rayano en el odio.

El hecho de que no brillara significaba que, afortunadamente, su magia descansaba; la ausencia de un resplandor verde significaba que los elfos del bosque no reclamaban su ayuda.

Danilo apartó de sí esos pensamientos y se deslizó al interior de la habitación. Con un grácil movimiento, depositó el paquete envuelto encima de la mesa y desenvainó dos dagas gemelas que llevaba al cinto.

El suave susurro del acero despertó a la dormida guerrera. Casi al mismo tiempo que sus ojos se abrían de golpe, vigilantes, se lanzó hacia la fuente del sonido. En una mano empuñaba un delgado y reluciente cuchillo.

Danilo se adelantó con las dagas alzadas a modo de brillante aspa. En la creciente penumbra, el cuchillo de la semielfa lanzó chispas al deslizarse a lo largo de ambos filos. Aunque Arilyn efectuó el ataque con destreza, durante un largo instante ambos quedaron muy juntos, en una posición que, de no ser por las armas cruzadas, habría sido típica de enamorados.

—Ya veo que sigues durmiendo con un cuchillo bajo la almohada. Me consuela saber que algunas cosas nunca cambian —bromeó Danilo mientras se guardaba las dagas. Apenas había pronunciado esas palabras y ya las lamentaba. A él mismo le sonaron artificiosas, a desafío, casi a acusación.

Arilyn arrojó el cuchillo encima del lecho.

—¡Maldita sea, Dan! ¿Por qué insistes en acercarte a mí sigilosamente? Es un milagro que sigas vivo.

—No eres la única que me lo dice.

Entre ellos se hizo un silencio prolongado y algo incómodo. De repente, Arilyn recordó su descuidado aspecto, abrió mucho los ojos y trató de alisarse el alborotado cabello.

—¡El Baile de la Gema! —exclamó de pronto—. Y yo no tengo ni vestido.

Aunque era una tontería, Danilo se alegró de que lo recordara y también de que a

Arilyn le importara lo suficiente el mundo de él como para que le preocupara.

—No tenemos que ir si no quieres. Después de todo, acabas de llegar a la ciudad.

—He llegado a última hora de la tarde tras un largo viaje. Las dos noches anteriores ni siquiera me detuve para descansar. Pero a ti te esperan, y te prometí que te acompañaría.

Fue como si Arilyn oyera sus propias palabras tal como debían de sonar a su compañero, pues los ojos se le oscurecieron al recordar otras promesas que había hecho y no había cumplido. Carraspeó y con la cabeza señaló hacia la mesa.

—¿Qué hay en el paquete?

—Cuando recibí el mensaje de que tardarías más de lo previsto en regresar, me tomé la libertad de adquirir un vestido de un adecuado color de gema —respondió sin molestarse en ocultar su confusión.

—¡Ah! Deja que adivine: ¿zafiro?

Humano y semielfa intercambiaron una rápida y cautelosa sonrisa. Cuando acababan de conocerse y Danilo se tomaba muchas molestias en convencerla a ella y a todo el mundo de que no era más que un petimetre tonto y superficial, compuso multitud de trillados y nefastos versos que comparaban los ojos de Arilyn con zafiros.

Decidida a hurgar en la herida, Arilyn enarcó una ceja y empezó a tararear la melodía de una de esas cancioncillas.

La mordaz burla tuvo la virtud de romper el hielo entre ellos dos. Danilo se rió entre dientes e hizo una exagerada mueca.

—Lo mejor de los viejos amigos es que te conocen bien, aunque, por supuesto, eso también es lo peor.

—Viejos amigos —repitió Arilyn en tono afirmativo, pero sus palabras contenían una pregunta: ¿era eso lo que estaban destinados a ser: viejos amigos y nada más?

Danilo le había dado muchas vueltas a esa cuestión y creía, finalmente, haber hallado una respuesta válida. Los comentarios guasones de Arilyn le daban pie a expresarla. Por mucho que sus vidas hubieran cambiado, algo permanecía constante: el intenso y muchas veces inexplicable amor que surgió el día en el que Arilyn lo secuestró de una taberna. El joven rompió el papel que envolvía el paquete y sacó del interior un vestido realmente fuera de lo corriente: de terciopelo azul oscuro, exquisito en su sencillez y confeccionado por manos elfas.

—Zafiro con gemas a juego —confirmó, risueño—. Te ahorraré la canción que he compuesto para la ocasión.

Arilyn se rió, le arrebató el vestido de las manos y lo tiró a un lado con la misma indiferencia con la que había arrojado el cuchillo. Danilo abrió los brazos, y la semielfa se lanzó hacia ellos.

—Te he echado mucho de menos —murmuró la mujer, apoyando la cabeza en el pecho masculino.

Era una admisión poco común en alguien nada dado a expresar sus sentimientos.

De hecho, Danilo podía contar con los dedos de las manos las veces en que habían hablado de lo que sentían desde esa noche, cuatro años antes, en la que tenían planeado anunciar su compromiso en el Baile de la Gema. Los acontecimientos lo habían impedido de una manera bastante dramática y habían abierto entre ellos un abismo cada vez más profundo.

El joven se prometió acabar con el distanciamiento esa misma noche.

—Vuelve a mirar en el paquete —dijo a la semielfa, a la que cogió por los hombros y alejó de sí—. Observa atentamente lo que encuentres, pues no volverás a ver otro tan cerca.

Arilyn le dirigió una sonrisa de extrañeza, pero obedeció. Los ojos se le querían salir de las órbitas cuando descubrió entre los envoltorios un casco negro velado.

—Un casco de Señor —murmuró.

Se trataba, efectivamente, de uno de los artefactos mágicos que señalaban y ocultaban a los Señores Secretos: hombres y mujeres de todas condiciones sociales que eran llamados a regir la ciudad.

—¿Es tuyo? —preguntó al comprender súbitamente qué significaba que Dan lo tuviera en su poder.

El aludido asintió con aire atribulado.

—Por desgracia, sí. Khelben me lo endilgó hace cuatro años. Te lo habría dicho mucho antes, pero...

La voz del joven se fue apagando. Con un seco asentimiento de cabeza, Arilyn le indicó que no necesitaba decir más. Era de todos sabido que los Señores Secretos no comunicaban a nadie su identidad, excepto a su esposa o marido, e incluso esa mínima confianza no estaba bien vista. Únicamente Piergeiron, el hijo del paladín Primer Señor de la ciudad, era conocido por su nombre.

—¿Por qué me lo dices ahora?

Arilyn echó un vistazo al vestido color zafiro, y su gesto se ensombreció con recuerdos del compromiso que habían querido hacer público en el Baile de la Gema cuatro años atrás.

Aunque Danilo esperaba esa reacción, igualmente le dolió cuando se produjo.

—Ahora soy libre de decírtelo porque pienso dimitir —anunció con ligereza—.

Recientemente, se han producido discrepancias entre los arpistas y algunos de los paladines de Aguas Profundas. Como era de esperar, lord Piergeiron ha defendido fervientemente el lado de la justicia y se ha mostrado muy dispuesto, casi feliz diría yo, de relevarme de este deber. Asimismo, he comunicado al temible Khelben Arunsun que no pienso sucederle como futuro protector de la Torre de Báculo Oscuro.

Con la sola mención del mentor y pariente de Danilo, y su antiguo superior en los

arpistas, Arilyn frunció el entrecejo.

—Creía que había abandonado esa idea hacía ya tiempo.

Dan se dio cuenta de que la semielfa se iba por las ramas para ganar tiempo mientras digería las implicaciones de lo que acababa de revelar.

—Eso parecía, pero, como bien sabes, nuestro querido archimago prefiere trabajar entre sombras y brumas. Hace algún tiempo, cuando le declaré mi intención de convertirme en bardo de verdad, se mostró encantado. No obstante, me siguió entregando valiosos libros de hechizos, compartiendo conmigo migajas de su poder y confiándome secretos que me vinculaban tanto a los arpistas como a él. Antes de que me diera cuenta, le ayudaba casi a diario, e incluso tenía bajo mi mando a otros arpistas.

—El noble se estremeció antes de agregar—: Es insidioso nuestro querido Khelben.

Aunque sonrió por el gracioso tono empleado por Danilo, los ojos de la semielfa reflejaban un cierto enfado.

—Ni siquiera su propia sombra podría describir mejor a Khelben Arunsun. Has hecho bien en liberarte. ¿Todavía llevas la insignia?

Era un tema peliagudo, pues ambos tenían buenas razones para apreciar las insignias que los señalaban como arpistas: miembros de una organización casi secreta dedicada a mantener el equilibrio en el mundo y preservar los relatos de grandes hazañas. Arilyn empezó a sentirse cada vez más incómoda con la dirección de los arpistas, y en particular, con las directrices que marcaba Khelben Arunsun. Tras su última misión —el rescate de Isabeau Thione— Arilyn había roto con Khelben y los arpistas.

Danilo, no obstante, no estaba aún dispuesto a renunciar. En el hombro, prendida a la camisa y oculta bajo el tabardo, llevaba una diminuta arpa plateada recostada en una media luna.

—Un buen hombre me la entregó. Yo la llevaré siempre en su honor y trataré de ser digno de la confianza que me demostró.

«Y de su hija.» Aunque esas últimas palabras no las pronunció, el conflicto que se reflejó en los ojos de Arilyn dijo bien a las claras que ella había pensado lo mismo.

—También yo llevo la insignia de los arpistas en honor de mi padre. Ésa es la única razón. Ya sabes que soy leal a otra causa.

—Sí, soy perfectamente consciente de ello —replicó Danilo con más amargura de la que pretendía expresar—. No, no —alzó una mano, anticipándose a las explicaciones—. Ya hemos hablado de eso muchas veces. Hiciste lo que hiciste porque me amabas, aunque ojalá que el resultado hubiese sido otro. Sin embargo, sé que tus intenciones eran buenas.

Una vez más, la mirada del joven se posó en la hoja de luna: una espada elfa

hereditaria, a la que cada poseedor podía añadir un poder mágico. La madre de Arilyn creó una conexión mágica entre el mundo de su amado —un humano— y la remota isla elfa de Siempre Unidos. Involuntariamente, esa acción llevó la tragedia al pueblo elfo y muchos años después conduciría a una concatenación de acontecimientos que hicieron que los arpistas de Aguas Profundas se fijaran en Arilyn. Danilo fue el encargado de seguirla y vigilarla. En el curso de la misión, humano y semielfa formaron sus propios lazos de unión: confianza, amistad y algo más profundo e infinitamente más complejo que el amor. Arilyn le concedió el derecho a usar la hoja de luna y su poder, con lo cual rompía una tradición secular según la cual solamente el heredero legal de la espada podía utilizarla. Pero al permitirle usar el arma, sin saberlo, Arilyn comprometió a Dan a servir por toda la eternidad a la espada mágica.

Era un precio que Danilo hubiese pagado gustosamente por el vínculo que creaba entre ellos, pero no pudo elegir. Cuando Arilyn fue consciente de lo que había hecho, decidió liberar a su amigo de una carga que él nunca había elegido. Claro que también rompió el vínculo, místico élfico que los unía. Una vez roto ese vínculo la espada concedió a Arilyn otro poder y forjó una alianza distinta.

El nuevo poder consistía en avisarla cada vez que los elfos del bosque la necesitaban. En los bosques de Faerun vivían pequeños grupos de elfos, y muchos de ellos estaban en peligro y amenazados. Desde entonces, el sueño de Arilyn se veía poblado de pesadillas, y muy a menudo la espada relucía con la luz verde que la avisaba. Aunque era consciente de que estaba sola y de que no podía salvar a todos y cada uno de los elfos en apuros, la llamada resultaba tan fuerte que era incapaz de desatenderla. El elfo y su hoja de luna eran un único espíritu. Desde aquel día, Arilyn estaba casi permanentemente ausente de Aguas Profundas sin que pudiera evitarlo.

—Tú cumples con tu deber —dijo Danilo suavemente—. Y hasta ahora yo también tenía deberes en la ciudad. Pero ya nada me retiene aquí y no hay razón por la cual no pueda acompañarte.

Pero sí la había, y ambos lo sabían. Arilyn era un caso único entre los elfos del bosque, que raramente se relacionaban con otros elfos como ellos y mucho menos con elfos de la luna con parte de sangre humana. Arilyn era la excepción porque había pasado a formar parte de la antiquísima leyenda de la espada que portaba, gracias a lo cual había hecho realidad su máxima aspiración: ser verdaderamente aceptada por el pueblo elfo. Con sinceridad, no creía que un humano fuese admitido.

—No, claro; no hay ninguna razón —repuso de manera muy poco convincente.

Buscó los ojos de su compañero y a continuación esbozó una triste sonrisa—. Al parecer te has liberado de todos los compromisos menos de uno. Esta noche tienes obligaciones familiares. ¿Cuándo empieza el baile?

Danilo miró por la ventana entrecerrando los ojos. Ya había anochecido, y las calles estaban iluminadas.

—Más o menos dentro de una hora. Si te das prisa, llegaremos con elegante retraso. Y si nos lo tomamos con calma —agregó con pícara sonrisa—, podemos llegar escandalosamente tarde.

—Una sugerencia muy tentadora, lord Thann —replicó ella en tono gazmoño, aunque los ojos le reían—. Pese a estar de acuerdo con el espíritu de la sugerencia, me parece un mal momento. Ve tú delante; yo iré tan pronto como pueda. Puesto que tu familia es quien da la fiesta, tu ausencia llamaría la atención y sería comentada.

—A lady Cassandra no se le escapa nada —murmuró Danilo, refiriéndose a la formidable mujer que le había dado la vida y que manejaba a la familia con voluntad de hierro y mano muy capaz.

Los ojos azules y dorados de Arilyn adquirieron el brillo duro y apagado común entre los guerreros que oyen mencionar su némesis.

—Muy cierto. Incluso sin el retraso, estoy segura de que daremos pie a algún tipo de escándalo.

—Ése es el espíritu —repuso él con aire aprobador.

No transcurrió más de una hora antes de que un coche alquilado se detuviera frente a las puertas de la villa familiar de los Thann y de él descendiera Arilyn. Era una gran mansión de mármol blanco que ocupaba casi toda una manzana del distrito norte.

Toda ella, hasta el último rincón, resplandecía de luz y sonido. Seguramente Danilo se había tomado una pequeña licencia poética al señalar la hora de inicio, pues todo indicaba que el baile hacía tiempo que había empezado.

Arilyn escrutó la escena con ojos entrecerrados, como un guerrero que evaluara un potencial campo de batalla. Aunque el Baile de la Gema era una de las últimas festividades de la temporada estival, en medio de ese esplendor, el frío y la monotonía del invierno parecían muy lejanos. Ni a la oscuridad de la noche se le daba tregua. La luna que coronaba los picudos tejados de la mansión Thann era tan brillante y plena como en verano, y en los jardines de la villa, flotantes globos de luz parpadeaban como gigantescas luciérnagas multicolores. Por las ventanas abiertas, se derramaba el sonido de risas y de música festiva.

La semielfa siguió a una pequeña multitud de rezagados, maldiciendo mentalmente la estrecha falda del vestido, que la obligaba a caminar con pasos menudos y afectados. Dentro, los numerosos invitados atestaban un gran salón que resplandecía con la luz de un millar de velas. Bailarines ataviados con los vividos colores de las piedras preciosas se inclinaban y giraban al ritmo de la música. Otros paladeaban los exóticos vinos que habían hecho la fortuna de la familia Thann, o disfrutaban de los magníficos músicos, que parecían omnipresentes. Algunas parejas desaparecían en reservados ingeniosamente diseñados o se perdían por los jardines

para recoger las últimas flores de un romance estival.

Arilyn tuvo que admitir que era todo un espectáculo. Esa fiesta era uno de los eventos culminantes de la temporada, y la nobleza local se comportaba en consonancia, compitiendo en elegancia, belleza o cortesía. Se suponía, incluso se exigía, que esa noche todo fuese perfecto. Cassandra Thann, la matriarca del clan y una de las referencias de la aristocracia, no habría tolerado lo contrario.

La única nota discordante, en el caso de que las alegres carcajadas pudieran considerarse discordantes, provenía del extremo más alejado del amplio salón. Con una certeza fruto de la experiencia, Arilyn se dirigió hacia allí.

Discretamente, se deslizó entre la multitud que rodeaba a Danilo, que empezaba a narrar sus desventuras con un dragón al que le encantaban los acertijos. Se trataba de la versión jocosa de una historia que Arilyn ya conocía. Danilo había introducido tantos cambios que la semielfa dudaba de que quienes hubieran vivido aquel terrible encuentro lo reconocieran. O tal vez sí. Arilyn ya había notado otras veces que la verdad hallaba el modo de colarse entre las palabras de un bardo, por mucho que tanto aquélla como éste se ocultaran bajo variopintos adornos.

Arilyn estudió al hombre que había sido su compañero arpista y a quien había entregado su corazón. Por su aspecto, parecía un dandi divertido y de agradables maneras, favorecido por la naturaleza, la fortuna y la buena compañía. Era alto, delgado y elegante, atractivo de cara y de cuerpo, y se movía como pez en el agua en ese tipo de reuniones sociales. Llevaba una exquisita chaqueta color esmeralda, cuyas mangas acuchilladas revelaban un reluciente forro dorado. Doradas eran asimismo las sortijas que brillaban en sus gesticulantes manos, y dorada era la espesa melena que le llegaba por debajo de los hombros.

La semielfa se dijo que *dorado* era el adjetivo que mejor lo definía. A bote pronto, no se le ocurría ninguna ventaja de la que no hubiera gozado, ni tampoco ninguna tarea que no fuese capaz de cumplir con una facilidad casi indecente. Todo en él señalaba a la persona satisfecha de sí misma. Y no parecía ser el único que tenía una alta opinión de sí mismo, pues su pícara sonrisa y su mirada maliciosa instintivamente arrancaban sonrisas complacientes en muchos de quienes lo contemplaban.

Arilyn no acababa de comprender qué podía ver en ella ese hombre alegre y que brillaba con luz propia; qué buscaba en una elfa cuya vida estaba enteramente dedicada al deber y el peligro. No obstante, cuando la vio, los ojos de Danilo brillaron con un placer genuino, que desmentía la fachada que exhibía en ausencia de Arilyn.

—¡Arilyn, ven a ver esto! —exclamó, levantando la voz para hacerse oír por encima del aplauso con el que había sido acogido su relato.

Danilo sostenía un objeto en la mano, una rosa a medio florecer de una insólita

tonalidad azul natural.

Un murmullo de interés recorrió a los observadores. Tales rosas eran legendarias, oriundas de la lejana Siempre Unidos. De algún modo, Danilo había conseguido algunos ejemplares de esos tesoros élficos. En honor de su amada, había decidido convertir el patio trasero de su casa en la ciudad en un jardín élfico que en nada tuviera que envidiar a un jardín de Siempre Unidos. Era una romántica historia que solía estar en labios de muchas damas de Aguas Profundas, siempre acompañada por nostálgicos suspiros.

Muchos ojos se posaron en Arilyn, algunos con envidia y otros simplemente con curiosidad. Los invitados se separaron hasta dejarla sola.

Unos pocos se fijaron expresivamente en la espada que le colgaba de la cadera.

Ella era la única persona armada en todo el salón. Desde luego, la hoja de luna era un objeto de valor incalculable, mucho más valiosa que las gemas que adornaban a buena parte de los invitados, pero seguía siendo un arma. Por si ello no bastara, seguramente muchos de los presentes habían oído rumores de la reputación de asesina de la semielfa, por lo que consideraban que presentarse en el baile con una espada no era un desliz sino una amenaza.

Sin prestar atención a las miradas, Arilyn se acercó a Danilo. Sus dedos rozaron la mano extendida del aristócrata y la simbólica rosa que sostenía. A continuación, retrocedió un paso para admirar el hechizo que evidentemente Dan había preparado para rendirle tributo.

Con el brazo extendido, sujetando la rosa, el joven entonó unos versos. Cuando retiró la mano, la flor azul se mantuvo suspendida en el aire. Salmodiando, se sacó de la bolsa que llevaba al cinto una pizca de polvo oscuro que despedía un inconfundible olor a corral, lo esparció por el suelo por debajo de la rosa y rápidamente dulcificó el pujante hechizo con otra capa de polvo que olía a prados y lluvia en verano. A ello le siguió una ráfaga de prestos y elegantes movimientos, acompañados por una canción en lengua elfa.

El poder —en forma de brillante luz verde— empezó a acumularse alrededor del bardo hechicero. Los espectadores mantuvieron un silencio expectante mientras la verde aura comenzaba a expandirse y los rodeaba también a ellos. Las risas y las conversaciones cesaron en todo el salón. Los invitados aguardaban los efectos del encantamiento. Sus rostros mostraban muy diversos grados de curiosidad, asombro o, en el caso de aquellos que conocían la reputación de Danilo como mago, temor.

El hechizo acabó en una nota aguda y vibrante. Algunos de los espectadores aplaudieron con entusiasmo por la música, aunque la mayor parte de ellos se limitó a contemplar con la boca abierta la transformación que sucedía delante de sus ojos.

La rosa azul crecía no a un ritmo natural, sino a la misma velocidad inquietante a la que un troll desmembrado era capaz de regenerarse o a la que una hidra generaba

dos nuevas cabezas para reemplazar la que un guerrero le acabara de cercenar con un hacha.

Pero a diferencia de tales monstruos, la rosa élfica no dejó de crecer al alcanzar su tamaño natural.

Su tallo se alargó hasta convertirse en un troncho del que brotaban renuevos, que a

su vez se elevaban rápidamente hacia el techo, mientras que las raíces se deslizaban por el liso suelo de mármol. Las hojas susurraban al desplegarse y los capullos estallaban literalmente al abrirse, como diminutas botellas de vino espumoso que un duendecillo invisible decantara. En cuestión de segundos, docenas, veintenas y centenares de exóticas rosas azules cubrían el mágico rosal.

O, mejor dicho, el monstruoso rosal. Los tallos se alzaban ya a medio camino del techo abovedado y empezaban a caer por su propio peso. No obstante, ello no frenaba el crecimiento. Arilyn empezó a inquietarse, torció el gesto y buscó la empuñadura de la espada.

Ramas que se alzaban gentilmente describían un lento e indolente arco hacia el exterior y luego descendían en picado hacia el suelo de mármol.

Los murmullos de asombro cesaron bruscamente para ser reemplazados, un instante más tarde, por gritos de alarma. Las numerosas ramas del rosal se abalanzaban hacia los invitados del baile como las afiladas garras de un centenar de halcones que atacaran.

Los gritos reclamaban a Khelben Arunsun, pariente de la familia Thann y el mago más poderoso de Aguas Profundas. Pero el archimago no se hallaba en el salón. Entre el creciente clamor, se distinguían las frenéticas salmodias de un puñado de magos de segunda clase, que trataban de contener la magia desatada. Lo único que lograron fue cambiar el tono azul élfico por otro más mundano, pero el arbusto continuaba imparable.

Todo ello ocurrió en menos de lo que se tarda en contarlo. En los segundos iniciales, Danilo se quedó completamente inmóvil, incapaz de reaccionar, en el centro de esa vorágine de verdor, sin que ni ramas ni espinas le causaran el menor daño. Pero enseguida se dio cuenta de que Arilyn no tendría tanta suerte. Su compañera había sido testigo en demasiadas ocasiones de sus toscos hechizos y temía que esa noche la semielfa no se diera cuenta de que el peligro era muy real. Arilyn se mantenía alerta, pero no huyó ante el vertiginoso avance de las espinas. Danilo pensó rápidamente.

—¡*Elegard aquilar!*— exclamó con la esperanza de que el antiguo grito de guerra de los elfos hiciera reaccionar a Arilyn.

Como esperaba, los ojos azul zafiro de la semielfa adoptaron la mirada fija, serena y desapasionada de un guerrero. La hoja de luna abandonó la vaina con un

siseo, presta para hacer frente al ataque del rosal. La semielfa alzó la espada a tiempo de frustrar la primera arremetida de las hojas, y enseguida adoptó el ágil ritmo de lucha de alguien avezado.

Algunas de las ramas con espinas se introdujeron entre la multitud de invitados en retirada, les desgarraron los brillantes vestidos y se enredaron en sus sueltas melenas.

Del todo aterrados, los caballeros y las damas nobles dieron media vuelta y corrieron desesperadamente hacia las puertas, todos a una: elegantes danzarinas tropezaban con sus diáfanos vestidos y caían al suelo; gentiles caballeros saltaban por encima de los cuerpos caídos de las damas, buscando sólo su seguridad. También los músicos abandonaron sus puestos, excepto un gaitero muy bromista, que se arrancó con las quejumbrosas notas de *Mi amada es como una rosa andante*.

Mientras todo eso pasaba, la espada élfica de Arilyn danzaba y cercenaba. A su alrededor, se amontonaban las ramas cortadas, que por desgracia impedían que avanzara y atacara la fuente del hechizo; el rosal, por supuesto, no a Danilo, o al menos, eso esperaba él.

Claro estaba que no las tenía todas consigo. A medida que Arilyn avanzaba hacia él, abriéndose paso entre ramas y espinas a tajos, la mirada de sus ojos azules fue haciéndose más grave y furiosa.

Danilo no la culpaba. Aunque era célebre por sus chapuceros hechizos, nunca hasta entonces Arilyn había sido la víctima de una de sus diabluras. El noble se estremeció cuando una rama del rosal salvó la guardia de la semielfa y se le enganchó en la falda del vestido. El terciopelo color zafiro cedió y se desgarró sonoramente del muslo al tobillo, dejando tras de sí una estela de sangre en la pierna desnuda.

Instintivamente, Danilo buscó con una mano la espada que solía llevar, y ya se movía hacia la semielfa con ánimo de ayudarla cuando recordó que iba desarmado.

—Quieto —le ordenó Arilyn, y atacó a fondo.

La hoja de luna rehiló tan alta y cercana que Danilo sintió una leve ráfaga de viento en la cara.

Retrocedió un paso y empezó a moverse en círculo, buscando algún modo de salvar la verdeante barrera que lo separaba de Arilyn. De pronto, el arbusto dejó de avanzar. Las inmóviles ramas, que parecían prepararse para seguir elevándose, comenzaron a brillar con luz verde, varias de las que yacían cortadas en el suelo desaparecieron y también el arbusto se desvaneció, excepto por la solitaria rosa azul medio abierta tirada en el suelo de mármol.

Por el rabillo del ojo, el joven vio que los invitados regresaban cautelosamente al salón con rostros animados por una expresión que era mezcla de fatiga y curiosidad. Sin embargo, toda la atención del bardo estaba fija en la mujer despeinada y de expresión adusta que tenía ante él. Pese a su labia, en esos momentos era incapaz de pronunciar una sola palabra para justificarse.

—Una actuación memorable. Una vez más, debería añadir —dijo una voz femenina cultivada, muy familiar además, que le hablaba al lado.

Sin necesidad de volverse y seguir la gélida mirada de ojos azules de quien había intervenido, Danilo supo que el irónico comentario de su madre incluía tanto su chapucero hechizo como la reacción de Arilyn.

También la semielfa lo entendió así. La mirada de Arilyn se posó fugazmente en Danilo con irónico reconocimiento del hecho y luego se fijó en la espada que aún empuñaba. Tras envainarla de nuevo, se dirigió a su anfitriona.

—Os pido disculpas por este alboroto. Una vez más, debería añadir. Si me excusáis, lady Thann —dijo señalando la desgarrada falda—, creo que será mejor que me cambie de ropa.

Cassandra Thann miró a la semielfa con elegante desagrado.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. —La pausa que siguió a estas palabras pareció gritar «aunque en nada más»—. Suzanne os conducirá a una habitación de invitados donde encontraréis el guardarropa adecuado. Elegid lo que queráis.

Era una orden apenas disfrazada de cortés ofrecimiento. Arilyn aceptó con un seco asenso y, de inmediato, se volvió para seguir a la doncella, que se había adelantado rápidamente para cumplir las órdenes de su ama.

Danilo cogió a Arilyn de un brazo cuando ella se abría paso a su lado.

—Hablaremos de esto más tarde —le susurró para que nadie más lo oyera.

—De eso, estoy segura —murmuró la semielfa a su vez, mirándole a los ojos y alzando una ceja negra como el ébano—. Puedes apostar tu...

En ese instante, se reemprendió el baile, y la música ahogó el final de la frase. No obstante, Danilo podía imaginar perfectamente cómo acababa.

El joven contempló cómo Arilyn se alejaba a grandes zancadas, como de costumbre, pues la esbelta columna de terciopelo ya no la estorbaba. Suspiró y volvió para encararse con la matriarca Thann: la segunda de las dos mujeres más temibles que conocía.

Cassandra Thann era hermana de Khelben Arunsun, o al menos eso pensaba la mayor parte de Aguas Profundas, y además madre de nueve hijos, que a su vez la habían convertido en abuela de una pequeña manada de nietos y nietas. Probablemente, había cumplido ya más de sesenta inviernos. No obstante, a pesar de las arrugas de desaprobación que surcaban su frente en esos momentos, apenas parecía diez años mayor que su benjamín. Su melena, primorosamente peinada, era tan espesa y rubia como la de su hijo menor, y conservaba una figura juvenil y estilizada. La edad no había conseguido desdibujar las finas y angulosas líneas de mejillas y mandíbula. Corrían rumores de que lady Cassandra debía su belleza a pociones de longevidad, pero Danilo no les daba crédito. Era mucho más probable que los años no osaran pasarle factura.

—Una fiesta magnífica —comentó el joven despreocupadamente, y unió las manos a la espalda para contemplar a los danzantes—. No se dejan amedrentar, ¿eh?

—Podemos dar gracias de eso —replicó Cassandra con un tono cortante que no chocaba con su plácida expresión—. Esa ridícula broma tuya ha estado a punto de poner fin a la fiesta.

Danilo observó cómo Myrna Cassalanter, una mujer joven con pelo de un brillante tono rojizo teñido con alheña y mirada de matahombres, se acercaba a su viejo amigo Regnet Amcathra. Corrían rumores, muy probablemente iniciados por la misma Myrna, de que el clan Cassalanter esperaba una boda entre ella y el joven vástago del acaudalado clan Amcathra. Tal como Dan sabía, Regnet pensaba de manera muy distinta. La cara del pobre Regnet mostraba una expresión de pánico, apenas velado por la cortesía, mientras conducía a Myrna a la pista de baile. Al parecer, esa noche estaba siendo dura para muchos.

—El baile hubiera acabado antes de tiempo; ¡qué desastre! —murmuró el joven Thann.

—Este año insististe en acudir —le recordó lady Cassandra. La mirada de la mujer siguió el camino seguido por Arilyn fuera del salón, tras lo cual se posó con toda su intensidad en Dan—. Espero que no prepares ningún anuncio.

El comentario lo desconcertó. Por un segundo, se preguntó cómo su madre había averiguado lo que Arilyn y él pensaban hacer cuatro años antes, pero al reflexionar un poco cayó en la cuenta de que el comentario de lady Cassandra se debía más a la tradición que a la adivinación. Los festivales de la cosecha y de primavera solían aprovecharse para anunciar compromisos. No obstante, las palabras de su madre le irritaron.

—¿Y qué si lo hubiera? —la desafió.

—¡Ah! —Cassandra sonrió levemente con una expresión mezcla de alivio y satisfacción que sacó de quicio a su hijo—. Ya pensaba yo que los rumores sobre tu... relación... con esa semielfa eran exagerados.

Danilo reaccionó con una perplejidad totalmente sincera.

—Hace más de seis años que Arilyn y yo somos pareja y, dejando de lado la debacle del Baile de la Gema de hace cuatro años, hasta ahora no te habías opuesto. ¿A qué se debe este cambio de actitud?

—¿De veras quieres saberlo? Como mercenaria era muy competente, y cuando una contrata a gente de ese tipo es inevitable soportar las molestias de que estalle una batalla. En el baile de hace cuatro años, nada realmente grave sucedió. Pero lo de este año es muy distinto. ¿Crees que no sé que las jóvenes suspiran por tu jardín élfico? Un hombre no se gasta una fortuna en zafiros y rosas azules por una simple mercenaria.

—Arilyn nunca ha sido una simple mercenaria.

Cassandra lanzó un suspiro entre dientes.

—Entonces, es verdad. Danilo, ya es hora de que tengas en cuenta tu posición. Ya no eres un muchacho para malgastar tu tiempo con tonterías y mujerzuelas.

El joven tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para sofocar la ira que brotaba en él como una llamarada.

—Cuidado con lo que dices, madre —dijo suavemente—. Hay palabras que no estoy dispuesto a tolerar ni siquiera de ti.

—Mejor que las oigas de mí que de otro. Esa semielfa no es digna de tu amor, y no hay nada más que decir.

Danilo observó largamente a los bailarines antes de calmarse lo suficiente para responder.

—No estoy de acuerdo, pero la discusión acaba aquí antes de que nos digamos cosas que no tengan remedio. Con todos mis respetos, madre, si fueses hombre te haría pagar caro lo que has dicho.

—¡Y si tú fueses hombre, no estaríamos teniendo esta discusión! —exclamó lady Cassandra. Pero su furia se calmó tan rápidamente como se había inflamado—. Hijo mío, debo ser franca.

—Para variar —murmuró Danilo.

Cassandra fingió no haberlo oído. Aceptó una copa de vino de un camarero que pasaba con una bandeja y la empleó para hacer un amplio gesto que englobaba a la brillante concurrencia.

—Mira a tu alrededor —dijo—. ¿Te has fijado en que no hay elfos entre la nobleza de Aguas Profundas?

—Sí. ¿Y qué?

—Deberías pensar en ello.

—¿Y qué me dices de la familia Dezlentyr? —repuso recordando de pronto un ejemplo—. Corinn y Corinna son semielfos, y Corinn heredará el título.

—Ya verás cómo se cuestiona ese derecho —respondió ella en tono atribulado—.

Ambos son hijos de la esposa elfa de lord Arlos. De su primera esposa —recalcó Cassandra—. ¿Recuerdas las circunstancias de su muerte?

Danilo recuperó de la memoria una historia que había oído en su juventud y que había olvidado mucho tiempo atrás.

—Fue encontrada muerta en el jardín —dijo lentamente—. Si no recuerdo mal, lord Arlos insistió en que había sido obra de asesinos profesionales. Según él, sus enemigos no podían tolerar que razas no humanas se mezclaran con la nobleza de Aguas Profundas, y afirmó que su esposa había sido asesinada por eso. Sin duda, no eran más que los desvaríos de un hombre destrozado por el dolor —añadió con énfasis.

—¿De veras? —Los ojos de Cassandra buscaron de nuevo los suyos.

Sobrevino un largo momento de silencio durante el cual Danilo no pudo hallar nada que replicar a tamaña absurdidad. Antes de que pudiera recuperarse, su madre se alejó y fue absorbida por el círculo de bailarines.

Arilyn recorrió majestuosamente los iluminados corredores sin prestar atención a las espigas que habían atravesado el delgado calzado que llevaba. En esos momentos, hubiese cambiado de buena gana su mejor caballo por un par de botas recias y prácticas, no sólo porque le hubieran ahorrado clavarse en los pies las espigas de la flor celeste, sino también para propinar un buen puntapié a Danilo en el trasero.

¿Qué mosca le había picado? Ciertamente era que a Dan le encantaba gastar bromas y que fingía ser un lechuguino superficial y cabeza de chorlito para actuar con mayor libertad. Todo eso Arilyn lo aceptaba, e incluso se divertía secretamente con la actuación del joven. Había aprendido a ver más allá de la broma, y por lo general, convenía con los propósitos del joven, aunque no siempre con sus métodos. No obstante, el truco de esa noche escapaba por completo a su comprensión.

Una vez más calmada, recordó la expresión de perplejidad que se pintó en la faz de Danilo. Además la había advertido usando el idioma elfo, lo cual era muy extraño, pues el joven ponía mucho esmero en ocultar a sus compatriotas su conocimiento de ese idioma. Definitivamente, lo de esa noche no había sido una broma estúpida.

—¿Falta mucho? —preguntó a la doncella tras doblar la enésima esquina del laberinto de pasillos y habitaciones de la mansión Thann.

La muchacha la miró por encima del hombro con una sonrisa comprensiva.

—Es una fiesta maravillosa, pese al incidente. Entiendo que estéis ansiosa por regresar a ella.

Arilyn alzó la vista al techo y se mordió la lengua. Tal vez era una fiesta maravillosa según los estándares humanos, pero para ella resultaba inevitable compararla con los festivales elfos. En Aguas Profundas se celebraban fiestas para hacer política, cerrar negocios y fraguar intrigas; no son para gozar y festejar realmente.

¿Qué podría saber la doncella de tales cosas? ¿Cómo podría conocer el gozo y la unidad de los festivales elfos? A juzgar por la sonrisa transparente y apacible de la muchacha, tampoco sabía nada de la pena y las complejidades que podían resultar de lo anterior. Arilyn no sabía si compadecerla o envidiarla.

Finalmente, la doncella le franqueó la entrada a una habitación e insistió en mostrarle un lujoso vestido tras otro, exponiendo los méritos de cada uno de ellos.

Ansiosa por acabar, Arilyn señaló un vestido plateado que le parecía de su talla y que era lo suficientemente holgado como para permitirle moverse con libertad. Entonces, se quitó las sandalias y se las tendió a la doncella para darle algo que hacer.

La muchacha lanzó una exclamación de horror al ver las espinas clavadas en el delicado tejido y, sin perder ni un segundo, empezó a arrancarlas y limpiar las manchas.

Arilyn, abandonada a sus propios recursos, se despojó rápidamente de su vestido hecho jirones y se puso el otro. Con una vigorosa sacudida, eliminó los restos de ramitas y hojas que se le habían quedado prendidos en el pelo y dejó que sus negros rizos le cayeran libremente sobre los hombros. Mientras esperaba que la doncella le devolviera el calzado, basculaba con impaciencia de un pie a otro.

—Me temo que es imposible hacer nada —dijo al fin la criada, lanzando al mismo tiempo una mirada de reproche a la semielfa—. Las habéis manchado con vuestra sangre.

—Qué poca consideración por mi parte —repuso Arilyn secamente—. ¿Hay botas ahí? —preguntó señalando con la cabeza el armario empotrado del tamaño de otra habitación.

La doncella abrió mucho los ojos y farfulló encendidas protestas. Arilyn dejó que hablara y se limitó a enarcar una ceja. La muchacha se dio por vencida con un suspiro.

Pocos momentos después, salía del armario sosteniendo cautelosamente con dos dedos un par de botas de cuero, bajas y de suela fina.

—No es un calzado apropiado. Lady Cassandra me ordenó que os atendiera y os proporcionara ropas adecuadas. Se enfadará cuando os vea con esto.

Arilyn reprimió un suspiro. Claramente eran de factura elfa, pues habían sido confeccionadas con piel de ciervo muy suave y teñidas de un azul tan intenso que ningún artesano humano podría haber logrado; además, la magia brillaba de un modo tenue en ellas. Muy probablemente valían mucho más que el collar de plata y zafiros que adornaba su cuello.

—Los elfos bailan con ellas —aseguró a la doncella.

—Bueno...

—Si te castigan por esto, yo hablaré con lady Cassandra y lo arreglaré —afirmó Arilyn con firmeza.

La muchacha se quedó mirándola un momento y lentamente esbozó una sonrisa especulativa.

—Me encantaría ver eso —confesó al fin.

—Dame las botas. Si debo cumplir mi promesa, esperaré hasta que te encuentres en primera fila para verlo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Las botas cambiaron de manos, y en cuestión de segundos, Arilyn regresaba a la fiesta sola. Tras doblar un par de esquinas se dio cuenta de que se había perdido. En la ida estaba tan embebida en sus propios pensamientos que no se había fijado por

dónde iban. El resultado era que ella, una elfa capaz de seguir a un venado a la luz de la luna o el rastro de una ardilla por los árboles, se había perdido en ese laberinto de pasillos y habitaciones.

—Bran se sentiría orgulloso de mí —murmuró entre dientes, refiriéndose al famoso explorador humano que era su padre.

Si Danilo llegaba a enterarse, tendría que soportar sus chanzas durante mucho tiempo. Decidida a no pasar por esa vergüenza, siguió adelante, limitándose a saludar con una mera inclinación de cabeza a los servidores e invitados con los que se cruzaba de vez en cuando.

Su humor se ensombrecía a cada giro equivocado. Finalmente, se rindió a lo inevitable y decidió que preguntaría a la siguiente persona que encontrara.

Oyó voces en una habitación del final del pasillo y hacia allí se dirigió a paso ligero, pero tan silenciosamente como una sombra gracias a las botas elfas prestadas. Al aproximarse a la puerta, frenó el ritmo y escuchó la conversación con la idea de decidir cuándo interrumpir.

—En mi opinión, ya hay demasiada magia en Aguas Profundas —afirmó con énfasis una voz masculina, cuyo ligero acento Arilyn conocía muy bien.

La semielfa se paró en seco. No era el tipo de afirmación que habría esperado oír de labios de Khelben Arunsun, el mago más poderoso de la ciudad y mentor de Danilo desde hacía mucho tiempo.

¡Qué mala suerte la suya! Si pedía indicaciones al archimago, seguro que Dan se enteraría de que se había perdido.

—Vuestra propuesta es muy interesante, Oth Eltorchul, pero también peligrosa —declaró una voz débil y quejumbrosa.

Arilyn supuso que pertenecía a Maskar Wands, un mago anciano, que, a decir de Danilo, se mostraba siempre tan nervioso como una gallina clueca.

—¿Peligrosa? ¿En qué sentido? Las esferas de sueños ya se han probado con voluntarios no sólo dispuestos a ello sino también deseosos de hacerlo. Aunque todos pertenecían a la plebe, me alegra poder afirmar que no sufrieron efectos perjudiciales.

Al contrario: las esferas de sueños les ofrecieron momentos de respiro en una vida insignificante y monótona.

Era una voz cualificada, que hablaba con la cadencia casi musical de un consumado mago, aunque con un desdén que al menos a Arilyn le dio dentera. Se trataba indudablemente de Oth Eltorchul, miembro de una familia de hechiceros dedicada a la educación y la experimentación mágicas. La semielfa lo conocía sólo de vista; era un hombre alto, con el pelo rojo típico de su clan y unos ojos color cerveza que miraban con la misma fijeza que una lechuza en busca de presa. Danilo estudió varios años con lord Eltorchul, el padre de Oth, pero no congeniaba con el hijo, de lo cual Arilyn se alegraba.

—¿De dónde provienen esos sueños? —preguntó una voz que no le era familiar.

Se hizo un breve silencio, roto por la desdeñosa risotada de Oth. Arilyn se dijo que la pregunta era muy razonable, pues todos los sueños provienen de alguna parte.

—No son más que ilusiones mágicas, lord Gundwynd; una experiencia artificial que a quien la vive le parece real. Es algo del todo inofensivo.

—La magia no es nunca del todo inofensiva —objetó Khelben—. Cualquiera persona prudente, mago o no, lo sabe.

Se oyó el áspero chirrido de una silla que se apartaba airadamente.

—¿Me estáis llamando estúpido, lord Arunsun?

—¿E insultar a todos los presentes? —replicó el archimago en tono exasperado—. —.

¿Qué sentido tiene afirmar que el cielo es azul si poseen ojos para comprobarlo ellos mismos?

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

Arilyn decidió que no se le iba a presentar ninguna buena oportunidad para interrumpir y dio dos pasos antes de que otra voz familiar la detuviera.

—Sentaos, Oth —ordenó lady Cassandra—, y escuchad el consejo que habéis venido a buscar. Os hablaré sin pelos en la lengua: nadie venderá esas esferas de sueños porque los magos de la ciudad se oponen. Cualquier intento de vender ilusiones mágicas en un puesto del bazar sería un estúpido reto lanzado a los magos y a su derecho de manejar su arte. Yo no pienso tener nada que ver con eso, ni con nadie que se involucre.

Las palabras de la noble dama fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

—Las esferas de sueños podrían ser muy populares —insistió Oth—. Podríamos sacar muchos beneficios.

—Eso también se aplica a la venta de esclavos, de personas y de determinadas plantas para fumar en pipa, pero la ley lo prohíbe, y vos lo sabéis, Oth.

—No existe ninguna ley que prohíba las esferas de sueños.

—La habrá —anunció una voz que Arilyn reconoció como la de Boraldan Ilzimmer, aunque se dio cuenta de que no parecía muy complacido con sus propias palabras—. El gremio de magos es muy poderoso en Aguas Profundas, por lo que sus deseos no tardarán en convertirse en ley.

—Bien dicho, lord Ilzimmer. La Vigilante Orden de Magos se encargará de que esas baratijas sean proscritas. Y si por alguna razón no es así, lo haré yo personalmente.

Pese a hablar con voz cascada por la edad, Arilyn no dudó de que Maskar Wands cumpliría su promesa. El patriarca del clan Wands era, probablemente, el mago más conservador de la ciudad y se oponía con vehemencia a cualquier uso frívolo o irresponsable de la magia.

—Ahí lo tenéis —dijo una voz joven, masculina y grave, que la semielfa no reconoció—. Aquí no encontraréis inversores, Oth. ¿Quién invertiría su dinero en una empresa condenada al fracaso?

—*Fracaso* no es la palabra que yo usaría —lo corrigió lady Cassandra—. Tal como Oth ha señalado, probablemente podría ganarse dinero vendiendo esas baratijas.

Si prohibimos la venta, caerán en manos de comerciantes poco escrupulosos, de gente que nada tiene que ver con nosotros —concluyó con desdén.

—Me sorprendéis, lady Thann —replicó Boraldan Ilzimmer—. En el pasado, vuestras palabras se correspondían con vuestros actos. No obstante, criticáis a los bribones sin escrúpulos al mismo tiempo que invitáis a vuestra fiesta al elfo Elaith Craulnober. Confraternizar con elfos, incluso con los honorables, no demuestra tener muchos escrúpulos.

—Lord Craulnober ha sido invitado por mi hijo, no por mí —se defendió lady Cassandra secamente—. Tal vez le permito demasiado.

Arilyn parpadeó a causa de la sorpresa. No había visto a Elaith entre los invitados, aunque no echaba la culpa a lady Thann por su descontento.

Danilo y Elaith habían sido enemigos hasta ese verano, cuando Danilo correspondió a la traición del elfo salvándole la vida. Por muy bribón y sinvergüenza que fuese, Elaith seguía siendo elfo y acataba ciertos códigos de honor. Por ello, nombró a Danilo «amigo de los elfos», el mayor honor que pudiera concederse a un humano. Después de eso, probablemente, Danilo había considerado natural invitar a Elaith, aunque era comprensible que lady Cassandra pensara de manera muy distinta.

—Yo no confío en los elfos y no veo con buenos ojos que se mezclen con la nobleza de la ciudad —declaró Boraldan con rotundidad—. Si surge algún problema...

—Nos ocuparemos de ello —le aseguró lady Cassandra con absoluta firmeza—.

¿Estamos de acuerdo en negar a lord Oth el permiso para vender esas baratijas?

—Si no lo hago yo, lo hará otro —dijo Oth sin dar su brazo a torcer—. Su existencia no podrá mantenerse en secreto. Muy pronto correrá el rumor de que existen tales maravillas, y alguien hallará el modo de sacarles beneficio. Mejor si es uno de nosotros.

Se hizo un largo y ominoso silencio, que Arilyn fue incapaz de interpretar.

—El comercio está sujeto a una serie de restricciones que no todos los vendedores y clientes de los puestos conocen —dijo, al fin, Cassandra Thann cautelosamente—, pero quienes tratan de contravenirlas acaban mal.

—Estáis hablando con el futuro lord Eltorchul —replicó Oth, indignado—. ¿Osáis amenazarme?

—Jamás se me ocurriría hacerlo —dijo Cassandra de un modo irónico—. Habéis solicitado audiencia para escuchar nuestro consejo, y ya lo tenéis.

—Comprendo —repuso Oth con dureza.

Arilyn no, pero no quería saber más. Y tampoco quería que la pillaran escuchando detrás de la puerta. Así pues, se dirigió hacia la escalera situada al fondo del pasillo y bajó corriendo la pronunciada espiral, diciéndose que más pronto o más tarde llegaría a la planta principal, donde podría guiarse por el resplandor procedente del gran salón.

No obstante, siguió descendiendo más profundamente de lo que, según había calculado, se hallaba la planta principal sin encontrar ninguna puerta. A medida que descendía, la escalera era cada vez más estrecha y la titilante luz de las antorchas sujetas a abrazaderas de hierro en los muros daba paso a la oscuridad. Arilyn ajustó los ojos al nivel de la escasa luz que necesitaban los elfos, capaces de registrar los complejos y sutiles patrones térmicos.

La escalera moría en un oscuro y silencioso corredor situado bajo la mansión Thann. A un lado, se abría una vasta y fría sala atestada de pequeños estantes, en los que se guardaban polvorientas botellas. Los Thann eran vinateros, y Danilo le había hablado con frecuencia de sus bodegas. Arilyn apenas miró por encima ese tesoro escondido, pues toda su atención se concentraba en las huellas que llevaban más allá de la puerta.

Eran huellas de calor, grandes y débiles, que pertenecían a varios seres. Arilyn hincó una rodilla en el suelo para examinarlas mejor y se llevó una sorpresa.

Eran huellas de tren: enormes criaturas reptadoras y subterráneas, que únicamente emergían a la superficie para comerciar. Arilyn las conocía. Los tren eran asesinos, y la semielfa había luchado contra ellos. Por su experiencia, si se habían aventurado hasta allí era con un propósito homicida. Los tren eran capaces de aumentar o disminuir la temperatura corporal para adaptarse a su entorno, por lo que el hecho de que las huellas fuesen débiles no significaba que no fueran recientes.

Y las que había hallado eran muy recientes.

Arilyn se levantó silenciosamente y desenvainó la espada. Gracias a las propiedades mágicas de las botas elfas, seguiría las huellas de las criaturas asesinas sin dejar rastro.

2

Danilo alzó la mirada hacia una de las altas y estrechas ventanas que flanqueaban el gran salón. Desde que lanzara el desafortunado hechizo, la luna había ascendido tal vez el doble de su anchura. Arilyn tardaba mucho más en regresar de lo que había esperado.

Una campechana palmada en un hombro lo arrancó de sus ensoñaciones. Un hombre alto y de pelo castaño rizado lo contemplaba con fingida consternación.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! ¡Te han pillado bien! ¿Cuánto tiempo hace que esperas a esa mujer?

—No más tiempo del que tú llevas huyendo de esa otra —repuso Danilo a su amigo Regnet Amcathra con una irónica sonrisa.

Simultáneamente, Danilo señaló con la cabeza a Myrna Cassalanter, la cual susurraba chismes a una mujer ataviada con un vestido color esmeralda y que exhibía una expresión de escandalizado deleite.

Regnet se rió de buena gana.

—¡A mí me parece una eternidad! ¡Y la noche aún es joven! No obstante, yo no hablaba solamente de esta noche. En serio, Danilo, hace años que no salimos juntos para beber y conocer mujeres. El mundo está lleno de ellas, por si lo has olvidado.

—A mí sólo me importa una.

Una vez más, la mirada de Danilo se dirigió a la puerta por la que había desaparecido Arilyn.

—¡Una sola mujer! —Regnet sacudió la cabeza con desaprobación—. ¡Qué lástima verte así!

—Tranquilo, tengo otros vicios —le aseguró Danilo, blandiendo una copa vacía.

—Bueno, eso es un consuelo. —El noble escrutó el salón, y sus ojos se iluminaron al posarse en una bonita camarera que divisó en el otro extremo—. Estamos de suerte:

ahí hay alguien que nos alegrará la vista a los dos.

Ambos se acercaron a la muchacha, e inmediatamente Regnet inició un flirteo.

Danilo aplaudió su elección. La chica era alegre, de pelo cobrizo, ojos grises reidores y, al sonreír, se le formaban hoyuelos en las mejillas. Aunque su voz arrastraba el áspero acento de los barrios bajos, poseía un afilado ingenio.

—No me malinterpretéis si os digo que deberíais alejaros de aquí —aconsejó a Regnet—: se aproxima un fuego fatuo.

Danilo siguió la mirada de la camarera y estalló en carcajadas. Myrna Cassalanter se acercaba con la mirada fija en Regnet. Con su cabellera escarlata y el vestido del mismo color, realmente parecía una llama agitada por el viento. Los fuegos fatuos se consideraban de mal agüero y ciertamente, en sentido práctico, los gases provocados

por la combustión en ciénagas dejaban tras de sí un olor nauseabundo. A Dan no se le ocurría una mejor descripción de Myrna —una redomada chismosa por profesión e inclinación— que la propuesta por la camarera.

Después de que Myrna arrastró a su presa hacia la pista de baile, Danilo alzó la copa hacia la camarera en silencioso saludo. La muchacha respondió con una rápida y pícaro sonrisa, seguida por un encogimiento de hombros.

—He visto bastante como para saberlo.

—¿Fuegos fatuos? —inquirió Dan, risueño.

—¡Ojalá! —exclamó la muchacha con anhelo—. No, nunca he salido de Aguas Profundas.

Danilo se sirvió otra copa. La voz de la muchacha no reflejaba lástima por sí misma, sino un genuino anhelo, así como una naturaleza inquieta, que él también compartía.

—¿Adónde irías?

—No sé. A cualquier sitio que no olera a pescado y cerveza.

Dan rió y pilló un albaricoque maduro de la bandeja de un criado que pasó por allí.

—Cuando yo me siento inquieto, esto me ayuda un poco. Pruébalo y ya verás cómo su sabor conjura imágenes de la calidez del sol y de lejanos países.

—¡Oh!, no me atrevo a comer mientras estoy de servicio —protestó la muchacha, pese a que contemplaba la fruta como si se tratara de una piedra preciosa—. Y si la guardo para más tarde, pueden creer que la he robado.

Danilo asintió con la cabeza. El robo por parte de la servidumbre se castigaba duramente. No obstante, parecía muy injusto negarles los manjares que ayudaban a servir.

—En ese caso, dime cómo te llamas y haré que te envíen algunos.

—¿Ah, sí? —repuso ella incrédulamente, aunque sin rencor—. Junto con una caja de vino élfico, supongo...

La camarera no acabó la frase, pues algo había captado su atención. Danilo siguió su mirada e hizo una mueca. No muy lejos, una joven de curvas vertiginosas bailaba muy acaramelada con un apasionado noble. Ambos movían las manos con más entusiasmo que los pies. Normalmente, Danilo no lo habría considerado extraño —después de todo, las atenciones que Myrna dedicaba a Regnet no eran más sutiles—, pero tenía razones para desconfiar de esa mujer en concreto. Al parecer, lady Isabeau no olvidaba fácilmente su pasado como Sofía, la carterista.

—Disculpa —murmuró al mismo tiempo que dejaba la copa sobre la mesa.

En el rostro de la bonita camarera asomó una fugaz mirada de consternación.

—Tened cuidado con ésa, señor. No os dejéis engañar por su aspecto. No es trigo limpio.

—Tienes buen ojo —comentó él, empezando ya a alejarse—. Gracias por el consejo; lo tendré en cuenta.

—Lilly —soltó ella de pronto.

Danilo se volvió y alzó una ceja con gesto inquisidor.

—Mi nombre —se explicó la muchacha—. Sólo quería que lo supierais. Yo sé cómo os llamáis vos. Sois motivo de comentarios —añadió con una sonrisa.

—Sí, me lo imagino —replicó secamente, disfrutando de la ácida e irónica lengua de la muchacha, incluso cuando la dirigía contra él. Se despidió llevándose una mano a la frente—. Lilly, ha sido todo un placer.

Hábilmente separó a Isabeau de su pareja de baile y, danzando, la llevó con discreción a un reservado.

Tan pronto como supo que nadie los miraba, Isabeau se desasió y se puso bien derecha, no tanto en actitud desafiante como para exhibir sus abundantes encantos femeninos, enmarcados entre la gargantilla de rubíes y el escotado vestido.

—¿Habéis venido a cobraros lo que os debo, lord Thann? —preguntó, burlona—.

¿Una cita a cambio de rescatarme y darme una nueva posición? No me sorprende, pero no esperaba que reclamaraís vuestro premio en un lugar tan público.

Danilo extendió una mano con la palma hacia arriba.

—He venido a conseguir algo; en eso tienes razón. Vamos, dámelo.

Isabeau hizo un mohín de inocencia ofendida.

—No entiendo.

—Es evidente. ¿Debo recordarte que eres lady Isabeau Thione, una dama noble emparentada con la casa real de Tethyr? Ya sé que todo esto es nuevo para ti, pero debes aprender a comportarte según las costumbres de la nobleza de Aguas Profundas.

—¡Bravo! —Isabeau esbozó una fría sonrisa de burla y fingió que aplaudía—.

¡Acabas de ganar el premio al comentario más rancio de la noche! La única diferencia entre mí y la mayor parte de esta gente tan fina es que ellos roban grandes cantidades, normalmente a los pobres. En el poco tiempo que llevo en la ciudad, me he dado perfecta cuenta de ello.

Danilo no se dejó distraer del tema.

—No hagas que me arrepienta de haberte traído aquí —la advirtió—. A algunos les encantaría llevarte de vuelta a Tethyr.

Isabeau se calmó al instante, y sus ojos negros recorrieron apresuradamente el salón hasta posarse en el elfo de cabello plateado y ojos color ámbar vigilantes como los de un halcón.

—Muy bien —repuso con petulancia, y empezó a vaciarse el bolsillo. En cuestión de segundos, Danilo se encontró con las manos llenas de objetos que la mujer había birlado a sus compañeros de baile: monedas, colgantes, una pequeña esfera de cristal

e incluso un anillo de tamaño inusual, con un gran cuarzo rosa engarzado.

El noble se contempló las manos con consternación.

—¿Tienes idea del tiempo que tardaré en inspeccionarlos todos y devolverlos sin que sus dueños sospechen?

La mujer cruzó los brazos sobre su abundante pecho y sonrió.

—Eso tiene fácil solución: devuélvemelos y te ahorrarás muchas molestias.

Danilo suspiró y se guardó el tesoro en la bolsa que le colgaba del cinto.

—Será mejor que te marches, Isabeau. Ya hablaremos de esto más tarde.

—Mucho más tarde, espero —replicó la mujer con displicencia.

Con la mirada, Isabeau examinó la multitud, sin duda buscando una de sus víctimas. Grácilmente se alejó del reservado para mezclarse con la confusión de sedas de los bailarines.

Momentáneamente, Danilo sintió deseos de seguirla. Después de todo, él y Arilyn habían llevado a Isabeau a Aguas Profundas para que estuviera segura, siguiendo órdenes de los arpistas. Aunque después ambos habían lamentado haberlo hecho, continuaban teniendo una responsabilidad personal en el asunto: mantener Aguas Profundas a salvo de Isabeau.

Elaith Craulnober se fijó en que Danilo se llevaba a la mujer sureña a un reservado y no le cupo la menor duda de por qué: la moza era una ladrona condenadamente hábil. Ese mismo verano le había robado una daga a él, nada más y nada menos, y por ello, a punto estuvieron de colgarlo.

Tal hecho convertía a Isabeau Thione en una persona singular en Aguas Profundas: era la única que había osado cruzarse en su camino y que aún seguía con vida. Si había hecho una excepción con ella, había sido únicamente por la deuda de gratitud que tenía con Danilo Thann. ¿Qué era la insignificante vida de una mujer en comparación con el valor de la suya propia?

Ellos dos, elfo y bardo humano, habían recorrido un largo camino. En el pasado, Elaith había contratado sicarios para que asesinaran a Danilo, pues consideraba que era demasiado trivial como para tomarse la molestia de matarlo él mismo. No obstante, con el tiempo, sus sentimientos hacia el joven lord Thann habían pasado de un profundo odio a un respeto a regañadientes. De no ser por Danilo, Elaith habría perecido a manos

de una multitud de vengativos gnomos por un asesinato que no había cometido. En agradecimiento, había pagado su deuda al modo elfo, es decir, había nombrado a Danilo «amigo de los elfos».

Con distinción era un regalo excepcional, un compromiso de aceptación y lealtad absolutas, y un honor que raras veces se confería a un humano.

Y sin duda, también era lo más estúpido que había hecho en décadas.

La principal prueba de ello era su presencia en esa maldita fiesta. Con la excepción de unos pocos músicos contratados y de la semielfa Arilyn, Elaith era el único elfo invitado, por lo que decir que era el centro de todas las miradas sería quedarse muy corto. Él prefería pasar desapercibido. Dada la naturaleza de sus actividades, parecía lo más prudente.

Ésa era su segunda fuente de permanente descontento. Elaith era un canalla que se había hecho rico mediante actividades que iban de simplemente sancionables a sospechosas o descaradamente ilegales. Desde muy joven, la vida le había llevado por caminos oscuros y tortuosos. No obstante, en los últimos tiempos había adquirido una cierta virtud que, para decirlo con suavidad, resultaba terriblemente inconveniente.

Hacía tanto tiempo que Elaith había desechado prendas tales como el honor, la lealtad y la tradición que estaban ya apolilladas y no se sentía cómodo con ellas.

Un invitado, definitivamente borracho, echó a andar haciendo eses hacia el elfo.

Elaith lo observó con profundo desagrado. No era un ejemplar de humano especialmente impresionante: estatura media, hombros estrechos y caídos, así como exiguo pecho. Gran parte de su peso se había acumulado en caderas y nalgas. Tenía el pelo rojizo cortado casi al cero y una barba recortada exageradamente en punta. Sin duda, su intención era asemejarse a un sátiro aunque, en realidad, en conjunto daba la penosa imagen de un macho cabrío con dos patas.

Inmediatamente, el mercader le obsequió con todo tipo de historias. Puesto que el único modo de escapar hubiera supuesto clavarle una daga y salir corriendo, se limitó a dejar que el tipo continuara hablando con su lengua de trapo, mientras él se dedicaba a observar a la multitud.

En celebraciones como ésa, uno podía enterarse de muchas cosas, y a la rápida mirada del elfo no se le escaparon varios encuentros muy interesantes, algunas alianzas inusuales y unos pocos tratos cerrados. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que la información era una moneda tan valiosa como el oro y consideraba que había ganado lo suficiente como para compensarle del aburrimiento de esa deprimente fiesta.

—... vender la gema elfa justo delante de sus narices, eso haré —alardeó el mercader.

Las últimas palabras del pelmazo atrajeron la atención de Elaith.

—¿Gema elfa? —lo animó a proseguir.

—Una cosa enorme. —El humano sonrió, encantado, ante ese signo de interés—.

Un rubí lleno de magia. Y cada día que pasa crece más y más, ¿eh?, ¿eh? —Se inclinó hacia el elfo y le hundió un codo en las costillas.

Elaith añadió mentalmente aquel presuntuoso patán a la lista de funerales a los que le gustaría ir en un futuro próximo. Era una lista que crecía casi tan rápidamente

como la flor celeste de Danilo. Resultaba muy limpio ir eliminando a la gente a medida que uno iba avanzando y acabar de una vez. Tal vez Isabeau Thione estuviera a salvo de su daga, pero a ese mercader sólo le protegía la información que aún podía revelar.

—Me temo que no he entendido bien vuestro nombre —dijo Elaith de un modo cordial.

El mercader se irguió bamboleándose sólo ligeramente.

—Mizzen Doar, de Luna Plateada. Proveedor de piedras preciosas y cristales.

—Claro, claro. ¿Y el caballero contra el que va dirigido vuestro ingenioso plan?

La pregunta del elfo tuvo unos efectos inesperados. Mientras el mercader pugnaba por formular una respuesta, su vaga sonrisa vaciló; los ojos, hasta entonces nublados, se fijaron en su interlocutor e inmediatamente reflejaron temor.

—Yo os conozco —dijo vocalizando mejor—. ¡Qué estúpido he sido! ¡Sois... ese elfo!

El hombre dio media vuelta y se retiró con indecente rapidez, lo cual costó a Elaith un buen número de fugaces miradas de sospecha y dio pábulo a los chismorreos.

El elfo se dijo a sí mismo que ése era el desafortunado resultado de una vida larga y mal empleada. Durante décadas, habría ocultado sus fechorías bajo sus hermosas facciones elfas y su cuantioso encanto; pero, con el tiempo, las fechorías forjaban una reputación.

Así pues, no se sorprendió cuando un criado le entregó discretamente junto a una copa de vino una nota doblada. Era probable que se tratara de una petición de su formidable anfitriona para que se marchara. Otra posibilidad era que uno de los miembros de la aparentemente formal y seria nobleza comerciante deseara tratar de negocios lejos del resplandor de aquel selecto círculo.

Un vistazo al papel le dio la solución: era un laberinto de diminutas líneas, sin duda un mapa. Interesante. Ningún miembro de la nobleza de la ciudad se arriesgaría a ponerse en contacto con el elfo canalla a no ser que el asunto fuese muy urgente. A juzgar por la complejidad del mapa, debía de habérselo enviado alguien de la familia Thann o un servidor de la casa. Ya se ocuparía de Mizzen más tarde.

Elaith esbozó una leve sonrisa y se guardó la nota en un bolsillo. Después de acabarse el vino, salió discretamente al jardín para dirigirse al punto de encuentro indicado en la nota.

Una vez que estuvo solo, Danilo se dejó caer contra la pared. Se encontraba en un buen aprieto. Isabeau había robado a más de una docena de invitados. Si llegaba a saberse que se habían producido robos en la fiesta de los Thann, lady Cassandra se sentiría mortificada y avergonzada. Pese a que él y su madre discrepaban en muchas

cosas, Dan no quería que sufriera tal humillación.

Lo cierto era que tampoco lady Cassandra estaba totalmente libre de culpa. Él la había advertido. Desde el día en que conoció a Isabeau Thione no le había causado más que problemas, y así se lo había dicho a su madre. Pero su madre se había dejado deslumbrar por el apellido Thione y se había empeñado en invitar a su baile a un miembro de la restaurada casa real de Tethyr.

Bueno, él había hecho lo posible. Cassandra había tenido la última palabra y debería cargar con las consecuencias. De repente, se dio cuenta de qué ocurriría casi con total probabilidad.

—Si surge algún problema, todos culparán a Elaith —murmuró para sí—.

¡Maldita sea! ¿Por qué no se me ha ocurrido antes?

Danilo sacó de la bolsa parte del botín robado por Isabeau y observó los brillantes adornos con gesto torvo. Un anillo, en especial, le llamó la atención. En la piedra rosada se había grabado una viva llama rodeada por siete diminutas lágrimas: el símbolo de Mystra, la diosa de la magia.

El joven gruñó en voz alta. En su ignorancia, o en su suprema arrogancia, Isabeau se había atrevido a robar a un mago.

Se acercó el anillo a los ojos para examinarlo con detenimiento y descubrió diminutas bisagras astutamente disimuladas en el engarce, lo que indicaba la existencia de un compartimento secreto. Localizó el cierre y lo accionó para levantar la tapa. En su cara interior, tenía grabado un anticuado gorro de mago: la divisa de la familia

Eltorchul. Dentro vio un polvo del color del marfil viejo.

Dan lo olió con cautela. Era hueso pulverizado, muy probablemente un ingrediente para realizar uno de los hechizos transformistas de los Eltorchul.

—Cuidado u os veréis convertido en un asno —le advirtió una voz forzada y condescendiente.

El joven alzó la mirada y se encontró con el rostro estrecho y atractivo de Oth Eltorchul. Con gran esfuerzo, esbozó una sonrisa bondadosa.

—Algunos dirían que sería superfluo transformarme en un asno. Este anillo os pertenece, ¿verdad?

El mago Eltorchul avanzó. Aunque era demasiado educado como para arrebatarse sin más la sortija que le ofrecía Danilo, la agarró con toda la brusquedad que permitían las buenas formas.

—Debo de habérmela dejado en el lavabo. ¿Cómo ha llegado a vuestro poder?

—Una dama la encontró y me la entregó para que la devolviera a su propietario —contestó Danilo sin mentir del todo—. Debo decir que ha sido una afortunada coincidencia que pasarais por aquí.

—No ha sido coincidencia. Os buscaba para preguntaros una cosa.

A Danilo no se le escapó que Oth parecía dolido por admitirlo.

—¿Y qué es?

—La rosa azul. La espadachina elfa.

El joven no estaba seguro de adónde quería llegar Oth y mucho menos de que le gustara. Por ello, su seco asentimiento fue todo menos invitador.

El mago vaciló; era evidente que aborrecía verse en la posición de peticionario.

—He oído que sois capaz de conjurar la magia élfica conocida como «canto hechizador». Si eso es cierto, me gustaría que me enseñarais, pues está fuera de mi alcance.

Aquella no era la pregunta que Danilo esperaba y sí la última que tenía intención de responder.

De hecho, había aprendido a lanzar un solo hechizo élfico con un arpa elfa encantada, pero después de esa única vez había sido incapaz de reproducir el elusivo espíritu del canto hechizador de los elfos. Le costó darse cuenta de que la magia de la hoja de luna de Arilyn había tendido profundos y místicos lazos de unión entre su destino de humano y el de los elfos. Cuando la conexión se cortó, su frágil vínculo con la magia élfica desapareció. Danilo no se lo había confesado a ningún humano y no pensaba confiarse a Oth.

—Bueno, como de costumbre, los rumores exageran —replicó con ligereza.

—Entonces, ¿no podéis invocar el canto hechizador?

Dan fue incapaz de decidir si Oth se mostraba decepcionado o satisfecho.

—No, no sé.

—¡Ah! No puedo decir que me sorprenda. Es de todos sabido que los elfos son extremadamente reservados al respecto.

La mezcla de arrogancia e ignorancia del mago dejaron apabullado a Dan, aunque sabía que era una tontería. Después de todo, Oth mantenía la fortuna familiar creando y vendiendo nuevos hechizos mágicos. Probablemente, había abordado a un sabio elfo con la intención de regatear como un vendedor de camellos para conseguir una magia que para los elfos era más valiosa que las reliquias familiares o las joyas de la corona.

Al imaginarse la previsible reacción de los elfos, esbozó una rápida y maliciosa sonrisa que suprimió con presteza, pues no deseaba ofender a Oth.

No obstante, el mago ya no le prestaba atención a él sino que contemplaba a Isabeau con ojos especulativos.

—Una mujer muy hermosa —comentó Danilo.

Tenía la esperanza de que ése fuese el único motivo que explicara el interés de Oth. Aunque también era posible que el mago hubiese seguido el rastro del anillo perdido y que su interés por el canto hechizador fuese solamente fingido. No obstante, Oth no parecía enojado mientras miraba a la bella ladrona.

—Sí, realmente hermosa —convino el mago—. Si me disculpáis, voy a pedirle un último baile. Os recomiendo que hagáis lo mismo, joven —le aconsejó, lanzándole una sesgada mirada—. En esta fiesta, hay muchas damas de buena familia, no como otras.

La intención era claramente ofensiva. Danilo, harto ya de encajar insultos dirigidos a Arilyn, reaccionó a la manera típica de un noble cuando el nombre y el honor de su dama eran difamados. Avanzó un paso e instintivamente una mano descendió al cinto, donde solía llevar la espada, anticipándose a un desafío formal.

—No os lo aconsejo, joven lord Thann —comentó el mago, divertido—. Estáis desarmado, y en más de un sentido, debería añadir. Si esa fascinante exhibición de horticultura es muestra de vuestro talento con la magia, os recomiendo que os dediquéis a otra cosa y que no se os ocurra desafiar a un consumado mago.

La ironía que encerraba el comentario de Oth suponía un desafío casi tan claro como el insulto dirigido a Arilyn.

El poder latía en su mente, clamaba en su sangre y hormigueaba en la punta de sus dedos. Podría aplastar a aquel tipo altanero y detestable cual vil gusano sin siquiera mancharse una bota. Saber que era capaz de ello le tentaba y le repelía a la vez.

Danilo ladeó la cabeza esbozando el gesto de un caballero que da la razón a otro.

—Creo que estamos de acuerdo, lord Eltorchul: un desafío desigual no honra a ninguno de los combatientes.

El arrogante mago se quedó mirándolo mientras trataba de decidir si las palabras de Danilo debían interpretarse como admisión de su inferioridad o como un sutil insulto.

Se sonrojó de modo que su estrecho rostro se veía casi tan rojo como el cabello. Tras responder a la inclinación de cabeza de Danilo con un seco asentimiento, giró sobre sus talones y se alejó con paso arrogante hacia los bailarines.

Arilyn avanzó sigilosamente por los túneles siguiendo el débil rastro, que se desvanecía a ojos vista. Dobló una esquina con todos los sentidos completamente alerta; aunque la magia de la hoja de luna que la avisaba de los peligros se mantenía extrañamente silenciosa. Tal vez ni siquiera se hubiese apercebido de la emboscada de no ser porque una lengua semejante a la de una serpiente gigante se agitó anticipadamente en el aire.

Se quedó inmóvil, pues sabía que la visión de los tren requería movimiento.

Cuando las criaturas ya no le prestaban atención, lentamente se refugió en las sombras para observar mejor la escena.

Pese a su aguda visión elfa, transcurrieron varios segundos hasta que pudo discernir a los tren en las sombras en las que se ocultaban. Poseían la capacidad

camaleónica de confundirse con el color y la textura, e incluso con los patrones térmicos, de las paredes de piedra. Eran cinco: seres altos, recios y cubiertos de escamas, que caminaban sobre dos patas. Como vestigios de su ascendencia reptadora, conservaban una cola que apenas era un muñón, y una boca ancha y cruelmente curva, llena de afilados colmillos de reptil. Los cinco iban armados con largas dagas, lo cual parecía innecesario dado que sus manazas acababan en garras. Uno de ellos —el mayor del grupo y probablemente el líder— sostenía un cuchillo pequeño en forma de hoz.

Arilyn montó en cólera al comprender el propósito del cuchillo curvo, que no era matar sino destripar a la víctima. Ello significaba que la víctima seguía viva cuando los tren empezaban a devorarla. Los tren eran asesinos eficaces y sanguinarios, así como

voraces carnívoros que apenas dejaban trazas de sus crímenes. Vagamente vio cómo de las fauces del cabecilla colgaba un hilillo de baba, como si se le hiciera la boca agua al pensar en su próxima víctima. Aunque todos los tren estaban a punto para saltar, no atacaron.

Era evidente que no se habían apercebido de la presencia de la semielfa. Arilyn se alegró de ello, pues tendría tiempo para prepararse y ayudar a quienquiera que cayera en la trampa.

Una mano ligera se posó en uno de sus hombros y otra la agarró de la muñeca derecha; era el signo elfo de la paz. Arilyn se volvió bruscamente, sobresaltada y al mismo tiempo dolida porque alguien se le hubiera acercado sin que se diera cuenta.

Al volverse, se encontró cara a cara con un alto elfo de cabello plateado, un elfo de la luna, al que desgraciadamente conocía demasiado bien.

3

No tenía sentido retrasar la tarea; era preciso devolver el resto del botín robado por Isabeau. Danilo cogió un brazaletes de plata de la bolsa y lo examinó en busca de indicios que lo condujeran a su propietario.

Un hombre de baja estatura y pelo rojizo irrumpió en el reservado y se detuvo en seco al ver que no estaba solo. Con sus ojos saltones y una barba rala y puntiaguda, a Danilo le recordó a un macho cabrío aterrado.

—¿Os sucede algo? ¿Puedo seros de alguna utilidad? —inquirió el noble al mismo tiempo que se levantaba, resignado a que no fuese una velada tranquila.

El desconocido se dejó caer sobre la silla que Dan acababa de dejar libre.

Respiraba a boqueadas rápidas e irregulares.

—No, no, ya se ha ido. Sólo necesito recuperar el aliento.

La mirada de absoluto terror en los ojos del hombre disparó la alarma en la mente de Danilo. Sabía perfectamente quién de los presentes en la fiesta era capaz de inspirar tal emoción.

—Si alguien os ha ofendido, estoy seguro de que lady Cassandra desearía saberlo —dijo para inducirle a hablar.

—No es necesario. Ya está todo arreglado —repuso el hombre bruscamente.

Ya más calmado, se levantó, enderezó sus escuálidos hombros, se despidió de Danilo con apenas una inclinación de cabeza y se lanzó de lleno a la multitud.

Danilo lo siguió, buscando con la mirada la figura esbelta y flamante de Elaith Craulnober. Muy apropiadamente, el elfo había elegido un ópalo como color de gema.

En medio de la multitud de brillantes rojos, verdes y azules, su pelo plateado y el pálido satén de su atavío —blanco con destellos y sombras azules— le daban la apariencia de una espada con vida propia. Danilo se preguntó si Elaith había buscado deliberadamente dar esa imagen.

Pero no. Teniendo en cuenta el color de gema que había elegido, era poco probable. El ópalo era una piedra semipreciosa y un poderoso conductor de magia. Era de uso corriente en la magia elfa y, más en concreto, en él se basaban los poderes mágicos de las hojas de luna. Elaith poseía una, aunque mucho tiempo atrás se había aletargado por considerar que no era un heredero digno de ella. Así pues, durante muchos años, la hoja de luna había sido para Elaith un símbolo de desgracia y fracaso.

Con gran esfuerzo, había logrado despertarla de nuevo y la custodiaba sólo hasta que su hija alcanzara la mayoría de edad. Sin duda, el atavío que había elegido para el baile representaba una reivindicación de su honor.

Pero ¿dónde se habría metido el elfo de la luna?

Conociendo a Elaith, se le ocurrían bastantes respuestas. Con un suspiro, guardó de nuevo el brazalete robado en la bolsa y se encaminó a la puerta con la intención de preguntar a los mozos de cuadra si Elaith se había marchado. En caso negativo, tendría que encontrarlo y poner fin a lo que quisiera que el elfo se trajera entre manos. Por un momento, el joven comprendió perfectamente la exasperación de su madre; gracias a él, la lista de invitados de lady Cassandra incluía a una ladrona de Tethyr, una semielfa con fama de asesina y un mortífero elfo, que, entre otras cosas, probablemente era el gángster más poderoso al norte de Puerto Calavera.

—Si quiero superarme —murmuró mientras recorría el jardín—, el año que viene tendré que traer un par de ilitas y un dragón rojo.

Arilyn se quedó mirando fijamente los ojos color ámbar de Elaith, paralizada por su súbita aparición.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo el elfo en un tono meloso, casi como si cantara—. Creí que me encontraría con un mensajero muy distinto.

La semielfa se desasíó y adoptó una agazapada postura de combate.

—Si llevas un arma, desenváinala —le aconsejó hablando entre dientes—. Estás a punto de recibir el mensaje.

En un único y hábil movimiento, Elaith desenvainó dos cuchillos que llevaba ocultos bajo las mangas. Incluso con la visión térmica, Arilyn percibió claramente su perplejidad y vacilación.

Inmediatamente, los tren atacaron, y el rostro de Elaith expresó, de pronto, una mezcla de comprensión y alivio. Al menos, contra esos enemigos podía luchar abiertamente. Con la velocidad de una serpiente, se lanzó al ataque con los cuchillos alzados para interceptar el primer golpe.

Arilyn oyó el entrecocar del acero, pero su atención estaba fija en los dos tren que se abalanzaban hacia ella. Las enormes zarpas empuñaban cuchillos idénticos con la punta hacia abajo, listos para asestar rápidas puñaladas.

No era un asalto que tuviera fácil defensa. Arilyn esquivó al tren más cercano y levantó la espada para efectuar una parada oblicua con la punta inclinada hacia atrás por encima de su hombro. La puñalada se deslizó a lo largo de la hoja elfa sin causar ningún daño.

Rápidamente, se retiró y se agachó para evitar el cuchillo del segundo tren.

Mientras se levantaba, giró sobre sí misma. Procurando mantenerse a salvo de las malignas púas que sobresalían de la parte posterior del codo de los tren, giró en torno a la criatura al mismo tiempo que efectuaba un barrido horizontal, asiendo con fuerza la espada con ambas manos.

Con una velocidad y agilidad insólitas en un ser tan grande, el tren esquivó el golpe, retrocediendo velozmente dos pasos e inclinando el cuerpo de un modo

exagerado. Agitaba sus largos brazos para mantener el equilibrio.

Arilyn había anticipado esa reacción. Cambió la dirección del ataque, desplazó el peso hacia el pie más atrasado y se lanzó a fondo con una impetuosa estocada. El acero penetró en la axila expuesta del tren y se hundió. Al notar cómo la espada rascaba contra hueso, la semielfa apoyó en ella todo el peso del cuerpo.

La hoja de luna se clavó aún más profundamente en la carne del reptil, perforó el pulmón y buscó el principal corazón del monstruo. Por sus fauces brotó un abundante chorro de sangre, lo cual indicaba que la espada había hecho diana.

Arilyn plantó un pie contra el cuerpo del tren y tiró de la espada para liberarla.

Inmediatamente, giró sobre sí misma para hacer frente a su primer atacante. La hoja de luna hendió el aire con un zumbido audible, que finalizó en un ruido áspero cuando el metal raspó las escamas del reptil. De un lado a otro del pecho del tren, brotó una delgada línea de sangre.

La semielfa retrocedió unos pasos a fin de evaluar la situación. No era un corte mortal. Gruñendo de indignación, el tren se llevó las garrudas manos a la herida para unir los bordes del pellejo. Mientras se preparaba para lanzar su siguiente ataque, fulminó a la semielfa con la mirada.

De inmediato, una nauseabunda miasma invadió el túnel. Arilyn retrocedió; el hedor le impedía respirar y le provocaba arcadas. En un abrir y cerrar de ojos, Elaith apareció a su lado y le puso en las manos un trozo de lino. Aunque dudaba de que sirviera de mucho contra la bruma debilitadora, se tapó la nariz con la tela.

Un suave aroma floral penetró hasta el último resquicio de su cuerpo, colmándola con una sensación semejante a la del vino espumoso que se bebe demasiado deprisa y en demasiada cantidad. El horrible hedor se fue convirtiendo en un recuerdo a medida que el antídoto hacía su efecto. Arilyn parpadeó para limpiar los ojos de lágrimas y alzó la espada en posición de defensa.

Justo a tiempo. El tren herido, creyéndola fuera de combate, la atacaba confiando en que la mataría. Con una de sus garrudas manos aún se sujetaba la herida, mientras que la otra la dirigía a la garganta de la semielfa. Lo seguía el líder con la hoz levantada ya.

Ágilmente, Arilyn se puso fuera del alcance del tren herido. Antes de que pudiera pasar a la ofensiva, un pequeño cuchillo plateado revoloteó entre ella y el tren, y se hundió en el estrecho tajo que la hoja de luna había abierto.

La semielfa echó una fugaz mirada a Elaith, asombrándose de la capacidad del elfo para intervenir en su ayuda, pese a estar librando su propia batalla, que no había terminado ni mucho menos. El elfo plateado había despachado a un tren, y sus dagas gemelas se estaban ocupando del último del mismo modo que un tiburón acabaría con una ballena herida: cortándolo a trocitos lentamente.

La ira de Arilyn creció como una marea roja e imparable. Aunque Elaith la

hubiera ayudado, no una sola vez sino dos, ¿acaso no tenía ningún código de batalla?

No había honor ni en sus métodos ni mucho menos en el cruel placer que reflejaba su faz.

Apretó los dientes, decidida a poner fin a la lucha rápidamente. Dos de sus atacantes habían muerto. El tren alcanzado por el cuchillo de Elaith había frenado el avance tan bruscamente como si hubiera chocado contra un muro mágico; agitó débilmente las zarpas en el aire y, finalmente, buscó a tientas la empuñadura del cuchillo que Elaith había arrojado. Pero su cuerpo se puso rígido y comenzó a caer hacia delante.

El líder soltó un rugido de rabia mientras arremetía contra la semielfa. Blandía la hoz en el aire como si se preparara para recoger una mortal cosecha.

Arilyn se apartó a un lado, de modo que el tren moribundo quedara entre ella misma y su atacante. El líder llevaba demasiado impulso como para ser capaz de frenar, por lo que la hoja curva de la hoz se hundió en los suaves pliegues del cuello de su compañero moribundo. Antes de que pudiera arrancar el arma, el peso de su camarada, que caía, lo arrastró al suelo. Arilyn se lanzó al asalto con la espada apuntando al ojo del asesino.

La punta del acero chocó con la protuberancia ósea, se deslizó por las escamas, cortándolas fácilmente, y buscó la estrecha órbita ocular.

Pero el tren fue más rápido. Lanzando otro rugido, sacudió la enorme cabeza y se libró de la espada de Arilyn. A continuación, liberó la hoz de la garganta de su compañero muerto y se alejó de los cuerpos sin vida de los componentes de su clan. Y así se fundió en las sombras, haciéndose tan invisible como una gota de agua en el océano.

El primer impulso de la semielfa fue seguirlo, pero por su larga experiencia en campos de batalla sabía que no era aconsejable apresurarse a dar la espalda a ningún adversario. Giró con la espada en guardia, lista para enfrentarse al último tren o al elfo que luchaba con él.

El tren seguía en pie, aunque se tambaleaba. Sangraba por múltiples heridas. Ya no podía presentar batalla; sus largos brazos le colgaban sin vida y las garras arañaban la piedra del suelo con cada balanceo sobre unas patas que apenas lo sostenían.

No obstante, Elaith no parecía dispuesto a acabar con el juego. Arilyn había visto gatos que guardaban los graneros torturar a las ardillas que capturaban mostrando más clemencia y menos placer.

—¡Acaba de una maldita vez! —espetó al elfo.

Elaith le lanzó una rápida mirada de sorpresa, como si de repente recordara dónde se encontraba y quién era. Arilyn habría jurado que por un instante había visto la vergüenza reflejada en sus bellas facciones.

Rápidamente, el elfo le dio la espalda, como si pretendiera apartarse de una verdad incómoda, dejó caer al suelo un arma goteante y, de un pliegue oculto en sus vestiduras festivas, sacó un delgado cuchillo. Con un rápido giro de muñeca, lo lanzó contra el ángulo interior de la boca del monstruo, que mantenía abierta y floja. La punta de plata atravesó el pellejo por el lado opuesto de la boca del tren y abrió una ruta por la que rápidamente salió sangre. El tren se desplomó enseguida y cayó, casi agradecido, al suelo empapado de sangre.

Elfo y semielfa se miraron largamente. El asco y la gratitud se batían para protagonizar las primeras palabras de Arilyn.

—Supongo que debería darte las gracias —dijo al fin.

—Muy a tu pesar, según veo —repuso el elfo sin pelos en la lengua, y alzó una mano para impedir el intercambio de palabras que era costumbre entre dos elfos después de luchar codo con codo—. No me debes nada, princesa. Mi deber desde que nací es servir a la casa real. Mi espada está a tu servicio.

Arilyn se quedó muda, tal como, sin duda, pretendía Elaith. El rufián era uno de los pocos que conocía la ascendencia de la semielfa y el único elfo que la aceptaba y la reconocía abiertamente. Entre los *tel'quessar* —el término elfo que significaba simplemente «gente del Pueblo»— no tenía nada de honorable ser la hija mestiza de una princesa exiliada. Pero Elaith, por razones particulares, no compartía esa opinión.

—Deberíamos seguir al último tren —dijo la semielfa, que había apartado la mirada y se dedicaba a limpiar su espada.

—Desde luego. No obstante —añadió con una leve sonrisa—, me parece que arriba te espera otra batalla. Ha sido una velada llena de emociones.

Arilyn no se lo discutió. Primero, el percance de Danilo con el hechizo de la flor celeste y, luego, la extraña conversación que había escuchado a escondidas.

Rememoró las palabras pronunciadas por lady Cassandra, la promesa de zanjar inmediatamente cualquier problema que pudiera causar Elaith. Tras luchar con asesinos a sueldo, aquellas palabras cobraban un nuevo y siniestro significado.

Era absurdo. Arilyn sacudió la cabeza tratando de apartar de sí tales pensamientos.

Una cosa era que lady Cassandra fuese tan temible como un dragón, pero no se la imaginaba contratando asesinos para deshacerse de los invitados que no se comportaran como era debido. Por otra parte, corría el riesgo de que Elaith lo creyera posible y actuara en consecuencia.

El elfo propinó un puntapié a uno de los voluminosos cadáveres.

—Me preguntó quién los contrató —pensó en voz alta, haciéndose eco de la misma preocupación que la semielfa.

Arilyn carraspeó.

—¿Alguna idea? —preguntó.

—Las posibilidades son casi ilimitadas —respondió con ligereza—. ¿Crees que ésta es la primera vez que pasa? No le des más vueltas. Yo, desde luego, no lo haré.

Arilyn no se tragó que Elaith pudiera tomarse el ataque tan a la ligera.

—Hablaré con Danilo sobre ello —dijo suavemente, y observó al elfo, que absorbía los múltiples niveles de significado que encerraban las palabras de Arilyn.

—¿Crees que lord Thann me ha invitado a la mansión familiar para que me encontrara con estos asesinos? —preguntó Elaith, aludiendo directamente a los temores de Arilyn.

—¡No!

—Yo tampoco —dijo, y aunque pareció que iba a añadir algo, se limitó a sacudir la cabeza y marcharse.

Arilyn no trató de retenerle. Como él mismo había dicho, la esperaba otra batalla.

Una vez que Elaith hubo desaparecido, Arilyn siguió su rastro por un laberinto de pasillos subterráneos hasta dar con una puerta oculta y un breve tramo de escalones de piedra que conducían a un escotillón abierto. Arilyn alzó la vista hacia lo que parecía ser un cobertizo de jardín. Encima, se extendía el cielo negro aterciopelado; la luna había rebasado ya su cenit. La aventura había durado más de lo que había creído.

El Baile de la Gema la esperaba. A bote pronto, podría haber nombrado hasta una docena de sangrientos campos de batalla a los que había acudido con más entusiasmo y menos temor. Lanzando un suspiro de profunda frustración, se puso derecha, se remangó la falda del vestido prestado y subió la escalera con aire resuelto.

La lámpara de aceite situada a un lado de la cama parpadeó y se apagó. A la tenue luz del fuego que ardía en el hogar, Oth Eltorchul contempló a la mujer lánguidamente tumbada a su lado.

—Un final muy agradable para una velada ciertamente lamentable —comentó.

¿Agradable? ¿Eso era todo lo que se le ocurría? Temiendo que si hablaba se le escapara lo que realmente pensaba, Isabeau se limitó a esbozar una leve sonrisa que le permitió mostrarle los dientes.

La mirada de la mujer voló a la ropa del mago, pulcramente colgada de ganchos.

Con ojos expertos, calculó el peso de los bolsillos secretos, así como el valor de lo que contenían. Tendría que ser bastante para compensarla por la velada y por ese hombre.

En cambio, su vestido color rubí yacía desparramado en el suelo como un charco de vino. Anillos, pendientes y una gargantilla de piedras rojas —todo a juego— sembraban la mesita de noche. Por supuesto, eran de cristal, pues por el momento solamente podía permitirse buenas falsificaciones, aunque pensaba poner remedio a esa situación lo antes posible. Hasta entonces, la noche había resultado muy poco provechosa debido a la intervención de Danilo Thann. Ansiosa por cambiar su suerte,

buscó con impaciencia en el rostro de Oth signos de la somnolencia que sigue al placer.

Pero el mago se encontraba de humor expansivo y dispuesto a repetir las quejas que Isabeau había tenido que soportar durante todo el trayecto hasta La Sílfide de Seda.

—Lamentarán haber rechazado mi propuesta, ya lo veréis. Me han tratado como un inoportuno plebeyo, sin mostrar la deferencia debida a un miembro de la aristocracia.

Una pequeña inversión, un pequeño aval. ¿Qué es eso para los Thann, Ilzimmer y Gundwynd? ¡Las esferas de sueños podrían haberlos hecho muy ricos!

Isabeau enroscó un mechón del pelo bermejo de Oth alrededor de un dedo.

—Ya son ricos, mi señor.

Oth le lanzó una mirada brusca y airada. Al moverse, apartó el mechón de pelo del dedo de la mujer, aunque no pareció darse cuenta.

—No mostráis el debido respeto a las esferas de sueños. ¡Qué distinto sería de haber experimentado sus efectos!

La idea lo electrizó. Bruscamente, se incorporó en el lecho y se alisó con gesto distraído el rojo cabello.

—¿Qué es lo que deseáis de corazón? ¿Qué maravillas queréis vivir?

—Mi señor, en estos momentos no deseo nada más —replicó ella con una lenta y cálida sonrisa.

El mago hizo caso omiso de la adulación.

—Perteneceis a la casa real de Tethyr, pero he oído que fuisteis criada de vuestra familia adoptiva y que nunca habéis visitado vuestro país natal. ¿No os gustaría reclamar, aunque sólo fuese por un momento, lo que podría haber sido vuestro? ¿Os gustaría ver el palacio y ser recibida por la nueva reina?

Sin esperar respuesta, Oth se levantó de un salto y se acercó a su capa. Después de rebuscar entre los pliegues, extrajo de un bolsillo una pequeña esfera levemente luminosa, que depositó en manos de Isabeau.

—Sujetadla. Cerrad los ojos e imaginaos el sol encima de torres de mármol rosa —le indicó.

Isabeau obedeció, más para seguirle la corriente que porque realmente deseara vivir la ilusión. No comprendía cómo alguien podía contentarse con un fugaz sueño.

Ella siempre había vivido según una máxima muy simple: lo que quería lo conseguía.

Sus horizontes habían traspasado los límites de la apartada taberna regentada por gnomos; el único hogar que había conocido. Entonces su territorio era una rutilante metrópoli, y apenas podía contener los deseos de hacerse con todo lo que había visto.

No obstante, una extraña fragancia la atrajo y la sedujo. Isabeau inspiró

profundamente para embeberse del aroma del sol meridional que incluía calor intenso, flores, así como el olor dulce y almizclado de frutas y especias raras. De repente, ese aroma estalló en luz, como un festival de fuegos de artificio, que a su vez lentamente se fue solidificando en una escena tan espléndida que Isabeau se sintió invadida por una irresistible añoranza.

Damas y caballeros, visires y cortesanos, todos ellos vestidos de punta en blanco, estaban sentados a mesas cubiertas por manteles de hilo bordado y usaban cubiertos de plata. Tras ellos, los muros de mármol rosa del palacio se realzaban con maravillosos tapices. Se celebraba un banquete digno de una reina. Sobre las fuentes de plata, se apilaban exóticos frutos tropicales. Los diminutos pastelillos dispuestos en las bandejas despedían un apetitoso aroma, y sobre cada una de las mesas descansaba un pavo real asado. Las brillantes plumas azules y verdes de la cola se habían sujetado y desplegado de nuevo para recrear su esplendor y dar la impresión de que las orgullosas aves también querían ser partícipes de la cena.

Pero nadie probaba la comida; todos los presentes alzaban sus copas en señal de saludo. A Isabeau le pareció que la miraban a ella: a lady Isabeau Thione, de la casa real de Tethyr, por lo que inclinó graciosamente la cabeza, aceptando el homenaje.

—¡Por la reina Zaranda! —exclamó un hombre gordo con grasiento pelo negro.

—¡Por Zaranda! —lo secundaron todos a una.

Isabeau disimuló el sentimiento de mortificación y rápidamente asió la copa.

Apenas tuvo tiempo de llevársela a los labios antes de que el brindis acabara. Para su alivio, y también desilusión, nadie parecía haber reparado en su metedura de pata, pues todas las miradas estaban fijadas en la mujer sentada en la mesa real situada detrás y a la derecha de donde se encontraba ella.

La joven lanzó una larga mirada de soslayo a la reina Zaranda. La soberana era una mujer de mediana edad, hermosa, con un esbelto cuerpo de luchadora, fuertes facciones y espesa melena blasonada con un mechón blanco. Iba vestida con sencillez y no llevaba más joyas que la corona de plata. Tampoco parecía sentirse impresionada por los elogios ni el lujo. A Isabeau se le antojó que la nueva reina parecía allí ridícula y fuera de lugar: no era más que una plebeya del norte, una hechicera de baja estofa y mercenaria, que inexplicablemente había accedido al trono.

Y ese trono, por derecho, pertenecía a Isabeau.

Isabeau ignoraba de dónde había surgido aquel pensamiento. Nunca había considerado su recién descubierto linaje como un camino que recorrer, sino como una oportunidad de la que sacar beneficio. Pero entonces veía las sutiles miradas que le lanzaban, las leves inclinaciones de varias cabezas morenas meridionales, mientras alzaban sus copas en homenaje a la falsa reina.

La joven despertó tan bruscamente que sus ojos seguían deslumbrados por la visión. Bajó la mirada a la esfera de cristal que sujetaba en una mano, deseando que

la magia continuara, pero la pequeña esfera estaba fría, silenciosa y lechosa, como la sonrisa de un bebé.

—¡Haced que regrese! —gritó furiosa, volviéndose hacia Oth—. ¡Quiero más!

El mago echó la cabeza hacia atrás y se rió, encantado.

—Eso es lo mejor. ¿Es que no lo comprendéis? ¡Un solo sueño nunca basta! Abre nuevas perspectivas, descubre nuevas posibilidades. Puesto que pocas personas poseen la inteligencia, el talento o el carácter necesarios para convertir sus sueños en realidad, se gastarán gustosamente una moneda tras otras para comprarlos.

Las irresponsables palabras del mago afianzaron la resolución de Isabeau. A ella no le faltaba ni la inteligencia ni la voluntad de salirse con la suya, pero la esfera de sueños le había sugerido todo un nuevo mundo de posibilidades.

—Un juguete fantástico, mi señor —dijo al fin, inclinando la cabeza como un espadachín que reconociera un punto a su rival—. Los nobles comerciantes han sido estúpidos al rechazaros. Yo jamás lo haría.

Isabeau sonrió en descarada invitación y dio palmaditas a las arrugadas sábanas, pero Oth tenía la cabeza en otros asuntos.

—Lo que no saben es que las esferas se venderán, tanto si ellos quieren como si no. Ya ha habido intentos de robarlas para desentrañar sus secretos mágicos. ¡Mizzen, ese maldito bellaco, es el peor de todos!

—Mizzen —repitió ella. El nombre le sonaba de un cotilleo que le había llegado por casualidad—. ¿El mercader de cristales?

—Ese mismo. —La mirada de Oth se tornó astuta—. Mientras lo he necesitado, he tenido que soportar sus ineptas ambiciones, pero ya ha desenterrado y ha tallado suficientes cristales. La mayoría de ellos han sido encantados. Lo único que queda por hacer es transportar por barco las esferas acabadas a Aguas Profundas. Eso —añadió frunciendo la frente airadamente—, y hallar el modo de venderlas sin que los señores de la ciudad se den cuenta.

En cuanto a eso, Isabeau tenía varias ideas propias. Pero lo primero era conseguir que el hombre se durmiera. Se levantó del lecho e interceptó a Oth, que se paseaba inquieto.

—Decidme, mi señor —susurró echándole los brazos al cuello—, ¿poseéis alguna esfera de sueños que podamos compartir?

El mago la contempló con una nueva expresión de respeto.

—Eso no se me había ocurrido —dijo con asombro—. ¡Cuántas posibilidades! Un noble hastiado por una esposa que no lo pierde de vista podría imaginarse que corteja a una reina sin salirse de los límites. Y también su esposa podría vivir la relación con su señor del modo que más le gustara.

—Las esferas se venderían por docenas —convino con él Isabeau, y miró con intención la capa del mago—. Tal vez, deberíamos probarlo antes.

Mucho más tarde, cuando la luna estaba a punto de desvanecerse y el fuego no era más que ardientes ascuas, Isabeau se escabulló de la cama. No tenía ni idea de qué oscura fantasía había imaginado Oth y no deseaba saberlo. No le cabía ninguna duda de que las esferas de sueños se venderían, aunque ella misma jamás volvería a usar una.

Cuanto antes se librara de ellas —provechosamente, claro estaba—, y también de Oth, mucho mejor.

La joven se acercó sigilosamente a la ropa del mago y, con rapidez, le vació los bolsillos. En ellos encontró varias joyas de excelente calidad, una bolsa llena de monedas y un pequeño cuchillo de plata del tipo de los que los caballeros llevaban encima para servirse en la mesa. Se lo guardó todo en los bolsillos ocultos en las prendas que habían quedado tiradas por el suelo, astutamente cosidos a las pesadas enaguas y entre las ballenas del corsé.

Antes de registrar la capa del mago, tuvo un breve momento de vacilación. No obstante, hundió resueltamente las manos entre los pliegues y empezó a sacar esferas de sueños, una a una, hasta completar casi la veintena, lo cual representaba una pequeña fortuna. Haciendo caso omiso de su persuasivo zumbido mágico, las escondió, junto con sus propias joyas, en los escondrijos preparados al efecto.

Ese era el robo más audaz y arriesgado que Isabeau había cometido en toda su vida. Notaba las manos húmedas y temblorosas. La joven se las secó en las enaguas, inspiró profundamente para calmarse y volvió al lecho, junto al mago, que dormía.

Arilyn recorrió apresuradamente el jardín hacia el gran salón. A juzgar por el ajetreo de los carruajes que abandonaban la villa y el tono apagado y lánguido de la música que emanaba del salón, el baile podía darse por finalizado.

Danilo le dio la bienvenida en la puerta, risueño pero con mirada de preocupación.

—Lo siento —gruñó Arilyn.

El noble se sobresaltó, pero enseguida prorrumpió en carcajadas.

—¡No te imaginas cuánto he echado de menos tu singular encanto!

—Me han entretenido unos asuntos —respondió ella, de mala gana.

—Eso he supuesto. —Danilo la cogió por el brazo y la condujo afuera, al jardín—. Ese vestido que llevas emana un leve tufillo que me recuerda al de una criatura no muerta.

—Un zombi tren. Menuda perspectiva, ¿no te parece? —comentó la semielfa con una mueca—. Como si los tren vivos no fuesen lo suficientemente malos.

Danilo retrocedió, sobresaltado y profundamente inquieto.

—¿Tren? ¿Aquí? ¿En la mansión Thann?

—¿Conoces a los tren?

—Son criaturas inmundas y asesinos profesionales, ¿no es así?

Arilyn asintió con un gesto de cabeza, contenta de ahorrarse al menos ese tipo de explicaciones. Habían pasado años desde que ella misma había interpretado el papel de asesina y, no obstante, aún acusaba el peso y la oscuridad de aquella época.

—Hay más.

Mientras paseaban, la semielfa le relató con detalle la conversación que había escuchado a escondidas y el ataque contra Elaith Craulnober. Danilo no la interrumpió, pero su expresión se fue turbando.

—No sé qué se lleva entre manos Elaith ahora mismo, pero es posible que alguien lo organizara para acabar con él —concluyó Arilyn.

La furia asomó a los ojos de Danilo mientras componía las diferentes piezas de información.

—¿Crees que lady Cassandra es la responsable?

—Yo no culpo a nadie. Me limito a decirte lo que oí. Independientemente de quién ordenara el ataque, deberías prepararte para futuras dificultades. Elaith Craulnober no es de los que perdonan una ofensa.

—¿Sigues desconfiando de él? —inquirió Danilo con expresión preocupada.

—¿Tú no? Pero antes que nada, ¿me puedes decir qué mosca te picó para llenar la sala de baile con flores celestes?

Danilo agitó una mano en un gesto leve y despreocupado.

—Quería ofrecerte un ramo; no un monstruoso jardín.

—¿Y qué pasó? —insistió la semielfa.

—¡Ojalá lo supiera! —respondió el joven noble en tono más serio—. La verdad, me preocupa. Después de lo que me has contado, el fracaso del hechizo parece más grave.

—No comprendo.

Danilo se detuvo y la arrastró suavemente hacia un apartado rincón cubierto por parras. Arilyn jamás lo había visto tan sombrío.

—¿Cómo es posible que hayas caído en la emboscada de los tren? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo es posible que Elaith pueda haberte sorprendido?

Eran preguntas demasiado embarazosas. Arilyn se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—¡Ve al grano! —ordenó.

La mirada del joven se posó en la espada que pendía de la cadera de la semielfa.

—La magia de la hoja de luna debería haberte avisado del peligro.

A Arilyn no se le había pasado por alto, aunque hasta entonces no había tenido tiempo de reflexionar sobre ello.

—Conozco a la perfección el hechizo de la flor celeste —prosiguió Danilo hablando en voz baja—. Es uno de los encantamientos elfos más sencillos, al alcance

de cualquier mago humano dispuesto a invertir parte de su oro y su tiempo. Soy capaz de conjurarlo tan fácilmente como tu espada es capaz de partir un melón por la mitad. ¿Por qué crees que tanto tu magia elfa como la mía fallaron?

En su voz había un dejo de amargura. Antes de que hablara, Arilyn supo qué iba a decir y se puso a la defensiva.

—¿Echas la culpa a la hoja de luna?

—¿Por qué no? ¿Desde cuándo esa maldita espada no determina todo lo que pasa entre nosotros? Nos reunió cuando su magia destruyó a un puñado de arpistas, muchos de los cuales eran amigos míos. Luego, nos unió cuando tu tozudez elfa te impidió aceptar tus sentimientos. Y sus exigencias nos separaron cuando tú elegiste romper el vínculo que había creado entre nosotros.

Arilyn sintió que el corazón se le hacía pedazos al contemplar el insondable dolor que reflejaban los ojos de Danilo. Ya no quedaba nada del jovial dandi ni del atento cortesano. La semielfa nunca había visto tan claramente el sufrimiento que había causado a su mejor amigo con su sacrificio bienintencionado.

—Dan —dijo suavemente, tendiéndole una mano.

Pero él no la miraba. Se había vuelto para observar la luna que se ponía, como si en su brillante superficie pudiera leerse toda la sabiduría de los dioses elfos.

—He sido un estúpido —dijo el noble en voz baja—. Nada puede cambiar el hecho de que estés ya comprometida con la hoja de luna, y su magia se asegurará de que no establezcas ningún otro compromiso que pueda interferir.

—¡No puedes creer eso! —exclamó Arilyn al comprender el significado de las palabras del joven.

Danilo suspiró y se hundió una mano en la cabellera.

—No estoy seguro de lo que creo. No obstante, he crecido rodeado de magia y sé que existen fuerzas antagónicas. Tal vez tu espada me considera una amenaza para el camino que debes seguir y te está forzando a elegir entre ella o yo.

—¡Eso es ridículo! —protestó la semielfa, tratando de imbuir sus palabras de una convicción que no sentía porque el argumento de Danilo le sonaba inquietantemente verosímil.

La sonrisa del joven fue al mismo tiempo deprimente y perceptiva.

—Ya renuncié a la espada una vez —afirmó Arilyn con rotundidad.

Finalmente, Danilo la miró a la cara.

—Sí, para liberar mi espíritu de una servidumbre que no había elegido por voluntad propia. ¿En tan baja estima me tienes para creer que aceptaría que tú te sacrificaras por mí? Porque eso sería lo que harías si rechazaras conscientemente el compromiso que adquiriste al heredar la espada.

Arilyn no pudo negar aquella simple verdad. En vez de ello, dio media vuelta y abandonó el rincón como si pretendiera alejarse de la sombra que las palabras de

Danilo habían revelado.

El joven la siguió. Durante un rato, pasearon en un silencio total, solamente roto por los débiles sonidos de los invitados que se despedían y el crujido de las hojas secas, que recordaban que el verano ya había pasado.

Al llegar a la verja más alejada, Danilo cogió la mano de Arilyn y se la llevó a los labios. La expresión de sus ojos era triste, pero resuelta.

—En una ocasión me liberaste, aunque yo no te lo pedí. Ahora yo hago lo mismo.

Habían compartido muchas despedidas, pero ésta era distinta. Una profunda desolación se adueñó de Arilyn al pensar que tal vez no volverían a verse. Un opresivo dolor y una conmoción fría sacudieron atrozmente su cuerpo; era una sensación peor a cualquier herida que hubiese recibido en batalla. La joven sacudió la cabeza y pugnó por articular palabras de protesta, pero tenía un nudo en la garganta.

Era demasiado tarde. Danilo se había marchado dejando tras de sí una nube de débiles motas plateadas, que titilaron un momento en el aire y luego cayeron como lágrimas en el otoñal jardín.

La hoja de luna que le pendía de la cadera empezó a zumbar con su magia familiar por primera vez desde que había entrado en la villa Thann.

4

En la sala común de La Sílfide de Seda, Elaith Craulnober bebía a sorbos su cerveza mientras observaba cómo el personal preparaba el desayuno. En el aire flotaban buenos olores: pescado ahumado, gachas de avena endulzadas con miel y frutas secas, pan fresco y el penetrante olor de la madera de manzano que ardía. Era una taberna excelentemente gestionada y muy próspera. Elaith se había asegurado de ello. Había sido una suerte que su presa se hubiese refugiado en ese cubil en particular, aunque de todos modos el elfo habría dado con ella.

—Tu tarifa habitual —dijo, y colocó una pequeña bolsa de cuero encima de la mesa—. Buen trabajo, Zorn. Dale una propina al conductor que nos trajo hasta aquí tan rápidamente.

La bronceada manaza del mercenario pareció tragarse la bolsa cuando la alzó para calcular las monedas que contenía. Zorn era un humano fornido y de piel bronceada por los muchos años dedicados a vigilar caravanas. Aunque todo lo que tenía en fuerza bruta le faltaba en escrúpulos, a Elaith le divertía. La calva de Zorn contrastaba con un bigote y una barba negra rizada y muy poblada. Al elfo se le antojaba que el pelo emigraba hacia el sur en masa. En pocos años, si las cosas seguían de ese modo, Zorn tendría los pies tan peludos como un halfling.

—Sólo hay cuarenta monedas de oro —afirmó Zorn, hoscamente—. He tenido que pedir favores.

Elaith sintió cómo la irritación le estropeaba el humor. Ésa era la primera ocasión en la que el hombre se atrevía a sugerir que el pago no era suficiente. Era un precedente que el elfo no iba a permitir.

—Pues claro —repuso, como si estuviera explicando algo a un niño corto de entendederas—. Así es como consigues información, que es por lo que te pago, te recuerdo.

Zorn torció el gesto tras la barba.

—Apenas me disteis tiempo —se quejó Zorn—. He tenido que sacar de la cama a veinte hombres y más. Algunos me han pedido tarifa doble, y otros han jurado que no harían más tratos conmigo.

—Cálmalos con estas monedas y volverán a estar a tu servicio cuando yo te necesite a ti y tú a ellos.

—¿Sabéis lo que quedará para mí?

A Elaith se le acabó la paciencia.

—¡La vida, siempre y cuando dejes de gimotear ahora mismo!

El mercenario retrocedió. Un apagado rubor le floreció tras la barba y le tiñó el rostro de rabia contenida.

—Como digáis —masculló al mismo tiempo que alzaba su formidable corpachón

de la silla.

Se despidió con una brusca inclinación de cabeza y abandonó la taberna. Elaith suspiró e hizo una seña a la menuda mujer que había contemplado atentamente la escena sentada en el guardarropa. La falsa criada se levantó y se escabulló del local en pos de Zorn. Le permitiría acabar con su tarea y luego se aseguraría de que fuese la última.

Era una lástima perder un informador tan bueno. Zorn gozaba de contactos entre los mercenarios de la ciudad y el gremio de los conductores de carruajes, y además se mostraba muy diestro en sonsacar o arrancar por la fuerza información a guardias contratados. No obstante, Elaith contaba con muchos otros espías. Sus administradores y tenientes entregarían al menos una docena de bolsas similares antes del mediodía, y ninguno de sus informadores conocía la existencia de los otros.

Ése era el modo de funcionar. Elaith concebía sus negocios como un caudaloso río subterráneo alimentado por multitud de pequeños arroyos que desembocaban en él. La pérdida de Zorn no tendría efectos importantes en conjunto, y Elaith había aprendido a no tolerar ni el más mínimo desafío. Sus sicarios le eran completamente leales porque sabían que recibían una buena paga y un trato justo, y porque eran conscientes del precio de la más mínima traición.

Elaith alzó la jarra en forma de mudo saludo al mercenario ausente y bebió en su memoria.

Cuando el blanco torbellino del teletransporte se desvaneció, Danilo se encontró de pronto en una habitación fría y oscura. Desde luego, no era eso lo que esperaba hallar en su lujosa casa de la ciudad, ni de Monroe, su capaz mayordomo halfling.

No obstante, estaba demasiado abatido para que le importara tamaña incompetencia doméstica. Por él, Monroe podía quemar la casa hasta los cimientos; le traía sin cuidado. Cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué estás haciendo aquí y a estas horas? —preguntó una voz masculina grave, furiosa y con un leve acento.

Era la voz de Khelben Arunsun.

Danilo abrió los ojos de golpe e inmediatamente los entrecerró para distinguir la alta figura oscura situada al otro extremo de la habitación.

—¿Eres tú, tío Khelben?

—Teniendo en cuenta que ésta es la alcoba de Laerel y que la espero de un momento a otro, eso creo. Vamos, explícate ahora mismo.

Rápidamente, Danilo conjuró un globo de luz con las manos; un hechizo muy sencillo. La reluciente esfera se materializó entre ambos. Una mezcla de luz y oscuridad reveló las facciones recias y severas del archimago de Aguas Profundas.

Khelben Arunsun aparentaba ser un hombre de mediana edad que conservaba su

vigor, alto, fornido y musculoso. Aunque su cabello se batía en franca retirada, conservaba una mata espesa y con muy pocas canas. Llevaba una poblada y pulcra barba, con una distintiva raya plateada en el centro. Sobre los ojos, casi negros, las oscuras cejas se unían en gesto de consternación.

Pese a la tristeza que lo embargaba, Danilo vio la parte divertida de la situación.

—Tío, juro por Mystra que eres el único hombre vivo capaz de mostrarse temible vestido sólo con un camisón.

El gesto de malhumor del archimago se intensificó.

—Sólo un puñado de mortales pueden traspasar las barreras mágicas que protegen la torre. ¡Si deseas permanecer entre ellos, habla rápidamente y sin tonterías!

La lánguida sonrisa del joven se esfumó. Desde luego, Khelben se merecía alguna explicación, aunque a Danilo no se le ocurría ningún lugar, ninguna persona ni ninguna conversación que en ese momento le pareciesen más inoportunos.

—Un hechizo fallido, tío Khelben, nada más. Acepta mis disculpas. Me iré enseguida.

Pero el archimago no iba a dejarlo pasar.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo? ¿Embrujado? ¿Te has vuelto totalmente idiota? Ya me he enterado de la broma que gastaste en la fiesta de tu madre. La verdad, todo el mundo lo sabe.

—Tío...

—¡Y ahora esto! ¿No has provocado ya suficiente ira por una noche? Ya me imagino que a Cassandra no le hizo mucha gracia el truco de la flor celeste, ni tampoco a Arilyn. Si te empeñas en tus frívolas chanzas, te aconsejo que se las gastes a personas que no puedan tomar represalias. Además...

—Tío Khelben. —Danilo interrumpió la diatriba del archimago con tono áspero y levantando una mano—. Créeme, el hechizo de la flor celeste no fue una de mis bromas.

Y tampoco quería transportarme hasta aquí.

La cólera desapareció de la faz del mago para ser reemplazada por la inquietud.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Absolutamente.

Khelben cabeceó con lentitud sin apartar la vista del joven mago.

—Esto podría ser serio. Existen algunos objetos mágicos, aunque no muchos, gracias a Mystra, que pueden tener esos efectos. ¿Has comprado otra espada cantarina, o cualquier otra tontería por el estilo?

—No, nada de nada. ¿Es preciso que lo discutamos ahora?

El archimago se limitó a enarcar una ceja. Danilo suspiró y se resignó a exponer lo que sospechaba y lo que había hecho.

—Como sabes —empezó—, la magia de la hoja de luna de Arilyn no siempre ha

sido estable.

—Muy cierto, y a tu alrededor percibo un aura de magia elfa.

Danilo estuvo a punto de confesar que también la magia de la hoja de luna estaba afectada, pero recordó las palabras de su madre, de Oth y de Regnet, así como las palabras de todos los que le habían desaconsejado que se guiara por sus sentimientos.

La idea de que Khelben se sumaría con todo su peso a esa opinión le puso furioso.

—No debes preocuparte —dijo, enojado—. No pediré a Arilyn que elija entre mí y la hoja de luna. Es la única cosa de este mundo, o de cualquier otro, que podría inducirme a renunciar a ella, por muy semielfa que sea. Si eso te ofende, te agradecería que te guardaras tu opinión.

Khelben lo miró con genuina sorpresa.

—¿Por qué debería ofenderme? Arilyn es una buena mujer; probablemente, mucho mejor de lo que te mereces.

No era la respuesta que Danilo esperaba.

—Entonces, ¿apruebas nuestra relación?

Los labios del archimago esbozaron una breve e irónica sonrisa e hizo un amplio gesto, que englobó toda la alcoba, hasta señalar el retrato de una maravillosa mujer de pelo plateado.

—¿Cómo no? —dijo al fin—. Supongo que sabes que la madre de Laerel era semielfa.

—No, no lo sabía.

De hecho, era muy poco lo que se sabía acerca de Laerel, una de las famosas Siete Hermanas.

—La madre de Laerel fue una mujer magnífica, aunque como tantos otros semielfos, entre ellos mi propio padre, no tuvo una vida fácil.

Las piernas de Danilo le flaquearon al oír eso y tuvo que sentarse en el borde del lecho de Laerel, desde donde contempló al archimago con asombro.

—¿Tu padre era semielfo? —inquirió, maravillado, sin apartar la mirada del mago del que descendía—. ¡Así pues, hay sangre elfa en la familia Arunsun! Lady Cassandra la lleva en sus venas y me la ha pasado a mí.

—Sí, es lo normal —replicó Khelben con una cierta irritación—. No obstante, a Cassandra no le gustaría saber que yo lo he dicho y mucho menos que tú se lo cuentes a

alguien.

Danilo reprimió una sonrisa. Aunque Khelben Arunsun no era, tal como todos creían, el hermano menor de Cassandra Thann, inspiraba a la dama un temor reverencial.

—Tu secreto está seguro, y te agradezco que me lo hayas contado —dijo Danilo, de corazón.

No era más que un detalle, aunque se le antojaba que había dado con la clave de muchas de las incógnitas de su vida. Desde su niñez, se había sentido atraído hacia todo lo elfo sin saber el motivo. Entonces comprendió por qué una elfa había conquistado su corazón y por qué él respetaba tanto a los elfos que estaba dispuesto incluso a renunciar a ella si era necesario.

—¿Qué piensas hacer?

La pregunta del archimago le sorprendió, al igual que el amable tono con el que la había formulado. Por lo general, Khelben expresaba opiniones, impartía órdenes o formulaba preguntas para conseguir información, y era especialmente estricto con Danilo, por el cual se tomaba un asfixiante interés paternal. Sin embargo, el rostro habitualmente severo del mago reflejaba sincera preocupación. Todo ello instó a Danilo a hacer algo que no había hecho desde hacía años: pedir consejo.

—¿Qué me sugieres?

La mirada de Khelben voló al retrato de Laerel y volvió a posarse en el joven.

—Busca a Arilyn y aclara las cosas. Si tus sospechas son ciertas y la magia de la hoja de luna es inestable, necesitará tu consejo y tu ayuda. No obstante, usa la magia con precaución. Tal vez deberías limitarte a ser un bardo hasta que toda esta situación se resuelva.

—Extrañas palabras viniendo de ti —murmuró Danilo.

—Nada de eso. La magia es un magnífico don, pero hay otras cosas más importantes.

—Me alegra oírtelo decir, mi señor —dijo una voz argentada detrás de ellos que sonaba divertida.

Ambos se volvieron y vieron a Laerel, que en modo alguno parecía avergonzada por haber escuchado la conversación, ni tampoco por el hecho de que apenas se cubría con más que su melena plateada. Tras dirigir una inclinación de cabeza a Danilo, sonrió a Khelben de una manera tan íntima que el joven se preguntó si realmente lo había visto.

—Debo irme —dijo levantándose.

Ninguno de los dos grandes magos de la Torre de Báculo Oscuro dieron señal de haberlo oído. Pese a la advertencia de Khelben, Danilo conjuró rápidamente un mágico sendero plateado y se confió a su trama y urdimbre. En esa ocasión, el hechizo funcionó y lo transportó a su estudio.

En el hogar ardía un débil fuego, y sobre la mesa situada al lado de su butaca favorita vio dispuestos pastelillos para el desayuno bajo una campana de cristal. No esperaba menos del capaz Monroe.

Danilo se dejó caer en la butaca y se frotó vigorosamente la cara con ambas manos. La inesperada entrevista con Khelben no le había dado muchas esperanzas. El archimago había mencionado que sentía magia elfa actuando. Arilyn y Elaith habían

sido los únicos elfos presentes, lo cual señalaba a la hoja de luna como la fuente más probable de los problemas.

Cierto era que Khelben no le había aconsejado que se mantuviera alejado de Arilyn, pero había evocado a Laerel para apoyar su razonamiento, lo que distaba mucho de ser tranquilizador. No muchos años atrás, Khelben había sacrificado una parte

importante de su poder para liberar a Laerel de la Corona de Astas, un pérfido objeto mágico que la había esclavizado. Danilo convenía en que Laerel bien valía cualquier sacrificio, al igual que Arilyn. Por ella renunciaría gustosamente a todas sus habilidades mágicas, adquiridas con tanto esfuerzo, hasta el más sencillo encantamiento, y jamás lo lamentaría.

Pero ¿y la magia de Arilyn? Un elfo y su hoja de luna eran inseparables, pues estaban unidos por lazos místicos. ¿Qué derecho tenía él a interponerse? ¿Y qué precio debería pagar Arilyn si lo hacía?

Siguió reflexionando hasta que el fuego se extinguió y el cielo nocturno se tiñó de un matiz plateado. Después de dar una y mil vueltas a los mismos argumentos, Danilo se limitó a contemplar la ventana que daba al este esperando con todas sus fuerzas que el alba le trajera la iluminación.

El sol del amanecer atravesaba la bruma marina que envolvía el puerto y velaba las ventanas superiores de La Sílfide de Seda. Pese a ello, Isabeau se fingía dormida, lo cual no resultaba nada fácil desde que Oth Eltorchul había despertado y había descubierto el robo.

La mujer permaneció con los ojos cerrados mientras el mago buscaba, mascullaba maldiciones y bufaba. No se movió hasta que Oth la agarró por los hombros y la sacudió. Isabeau lanzó un grito ahogado y se incorporó en el lecho, confiando en que el mago creyera su expresión desconcertada y frenética.

—Veo que estáis viva —dijo el mago en tono sombrío, fijando la mirada en los ojos abiertos de par en par de la mujer—. Bien. Empezaba a temer que el ladrón os hubiera asfixiado mientras dormíais.

—¿Ladrón? —preguntó, alarmada.

Inmediatamente se llevó una mano al cuello, como si buscara la gargantilla.

Luego, se lanzó hacia la mesilla de noche en la que había dejado sus joyas. Habían desaparecido. Entonces, se puso de rodillas con las manos vacías cerradas y agitando los puños.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido? —gritó golpeando al sobresaltado mago—. ¿No dispusisteis protecciones? ¿No tenéis servidores que vigilen? ¡Mis rubíes!

¡Me los han robado! —Su voz se convirtió en un lamento y se echó a llorar con vehemencia.

Oth la empujó a un lado y volvió a pasearse con impaciencia.

—No ha sido un ladrón normal y corriente, sino alguien capaz de superar las poderosas protecciones que coloqué en puertas y ventanas. Tal vez haya una puerta secreta. No se me ocurrió comprobarlo.

El mago lanzó una mirada acusadora a Isabeau, como si la culpara por haberlo distraído. La mujer no estaba en modo alguno dispuesta a renunciar a su ofensiva, por lo que echó la cabeza hacia atrás, se secó las lágrimas y le devolvió la mirada con idéntico calor.

—¿Qué pensáis hacer? —le preguntó.

Como Isabeau sospechaba, la pregunta lo pilló por sorpresa. Si los nobles y los magos se oponían a las esferas de sueños, tal como Oth afirmaba, no les gustaría saber que al menos una veintena de ellas no tardarían en estar en circulación. Y tampoco creerían en la inocencia de Oth. El robo de esos valiosos objetos inmediatamente después de que se le prohibiera ponerlos a la venta les parecería demasiada casualidad.

—¿Y bien? —insistió Isabeau—. ¿Pensáis llamar a la guardia para informar del robo o debo hacerlo yo?

Tras un momento de intensa y silenciosa lucha, el mago recogió bruscamente la ropa de la mujer y se la arrojó.

—Olvidaos de este asunto. No tiene importancia.

Isabeau, que se estaba poniendo la camisa interior por la cabeza, se quedó de pronto quieta, como si las palabras del mago la hubieran paralizado. Con un movimiento airado, se acabó de poner la prenda, se levantó de la cama, avanzó hasta Oth y le hundió repetidamente el dedo índice en el pecho con furia.

—¡Cómo os atrevéis a decir que mis rubíes no tienen importancia! Si queréis que guarde silencio sobre este asunto, exijo una compensación.

La estrecha faz de Oth palideció por la ira.

—El chantaje no es aconsejable para una mujer sola.

La voz del mago sonaba fría y peligrosa, por lo que la asustada expresión de Isabeau no fue del todo fingida. Retrocedió dos pasos y alzó las palmas de las manos a modo de súplica.

—No pretendía chantajearos, mi señor. Simplemente estoy deshecha por la pérdida de mis joyas. Tenéis mi palabra de que no diré nada sobre este asunto. Jamás lo haría, por miedo a dañar vuestra reputación y la mía. Muchos invitados nos vieron abandonar la mansión Thann en el mismo carruaje.

La mujer procuró mantener una mirada ingenua mientras Oth trataba de decidir si sus palabras podían interpretarse como una sutil amenaza. Finalmente, también él alzó las manos en señal de que cedía.

—No lloréis más por vuestras chucherías. La familia Eltorchul os resarcirá. ¡Pero

antes de irlos de la lengua, recordad que los nuevos rubíes comprometerán al silencio a quien los lleve!

Isabeau no tenía ninguna intención de comentar ese detalle al perista que los revendería.

—Es más de lo que osaría pedir, mi señor —dijo con una reverencia.

Oth la levantó, se quitó una sortija que llevaba y se la puso en la palma de la mano.

—Tomad. Mostrádsela al senescal de cualquiera de las mansiones Eltorchul y pedidle que os compense.

Isabeau aceptó la sortija.

—¿Me acompañaréis para protegerme, mi señor? —preguntó en tono vacilante.

—El ladrón ya se ha ido —respondió el mago con ceño—. ¿Qué otra cosa puede arrebataros que no hayáis perdido ya? ¿O que hayáis entregado gustosamente? —añadió con una lasciva sonrisa.

La mujer soltó un grito ahogado de sincera indignación.

—¡No sois un caballero!

—Eso no os lo pienso discutir —replicó Oth con desdén—. Aunque hace poco que llegasteis a Aguas Profundas, me atrevo a decir que habéis probado suficientes nobles como para consideraros una experta en el tema.

Isabeau agarró la lámpara de aceite y se la arrojó al mago. Oth no se movió, sino que se limitó a hacer un pequeño ademán con ambas manos. La lámpara se hizo añicos en el aire y cayó al suelo en una lluvia de fragmentos de cristal y gotas de aceite perfumado. Sin decir ni media palabra más, Oth se dio media vuelta y salió de la habitación, dejando a Isabeau temblando de rabia.

Y de temor, de triunfo y de excitación. Todo ello mezclado en un súbito y maravilloso estallido de alivio.

En cuanto se quedó sola, se lanzó a la cama y emitió un largo y silencioso grito de victoria. ¡Lo había logrado! ¡Había conseguido el tesoro de Oth, y el mago no albergaba ninguna sospecha!

Rápidamente acabó de vestirse, se escabulló por la escalera trasera y se sumergió en una salida secreta en busca de un hombre que pondría a la venta esos tesoros por ella, lo cual la ayudaría en el camino que había elegido.

Cuando Oth Eltorchul bajó hecho una furia a la sala común de La Sílfide de Seda, Elaith lo esperaba.

—Un carruaje —ordenó el mago a una camarera—, y vino mientras espero. Una copa pequeña. Vamos, tengo prisa.

Elaith miró a la camarera y levantó dos dedos. La mujer se dispuso a atender el encargo modificado. El elfo se levantó, se aproximó a la mesa del mago y se sentó silenciosamente en la silla vacía.

Oth lo observó con una aversión que no se molestó en disimular.

—La taberna está casi vacía, elfo. ¿Por qué no te buscas otra silla?

Antes de que Elaith pudiera replicar, un fornido guardián de taberna, armado hasta los dientes, se adelantó e inclinó deferentemente la cabeza hacia Oth.

—Lord Craulnober puede sentarse donde guste. La taberna le pertenece, ¿comprendéis? —le dijo en tono confidencial.

—¡Ah!, claro que comprendo.

Oth sonrió levemente a su anfitrión, sentado al otro lado de la mesa, el cual extendió las manos en una parodia de reprobación contra él mismo.

—Parece que soy vuestro invitado.

—Un invitado de pago —repuso Elaith cordialmente para que no hubiese duda de ello.

—Por supuesto.

El mago alzó la vista cuando la camarera apareció con una botella de vino y su rostro se ensombreció al ver que colocaba dos copas encima de la mesa.

—¿Por qué no me acompañáis? —sugirió apretando los dientes.

—Muy amable de vuestra parte.

Elaith cogió la botella y sirvió dos generosas copas de vino élfico. No solía desperdiciar el precioso líquido con un humano, pero su sabor ligero y casi floral enmascaraba un efecto más contundente que una coza de un furioso centauro.

Oth bebió más rápidamente de lo que dictaba la prudencia. Tras apurar la copa, la dejó con un ruido sordo sobre la mesa y fulminó con la mirada a su anfitrión.

—¿Qué tipo de local regentas, elfo?

Su voz sonaba confusa y le costaba vocalizar. Desde luego, el vino había afectado su buen juicio, o no habría osado hablarle con tal belicosidad. Elaith dejó pasar el insulto, por el momento.

—Mi deseo es que La Sílfide de Seda ofrezca un servicio inmejorable. Si tenéis alguna queja, hablad y se os dará satisfacción.

Oth resopló y luego tendió la copa para que se la volviera a llenar.

—¿Así de fácil? —replicó—. He perdido algo irremplazable.

Elaith comenzó a comprender. Sirvió una segunda copa y esperó hasta que el mago también la hubo apurado.

—Tal vez sí.

—¡Hmmm! —dijo Oth con desdén, aunque sin mucha convicción.

Su rostro, largo y taciturno como el de una mula de carga, adoptó una floja expresión de desesperación.

—Si os han robado en la taberna, la reputación y la rentabilidad de este negocio de primera están amenazadas. Confíad en mí, y yo me aseguraré, por todos los medios a mi alcance, de compensaros por vuestra pérdida, y si lo deseáis, vengaros

—dijo Elaith con total seriedad.

Oth lo miró con la astucia de un borracho.

—No es un enemigo cualquiera —le advirtió—. Me robó el tesoro mientras dormía, pese a todas las protecciones que coloqué yo mismo.

El elfo disimuló cuidadosamente su sorpresa y su enfado. Había esperado oír una historia sobre una pertenencia perdida. Era habitual que los clientes atribuyeran las pérdidas a un robo antes que a su propio descuido, pero la posada debería haber impedido el robo. Si Eltorchul decía la verdad, los servidores de Elaith responderían por ello.

—No os preocupéis por el enemigo ni cómo voy a encontrarlo. Decidme qué ha robado y empezaré por ahí.

—Dinero, tal vez un centenar de monedas de platino —respondió Oth con astucia.

El elfo sospechó que la suma real sería un tercio de la mencionada—. Algunas joyas: un anillo de oro, un brazalete repujado también de oro, un collar de rubíes engarzados en filigrana de plata con pendientes y anillos a juego.

Elaith aguzó los oídos.

—¿Os acompañaba una dama? ¿Dónde está ahora?

—Se ha ido —respondió Oth escuetamente—. La pérdida de sus joyas la ha trastornado.

—Me lo imagino —murmuró el elfo, decidido a averiguar la identidad de la dama—. ¿A cuánto asciende vuestra pérdida?

El mago vaciló. La indecisión libró una batalla en su rostro y finalmente cedió ante la potente persuasión de la avaricia y el vino élfico.

—Eso no fue todo. Esferas de sueños; al menos, una veintena.

—Esferas de sueños...

—Se trata de pequeños orbes de cristal que contienen magia —le explicó el mago—. Conjurán una única ilusión que se experimenta como un vivido sueño al que su poseedor se siente transportado.

Elaith llevaba oyendo rumores sobre esos objetos desde hacía un tiempo. Se estaban haciendo muy populares entre los criados y los mercenarios de la ciudad. Lo que Arilyn le había contado sugería enormes posibilidades, por lo que el elfo tenía la intención de seguir esos nuevos juguetes mágicos hasta su origen.

—Una idea muy ingeniosa. Imagino que muchos en esta ciudad pagarían una pequeña fortuna por una de ellas.

—Ya lo están haciendo —alardeó Oth. Se inclinó hacia el elfo y añadió—: Me habéis ofrecido ayuda. Buscadlas, devolvédmelas y no os arrepentiréis.

Elaith suprimió un estallido de júbilo. No había esperado tal concesión por parte del mago. Tal vez se le ocurriría algo mejor. Ladeó la cabeza como si reflexionara

sobre ello.

—Podría hacerlo, por supuesto.

—¿Pero...? —inquirió con cautela. Al parecer Oth no estaba tan borracho como podía pensarse.

El elfo esbozó una sonrisa de disculpa.

—Soy un hombre de negocios. Si se me presenta la oportunidad de obtener grandes ganancias, ¿debo contentarme con una simple recompensa, por generosa que sea? —añadió en tono conciliador.

Oth reflexionó. En su rostro asomó una ladina sonrisa.

—He oído hablar de vuestros negocios. Dicen que no os dejáis estorbar por la ley.

—Las leyes son cosas admirables y, muchas veces, convenientes; pero en muchas otras ocasiones, no.

—Cierto, cierto. —Oth se decidió de golpe—. Si encontráis las esferas, os proporcionaré otras para que las distribuyáis por canales de venta tan tortuosos que nadie pueda acusarme. ¿Lo creéis posible?

—Os sorprendería saber cuántos negocios se realizan en esta ciudad del modo que proponéis —respondió Elaith, hablando por primera vez con absoluto candor.

—En ese caso, tenemos un trato.

Una vez tomada la decisión, el mago renunció a la lucha que mantenía contra el irresistible arrullo que el vino élfico cantaba en sus venas. Se levantó, vacilante. Sus ojos barrieron la taberna con mirada perpleja, tratando de recordar qué buscaba.

Elaith hizo un gesto a la camarera.

—Pide un carruaje para lord Eltorchul —le ordenó— y mételo dentro —añadió en un tono de voz tan bajo que era inaudible para oídos humanos.

La muchacha asintió y pasó un brazo alrededor de la cintura del mago.

—Permitid que os acompañe, mi señor —dijo mientras lo conducía a la puerta delantera y al carruaje que esperaba.

El elfo se puso en pie y se escabulló por la puerta de atrás. Dio un rodeo hasta la parte trasera del edificio y palpó el liso muro de piedra. Una puerta secreta se abrió.

Como sospechaba, las telarañas que debían engalanarla colgaban hechas jirones. Algún ladrón con iniciativa había descubierto la existencia de la puerta y la había utilizado para sus fines.

Ello le facilitaba la tarea. Cualquier ladrón capaz de localizar la puerta secreta también sería experto en poner en circulación los bienes robados: monedas, gemas y objetos mágicos. En Aguas Profundas existían tal vez cuatro peristas capaces de revenderlos corriendo un riesgo moderado y con buenos beneficios. Elaith tendría las esferas de sueños en su poder antes de que acabara el día.

Desde luego, no se las devolvería a Oth Eltorchul. Y tampoco las vendería como otro divertimento trivial en esa ciudad llena de humanos que creían que los sueños no

se ganaban con esfuerzo, sino que podían comprarse. Si no había entendido mal a su invitado, Oth Eltorchul no tenía ni idea de qué tipo de tigre sujetaba por la cola. A no ser que se equivocara de medio a medio, las esferas de sueños podrían convertirse en los objetos mágicos más valiosos, y también más peligrosos, que había manejado en su larga e infame carrera.

Su principal motivación era la promesa de recuperar el artefacto elfo que sospechaba que estaba detrás de la magia de las esferas. Pensaba medirse con el poder de la gema y hallar de una vez por todas la respuesta a la pregunta que lo había perseguido durante más de un siglo: sabría con total certeza si solamente se había imaginado que le quedaban retazos de su honor de elfo o si se había convertido en una criatura completamente perversa. De un modo u otro, la gema elfa iluminaría el camino hacia la grandeza.

—Ése sí es un sueño que merece la pena perseguir —murmuró con sombría ironía.

Arilyn se alegró de que amaneciera, pues era el indicativo de que la peor noche de su vida había acabado. Aunque no era de naturaleza introspectiva, desde que había salido de la villa Thann había llegado a varias conclusiones importantes. Lo único que le quedaba por hacer era convencer a Danilo.

Entre la casa del joven noble en la ciudad y los alojamientos de Arilyn había bastante distancia, pero fue un paseo agradable. En el aire flotaba el aroma de los fuegos del desayuno y el traqueteo de los carros que llevaban mercancías al mercado. La mayor parte de los habitantes de la ciudad ya descansaban en la cama cuando el Baile de la Gema apenas había empezado y habrían completado la mitad de su jornada de trabajo cuando los invitados al baile abandonarían el lecho.

Arilyn se dijo que ésa era otra diferencia entre ella y Danilo. Mientras que Dan estaba acostumbrado a las pautas de la vida urbana, ella pasaba la mayor parte de su tiempo viajando y vivía en sintonía con el sol y las estrellas. No era una diferencia desdeñable, pero en esos momentos, comparada con todo lo demás, parecía insignificante.

Cortó por la calle situada detrás de la casa de Danilo y trepó por la valla de piedra.

Después de dejarse caer silenciosamente en el jardín, de modo instintivo escrutó la zona por si había peligro. En vista de que todo estaba en calma, cortó una rosa azul y se dirigió con sigilo a la ventana con múltiples cristales de la estancia favorita de Danilo.

Como esperaba, el joven ocupaba su estudio privado. La semielfa salvó el alféizar y penetró en la habitación.

—Estabas equivocado —fue su saludo.

Danilo se sobresaltó y la miró tan fijamente como si fuese una aparición. De inmediato, su mirada se posó en la hoja de luna.

—¿Equivocado? —repitió.

—No sé por qué te extraña tanto. Supongo que no es la primera vez que te equivocas —respondió Arilyn, tratando de bromear. Sin esperar respuesta, soltó todo lo que tenía que decir—: No estoy diciendo que te equivocarás sobre la espada. La magia de la hoja de luna es... complicada. En el pasado, ya se vio comprometida, y no afirmo que sea imposible que vuelva a suceder, pero no acepto que tú seas el responsable.

Danilo negó con la cabeza.

—¿Y si estoy en lo cierto? No pienso permitir que corras ese riesgo.

—¿Cómo me lo piensas impedir? Aún no he acabado —dijo cuando Danilo se disponía a interrumpirla—. Piensa un poco. De ser por mí, nuestros caminos se habrían separado el mismo día en que nos conocimos. ¡Apenas una hora después!

El joven frunció los labios en atribulada diversión.

—Sí, me parece recordar que no desbordabas entusiasmo.

—Exactamente. —Arilyn empezó a caminar de un lado a otro—. No obstante, tú insististe y aprendimos a trabajar juntos. Incluso nos hicimos amigos, lo cual supongo que fue tan duro como empujar un peñasco hasta lo alto de una colina. Te lo he puesto difícil a cada momento. Siempre has sido tú el que ha empujado, ha persistido y me ha forzado a seguir mostrándote divertido, encantador o tozudo. Por todo ello, supongo que crees que se acabará cuando tú lo digas. —La mujer lo fulminó con la mirada—. Pues no. Más vale que te vayas acostumbrando.

Danilo se puso en pie y caminó hasta quedarse a un paso de distancia de la semielfa.

—¿Quieres que sigamos juntos?

Arilyn resopló y se cruzó de brazos.

—Te lo acabo de decir, ¿no?

La mujer esperó a que él hablara o diese el primer paso.

—No sé cómo vamos a organizarnos —prosiguió en vista de que nada ocurría—.

En una cosa tenías razón: no puedo renunciar a la hoja de luna, lo cual significa que seguiré viajando la mayor parte del tiempo. Te ofreciste a abandonar la ciudad para seguirme, pero ¿sabes qué significa eso? Tal vez algunas comunidades de elfos del bosque aceptarían tu presencia, pero la mayor parte no. Te pasarías mucho tiempo languideciendo en aldeas situadas al borde del bosque, mientras yo me internaba sola en la espesura.

Mientras Arilyn hablaba, Danilo se dio cuenta de adónde llevaba el razonamiento de la semielfa. Aunque era lógico, no le gustaba ni pizca.

—Tu conclusión es que podemos seguir como los últimos cuatro años: tú cumples

con tus obligaciones, yo con las mías, y nos reunimos unos pocos días al año donde podamos.

—Si realmente hay un conflicto entre tu magia y la mía, eso será lo mejor. — Vaciló y agregó—: También hay otra posibilidad.

—Me muero de ganas por oírla.

Arilyn asintió, pero su mirada recorrió el estudio con incomodidad.

—¿Podemos ir a mi habitación? Aquí tengo la impresión de que tu mayordomo va a entrar de un momento a otro con el carrito del té.

Danilo le tendió una mano, Arilyn la cogió y juntos desaparecieron en el fragoroso torbellino del sendero blanco plateado que el joven mago había conjurado entre su sanctasanctórum y el de ella. Aunque el viaje fue cosa de apenas un segundo, Arilyn se sintió aliviada al notar el suelo firme bajo sus pies calzados con botas. Danilo no hizo ningún comentario acerca de la aversión de la semielfa por los desplazamientos mágicos, pero su mirada se posó en la rosa azul que el joven había aplastado al cerrar con fuerza la mano.

Presas de una súbita inspiración, Arilyn se dirigió al camastro y esparció los fragantes pétalos sobre el cobertor. Danilo apartó rápidamente los ojos del lecho.

—Bueno, te escucho —dijo tras carraspear.

—Desde hace muchos días, de hecho desde que encaminé mis pasos hacia Aguas Profundas, no he tenido sueños ni llamadas de socorro de los *tel'quessar*, lo cual tal vez significa que todo va bien. La otra posibilidad es que la magia de la espada ya hubiera sufrido menoscabo antes de que llegara a la ciudad, en cuyo caso es altamente improbable que tú seas la causa. Hay una tercera posibilidad: que deba hacer algo aquí, en la ciudad. En ese caso, tendremos tiempo para averiguar qué está afectando a la magia de la hoja de luna y a la tuya. Es absurdo huir de un enemigo que ni siquiera conoces.

Las palabras de Arilyn arrancaron una leve y compungida sonrisa a Danilo.

—Dicho así, quedo como un cobarde y un estúpido.

—Me he dado cuenta de que los humanos suelen pecar de un exceso de cautela cuando se trata del bienestar de sus seres queridos. No lo entiendo: por una parte, aceptas que sea una guerrera; por otra, en cambio, niegas la posibilidad de que la magia de mi espada pueda fallar. Me pregunto en qué confías: en mis habilidades o en mi espada.

Danilo la contempló con respeto y desconcierto.

—Nunca había considerado el asunto desde ese punto de vista. Debo aceptar que lo que dices es lógico.

Ella se encogió de hombros.

—Los problemas son como enemigos: hay que ponerles nombres, hallarlos y hacer lo que sea para destruirlos.

Danilo prorrumpió en carcajadas que disiparon la pesada carga de indecisión.

Quizás aún no veía claramente el modo de seguir juntos, pero el directo acercamiento de Arilyn al problema le daba esperanzas de encontrar la manera.

—Así pues, ¿qué sugieres que hagamos? —le preguntó.

—Debemos suponer que tengo una misión en Aguas Profundas. Mientras me ocupe de las necesidades del pueblo elfo, dudo de que reciba una llamada del bosque, a no ser que se presente una emergencia realmente grave.

La esperanza empezó a florecer en el corazón de Danilo. Cogió a Arilyn de la mano, la condujo al lecho y, sin soltarla, hizo que se sentara junto a él.

—Y si los elfos del bosque te necesitan, tendrán que cargar conmigo. Es así de simple.

—Yo no estaría tan segura —replicó ella con cautela—. En lo que respecta a los elfos, nada es simple.

Danilo le acarició una mejilla.

—¿Y qué sueño que realmente valga la pena es sencillo de conseguir?

—Cierto, pero...

Dan lo acalló deslizando la mano hasta sus labios.

—¿Nunca te han dicho que hablas demasiado?

—Vaya quién fue a hablar —murmuró ella, pese a los dedos que la estorbaban.

No obstante, no parecía que le importara dejar la conversación. Cerró los ojos cuando Danilo empezó a acariciarle suavemente el óvalo del rostro y luego desplazó los dedos para reseguir sus elegantes y puntiagudas orejas elfas. Pocos humanos sabían el grado de intimidad que entrañaba ese gesto. Años atrás, cuando estaba en la flor de la juventud, Danilo había sido adiestrado en tales asuntos por una indulgente elfa, maestra del arpa.

Arilyn le lanzó una mirada de fingido recelo.

—¿Cómo sabes estas cosas?

—Bueno, he gozado de una educación muy completa.

El joven noble le tendió las manos con las palmas hacia arriba. Sin dudar, Arilyn unió las yemas de los dedos. Lentamente, las manos de ambos se fundieron, hasta que las palmas se tocaron. Ese simple contacto era más íntimo que cualquier beso o abrazo que se hubieran dado hasta entonces, pues se trataba del prelude de la ceremonia de la unión de manos, un ritual elfo tan antiguo como las estaciones. Sus miradas se prendieron, sus corazones se abrieron el uno al otro, y el círculo comenzó.

—El estío toca a su fin, la luna de la cosecha atrae a la noche —recitó ella en voz baja y asombrada. Así comenzaba la fórmula tradicional del compromiso que estaban a punto de contraer.

Danilo se preguntó si Arilyn era consciente de que hablaba en idioma élfico. Era una aceptación inconsciente que Danilo se proponía honrar tan bien como le

permitiera su condición de humano. Según el cómputo elfo, el tiempo que podrían pasar juntos sería muy breve; cuando él muriera, Arilyn aún sería joven. Pero ¿debía por ello renunciar a vivir? Tal vez nada concerniente a los elfos era simple, pero algo estaba muy claro: para él renunciar a Arilyn era renunciar a la vida.

Con los dedos entrelazados, Dan repitió las siguientes palabras del compromiso.

El ritual era largo y consistía en palabras que debían pronunciarse acompañadas por elegantes movimientos, que contenían el poder de la magia y la sutileza de la luz de las estrellas. Danilo no se dio cuenta cuándo sus palabras se fundieron en el silencio y tampoco le importaba.

La ceremonia era de una lentitud exquisita y una dulzura tortuosa. Llegados a cierto punto, el ritual se fundió con una ceremonia de su propia invención, no por ello menos sagrada, que tenía un profundo significado.

Arilyn perdió antes que él la paciencia con las sutilezas elfas. Se apartó de él y se despojó bruscamente de la camisa que la confinaba, sin la menor consideración por los encajes.

El sonido del hilo al desgarrarse la sobresaltó, y en su rostro se pintó una expresión de desconcierto que provocó la hilaridad del joven. Pero tras el momento de sorpresa inicial se unió a ella. Reforzados sus lazos de unión por un regocijo que solamente él era capaz de despertar en la semielfa, se tumbaron en el lecho bañados por la mística luz azulada de la hoja de luna.

Transcurrió un instante antes de que el significado de aquella mágica luminiscencia penetrara en su compartido abandono.

—¡Maldita sea! —exclamó Arilyn, incorporándose y fulminando con la mirada a la inoportuna espada.

Danilo soltó una larga y entrecortada espiración y asintió. No podía estar más de acuerdo con ella. Al menos, la luz que emitía la espada era azul y no el débil resplandor verde que presagiaba un sueño y anunciaba una misión en los bosques. Era un consuelo.

La hoja de luna advertía de un peligro inminente. «Ponle nombre, localízalo y destrúyelo.» De eso, Danilo se sentía capaz.

Rápidamente buscó su cinto con la espada, y también las botas, tratando de recordar con exactitud cómo habían acabado en el suelo. Arilyn fue más rápida y estuvo vestida y presta para la batalla en cuestión de segundos. Sus ojos adoptaron una mirada distante al mismo tiempo que desenvainaba la hoja de luna.

—Tren —murmuró—. Aquí, en el edificio.

Inmediatamente salió corriendo, lanzando un grito de advertencia al guardia enano mientras bajaba la escalera a toda prisa. Con la espada asimismo desenvainada, Danilo corrió tras ella.

La cortina que tapaba el cubículo del guarda crujió. Cuatro enormes garras

atravesaron la tela y se deslizaron por ella hacia abajo, desgarrándola. De detrás de la cortina, apareció una repugnante criatura con aspecto de reptil, alta como un espigado humano, pero mucho más pesada.

Dan se detuvo, impresionado a su pesar. Había oído que los tren eran criaturas semejantes a hombres lagarto, aunque eso era como afirmar que un enano era semejante a un humano. Compacto y terriblemente fuerte, el tren poseía poderosos músculos y un correoso pellejo verde muy duro. A lo largo del espinazo, así como de detrás de los codos, le sobresalían pinchos. Sus brazos —largos y potentes— acababan en unas manazas tan enormes que cada garrudo dedo era tan largo como una mano humana. Un corte largo y lívido reseguía el arco óseo por encima de uno de los ojos.

—Esta vez acabaremos lo que empezamos —dijo dirigiéndose a Arilyn con una voz que sonaba como rocas que se despeñaran.

—Ten cuidado con las garras —advirtió la semielfa a Danilo.

—Ten cuidado tú con el enano —replicó Dan, y se lanzó contra Arilyn, con lo que ambos bajaron tambaleándose los últimos escalones.

Justo a tiempo; como Dan sospechaba, el tren ya había eliminado al enano. Ni siquiera había acabado de hablar cuando el monstruo cogió dos objetos del cubículo: un pequeño escudo y una pierna del enano aún con la bota. Esta última la arrojó a sus atacantes.

La truculenta arma arrojadiza giró por encima de sus cabezas mientras ellos caían y se estrelló contra los escalones de madera con tanta fuerza que los astilló.

Arilyn rodó sobre sí misma y se levantó. Inmediatamente, lanzó un ataque alto y furioso, blandiendo la espada a una velocidad endiablada en un asalto triple. La hoja de luna repiqueteó contra el escudo de madera con el que el tren paraba hábilmente los golpes. El monstruo retrocedió un paso sin ninguna torpeza, se inclinó hacia delante y trazó un arco con un largo brazo, con la intención de herirla con sus garras. Pero Arilyn lo esquivó y respondió con una veloz estocada. La hoja de luna se hundió profundamente en el antebrazo del tren.

Con asombrosa presteza, la criatura giró sobre uno de sus enormes pies y liberó el brazo de la espada, al mismo tiempo que tiraba de Arilyn por el aire. Antes de que la semielfa pudiera volver a asentar los pies en el suelo, el tren le propinó un brutal porrazo con el escudo.

La menuda mujer trastabilló hacia atrás. Danilo corrió en su ayuda con las manos vacías, excepto por un fragmento cuadrado de brillante seda verde que arrojó al tren. El monstruo fue a apartarlo de un manotazo, lanzando un gruñido de desdén por el lastimoso proyectil.

No obstante, Danilo ya había iniciado el hechizo. La seda se quedó quieta en el aire, justo lejos del alcance de las garras, y comenzó a expandirse en un tenue globo

que rápidamente rodeó al tren.

La criatura retrocedió hacia la puerta abierta, blandiendo furiosamente el escudo y las zarpas en un frenético intento por liberarse de su prisión. A lo largo de la línea inferior de la mandíbula, relucían aceitosas gotas negras. Un momento antes de que el globo mágico acabara de cerrarse en torno a él, en la estancia flotó una insinuación de su pestilente arma.

Una rancia miasma en forma de volutas llenó el interior del globo. El tren redobló sus esfuerzos para tratar de escapar de la fuerza de su propia pestilencia. No obstante, al darse cuenta de que era imposible, sus ojos amarillos saltaron del joven mago a la semielfa. Arilyn se aproximó con la espada lista y horizontal.

El tren cambió de táctica; dejó caer el escudo, dio la espalda a sus atacantes y se puso a cuatro patas. Por efecto del repentino movimiento, el globo se inclinó hacia delante. Entonces, corriendo sobre manos y pies se lanzó contra la puerta abierta. El dintel de madera crujió y tembló cuando el tren, con el globo incluido, lo atravesó.

Danilo se lanzó a la calle con Arilyn a la zaga. Mientras se abrían paso entre la muchedumbre de la mañana, la semielfa lo adelantó. Lo cierto era que tenían casi vía libre, pues el tren en su huida les iba abriendo camino. Los viandantes se apartaban gritando ante el insólito espectáculo; los caballos se asustaban y se encabritaban, corveteando y lanzando relinchos de pánico. Un carro cargado con repollos se volcó y derramó su contenido sobre los adoquines. Danilo apartó uno de un puntapié y siguió corriendo.

—El globo no durará mucho —dijo sin aliento por el esfuerzo de mantener el paso de la semielfa, más ágil que él.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando el globo verde se disipó como una pompa de jabón. El tren, ya libre, se metió en un callejón, seguido muy de cerca. El cazador se había convertido en presa.

De repente, se paró y se encorvó; trataba de levantar algo con sus fuertes brazos.

—Ni hablar de eso —murmuró Arilyn, y corrió directamente hacia el tren.

Antes de que Danilo pudiera adivinar sus intenciones, la semielfa saltó hacia el monstruo sin detenerse siquiera para desenvainar la espada. Aterrizó de modo que quedó a pocos centímetros de las fauces del tren, encima de lo que trataba de levantar.

El joven vislumbró un destello de acero en las manos de Arilyn y vio la veloz cuchillada dirigida contra el corazón de la bestia.

Con un último esfuerzo, el tren logró alzar lo que pretendía. El cerrojo y las bisagras cedieron con un chirrido metálico, y la tapa de la alcantarilla saltó. El tren se irguió bruscamente, lanzando a Arilyn al aire por encima de sus fornidos hombros.

Danilo se dio cuenta de que la semielfa ya no asía el cuchillo.

El súbito movimiento le había impedido hacer diana. El tren giró el cuerpo y se arrancó el cuchillo de un hombro, lo arrojó desdeñosamente a un lado y agitó su larga

lengua negra en el aire, como si quisiera captar el olor de la semielfa.

—Mía —retumbó en ominosa promesa, tras lo cual desapareció por la alcantarilla.

Arilyn se había levantado y se disponía ya a descender la escalerilla antes de que Danilo se hubiera recuperado de la impresión que le había producido su temerario ataque. Mascullando una pintoresca imprecación, se dirigió hacia ella.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto tan verde como el tren.

—Pues seguirlo.

Danilo contempló sus elegantes botas de gamuza y gruñó. Acababa de estrenarlas y ya podía despedirse de ellas. No obstante, sabía que nada podía hacer por evitarlo; Arilyn iría tanto si la acompañaba como si no.

El joven había oído hablar mucho de las cloacas de Aguas Profundas. En parte, necesidad pública y, en parte, vía de comunicación clandestina, formaban una intrincada red bajo la ciudad. Ésa era la primera vez que bajaba, y mucho de lo que vio le sorprendió. Mientras que algunos túneles se habían construido con piedras perfectamente talladas y empotradas, y merecían ser corredores de un castillo o de una fortaleza enana, otros simplemente se habían excavado en la roca. Tras innumerables vueltas y revueltas, perdió por completo el sentido de la orientación. Además, había varios niveles. Más de una vez, en el suelo de piedra, se abrían rejillas de hierro. Los guijarros que golpeaban con los pies al pasar caían a bastante distancia y, a veces, aterrizaban con un sofocado entrecocar de piedras o sonido de salpicadura. Las altas marcas del agua en los muros indicaban que esos túneles se inundaban. Después de vadear el lodo que les llegaba a los tobillos durante lo que le parecieron horas, Danilo se dio cuenta de que era hora de que los túneles se limpiaran, aunque rezó para que a los misteriosos poderes que regían tales asuntos no se les ocurriera hacerlo justo entonces.

—A riesgo de parecer ignorante —dijo Dan con voz apagada por la mano con la que se tapaba la nariz—, ¿podrías explicarme cómo sigues el rastro del tren? ¡Supongo que no por el olor! ¿Qué estamos buscando?

Arilyn se detuvo en una encrucijada de túneles tratando de decidir por dónde seguir.

—Te lo diré cuando lo averigüe.

—¡Espléndido! —exclamó él, escandalizado—. Francamente, querida, debo informarte de que la atmósfera romántica se ha perdido de manera definitiva.

La semielfa asintió con aire ausente y se aproximó a estudiar unas marcas en el muro.

—Por aquí —dijo.

Danilo suspiró y la siguió.

—¿Qué estamos siguiendo?

—Señales de tren. El que nos atacó es el líder del clan y deja marcas para guiar a los demás. —Le lanzó una sombría mirada por encima del hombro y prosiguió—: Se reunieron aquí antes y se separaron para ejecutar diversas tareas.

—Muy considerado de su parte conducirte hasta estas marcas. ¿Y si es una trampa?

—Es posible —admitió ella, pero continuó avanzando al mismo ritmo. Dan sacudió la cabeza y la siguió.

Caminaron trabajosamente hasta el final del túnel y treparon por una escalerilla que conducía a la superficie. No emergieron en un callejón, sino que salieron a un pasaje estrecho y oscuro, que ascendía en vertical.

—Un pozo para las basuras —dijo Arilyn con los dientes apretados, disgustada.

Dio unos golpecitos a las marcas recientes de garras en la piedra y declaró—: Subamos.

El pozo era largo y la ascensión lenta, pues la piedra era lisa y entre los bloques apenas quedaban hendiduras. Ambos buscaban cuidadosamente asideros o lugares en los que apoyar los pies, ya que con frecuencia lo que parecía una pequeña repisa de piedra resultaba una acumulación de polvo endurecido. A partir de los olores y las sustancias que recubrían la piedra, Danilo empezó a adivinar adónde se dirigían.

—La buena noticia —habló entre dientes mientras se aupaba hasta el siguiente asidero seguro— es que no es una letrina.

—Eso ya lo sabía —replicó Arilyn—. ¿Y la mala noticia?

—A no ser que esté muy equivocado, estamos en la torre de un mago —declaró en tono sombrío—. Será mejor que yo vaya delante.

Arilyn asintió y le dejó pasar. A los pocos minutos, Dan captó un débil y tenue resplandor azulado por encima de ellos. La señal los incitó a seguir, pues era una prueba de una batalla mágica probablemente perdida. Danilo redobló sus esfuerzos con la esperanza de llegar junto al desconocido mago mientras aún quedara algo que salvar.

Finalmente, llegó al repecho. Se asomó con precaución por el borde, atento a un posible ataque de un tren victorioso o un hechicero enfurecido.

La sala estaba vacía y silenciosa. Danilo se impulsó sobre el repecho y se dejó caer al suelo; luego, se inclinó hacia el pozo para ayudar a salir a Arilyn. Una vez que estuvieron ambos fuera, se dispuso a inspeccionar la torre.

Era un estudio de forma octogonal, muy bien equipado. Los estantes que cubrían cuatro de las paredes estaban ocupados por ordenadas hileras de ampollas, cajas y botes.

Varias mesas de pequeño tamaño agrupadas se habían volcado en el curso de la lucha, y lo que había sobre ellas se había esparcido por el suelo de piedra pulida. En

el aire, flotaba un débil olor acre, como el dejado por un centenar de rayos de luz. Era una prueba más de que se había lanzado magia defensiva. No obstante, no había ni rastro de los tren ni del mago que había combatido contra ellos.

Pero Arilyn tenía una vista más aguda. Se aproximó a unos restos y los apartó con el pie.

—Mira —dijo señalando algo.

El joven se acercó y tragó saliva. Una mano humana yacía en el suelo con la palma hacia arriba y los dedos curvados como en un último gesto de súplica.

—Es un signo —explicó la semielfa con voz serena—. Los tren devoran a sus víctimas, a no ser que quien los contrate quiera que dejen una advertencia o un mensaje.

En ese caso, dejan una mano o un pie.

—La mano lleva un anillo —se fijó Dan.

Arilyn dio la vuelta al truculento objeto con una bota. La mano estaba tan pálida como un hueso blanqueado y mostraba algunas pecas. De las articulaciones inferiores de los dedos sobresalían unos pocos pelos rojos, que contrastaban vividamente con la palidez general. El anillo era de oro con un cuarzo de color rosa en el que se había grabado una pequeña llama saltarina, rodeada por un círculo formado por siete estrellas.

—El símbolo de Mystra, lo cual indica que era un mago —comentó Arilyn.

Danilo se agachó para observar más de cerca el anillo, puesto que le resultaba familiar. Cautelosamente, localizó el cierre y abrió el compartimento secreto. Tal como esperaba, en el interior de la tapa había grabado un alto y picudo sombrero de mago. El compartimento secreto estaba vacío.

—Recuerdo lo que me contaste anoche de la conversación que escuchaste —dijo poniéndose en pie—. Parece que Maskar Wands tenía mucha razón al afirmar que las esferas de sueños son juguetes muy peligrosos.

En respuesta a la inquisitiva mirada de Arilyn, el joven señaló la mano cercenada.

—Es la mano, o para hablar más correctamente debería decir que era la mano, de Oth Eltorchul.

5

Arilyn sintió una premonición semejante a un escalofrío en invierno o la sombra de un fantasma.

—¿Crees que a Oth Eltorchul lo han asesinado por las esferas de sueños?

—La verdad, no apostaría por una cosa ni por la otra. Lo conocía bastante bien. Es perfectamente posible que provocara la ira de un antiguo estudiante o de un colega mago; aunque lo que dices es probable, sí.

—Todos los que participaron en la reunión que oí anoche se oponían a la venta de las esferas. Tal vez uno de ellos contrató a los tren. Debemos descubrir quiénes estaban presentes y tendremos por dónde empezar.

—¡Eh!, espera un momento —protestó Dan—. ¿Empezar? ¿Tienes intención de perseguir al asesino?

—¿Tú no?

—Bueno, no entiendo cómo eso puede ayudar al pueblo elfo.

La semielfa se encogió de hombros.

—Quizás en nada. No obstante, de un modo u otro, creo que no tengo elección.

Danilo le lanzó una penetrante mirada.

—Esto no me va a gustar, ¿verdad?

—No. —Arilyn empezó a caminar entre los escombros—. No le encuentro ningún sentido. En un principio, supuse que el ataque de los tren en el Baile de la Gema iba dirigido contra Elaith. Pero él llegó después, y el mismo tren me atacó en mi casa. Es posible que ese segundo ataque fuese una venganza, pues maté a un par de tren del clan y herí al líder. Claro está que también es posible que fuese yo, y no Elaith, el blanco original. —La joven lanzó una profunda espiración y prosiguió—: Y hay otra posibilidad: como tú mismo has señalado, las marcas que nos han conducido hasta aquí eran demasiado evidentes.

Danilo parecía perplejo, por lo que Arilyn siguió, aunque de mala gana.

—Es bien sabido que algunos asesinos colaboran ocasionalmente con los tren. Los tren ponen la fuerza bruta, además de proporcionar un modo de deshacerse del cadáver.

Ya conoces mi reputación. Tal vez algunos se pregunten si se ha tratado de una casualidad que yo haya sido la primera en llegar al escenario de un ataque de tren.

Supongo que la familia Eltorchul querrá una respuesta a eso.

El rostro del humano se ensombreció.

—¡Esos rumores son agua pasada! Hace años que no oigo que nadie se refiera a ti llamándote asesina.

—Nadie te lo diría a la cara, pero no imagines ni por un momento que los de tu clase están dispuestos a aceptarme entre ellos.

—Eso es porque eres semielfa —protestó Danilo con calor.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, en su rostro apareció una expresión de profunda mortificación.

Arilyn se apresuró a volver el rostro para que su reacción no alimentara los remordimientos de Dan. Probablemente, ella comprendía mejor que él cómo era vista su amistad en el mundo de la aristocracia al que pertenecía el joven bardo. Para no seguir con el tema, empezó a apartar los restos con un pie con más energía de la necesaria.

Un poco después, se sentía realmente absorbida por el enigma que se presentaba ante sus ojos. La semielfa fue recorriendo la estancia octogonal, observando atentamente el caos, en busca de cualquier pequeña pista.

Las mesas del mago se habían volcado, y el suelo se veía sembrado por fragmentos de loza, junto con una mezcla de extraños componentes de hechizos que Arilyn desconocía. Extrañamente, ninguno de los estantes habían sufrido las consecuencias de la lucha, como si el mago hubiese tratado deliberadamente de preservar sus contenidos. Parecía ilógico, aunque Arilyn había oído hablar de personas que luchaban con más ahínco para salvar sus posesiones que su propia vida.

—¿Qué valor tiene todo eso? —preguntó a Danilo, señalando los ordenados estantes.

La mirada de Dan recorrió las hileras de botellas de cristal y plata, las cajas de madera tallada y los rollos cuidadosamente apilados.

—Incalculable. Es un estudio de mago realmente impresionante.

—¿Lo suficiente como para morir por él?

—Yo no lo creo, pero Oth tal vez sí. Aunque entiendo por dónde vas. La lucha que se ha librado aquí ha sido extraña. Y otra cosa me desconcierta: hay mucha menos sangre de la que uno podía esperar.

—Eso es normal en los ataques perpetrados por tren —le explicó Arilyn—. Se trata de bestias muy... pulcras. Además, devoran a sus víctimas a una velocidad asombrosa. Por otra parte, es posible que Oth muriera en otra parte y que los tren dejaran aquí la mano para que alguien la encontrara.

—Es decir, tú —concluyó Danilo con el ceño fruncido—. Esta situación cada vez me gusta menos. Sin embargo, no podemos descartar que Elaith fuese el objetivo del primer ataque tren. Tal vez deberíamos averiguar qué sabe.

Arilyn no sentía ningún deseo de entrevistarse con el elfo rufián, pero comprendía la necesidad. Señaló con la cabeza una puerta que conducía fuera de la estancia y desenvainó la espada.

—Hace mucho que los tren se han marchado, pero no es descabellado pensar que podemos encontrarnos con resistencia para salir de aquí.

—Espera un segundo. —Danilo cogió una caja de madera tallada de un estante,

tiró al suelo las hierbas secas que contenía y, para perplejidad de Arilyn, guardó dentro la mano cercenada. A continuación, cerró la caja con cuidado y se la puso bajo el brazo.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Será mejor que sea yo y no tú quien informe a la guardia sobre esto. Después de todo, en otro tiempo estudié con la familia Eltorchul, por lo que puedo inventarme una razón que explique por qué entré en la torre. No es necesario que nadie se entere de tu presencia aquí.

Arilyn se disponía a protestar cuando reconoció la implacable mirada de resolución en los ojos de su amigo. Así pues, se dio media vuelta y se marchó hacia la puerta.

—Menos mal que has renunciado al casco de Señor, pues no me parece que obedezcas las leyes de la ciudad —masculló la semielfa.

—Supongo que tú no has violado ninguna últimamente, ¿verdad?

—Sólo entrar aquí —contestó ella con cierto humor negro.

—En ese caso... —Su tono de voz sugería que daba el asunto por zanjado.

Arilyn descendió la primera por una escalera de caracol que desembocaba en el salón principal. El edificio que soportaba la torre del mago era de reducidas dimensiones: sólo un salón en el centro y unas pocas habitaciones a ambos lados destinadas a los criados o a las tareas domésticas. No había rastro de ningún ser vivo, por lo que pudieron salir al patio sin que nadie tratara de detenerlos.

Puesto que habían llegado hasta allí, a la semielfa le pareció seguro comenzar la busca del asesino de Oth. Con un gesto de la cabeza, señaló el cobertizo de los carruajes, de donde salía un débil murmullo. Tras guardarse la espada, fue a investigar.

Un tipo delgado, con el pelo lacio y rubio, estaba muy ocupado arrancando una piedra del casco de un caballo zaino. Tres corceles igualmente castaños comían heno en sus limpios compartimentos, y cerca se veía un elegante carruaje con la parte inferior aún cubierta por una capa de polvo de la calle.

El hombre alzó la vista cuando la sombra de Arilyn cayó sobre él. Sus labios se curvaron en una mueca de desdén y blandió el pequeño cuchillo como para ahuyentar a un perro vagabundo.

—Lárgate ahora mismo —gruñó—. Aquí no encontrarás trabajo. Antes que contratar a uno de los de tu calaña, mi amo preferiría convertirlos en lagartos.

Dan salió de detrás de la semielfa. Pese a su desaliñado aspecto, era evidente que se trataba de una persona acaudalada y de elevada posición social. El cochero se levantó de un salto y, en su delgado rostro, apareció una expresión de pesadumbre al reconocer el emblema del cuervo y el unicornio en el colgante del joven, que era sin duda el escudo de una casa noble.

—Milord —tartamudeó—, yo no pretendía...

—Creo que hablabas en nombre de lord Eltorchul. —Danilo cortó en seco la disculpa—. En ese caso, tal vez podrías indicarme dónde está. Hemos llamado y nadie ha contestado.

—No hay nadie, milord —contestó el cochero atropelladamente para hacerse perdonar cualquier falta que pudiera haber cometido—. Lord Oth ha dado a todos los criados el día libre para que participen en el festival de la cosecha. Yo mismo lo llevé anoche a la mansión de los Thann.

—¿Y luego?

El hombrecillo vaciló, dudando de si hablar o no de los asuntos de su amo. Danilo le enseñó una gran moneda de plata.

—Ya he olvidado lo que ibas a decirme. Trata de convencerme de que olvide también el insulto que has dirigido a mi dama.

La incrédula mirada del cochero se posó en Arilyn, y la semielfa se dijo que comprendía lo que había pensado de ella. Con sus pantalones y botas de piel muy gastados y como único ornamento la espada elfa, cualquiera la habría tomado por una mercenaria más de los centenares que pululaban por Aguas Profundas ganándose la vida como podían.

El cochero atrapó al vuelo la moneda que Dan le lanzó y asintió para indicar que aceptaba el trato.

—Llevé a lord Oth a una taberna situada en el distrito de los muelles: La Sílfide de Seda. Lo acompañaba una mujer. —El hombrecillo esbozó una sonrisa y con las manos dibujó en el aire una voluptuosa figura.

—He captado la idea general. ¿Puedes ser algo más concreto?

—Vestido rojo, pelo negro, grandes ojos oscuros y piel oscura, pero no tanto como para ser calishita. Tenía la nariz como una cimitarra. Esbelta sin ser escuálida, ya me comprendéis. —Por si hubiera alguna duda, puso las manos en cazoleta a varios centímetros de distancia del pecho.

Arilyn resopló con los dientes apretados. Sin duda, era la descripción de Isabeau Thione. ¿Cabía la posibilidad de que la conflictiva muchacha hubiera ascendido del robo al asesinato?

«Sí —respondió para sí—, era perfectamente posible.» Arilyn desconocía qué queja podría tener Isabeau contra Oth, aunque sí que tenía una excelente razón para contratar a asesinos que acabaran con Elaith Craulnober. Ese mismo verano, el elfo había competido contra Arilyn y Danilo por el destino de la joven. De haberse salido con la suya, Elaith la habría vendido a la facción de Tethyr que le ofreciera más por ella, sin importarle que quienes pagaban pretendieran convertir a la bastarda real en un peón político o eliminarla por completo del mapa. Teniendo en cuenta la pésima reputación del elfo, seguramente Isabeau temía que volviera a intentarlo, y si

hallaba el modo de atacar primero, probablemente lo haría. Además, Isabeau no le tenía mucha simpatía a Arilyn. ¿Qué mejor modo de desviar la atención que escenificar ambos ataques en la proximidad de una asesina semielfa?

Arilyn rebullía de impaciencia mientras aguardaba que Danilo acabara la transacción. Tras unas pocas preguntas más, lanzó al cochero otra moneda y, finalmente, se marcharon.

—Isabeau odia a Elaith y estaba con Oth —señaló Arilyn una vez que estuvieron en la calle—. En lo que concierne a los ataques de tren, son dos de tres.

—Y tú la tercera. ¿Por qué?

La semielfa recordó el rescate de Isabeau y la feroz resistencia que la ratera y moza de taberna había ofrecido cuando Arilyn la interceptó fuera de la fortaleza de los gnomos.

—Una vez que Isabeau se dio cuenta de lo que le esperaba en Aguas Profundas se dejó rescatar, pero hasta llegar allí fue terca como una mula. A veces, el único modo de llamar su atención es darle en la cabeza con un palo.

—Conociendo a Isabeau, yo diría que se necesita una buena tranca.

—Ni que lo digas. Además, es posible que esté dolida por algo más. —Vaciló un segundo, reacia a poner en palabras un comportamiento que parecía incomprensible—. —

Durante el viaje a Aguas Profundas, no trataste de seducirla, y no creo que esté acostumbrada a que no le hagan ni caso. Puesto que tiene la costumbre de culpar siempre a los demás por todo, no me extrañaría que me guarde rencor. Crearme problemas sería el modo de ajustarme las cuentas por tu falta de interés hacia ella.

La expresión de Danilo era de fría furia.

—Estoy empezando a lamentar haber obligado a prometer a Elaith que no tocaría un pelo de la cabeza de Isabeau. Hablando de Elaith, deberíamos ir a verlo ahora mismo, si es que logro recordar en cuál de sus múltiples propiedades habita actualmente.

Dicho esto, detuvo un carruaje que pasaba. En la puerta se había pintado la divisa de la cofradía de cocheros, lo cual, junto con la presencia de los halflings que lo conducían, indicaba que podía alquilarse. El menudo pero fornido cochero ladeó la gorra con plumas que llevaba y detuvo los caballos. Otro halfling bajó, presuroso, del pescante y abrió la puerta, dirigiendo una sonrisa a Arilyn con expectación.

Demasiado cansada para ponerse a discutir, la joven subió y se acomodó en el lujoso interior. Con una sacudida, el carruaje se puso en marcha hacia el sur en busca de la roca que la serpiente Elaith hubiera elegido esa mañana para asolearse.

Elaith Craulnober no estaba de humor. Nunca lo estaba cuando revisaba los libros de cuentas, pese a que los resultados que arrojaban hubieran puesto locos de contento

a muchos de los nobles comerciantes de la ciudad. De hecho, Elaith no se quejaba del resultado de sus recientes empresas en Puerto Calavera; lo que aborrecía era el cálculo en sí.

Era una verdadera lástima que no pudiera confiar en ninguna otra persona para que llevara sus libros. Desde luego, disponía de escribas y de empleados que le redactaban los contratos y cuadraban las cuentas del día. Otros recogían esa información y se la pasaban a sus superiores, los cuales, a su vez, la transmitían. Grupos de

empleados —algunos muy reducidos y otros formados por una centena de personas— se ocupaban de los vastos negocios de Elaith, pero cada uno de los grupos era como una única habitación con ventanas y puertas al mundo exterior, sin pasillos que las conectaran entre sí. Solamente Elaith conocía todo su imperio.

La campanilla de latón suspendida sobre la puerta sonó armoniosamente.

Agradeciendo la interrupción, Elaith accionó el tirador bordado para conceder audiencia.

La puerta se abrió silenciosamente y, sin hacer ningún ruido, el anciano sirviente se aproximó al escritorio de Elaith y le ofreció una pequeña bandeja de plata.

El elfo echó un vistazo a la tarjeta grabada y apenas sonrió. El joven lord Thann solicitaba ser recibido. Sin duda, aparecería con una botella de vino élfico y una disculpa sazónada con estúpidas anécdotas, aunque no por ello sería menos sincera. Lo que le había dicho a Arilyn la noche anterior era la pura verdad: no creía ni por un momento que Danilo le hubiera invitado al baile para tenderle una trampa. No obstante, otros miembros de la familia Thann seguían bajo sospecha. Claro estaba que eso no se lo diría a Danilo.

—Que pase.

—No viene solo, milord. Lo acompaña la luchadora de la luna —dijo el sirviente, mostrando hacia Arilyn el respeto debido a cualquier elfo que tuviera el honor de empuñar una hoja de luna. Si tenía alguna opinión sobre si una semielfa merecía tal honor, era lo suficientemente prudente como para reservársela.

Elaith se levantó para recibir a la extraña pareja en su estudio, pero sus palabras de bienvenida se le murieron en los labios al contemplar su desaliñado aspecto. Ambos parecían tan acalorados y agotados como un par de caballos que hubiesen recorrido un largo camino. Manchas de muy variada naturaleza salpicaban sus ropas, que evidentemente se habían puesto de forma apresurada y sin la ayuda de ningún criado.

Los oscuros bucles de Arilyn se le desparramaban sobre los hombros en total confusión, y una capa de mugre cubría su faz pálida y angulosa. A juzgar por los arañazos en la piel y las heridas de las uñas, daba la impresión de que ambos hubieran metido las manos en una máquina para hacer salchichas.

—En nombre de los Nueve Infiernos, ¿qué habéis estado haciendo? —fue su saludo.

Danilo se dejó caer sobre una silla y depositó sobre una mesa contigua lo que el elfo tomó por una gran caja de rapé, de madera.

—Bueno, hemos luchado contra un tren, hemos atravesado alcantarillas y hemos trepado muros. Nada especial. Y tú, ¿qué has hecho esta mañana?

—¿Se ha producido otro ataque tren? —preguntó el elfo, consternado, mirando a Arilyn en demanda de una respuesta directa.

—Dos —respondió la semielfa, que de forma escueta le describió la situación.

Elaith asintió pensativamente. Las piezas encajaban a la perfección.

—Oth Eltorchul e Isabeau estaban anoche en La Sílfide de Seda —declaró Arilyn con voz inexpresiva.

El elfo supo qué seguiría.

—Supongo que habéis pasado por allí, buscándome y que, tras poner en práctica vuestras dotes de persuasión, os habrán informado de que tuve una conversación con lord Eltorchul.

—Hemos venido a verte para averiguar qué sabes del asunto —se apresuró a intervenir Danilo—, no para acusarte de nada. Se han producido tres ataques tren en una misma noche; todos ellos contra la vida o la reputación de Arilyn. Y no es ésa la única coincidencia: todos los atacados asistieron al Baile de la Gema y todos se han relacionado con Isabeau Thione. ¿Se me olvida algo?

—Repito lo que dije anoche: no es la primera vez que alguien trata de acelerar mi partida definitiva de este mundo, y estoy convencido de que no será la última. No sé qué puede haber motivado ese ataque en concreto, ni tampoco los otros dos.

—Nosotros tenemos intención de investigarlo —anunció Arilyn.

Obviamente, por mucho que Danilo afirmara lo contrario, ella sospechaba de Elaith. Al elfo le dolió más de lo que hubiera imaginado.

—Me doy por enterado —replicó dirigiéndole una leve sonrisa y una cortés inclinación de cabeza—. Lord Thann, ¿qué hay en esa caja? —preguntó, más para cambiar de tema que porque realmente le interesara.

—Lo único que queda de Oth —contestó Danilo, incómodo.

—¡Ah! Una prueba para entregar a la guardia. Una acción muy loable —murmuró el elfo sin excesivo interés.

—En realidad, pienso entregárselo a la familia Eltorchul para que intente una resurrección.

Elaith se sintió invadido por una súbita y profunda indignación. Era una reacción típicamente elfa. Al mirar a Arilyn, vio que ella compartía sus sentimientos. Al menos, en eso coincidían.

¿Resurrección? ¡Qué arrogancia la de los humanos! Al elfo no se le ocurría nada

más egoísta ni repugnante que perturbar la vida después de la muerte de un amigo o familiar.

—¿Por qué os empeñáis los humanos en seguir haciendo tal cosa? —le preguntó.

—Seguramente, porque podemos —contestó Dan en tono cansino—. Cuesta aceptar que un ser querido desaparezca cuando hay magia capaz de hacer que vuelva.

—Podrías haberme dicho antes lo que te proponías —protestó Arilyn.

Danilo se encogió de hombros y miró alternativamente a los dos enojados elfos.

—Prefiero dar las malas noticias cuando estoy en clara desventaja numérica. Me mantiene en buena forma.

Elaith se interpuso entre ambos antes de que la discusión fuese a mayores.

—Aunque lamento vuestras dificultades, no sé nada que pueda seros de ayuda.

¿Se os ha ocurrido que tal vez yo no tenga nada que ver con esto? ¿Que los tres que aparecieron en el subsuelo de la mansión Thann no me acechaban a mí, sino que iban a por Arilyn?

—A mí sí —admitió Arilyn, mirándolo con recelo—. Has dicho «acechándote».

¿Tenían alguna razón para creer que irías a los túneles?

El elfo se maldijo en silencio por el desliz. Si la insistente semielfa se enteraba de que alguien lo había atraído a los túneles con una nota, no descansaría hasta averiguar quién la había enviado. Sin duda, entonces descubriría la conexión que lo relacionaba con las esferas de sueños, lo cual sería desastroso.

—Hablaba desde tu punto de vista —repuso sin alterarse—. Desde luego, tú no podías saber que me pareció verte en los pasillos y te seguí hasta los túneles. Me pareciste perdida y pretendía ayudarte.

Arilyn lanzó una rápida mirada, casi culpable, en dirección a Danilo, e inmediatamente después sostuvo la mirada a Elaith.

—Si se te ocurre algo que pueda seros de ayuda, espero que te pongas en contacto con Dan.

A Elaith no le pasó por alto que Arilyn se había autoexcluido de la cadena de información.

—Siempre a vuestro servicio, princesa —dijo inclinando nuevamente la cabeza.

Sus visitantes no tardaron en marcharse. Apenas la puerta del estudio se hubo

cerrado tras ellos, Elaith se encaminó a la chimenea y se quedó mirando fijamente el fuego, sin verlo, reflexionando sobre cuáles debían ser sus siguientes pasos. Estaba absolutamente decidido a hacerse con las esferas de sueños. La muerte de Oth no cambiaba nada. No obstante, tendría que eludir los esfuerzos de Arilyn y Danilo, u oponerse a ellos activamente. Desde luego, era preferible tenerlos como aliados que como enemigos, pues se había comprometido con ambos, estableciendo con ellos los vínculos más profundos conocidos por los elfos. Ello había despertado el alma misma de su honor olvidado.

A Danilo lo había nombrado «amigo de los elfos». Elaith no tenía noticia de ningún elfo de carne y hueso o de leyenda que hubiese roto tal compromiso. Y pese a que Arilyn no era más que medio elfa, Elaith se consideraba su pariente y vasallo.

Efectivamente, el clan Craulnober era una rama, aunque secundaria, de la casa real elfa.

Elaith había empuñado su primera espada al servicio de la familia Flor de Luna, y Arilyn era hija de la princesa Amnestria, deshonrada y exiliada. De no haber sido por su propia deshonra personal, Arilyn podría haber sido su hija.

El elfo desechó con firmeza tales pensamientos, pues sabía que solamente le conducían a la desesperación. En los muchos años transcurridos desde que abandonara Siempre Unidos, no había medrado lamentándose sobre el pasado.

Era más sencillo reflexionar sobre la muerte de Oth Eltorchul. Pocos se merecían menos tal final y muchos podrían haberlo ordenado. Varios magos muy poderosos tenían buenas razones para odiarlo, y se rumoreaba que también eran varias las mujeres a las que había ofendido por su modo de tratarlas. Elaith conocía al menos cuatro familias nobles capaces de cualquier cosa para impedir la venta de las esferas de sueños, por motivos muy parecidos a los que explicaban la creciente oposición hacia sus propios negocios en Puerto Calavera. En Aguas Profundas, el comercio legal estaba sujeto a estrictas leyes, y el ilegal, a otras aún más severas.

Con todo, Elaith apostaba por el mercader de gemas Mizzen Doar. Mizzen había confesado, más o menos, estando borracho. El elfo tenía razones para relacionar las fanfarronadas del hombre sobre una «gema elfa» con los juguetes mágicos de Oth Eltorchul. Si la gema era lo que Elaith sospechaba y el mercader de cristales realmente estaba en posesión de ella, Mizzen era el principal sospechoso del asesinato.

Fugazmente, se planteó si era prudente tratar de conseguir la gema. Hasta poco tiempo atrás, Mizzen gozaba de una inmejorable reputación, y no obstante, ya había empezado a rumorearse que se dedicaba a turbios negocios, que iban de la falsificación al fraude descarado. No era descabellado pensar que alguien esclavizado por la piedra elfa pudiera cometer un asesinato.

—Estoy a la altura del desafío —murmuró.

Pero ¿realmente lo estaba? Pocos años atrás, se habría lanzado a esa empresa con total confianza. ¿Acaso no se había librado de todo lo elfo? Para él la gema no habría pasado de ser un tesoro legendario y único, no más. Le habría bastado con poseerla.

Pero eso había sido antes de que recordara el valor del honor, antes de que contemplara el rostro de su pequeña hija y soñara para ella con cosas mucho tiempo atrás olvidadas. Fue antes de emprender la búsqueda de la hoja de luna de los Craulnober para despertarla y guardarla en custodia para su heredera, antes de descubrir y honrar la realeza en una dura semielfa, antes de forjar los sagrados

vínculos de la amistad de elfo.

Con todo ello, se había destruido la armadura que Elaith tan trabajosamente se había ido construyendo. De un modo irónico, al dar entrada en su vida a una cierta virtud, se había expuesto al verdadero peligro que suponía la retorcida magia de la gema elfa. Si aún quedaba algo bueno en él, la gema trataría de esclavizarlo. Por el contrario,

si se había convertido en un ser totalmente malvado, la gema se sometería a su voluntad, pues sería la mejor manera de seguir cometiendo maldades. De un modo u otro, su vida cambiaría enormemente, pero, al menos, por fin tendría una respuesta.

—Prefiero abrazar el mal sin reservas que ser vencido por él —murmuró.

Mientras hablaba, la espiral de sus pensamientos dio un nuevo giro. Si negaba el único honor que le quedaba, ¿no sería eso una derrota?

La mente del elfo no podía dejar de dar vueltas, confusa. Ése no era el tipo de enigma que solía ocuparla. En su mundo, una cosa era o no era. O bien era un guerrero de Siempre Unidos con honor, o un disoluto totalmente despreciable. No podía ser ambas cosas.

No obstante, lo era.

Elaith se dirigió a su escritorio y lanzó los libros de contabilidad a un arcón abierto que había al lado. Los libros desaparecieron y no volverían a materializarse hasta que él los llamara.

—¡Thasilier! —vociferó.

El mayordomo elfo acudió a la llamada.

—Avisa a mis capitanes —le ordenó Elaith secamente—. Que se reúnan conmigo en la Torre del Claro Verde al mediodía. Quienes se alojan en la torre tienen hasta entonces para buscarse otro sitio.

—¿Milord?

El asombro se impuso a la inescrutable calma del mayordomo.

—Obedece —dijo Elaith en tono frío y peligroso.

El mayordomo inclinó la cabeza y se marchó dispuesto incluso a obedecer, aunque se tratara de dismantelar uno de los últimos refugios elfos en la ciudad. Elaith era dueño del jardín cercado y de la torre, y haría con ellos lo que le placiera.

Ya no era un guardián, un capitán de la guardia real elfa. Que los elfos de Aguas Profundas se apañaran como pudieran.

Justamente eso pensaba hacer él.

Isabeau Thione caminaba majestuosamente por la calle en dirección al elegante edificio de piedra que albergaba Fragancias Selectas Diloontier. Nunca había tenido ocasión de visitar el establecimiento, ni tampoco dinero para adquirir ninguno de sus productos. Gracias a Oth Eltorchul, entonces disponía de ambas cosas.

Al entrar en la tienda, trató de no mostrarse impresionada ante las hileras de relucientes frascos que se alineaban en las paredes, así como las raras y costosas especias y tinturas cuyo aroma saturaba el aire. La habitación delantera estaba amueblada tan lujosamente como el salón de una dama. Una gran puerta en forma de arco conducía a la trastienda, donde se veían mesas con grandes montones de exóticas flores frescas. Dos jóvenes aprendices machacaban con ahínco flores y hierbas con el almirez para obtener una pasta. Otro muchacho introducía con todo cuidado hierbas o trozos de cáscara de cítricos en botellas de potentes licores para conseguir tinturas.

El propietario salió a su encuentro, atropellándose. Diloontier era un hombrecillo apenas más alto que Isabeau, con las extremidades y el rostro muy delgados, que contrastaban con una barriga tan redondeada que debía llevar el cinturón muy bajo. Se había peinado el pelo —oscuro— hacia atrás con aceite, y sus finos labios exhibían una amplia sonrisa. Su aspecto general recordaba al de un sapo. Isabeau le dirigió una fría inclinación de cabeza, se quitó los guantes y le tendió una muñeca.

—En Espolón de Zazes me prepararon este perfume —dijo hablando en código—.

¿Podrías imitarlo?

El hombrecillo olió discretamente.

—Pachulí, cítrico y flor de las nieves —declaró con aire pensativo—, y tal vez un último ingrediente.

Era la respuesta correcta. Isabeau sintió un inmenso alivio. Se había tomado muchas molestias y se había gastado una pequeña fortuna para localizar a alguien como Diloontier, por lo que era gratificante descubrir que habían sido esfuerzos bien empleados. Las palabras del perfumista indicaban que no sólo vendía los artículos de lujo expuestos en su tienda, sino además venenos, pociones, amén de ofrecer una amplia variedad de servicios.

La joven lanzó una fugaz mirada a la puerta para asegurarse de que nadie los observaba y, a continuación, extrajo el estuche con las esferas de sueños de su bolsa.

—Éste es el último ingrediente —anunció—. Creo que podrías venderlas en mi nombre.

El perfumista metió una mano en el estuche y sacó una de las relucientes esferas, que contempló absolutamente anonadado.

—Sin duda, sin duda. He oído hablar de ellas, yo y algunos miembros de la pequeña nobleza. He hecho indagaciones discretas que me permitirían colocarlas rápidamente, éstas y todas las que podáis conseguir.

—¿A qué precio?

Diloontier la miró, escandalizado.

—Una dama de vuestra posición no debe preocuparse de tales detalles. Yo me

encargaré de todo y luego informaré lealmente a vuestro mayordomo.

Isabeau se negaba a que la adularan o la trataran con condescendencia. Así pues, se acercó tranquilamente a un estante con rutilantes ampollas decorativas y tomó una pequeña botella muy sencilla. Entonces, se volvió hacia el perfumista y, de manera lenta y deliberada, la dejó caer en la bolsa.

—La mitad —exigió fríamente, clavando la vista en el hombrecillo, que, de repente, se mostraba cauteloso—. Espero recibir la mitad de lo que consigáis por cada esfera que logréis vender. Y no tratéis de engañarme.

—¡Mi señora! —protestó Diloontier.

—No os lo aconsejo —prosiguió ella, bajando el tono de voz a la vez que daba golpecitos a la bolsa—. Recordad que tengo uno de vuestros venenos. Ahora que ya nos conocemos, quiero discutir de otros asuntos en los que podéis serme de ayuda.

Danilo y Arilyn descendieron por la larga escalera de mármol negro que partía de la puerta principal de la Casa de la Piedra Negra, una de las residencias favoritas de Elaith. A diferencia de la mayor parte de casas de la ciudad, no tenía ninguna puerta ni ventana en la planta baja, por lo cual los visitantes se veían obligados a subir la estrecha y empinada escalera. Los peldaños eran tan lisos y resbaladizos como el suelo de una pista de baile, y no había barandas.

Arilyn tenía que admitir que era una idea realmente ingeniosa, pues permitía defender con facilidad la casa. El enemigo no podría asaltar la morada del elfo en masa, sino en fila de uno. Además, resultaría extremadamente difícil luchar y mantener al mismo tiempo un precario equilibrio, y no le habría extrañado nada que los grifones de piedra que flanqueaban la base de la escalera fuesen objetos mágicos capaces de abalanzarse sobre quienquiera que cayera.

La semielfa descendió en cuatro saltos y se subió apresuradamente al carruaje, que los esperaba.

—Miente —declaró con rotundidad.

Danilo no lo discutió. Tras subir al vehículo, se inclinó hacia delante, indicó al cochero halfling su dirección y cerró el panel de madera.

—Al menos, no culpa a la familia Thann. La verdad, no me gustaría renovar esa particular enemistad.

—No lo llaman la Serpiente porque sí —señaló ella—. Una serpiente ataca tanto si la consideras amiga como enemiga; es su naturaleza.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Incluso para Elaith hay ciertas cosas sagradas; por ejemplo, el nombrarme «amigo de los elfos». Creo que hará honor al compromiso que contrajo conmigo.

—Siempre y cuando le resulte conveniente. —Arilyn se desplomó sobre el asiento y estiró las piernas. La mirada que lanzó a Danilo era casi de súplica—. Al menos, considera la posibilidad de que pueda estar en lo cierto.

—Eso haré. —Danilo golpeó el panel de madera e informó al risueño cochero—: Cambio de planes: condúcenos a El Pasado Curioso, en la calle de las Sedas.

Arilyn se incorporó por la sorpresa de oírlo nombrar el barrio que agrupaba los establecimientos más exclusivos de la ciudad.

—¿A qué viene eso? —inquirió.

—Estoy convencido de que las esferas de sueños son parte de la solución de este rompecabezas. Tal vez Elaith esté más implicado de lo que admite. Voy a hacer que alguien lo siga para averiguarlo.

Arilyn asintió. Eso era más de lo que esperaba obtener.

—¿Un arpista? —preguntó.

—Uno de los agentes que tenía a mi cargo y que recientemente ha abandonado la organización para atender sus propios negocios —le explicó—. No creo que la conozcas. Bronwyn es experta en encontrar objetos perdidos. Podríamos decir que es una erudita, aunque no se asusta fácilmente. Posee vastos conocimientos acerca de tesoros tanto antiguos como modernos y tiene tratos frecuentes con los comerciantes de gemas y cristales. Esas esferas de sueños deben ser extraídas, cortadas y pulidas.

Bronwyn averiguará quién lo hace, al igual que lo averiguará Elaith si sigue ese mismo camino.

Arilyn asintió en señal de conformidad, tras lo cual volvió a recostarse en el asiento para contemplar desde el carruaje la ciudad que desfilaba ante la ventana. El vehículo se dirigió con un leve balanceo hacia el este, donde confluían elegantes tiendas y tabernas. A medida que se acercaban, el olor marino se hacía cada vez más penetrante y se mezclaba con los deliciosos aromas que se escapaban de posadas, tahonas y pastelerías, que ofrecían descanso a los viandantes que paseaban por las anchas avenidas.

Hacía buen tiempo, y las tiendas estaban atestadas de personas ansiosas de disfrutar de los últimos días apacibles. Antes de que la luna menguara y creciera el doble, muchos de los compradores abandonarían la ciudad en busca de climas más suaves. Pero ese día se habían lanzado a las calles para gozar de la última jornada de festividad y ajetreo en las tiendas.

Era tanta la gente que el carruaje no pudo seguir. Después de pagar al conductor halfling, Danilo condujo a Arilyn entre la multitud hacia un elegante edificio de madera oscura.

La semielfa se fijó en un decorativo reloj de arena y en un cartel grabado y pintado, que proclamaba que se trataba de El Pasado Curioso en tres idiomas distintos:

el lenguaje del comercio, que se conocía como el común; élfico, escrito en hermosos caracteres, y lengua enana, en enfáticas y achaparradas runas. Detrás de las ventanas de pequeñas hojas, todas ellas grabadas con el mismo dibujo del reloj de

arena, se veía un agradable revoltijo de baratijas y tesoros.

Arilyn simpatizó con Bronwyn al primer golpe de vista. La arpista era de estatura mediana para tratarse de una humana —la semielfa le sacaba casi una cabeza—, y aunque no llevaba armas ni sus modales eran los de alguien ducho en la lucha, no

mostraba ni pizca de debilidad. Era esbelta y nervuda, e iba cómodamente ataviada con una túnica y unos pantalones de un tono rojizo a juego. Una mirada de inteligencia animaba sus grandes ojos color chocolate, que transmitían a la vez calidez y franqueza.

Después de que Dan hiciera las presentaciones, tendió a Arilyn una mano menuda, tan sólo adornada con manchas de tinta y callos.

—Encantada de conocerte —dijo Bronwyn con sinceridad—. Dan me ha hablado de ti.

—También a mí me ha hablado de ti. Te ha definido como erudita y aventurera —respondió la semielfa, comprobando que Danilo no se había equivocado.

La mujer se echó a reír.

—¡Vaya cumplido! Eso significa que quiere pedirme un favor.

—Confieso —admitió Dan con una sonrisa, y rápidamente le describió la situación.

—He oído hablar de Elaith Craulnober —murmuró Bronwyn, que dirigió una mordaz sonrisa a su amigo—. O me tienes en muy alto concepto, o en muy bajo.

—Para tratar con Elaith, se necesita lo mejor de ambas maneras de ser.

—Bueno, ésa es la razón por la que estás aquí —replicó ella sin darle mayor importancia—. Por casualidad, resulta que tengo entre manos un encargo legítimo.

Bueno, en realidad, de legítimo tiene poco.

La mujer se dirigió a un estuche y sacó de él una cascada de relumbrantes piedras de un verde pálido, ingeniosamente ensartadas para formar un collar.

—Las piedras son peridotos. Aunque en el norte solamente se consideran semipreciosas, en Mulhorand y las tierras de los Antiguos Imperios están muy valoradas y se tienen por dignas de la realeza. Hermosas, ¿no crees?

Arilyn se encogió de hombros. Sí, las joyas eran bonitas, pero completamente irrelevantes.

—Tienes buen ojo —la alabó Bronwyn, malinterpretando su falta de entusiasmo—. En todo el collar, sólo hay dos peridotos verdaderos; el resto son cristales. El comerciante de gemas que me ha contratado quiere más como éste. Si Elaith se dedica a husmear entre los comerciantes del ramo, tendré una razón para seguirlo o, al menos, para codearme con él.

—Espléndido —convino Danilo alegremente, y se levantó para marcharse.

—Pero si acabáis de llegar —le riñó la mujer—. Quizás a Arilyn le gustaría ver algunas de las piezas elfas que poseo.

Danilo fingió una mueca de disgusto y, con grandes aspavientos, se buscó el monedero.

—Me olvidé de mencionar que es una comerciante de primera —comentó a Arilyn.

—No están a la venta —replicó Bronwyn, haciendo gala de un fresco buen humor mientras conducía a la semielfa hacia una caja larga con cubierta de cristal—. Son piezas que recuperé para los elfos del templo del Panteón. Para ser totalmente sincera, espero que tú seas capaz de arrojar un poco de luz sobre ellas. Me gusta conocer la historia de las piezas que colecciono. A mí me parecen objetos personales, aunque percibo que para ellos son algo así como sagrados.

El corazón de Arilyn latía aceleradamente mientras inspeccionaba los objetos de la caja. Había una pequeña flauta de cristal verde, un colgante esmeralda, así como un brazalete de cuero teñido de color verde y labrado con hermosos símbolos místicos.

Asimismo, contenía una estilizada figurilla de Hannali Celanil —la diosa elfa de la belleza— esculpida en mármol con vetas verdes.

—El color tiene un significado, ¿verdad? —preguntó Bronwyn.

—Sí. —Arilyn carraspeó antes de añadir—: Se trata de regalos que se entregan en las festividades del solsticio de verano. Como tú misma has dicho, son personales. Y también sagrados, aunque no en el sentido de dioses y templos.

—¡Qué fascinante! Cuéntame más cosas sobre esas festividades.

—Imposible —se disculpó la semielfa con una leve sonrisa—. Lo siento, pero no puedo explicártelo. No está permitido desvelar algunos rituales elfos a los humanos, y aun en caso contrario, serían incapaces de comprenderlos y mucho menos de experimentarlos.

Bronwyn no se ofendió. Echó un vistazo a Danilo, el cual estaba muy entretenido hojeando unos viejos tomos en el otro extremo de la tienda.

—Los humanos usan el Tejido —dijo refiriéndose a la fuerza mística de la que surgía toda magia—, pero los elfos forman parte de ella. Asimismo, son uno con la tierra, con el mar y con las pautas del sol y las estrellas. Eso lo sé, aunque jamás podré vivirlo del mismo modo que lo vives tú. He oído que los elfos consideran sagrados los solsticios y equinoccios, y sé que en muchas civilizaciones humanas antiguas se celebraban con rituales de fertilidad. No pretendía ofenderte dando a entender que los festivales elfos no son más que eso.

—Comprendes mucho más de lo que imaginaba —replicó Arilyn. Para su sorpresa descubrió que no sólo no le resultaba difícil hablar de ello, sino que también era consolador—. No me he ofendido. Sí, para los elfos son momentos de jolgorio; se celebran muchas bodas y se consuman amistades íntimas. No obstante, todo ello forma parte de una conexión mística mayor con todos los elfos, con el Tejido de la magia y con el mismo círculo de la vida.

—Y solamente se aceptan elfos —apostilló la mujer con una suave sonrisa—. Con excepciones, por lo que tengo entendido. Tal vez Dan te ha explicado algo acerca de mi vida. Me pasó la mayor parte de ella buscando a mi familia, tratando de desentrañar mi pasado; eso lo era todo para mí. En el curso de unas pocas horas, encontré a mi padre y lo perdí. No obstante, después de eso, me sentí por primera vez en la vida una persona completa. No puedo ni imaginarme lo que debe de significar para una semielfa ser invitada a participar en uno de sus festejos.

Al mirar a Bronwyn a los ojos, Arilyn vio calidez y simpatía. Entonces, se sacó del bolsillo de los pantalones un pequeño cuchillo de piedra, afilado como el acero y con el dibujo de una pluma grabado, y se lo entregó.

—Añádelo al tesoro del templo. Merece figurar allí.

Bronwyn vaciló, lo cual demostró por primera vez que pensaba como una humana y no como una elfa.

—¿Estás segura de que quieres desprenderte de él?

—Los regalos del solsticio de verano también forman parte del todo. La rueda gira, y muchas veces suelen darse de nuevo al verano siguiente.

Bronwyn se lo agradeció con una inclinación de cabeza. Arilyn le hizo entrega del cuchillo de piedra, un regalo de Foxfire, el primer miembro del pueblo de su madre que realmente la había aceptado como elfa y que le había cambiado la vida. De no haber sido por él, Arilyn no se habría reconciliado con su propia naturaleza dual, ni habría sabido que, aunque su alma era elfa, su corazón pertenecía a un hombre humano.

Un súbito ruido sordo le llamó la atención. Echó una mirada hacia Danilo y le vio inclinarse a toda prisa para recoger el grueso tomo que le había caído de las manos, pero se dio cuenta de que los ojos del hombre habían saltado del cuchillo que aún sostenía hasta los tesoros verdes que guardaba Bronwyn. Por su expresión perpleja, Arilyn supo que había comprendido.

—¿No lo sabía? —preguntó Bronwyn, compungida, pues también se había fijado en la reacción de Danilo.

—No.

En realidad, Arilyn nunca había considerado necesario hablarle de aquella noche de verano. En la alegría inicial del reencuentro con él se había olvidado por completo de todo lo demás. Poco tiempo después, había tenido que partir de nuevo para acudir en ayuda de los elfos del bosque. Desde aquel momento, la vida apenas le había dado un respiro para recordar la sagrada celebración del solsticio de verano.

En esos instantes, trató de verlo con los ojos de Danilo. Pocos humanos eran capaces de comprender la verdadera naturaleza de los festejos elfos. Ellos interpretarían que Arilyn simplemente se había entregado al placer, sin más.

No obstante, Dan sabía más acerca de los elfos que la mayor parte de sus

semejantes y tenía ese conocimiento en alta estima.

Ello podría ser más bien un problema que una bendición. La noche anterior había preferido renunciar a ella antes que separarla de la magia de la espada elfa. Arilyn no estaba segura de cómo reaccionaría al saber que había conocido el amor entre elfos.

—No pasará nada —la tranquilizó Bronwyn con urgencia no exenta de calma—.

Dan sabe por propia experiencia que dos amantes pueden convertirse en buenos amigos olvidando el pasado.

Arilyn la miró y súbitamente comprendió. Sin embargo, no sintió ni asomo de celos. Y si hubiesen surgido, los habría ahogado por considerarlos una respuesta indigna ante la sincera buena voluntad de Bronwyn.

—¿Por qué me dices eso?

—Por su propio bien —contestó la mujer, tomando la mano de Arilyn con gesto fraternal—. Si es necesario, recuérdaselo. No permitas que haga nada noble y estúpido.

La semielfa dirigió a su nueva amiga una sonrisa levemente irónica.

—Creo que sabes que eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Y qué más da? Los hombres no fueron creados para hacernos la vida más fácil.

Simplemente están ahí.

Pese a la situación, Arilyn encontró divertido el comentario.

—¿Algún consejo más?

—Sí. —Bronwyn señaló con la cabeza a Dan, que tenía la vista clavada en la pared y jugueteaba distraídamente con frágiles joyas de coral colocadas sobre una bandeja—. Llévatelo de aquí antes de que me rompa algo.

6

El zumbido y el ajetreo de las calles envolvió a Danilo y a Arilyn al salir de El Pasado Curioso. La tienda de Bronwyn no estaba lejos del bazar, un vasto mercado al aire libre que ocupaba buena parte del extremo septentrional del distrito del castillo de Aguas Profundas.

Caminaban en silencio, serpenteando entre la muchedumbre. Normalmente, Danilo disfrutaba mucho con las imágenes y los sonidos de aquel pintoresco barrio, pero ese día se sentía como si caminara en un sueño. Sus sentidos captaban los sonoros y musicales gritos de los vendedores callejeros, y el aroma cálido y salado de las galletas que un muchacho con un rostro tachonado de pecas y la cabeza rematada por una desenfadada gorra color púrpura llevaba en la parte interior del brazo flexionado.

Asimismo, oía cómo desde una ventana del primer piso dos pilluelos alardeaban con fuertes susurros de ser capaces de pescar alguna de las galletas con ganchos de madera atados al extremo de un cordel.

Dan se abría paso entre el laberinto de tiendas con la seguridad que le daba la experiencia. A lo largo de los años, el joven noble había pasado mucho tiempo en ese mercado. En él podía adquirirse casi cualquier cosa que alguien de fortuna pudiera desear. Mercaderes procedentes de todos los puntos de la costa de las Espadas llevaban mercancías de todos los rincones de Faerun y de las exóticas tierras de más allá.

Artesanos del distrito de los mercaderes cargaban sus traqueteantes carros con mercancías sencillas pero necesarias y se dirigían al norte de la ciudad para ofrecer toneles, arreos y sillas de montar, utensilios de hierro para atizar los fuegos y ollas.

Herreros, toneleros, cerveceros y zapateros exhibían sus mercancías en el mercado, junto a sedas y gemas de remotas tierras. El fragante humo procedía de los fuegos que vendedores y taberneros avivaban a medida que el sol se alzaba, en previsión del almuerzo.

Sólo faltaba lo único que Danilo deseaba en esos momentos: intimidad. Sabía que las respuestas que buscaba serían duras de escuchar en cualquier circunstancia, aunque no se imaginaba vociferando preguntas de carácter tan privado para hacerse oír por encima del ajetreo del comercio matutino.

Giró por la calle del Bazar en dirección a una zona residencial más tranquila.

Arilyn lo siguió sin protestar. El gentío disminuía a medida que caminaban hacia el oeste, dejando atrás el mercado, y no tardaron en llegar a la ancha calle Suldown, adoquinada.

La casa que Dan consideraba su hogar en la ciudad era alta, estrecha y elegante.

Estaba encajada en una pulcra hilera de otras casas iguales, de las que la mayor

parte pertenecían a los cachorros de la nobleza comerciante. La fachada era de piedra pulida; el tejado, de dos aguas y acabado en arista, estaba recubierto con tejas de pizarra multicolores. Altas ventanas con múltiples paneles, algunos de ellos vidrieras, flanqueaban la puerta. Una decorativa verja de hierro cercaba el pequeño patio delantero, así como los estrechos pasos a ambos lados de la casa, que conducían al patio de atrás.

La tintineante música de las campanillas flotaba hasta la calle. La mano de Danilo se quedó quieta en el pestillo de la verja. Su idea inicial había sido dirigirse al jardín, que había tardado casi cuatro años en diseñar y perfeccionar. Su jardín élfico era

realmente notable, con flamantes flores que tintineaban mecidas por las brisas marinas y rosas azules entrelazadas en forma de primorosos arcos. Junto al estanque, había colocado las reproducciones de dos estatuas elfas —los originales los había donado al templo del Panteón—; eran de una belleza inquietante, que se reflejaba en las quietas aguas. Ese jardín suponía un logro extraordinario y el orgullo del jardinero elfo que se ocupaba de cuidarlo.

Pero de repente Danilo lo vio como uno de los presuntuosos excesos tan comunes entre los de su clase. Aunque lo había creado para Arilyn, seguramente sólo habría conseguido que a la joven le recordara el abismo que separaba a Dan del pueblo elfo al que ella servía.

Abrió la maciza puerta de roble y arrojó el sombrero al mayordomo, que había salido a recibirlos. Tras dirigir a su amo una cauta mirada de soslayo, el halfling desapareció sin ofrecerles los usuales refrigerios.

A la izquierda, se encontraba el estudio de Danilo: una fastuosa estancia revestida con paneles de oscura teca de Chult, y con alfombras y tapices de vivos tonos carmesíes y beige. Allí gozarían de una completa intimidad, pues estaba protegido de ojos y oídos curiosos por la magia.

Arilyn entró tras él y se sentó en una silla cerca de la chimenea. Una vez que hubo hallado acomodo, miró a Dan con firmeza.

—Aclaremos este asunto ahora mismo —dijo.

Como siempre la semielfa iba al grano, aunque tal vez no fuera un inicio demasiado prometedor. Danilo se aproximó a la repisa de la chimenea y cogió una figurilla elfa, que estudió sin interés para darse tiempo a ordenar sus pensamientos.

—Hace cuatro años, cuando nos despedimos en el espolón de Zazes, te abrí mi corazón. No hubo tiempo para que dijese sí o no porque nuestros caminos se separaron irremediablemente: yo tuve que partir al bosque Elevado para enfrentarme al desafío que una loca había lanzado a todos los bardos del Norland, y tú partiste al bosque de Tethyr. Una vez que regresamos de nuestras misiones, volví a declararme, y tú aceptaste. No obstante, ya no eras la misma. Lo percibí, pero no sabía hasta qué punto las cosas habían cambiado.

—Sólo en apariencia.

No era ésa la respuesta que Dan esperaba. Dejó la estatuilla en su lugar y se volvió para mirarla a la cara.

—En ese caso, te ruego que me ilumines.

La semielfa se cruzó de brazos y estiró las piernas.

—Vamos a ver: ¿te he preguntado yo alguna vez cómo has pasado cada día y cada noche del tiempo que no hemos estado juntos?

—No, pero en mi caso es distinto.

—¿Ah, sí? —replicó ella con extrañeza—. ¿En qué si puede saberse?

—Para empezar, los estúpidos escarceos que suceden en esta ciudad no tienen ninguna importancia.

—¿Y eso es bueno?

Dan la contempló ligeramente exasperado.

—Guerrera como siempre. ¿No puedes abandonar esa actitud de ataque ni por un momento?

—De acuerdo —concedió tras considerar las palabras de Danilo—. Vamos a hablar con franqueza. Cuando nos separamos, sabía cuáles eran tus sentimientos hacia mí, lo confieso, pero no sabía qué sentía yo. Hasta que no me encontrara a mí misma, no podía decirte ni sí ni no. Ahora ya sé dónde está mi lugar.

—Entre los elfos.

—Era algo que debía hacer. Durante la mayor parte de mi vida, he vivido y trabajado entre humanos. Ésta —dijo tocando la hoja de luna envainada— era mi única herencia elfa. Siempre tuve la impresión de que esta espada definía quién soy, pero lo desconocía casi todo sobre ella. Todo lo que ocurrió ese primer verano que pasamos separados fue parte de la búsqueda. Para entender la hoja de luna, tenía que volverme completamente elfa, al menos durante un tiempo. El breve período que pasé entre los elfos del bosque, incluidos los festejos del solsticio de verano, fue parte de eso. Si no hubiese vivido esa experiencia, no me habría entendido a mí misma, ni tampoco mi corazón.

Danilo no podía negar la lógica que encerraban las palabras de Arilyn, aunque no las aceptaba. Se quedó mirando por la ventana del estudio mucho rato, apenas dándose cuenta de que las hojas empezaban a teñirse con los colores del otoño. Se le ocurrió una docena de respuestas y las descartó todas. Al final, habló espontáneamente.

—Espero que no me consideres indiscreto si te pregunto cómo se llamaba.

—Foxfire —repuso ella sin vacilar—. Era el jefe de los guerreros de un clan del oeste. Fue y sigue siendo un buen amigo.

A Dan le dolió escuchar eso, pues tal respuesta le sugería un montón de posibilidades que apenas se atrevía a explorar.

—Has regresado a ese bosque en más de una ocasión —dijo con cautela.

—Sí. Tengo responsabilidades.

—¿Es que hay un hijo? —preguntó Dan apesadumbrado.

Los ojos de Arilyn se ensombrecieron por la sorpresa y la indignación.

—¿Crees que me hubiera olvidado de mencionar algo así? ¿O es que me imaginas entrando a hurtadillas a medianoche en un refugio para mercenarias solteras?

De haber estado de mejor humor, esa absurda imagen le habría parecido muy divertida.

—Sí, sí. Te pido perdón. Es que esta revelación me ha dejado algo trastornado. —Tras reflexionar sobre sus propias palabras, añadió con una sonrisa leve y dolida—:

Supongo que acabo de hacer el comentario más obvio de toda mi vida.

—Hablemos de ello. —La semielfa se levantó de la silla y lo miró a la cara—. He vivido cuarenta años y la mayor parte de ellos han sido muy duros. ¿Esperabas, de verdad, que siguiera siendo doncella?

—Bueno...

—Ya veo que sí. En ese caso, ¿debo suponer que tú has seguido el código de conducta de un paladín?

—Me temo que no. —Dan suspiró. Tenía que hallar el modo de explicarle que había un código escrito distinto para cada uno de ellos—. Aunque hubieses tenido una veintena de amantes no me habrían importado de ser humanos.

—Pero ¿qué tontería es ésa? —exclamó Arilyn, escandalizada.

—No es ninguna tontería. Cuando te marchaste al bosque, nos unía una especie de vínculo élfico gracias a la magia de tu espada. Cuando regresaste, me juraste que me amabas. No obstante, ante todo, eras leal a los elfos del bosque y siempre me has ocultado lo sucedido allí. ¿Qué quieres que piense?

—¿Te lo habrías tomado mejor si te lo hubiera contado enseguida? —Arilyn empezaba a sentirse un poco exasperada.

—Probablemente, no —admitió él. Hizo una breve pausa para tratar de aclararse en la confusión de sus emociones—. Perdóname. Deseaba un cambio y, en estos últimos dos días, los hados se han empeñado en concederme mi deseo. Apenas acabo de enterarme de que en mi familia hay sangre elfa, cortesía de nuestro querido archimago.

Para mí fue una revelación sorprendente y mucho más importante de lo que soy capaz

de expresar con palabras. No obstante, en vista de los hechos, me temo que esas gotas de sangre elfa no bastan; el vino está demasiado aguado.

En los ojos de Arilyn se encendió una chispa de comprensión, que enseguida se convirtió en incredulidad.

—¿Te he entendido bien? ¿Temes la comparación con un elfo?

—Bueno, yo no lo diría de un modo tan brutal —se defendió Dan, pues las palabras de la mujer lo hacían quedar como un estúpido—. Deja que te lo explique. Sé qué opinión tienen los elfos sobre los semielfos. Hace más de seis años que te conozco y he visto cómo te mortifica eso. Una parte de mí se alegra de corazón de que por fin te aceptaran y compartieras con ellos el espíritu de comunión. Sé que lo deseabas con todas tus fuerzas. No obstante, como todos los enamorados, tengo un interés egoísta en el asunto.

»Ése es el dilema —suspiró—. Conociéndote como te conozco, me pregunto si podrías ser realmente feliz con un humano.

Arilyn se tomó su tiempo antes de contestar. Se levantó y empezó a dar vueltas por el estudio, como si necesitara moverse para acicatear sus pensamientos.

—Has hablado de felicidad —dijo al fin—. He oído a muchas personas pronunciar esa palabra y nunca he entendido a qué se referían. Y me temo que ellos tampoco la entienden. Supongo que para ellos felicidad es tranquilidad eterna, dicha, una vida cómoda y cosas por el estilo.

Los labios del hombre esbozaron una peculiar sonrisa.

—Hablas como si estuvieras describiendo uno de los niveles inferiores del Abismo.

—Soy una guerrera —declaró con sencillez—. Mi madre me dio una espada de madera apenas fui capaz de tenerme en pie, y a ésa le siguió al poco tiempo otra de acero. Nunca he pensado en términos de comodidad y bienestar, ni en nada que se le parezca. Pero de algo estoy segura: prefiero luchar contigo que contra cualquier otro.

Dan se la quedó mirando largamente.

—¿Luchar conmigo o junto a mí?

—Ambas cosas, supongo —replicó ella, risueña—. ¿Te basta con eso?

Danilo le cogió una mano, se la llevó a los labios y besó sus dedos blancos y delicados al mismo tiempo que con el pulgar le acariciaba la áspera palma, típica de una guerrera.

—Es la mayor felicidad a la que podría aspirar un humano... o un elfo.

Su primera lucha no se hizo esperar. Pararon otro carruaje para dirigirse a la heredad de la familia Eltorchul, sita más al oeste, y durante todo el camino no dejaron de discutir sobre lo que Dan estaba a punto de hacer. Uno de los aguaceros tan típicos en el cambio de estación se abatió desde el mar, por lo que el ruido de la lluvia y los truenos ponía el contrapunto a la pelea.

—Oth Eltorchul está muerto —fue el argumento final de la semielfa—. Su espíritu se encuentra en la otra vida, que se ha ganado mediante sus acciones en ésta. ¿Quién eres tú para entrometerte?

—¿Quién soy yo para tomar tal decisión? Es su familia quien debe decidir. De

todos modos, debo informarles de la muerte de Oth.

Arilyn lanzó una torva mirada a la caja que Danilo había colocado en el suelo del carruaje, entre ellos dos.

—¿Es así como piensas comunicarles la noticia? ¿Mostrándoles esa cosa?

—¡Concédeme un poco de sentido común! Desde luego, debes admitir que después de enterarse tienen todo el derecho a quedarse con la caja. Incluso si deciden no intentar una resurrección, querrán enterrar los restos de Oth. La familia Eltorchul posee

un mausoleo en la Ciudad de los Muertos y, según tengo entendido, es imponente: una puerta dimensional conduce a sus catacumbas privadas. Supongo que tiene que ser imponente —caviló—. Es una familia muy numerosa, con un índice muy elevado de trágicas muertes. Ése es el riesgo que se corre cuando uno se dedica a investigar magia y enseñarla. Ahora que lo pienso, algunos de mis primeros maestros estuvieron a punto de reunirse con sus antepasados. ¿Te he explicado que la barba de Athol se encendió una vez por culpa de la tinta iluminada que yo creé?

La semielfa lo hizo callar con una mirada fulminante y luego se dedicó a contemplar la ciudad. La familia Eltorchul —como tantas otras pertenecientes a la nobleza de Aguas Profundas— poseía más de una residencia en la ciudad y probablemente otras fuera de ella. El carruaje alquilado atravesaba el distrito del mar, el barrio más rico y selecto de la ciudad.

Como raramente tenía razones para ir allí, procuró grabar en su memoria los vericuetos y edificios del barrio. Las calles eran anchas y estaban pavimentadas con piedra lisa y labrada. A ambos lados, se alzaban altos muros, tras los cuales se ocultaban espléndidas fincas o templos. Las torres se elevaban hacia el cielo. Muchas de ellas eran de un diseño tan extravagante que solamente podían haber sido creadas y erigidas mediante la magia. Torrecillas, balconadas y gabletes engalanaban las alturas. Las gárgolas vigilaban la ciudad con sus ojos de piedra, y estandartes de vivos colores ondeaban al viento bajo la lluvia.

—Este barrio no tardará en quedar desierto —comentó Danilo para romper el silencio—. El viento presagia la llegada del invierno.

Arilyn asintió, cabizbaja. Su ánimo decayó aún más cuando el vehículo dobló por la vía de la Estrella Matutina y la Torre Eltorchul apareció a la vista.

La compleja estructura conformaba el extremo más oriental de una estrecha calle conocida como paseo del Fantasma. Al observar ese extraño paraje, Arilyn sintió un escalofrío que no sólo se debía al nombre y al recelo que le inspiraba la magia humana.

Torres de una piedra de empañado tono gris se alzaban hacia lo alto, casi todas ellas conectadas por pasarelas y escaleras que parecían surgir de la nada y conducir a ninguna parte. Varios homúnculos —diablillos con alas de murciélago que actuaban

como familiares de brujos— aleteaban silenciosamente por aquel laberinto arquitectónico; desaparecían y volvían a aparecer sin razón ni pauta aparente. De una de las torres emanaba humo azulado de acre olor, prueba de que dentro se estaban realizando actividades mágicas.

Al apearse, Arilyn se percató de que, cerca de la verja de entrada, el suelo de piedra de la calle se veía ennegrecido, como si se hubieran encendido un centenar de hogueras o hubieran impactado rayos de luz.

—Ya ves cómo reciben a los visitantes indeseados —murmuró Danilo mientras tiraba del llamador.

Una muchacha de piel oscura, ataviada con la túnica y el delantal de los aprendices de la familia Eltorchul, acudió a su llamada. Dan solicitó ser recibido por Thesp Eltorchul, el patriarca de la familia. Esperaron en el vestíbulo mientras la aprendiz desaparecía para poner a secar sus capas empapadas por la lluvia, sentados bajo un tapiz en el que se representaba la coronación de un antiguo monarca, probablemente un antepasado de Azoun de Cormyr, aunque Arilyn dudaba de qué Azoun en concreto el artista pretendía honrar.

A los pocos momentos, lord Eltorchul salió a recibirlos. Pese a su avanzada edad, el viejo mago no se había encogido ni caminaba encorvado y se movía con digno porte.

Su pelo, que en su juventud había sido rojo, mostraba una vaga tonalidad entre gris y beige. No costaba imaginarse cómo debía de haber sido al contemplar la cabeza de su

joven acompañante, coronada por una mata de rizos de encendido color.

A Arilyn se le cayó el alma a los pies. Errya Eltorchul tenía fama de ser una mujer rencorosa, consentida y con una lengua viperina. Aunque se rumoreaba a voces que la fortuna familiar estaba menguando, Errya llevaba un exquisito vestido color rojizo, una fortuna en granates y exhibía una expresión de suprema arrogancia. Miró a Arilyn de la cabeza a los pies con sus ojos esmeralda, y su expresión se tornó en desdén. Tras rechazarla con un bufido, centró su atención en Danilo.

—Vaya, te has tomado tu tiempo en volver —dijo con un artero mohín.

Danilo le dedicó una leve inclinación de cabeza, pero siguiendo la costumbre, se dirigió primero al cabeza de familia.

—Ha pasado bastante tiempo desde que estudié con lord Eltorchul. —Lo saludó con una breve reverencia—. He hecho mal en no venir antes a presentaros mis respetos, señor.

El mago miró a su hija con cariño, pero también con resignación.

—Es un alivio comprobar que no todos los jóvenes de Aguas Profundas han olvidado los buenos modos —comentó con calor—. Mi aprendiz me ha dicho que querías hablar conmigo personalmente sobre un asunto referente a mi hijo Oth, ¿no es

así?

—Exactamente. ¿Podríamos hablar en privado?

Lord Eltorchul miró a Arilyn por primera vez y frunció el entrecejo en señal de desaprobación. La semielfa no supo si atribuir el gesto a su condición de semielfa o al hecho de que portara una espada en vez de una bolsa de hechizos.

—Sí, sí, claro. En privado —murmuró.

—¡Nada de eso! —protestó Errya. Se inclinó para coger en brazos a un gato que pasaba y fulminó a su padre con la mirada por encima de la cabeza del felino—. Esa espantosa ayudante tuya ha dicho que nuestros visitantes nos traían noticias de Oth. Yo también quiero oírlas.

El viejo mago se resignó a complacer a su hija. Con él en cabeza, pasaron junto a tres armaduras completas en exhibición. Aunque por los visores levantados de los yelmos se veía que estaban vacías, los tres caballeros tenían alzados los guanteletes en brusco y metálico saludo. Sin fijarse en ellos, el anciano mago condujo a sus visitantes a un saloncito lateral. Una vez que todos se hubieron sentado, que lord Eltorchul les ofreciera vino, té o rapé, y sus huéspedes declinaran, lanzó un suspiro muy sentido.

—¿Qué ha hecho ahora mi hijo?

—Me temo que soy portador de malas noticias. Esta misma mañana sentí el impulso de pasarme por su torre para visitarlo. —Con una rápida mirada Danilo suplicó a Arilyn en silencio que le dejara contar la historia a su manera—. Encontré la puerta entornada. En vista de que nadie respondía a mi llamada, me tomé la libertad de entrar e investigar. El estudio de Oth estaba en completo desorden. Se había librado una lucha y, por desgracia, llegué demasiado tarde para ofrecer mi ayuda. Lo lamento profundamente, milord.

El viejo mago se quedó mirándolo sin comprender.

—¿Una lucha? ¿Qué tipo de lucha?

Haciendo caso omiso de la silenciosa advertencia de Danilo, Arilyn se inclinó hacia delante. Aunque Dan tenía buenas intenciones la semielfa era de la opinión que sería más amable no prolongar el suspense.

—Parece que vuestro hijo fue asesinado por los tres, poderosos hombres lagarto que matan por dinero. Lo siento.

Lord Eltorchul soltó un débil y ahogado sonido de consternación. La mirada de Arilyn voló hacia Errya: la mujer recibió la noticia con estoicismo. Apretaba con fuerza

los labios pintados, y su rostro se había quedado inmóvil, como una estatua de mármol.

Arilyn se volvió de nuevo hacia el mago.

—Lamento tener que preguntarlo, pero ¿conocéis a alguien que deseara la muerte

de Oth?

Lord Eltorchul bajó la vista a sus manos entrelazadas.

—No. A nadie en absoluto. ¿Ha muerto? ¿Estáis segura? —insistió mirándola todavía aturrido.

—Los tren dejaron una señal. —Danilo explicó la situación con la mayor delicadeza posible, tras lo cual entregó al anciano el anillo que había cogido de la mano de Oth—. Vi este anillo en posesión de vuestro hijo apenas hace dos días.

—Sí, es suyo —murmuró el mago—. Se lo he visto puesto. Así pues, ha muerto.

—Tal vez conozcáis a un sacerdote de alto rango que...

En los ojos del viejo mago brilló una chispa de esperanza al comprender lo que quería decir Danilo.

—¡Sí, sí! Si hay una posibilidad...

—No la hay —lo interrumpió Errya bruscamente. Sus manos estrujaron el gato gris atigrado que estaba sentado en su regazo, y el animal protestó—. Conozco a Oth mejor que tú, padre, y sé que no desearía una resurrección. ¡Oth es un mago y aborrece a los clérigos y su magia! ¿Crees que aceptaría un regalo de tales manos, aunque fuese su propia vida?

—No, supongo que no —admitió lord Eltorchul con voz cansina y derrotada. Se dejó caer hacia delante y hundió la cara en las manos.

Su hija lanzó a los visitantes una mirada preñada de resentimiento.

—Esa propuesta no ha sido digna de ti, Danilo. Aunque ¿qué cabría esperar? ¡Éste es el tipo de cosas que pasan por codearse con villanos elfos!

—Ya he tenido suficiente —anunció Arilyn, y se levantó para marcharse.

Dan la detuvo poniéndole una mano sobre el brazo derecho.

—Te equivocas, Errya. Esto no tiene nada que ver con Arilyn, al contrario. Los elfos están en contra de molestar a los muertos en la otra vida.

—Bueno, ella está aquí, y Oth está muerto, ¿no? —replicó inclinándose hacia delante por encima del gato.

El felino se debatió y bufó una advertencia que Errya no escuchó. Danilo se levantó para colocarse junto a Arilyn y la miró fríamente.

—Comprendo tu dolor, pero ten mucho cuidado con a quién acusas.

Errya sonrió.

—Estate tranquilo. Ya sé que la mestiza no tuvo nada que ver. Oth fue asesinado porque tenía negocios con Elaith Craulnober. ¡Lo sé!

La voz de la mujer dejaba traslucir una nota histérica y sonó tan aguda que dolía en los oídos. Arilyn se dio cuenta de que el gato —el animal ya hacía rato que lo estaba pasando mal— retraía las orejas para protegerse de la arremetida. Ojalá ella pudiese haber hecho lo mismo.

—¿Y qué se hará al respecto? —prosiguió Errya—. ¡Nada! En otro tiempo se

tomaban medidas contra los forasteros. Preguntad a Arlos Dezlentyr si no me creéis.

¡Maldición!

La mujer lanzó un agudo chillido de dolor cuando el gato la mordió en una mano.

Acto seguido, salió disparado por los aires. El animal giró en pleno vuelo con gracia felina y aterrizó sobre las patas, dando coletazos y clavando una funesta mirada en quien había osado darle aquel trato. Errya agitó la cabeza y arremetió de nuevo contra los visitantes.

—Ya habéis dicho lo que teníais que decir. Como veis, mi padre está vencido por el dolor. Dejad aquí la caja e idos.

Arilyn la complació de mil amores. Mientras caminaba con decisión ante las educadas armaduras vacías, oyó cómo Danilo ofrecía sus condolencias al patriarca Eltorchul y le prometía su ayuda para hallar al culpable. Tal interferencia provocó un ataque de histeria en Errya, lo que hizo perder definitivamente la serenidad al anciano.

El viejo mago rompió a llorar en voz baja de un modo que partía el corazón. Errya lo dejó allí solo, y con un entrecortado y furioso taconeo, se fue en pos del gato que había osado morderla, como si ese insulto le doliera más que la pérdida de un hermano o el pesar de su anciano padre.

Cuando la puerta de la residencia de los nobles Eltorchul se cerró, Arilyn dudaba de si lord Eltorchul lloraba por sus familiares muertos o por los que aún tenía que soportar.

Cada mañana un determinado número de caravanas se congregaba en el patio del Toro Blanco, un recinto al aire libre, situado en el mismo corazón del distrito sur, el barrio trabajador por excelencia. De entre los apretados edificios que rodeaban el patio emanaba humo; en las cercanas forjas resonaba el repiqueteo de metal contra metal, y el ganado reunido en los corrales mugía nerviosamente. El ruido de unos cascos que avanzaban sobre la tierra bien apisonada anunció la aparición de una lechera que conducía su vaca por el ronzal. La tienda del fabricante de sillas de montar despedía el cálido y terrenal aroma de la piel.

Pero todo ello quedaba eclipsado por la inusual imagen que dominaba esa mañana el caravasar. Elaith Craulnober, comerciante y aventurero durante más de un siglo, jamás había visto una caravana tan peculiar como ésa.

Los servidores se afanaban en plegar las tiendas de campaña que habían protegido la caravana del súbito aguacero caído. El vasto patio hervía de vida con el susurro de alas gigantes, así como con los retumbantes gritos, arrullos y relinchos del numeroso grupo de corceles alados. Varios cuartetos de pegasos piafaban. Mozos de cuadra con el emblema de Gundwynd colocaban tirantes largos y resistentes en los caballos alados.

Tras cada uno de los tiros se había dispuesto un vehículo muy ligero, sin ruedas ni patines. En el lado norte del patio, vio una línea de grifos sentados como gallinas cluecas, con las patas delanteras, semejantes a las de los leones, escondidas entre las plumas del pecho. Llevaban la cabeza de halcón tapada con enormes caperuzas de cuero, lo que les impedía que alzaran el vuelo antes de tiempo.

Al contemplar ese instrumento tan típicamente humano, Elaith sintió un arrebató de furia. Impedir que un ave volara era una crueldad, y no obstante, los humanos la cometían continuamente. Encapirotaban a los halcones de caza para mantenerlos dóciles cuando no volaban tras su presa; recortaban las alas de los gansos para tenerlos atrapados en las represas de molino. Algunos miembros de esa estúpida raza llegaban al extremo de cazar con redes a pájaros cantores y cortarles las alas para que adornaran su jardín. Desde luego, los pájaros en cuestión morían al llegar el invierno, lo cual no era problema porque los sirvientes se encargaban de reemplazarlos en primavera.

Unas alegres carcajadas interrumpieron las airadas cavilaciones del elfo. Se dio la vuelta y presenció un insólito juego de captura.

Un dorado corcel interceptó de un brinco la trayectoria de un mozo semiorco. No se trataba de un caballo, sino de una enorme águila con los fríos ojos de un ave rapaz y un pico ganchudo diseñado para desgarrar. La mera visión habría bastado para helar la sangre al más bravo. El águila abrió el pico y proyectó su titánica testa hacia delante a la velocidad del rayo.

El semiorco chilló, dejó caer su carga y rodó desesperadamente a un lado, lo cual provocó más carcajadas, alegres y sin malicia.

Los labios de Elaith se curvaron en una involuntaria sonrisa al recordar ese juego.

El compañero del águila, un joven elfo probablemente de no más de dos siglos de edad, lanzó otro pedazo de carne a su alado corcel. El ave atrapó hábilmente la carne y echó la cabeza hacia atrás para que la recompensa le resbalara por el gáznate. El semiorco se escabulló a toda prisa, no sin antes fulminar con la mirada al travieso elfo.

Otros tres elfos se destacaron de la muchedumbre y entablaron conversación con su congénere. Se trataba de elfos de la luna, como Elaith: altos, esbeltos y tan afilados como una daga. Todos ellos tenían el pelo plateado y ojos del color de piedras preciosas: ámbar, jade, topacio. Hablaban con los acentos de la lejana Siempre Unidos y llevaban prendida en la túnica una insignia que Elaith ya casi había olvidado.

El elfo canalla frunció la frente, consternado. Jinetes de águila allí, en el continente? Esos jóvenes se contaban entre los más fieros defensores de la isla elfa.

¿Qué hacían en Aguas Profundas?

El joven líder se apercibió del escrutinio al que estaban siendo sometidos. Por un

momento, puso ceño, pensativo, y entonces su faz se iluminó como un amanecer.

Se aproximó a Elaith con la palma de la mano izquierda extendida ante él horizontalmente, que era el modo como un noble elfo saludaba a otro.

—¡Es un honor, lord Craulnober! Mi padre sirvió bajo vuestro mando en la guardia de palacio, cuando yo era tan joven como estos humanos, aunque gracias a los dioses, no tan necio como ellos. —Sonrió y ejecutó una reverencia para presentarse—.

Garelith Hojaenrama, a vuestro servicio.

Esas palabras y el respeto con el que fueron pronunciadas evocaron en Elaith recuerdos que creía olvidados desde mucho tiempo atrás. Respondió al saludo con fría cortesía.

—Han pasado muchos años desde que abandoné la isla —comentó como sin darle importancia, aunque era incapaz de no sentirse irritado con aquellos jóvenes. Así, añadió—: ¿Qué hacéis aquí? ¿Acaso Siempre Unidos ya no necesita a sus jinetes de águila?

El joven elfo se echó a reír.

—¡Que yo sepa, no! Siempre Unidos sigue tan hermosa e inviolada como siempre, y yo añadiría mortalmente aburrida. Mis compañeros y yo necesitábamos un poco de acción.

—Y pensasteis que como vigilantes de caravana la conseguiríais...

—Es un trabajo honrado —repuso Garelith, encogiéndose de hombros, y sonrió de nuevo—. ¡Al menos, tenemos un poco de aventura! Nuestro próximo destino es Luna Plateada, creo. He oído maravillas de la ciudad y de la maga que la gobierna.

Los compañeros de Garelith se aproximaron. Sus ojos, del color de las gemas, brillaban con curiosidad y entusiasmo. La irritación de Elaith se fue desvaneciendo a medida que eludía sus preguntas y disfrutaba del melodioso torrente del idioma élfico.

La sombra de un tipo alto y fornido cayó sobre el grupo. Al instante, la animada faz de Garelith adoptó la máscara serena e inescrutable que los elfos mostraban a quienes no eran de su raza.

—Capitán Rheap —lo saludó formalmente, e inclinó un poco la cabeza.

Era un gesto lleno de gracia, con el que un guerrero elfo aceptaba una interrupción molesta, aunque no la agradeciera.

Rheap se abrió paso a empujones entre los jinetes y no se detuvo hasta casi pisar los pies de Elaith con sus botas. Era un hombre grandote, que le sacaba una cabeza al elfo, y con un cuerpo tan recio y fornido como el de un osgo, y también casi igual de velludo. Llevaba un casco de cuero del que se desparramaban opulentas ondas de pelo oscuro. Exhibía una poblada barba y unos bigotes tan abundantes como descuidados.

Los rasgos de su cara resultaban toscos; la nariz era tan ancha y aplastada que sugería la existencia de algún antepasado orco en un tiempo no muy lejano. Rhep protegía su corpachón con armadura de cuero y esbozaba una fatua sonrisa. Elaith se imaginó que juntos debían de parecer una catapulta y un estilete. Sin duda, el humano era tan necio que se tenía por la mejor arma de ambas.

—Puedes comprarte un puesto en la caravana, elfo, pero los guardias están a mi cargo —gruñó el hombre, cuyo dominio del lenguaje dejaba mucho que desear.

—Ya veo. ¿Desde cuándo Ilzimmer contrata a jinetes de águila? —inquirió Elaith con una leve sonrisa.

—Yo trabajo para Gundwynd —ladró Rhep, señalando con la cabeza a un hombrecillo de barba gris que se afanaba de un lado a otro para asegurar la carga.

Mentía, y Elaith lo sabía. Rhep era un soldado a sueldo del clan Ilzimmer, aunque tanto él mismo como los lores de esa casa noble hacían lo posible por ocultarlo. Si se sabía, a alguien se le podría ocurrir investigar por qué una familia dedicada al comercio de piedras preciosas necesitaba un ejército de mercenarios.

—Trabajo para lord Gundwynd —repitió el hombretón—, y tú también mientras viajes con la caravana. ¡Qué vergüenza que Gundwynd haya caído tan bajo como para aceptar basura como tú!

Garelith dio un paso al frente. Sus ojos verdes echaban chispas por el insulto.

—¡Vigila lo que dices, humano! Estás hablando con quien fuera capitán de la guardia del rey.

—En ese caso, hace mucho tiempo que se quedó sin trabajo, ¿no? —se burló Rhep—. ¿El rey murió asesinado cuando tú estabas de guardia, Craulnober?

—Eso hubiese sido bastante complicado. —Elaith se negó a dejarse provocar por aquel zopenco—. El rey Zaor murió hace menos de cincuenta años, y para entonces, yo ya me había establecido en Aguas Profundas. Calculo que más o menos en esa época fue cuando tus antepasados empezaron a tener relación carnal con goblins.

El rostro del humano adquirió un oscuro y apagado tinte rojo de rabia, liberó la maza que le pendía del cinto e hizo el gesto de alzarla para atacar.

Elaith se agachó para esquivar la embestida y pasó inmediatamente a la ofensiva con sendas dagas estilizadas en las manos. La punta de una de ellas se posó bajo el mentón del hombre y la de la otra casi tocando el orificio de una oreja.

Rhep miró a los vigilantes de la caravana en busca de apoyo. Aunque los cuatro empuñaban largos y finos cuchillos, sus vigilantes ojos estaban clavados en Rhep, y no, en su atacante.

—¡Cerdos traidores! ¡Muy pronto tendréis lo que merecéis!

—Tal vez deberías explicarte mejor —comentó Elaith en tono afable, aunque nadie confundió esa orden con una sugerencia. Y porque le apetecía, sin más, dio un pequeño giro a la daga y le hizo una muesca diminuta en el lóbulo de la oreja.

Rhep baló como un carnero castrado.

—No quería decir nada —masculló—. Sólo que las malas acciones siempre tienen su castigo; nada más que eso.

Elaith dudaba de si debía tomárselo como un tópico o una evasiva, pero la disputa empezaba a llamar la atención, y él no estaba dispuesto a arriesgar un lugar en la caravana por un despreciable hijo de perra orco. Así pues, bajó las dagas y dio un paso atrás, al mismo tiempo que dirigía al humano una leve e irónica reverencia. Rhep era tan zoquete que ni siquiera pilló el insulto y se alejó pisando fuerte y mascullando imprecaciones.

—Vigilad a ése —aconsejó Elaith a los jinetes de águila en voz baja—. Lo conozco y es de los que traen problemas.

—A mí me ha parecido un bufón, pero confío en vuestro juicio —replicó Garelith—. Vos sabéis mejor que nosotros si alrededor de esa montaña se agrupan los nubarrones y nos avisaríais de una tormenta en ciernes.

Quedaba un último consejo que darles, el más difícil, pero Elaith se sentía obligado a ello.

—Eso no será posible. Os aconsejo que no os dejéis ver en mi compañía.

Los cuatro jinetes se mostraron perplejos.

—¿Por qué? —preguntó uno con ojos color topacio.

—Lo sabréis muy pronto —contestó Elaith con una sonrisa irónica, dirigida en parte contra sí mismo.

Antes de que los jóvenes elfos pudieran insistir, Elaith se dio media vuelta y se alejó. Sus eufóricos halagos le repugnaban. En esos momentos, prefería la compañía de cualquier otro que lo mirara con la habitual y debida mezcla de temor y respeto.

—¡Piedras! —exclamó una voz grave y áspera con tal vehemencia que en su boca esa palabra neutra se convirtió en maldición.

—Un enano —musitó Elaith con voz cansina—. Creo que el día ya no podría empeorar más.

—¿Me estás diciendo en serio que la caravana se dirigirá al oeste volando? —preguntó el enano.

—Con un caballo alado. Siempre te jactas de que no hay nada de cuatro patas que no seas capaz de montar —replicó una persuasiva voz femenina.

Elaith se volvió bruscamente hacia aquella voz familiar y su ceño se intensificó.

La conocía de oídas: Bronwyn, una comerciante con una veta artera de lo más refrescante. Aunque deseaba conocerla personalmente no era ése el momento más oportuno. Y para empeorar aún más las cosas, su compañero de viaje era un enano.

Se trataba de un enano particularmente retacón y cuadrado, con hombros anchos sobre los que le caía una alborotada y espesa melena rizada color caoba y, sobre el pecho, una larga barba bermeja. Se había afeitado la zona del bigote, y sus ojos

azules eran tempestuosos. Alrededor del cuello, se había colgado una herradura. El enano jugueteó con ella como si quisiera reivindicar las palabras de Bronwyn acerca de sus habilidades como jinete.

—Soy capaz de montar cualquier cosa de cuatro patas, siempre que esas cuatro patas tengan algo sólido bajo ellas.

Bronwyn alzó la vista al cielo y dirigió una mueca a su compañero.

—Bueno, hoy las nubes parecen muy sólidas.

El enano resopló despectivamente.

—Mira, Ebenezer —dijo la mujer con la voz que uno usa cuando todos los intentos de persuasión han fallado—, tengo que ir a Luna Plateada por negocios. Tú puedes acompañarme o quedarte, como más te plazca.

—¿Quién ha dicho nada de quedarse? —El enano señaló con un rollizo dedo hacia un pegaso aún desenjaezado—. Ese de ahí parece de repuesto. Me he fijado en él enseguida.

Ebenezer fue hacia él sin ninguna prisa, llevando en su rechoncha mano un terrón de azúcar de arce. Bronwyn le observó mientras se alejaba y, al barrer la escena con la mirada, sus ojos se posaron en Elaith. Tras un instante de vacilación, vertió vino de un frasco en dos tazas de madera y le tendió una con un gesto invitador. El elfo se aproximó y aceptó.

—¿Siempre eres tan generosa con los extraños? —fue su saludo.

Bronwyn esbozó una rápida sonrisa, tan afilada como una daga.

—¡Oh!, pero es que te conozco, al menos de oídas. Eres Elaith Craulnober y, por lo que me han contado, posees una porción inusualmente grande de Aguas Profundas.

—Tras decir esto alzó la taza hacia él.

Elaith aceptó el brindis con regocijo.

—También yo sé quién eres. ¿Me equivoco al suponer que vas a viajar con la caravana?

—Un último viaje a Luna Plateada antes del invierno.

Bronwyn apuntó con la taza hacia un hombrecillo con barba de chivo y un semblante pálido y consumido.

—Ése es Mizzen Doar..., o al menos lo que queda de él. Se le ve bastante desmejorado, ¿no crees? Ha asistido a todas las celebraciones del festival de la cosecha, o eso me han dicho. A juzgar por su aspecto, un clan de kobolds desmandados es mejor para la salud que las fiestas organizadas por la nobleza.

El comentario de la mujer arrancó una irónica sonrisa al elfo. Ya le habían dicho que Bronwyn poseía una manera de ser cálida y franca, y que tenía la virtud de conseguir que su interlocutor se sintiera a sus anchas con ella. Tampoco él era inmune a su particular encanto. No obstante, no acababa de fiarse.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Sólo lo imprescindible. Comercia con cristales y piedras semipreciosas.

—No es él el único —la pinchó—. No es preciso aventurarse hasta Luna Plateada.

—Cierto, pero no hay ninguno que ofrezca la misma variedad que Mizzen. —Bronwyn echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie podría oírla antes de declarar secamente—: En esta ciudad las apariencias cuentan. Incluso en épocas de vacas flacas, nadie quiere renunciar a sus joyas, por lo que conservan sus baratijas, pero van vendiendo las piedras una a una...

—... y las sustituyen por simples cristales —acabó Elaith la frase por ella.

Bronwyn se limitó a encogerse de hombros, como si ese tema le pareciera demasiado desagradable como para hablar sobre ello de manera tan directa. El elfo la comprendió y vio, asimismo, todo el beneficio que la mujer podía sacar, especialmente tratándose de alguien que había empezado en los negocios creando falsificaciones de monedas y joyas.

Sin embargo, de forma inevitable, se preguntó si Bronwyn tendría otros objetivos.

Esperaba que no fuesen demasiado similares a los suyos, pues, a su manera, ella le gustaba. Elaith confiaba sinceramente en que podría atender sus negocios sin necesidad de matarla.

—¡Piedras! —bramó el enano—. ¡Me dan ganas de morderte yo también, especie de engendro alado patilargo!

El elfo echó un vistazo al autor de tales gritos. Ebenezer agitaba una mano y fulminaba con la mirada al pegaso con el que había intentado congraciarse. El corcel alado masticó el azúcar y luego soltó un delicado relincho, que sonó sospechosamente como una carcajada.

Elaith cambió un poco de idea: seguía esperando que Bronwyn finalizara el viaje ilesa, pero, no obstante, le encantaría tener la oportunidad de reducir la población enana de Aguas Profundas al menos en un individuo.

—Diría que tu... compañero de viaje acaba de dar con la horma de su zapato.

Bronwyn soltó una alegre carcajada.

—Tienes más razón de la que te imaginas. Esos dos serán los mejores amigos del mundo en menos de una hora. Cuanto más arisco es un caballo, más se encariña Ebenezer con él.

—Una arriesgada costumbre —reflexionó el elfo no sin placer—. Uno tiene que ser capaz de confiar en su montura en cualquier circunstancia. Los pegasos vuelan muy

alto y son muy asustadizos.

La sonrisa de Bronwyn no vaciló, aunque sus ojos ya no brillaban con calidez.

—Ninguno de mis amigos va a caerse y, si eso pasara, allí estaría yo para cogerlo.

Las miradas de ambos se quedaron prendidas por un instante; Bronwyn lanzó un silencioso desafío que el elfo aceptó. Elaith Craulnober fue el primero en romper el contacto al mismo tiempo que hacía el pequeño y sutil ademán que los elfos utilizaban en cualquier situación: era un gesto orgulloso, pero a la vez elegante, que en parte era una disculpa y en parte conciencia de un enfrentamiento evitado.

—*D'rienne* —replicó Bronwyn suavemente en élfico.

Ésa era la tradicional palabra elfa con la que se aceptaba un potencial peligro evitado.

Antes de que el perplejo elfo pudiera responder, Bronwyn dio media vuelta y se encaminó con paso tranquilo hacia su amigo enano.

El primer pensamiento de Elaith fue de disgusto por haber caído, involuntariamente, en viejos patrones de conducta. Seguramente el encuentro con los jinetes de águila le había afectado más de lo que había creído. Además, teniendo en cuenta cuál era el verdadero objetivo de su viaje, la exhibición de conocimientos de Bronwyn le causaba inquietud. ¿Era posible que la mujer estuviera enterada de la existencia de la gema elfa y le estuviera avisando sinceramente de que ambos iban detrás del mismo botín?

En ese caso, algunos lo considerarían un gesto digno de un aventurero elfo. Era evidente que Bronwyn había estudiado las culturas de los objetos con los que comerciaba. Elaith observó que la mujer se comportaba con total tranquilidad mientras acariciaba al pegaso y asentía irónicamente a las pestes que echaba Ebenezer.

No le faltaba valor ni estilo. Sería una lástima tener que matarla. Elaith alzó la taza de madera hacia ella en silencioso saludo y, probablemente, en gesto de despedida.

Cuando Arilyn y Danilo abandonaron la residencia Eltorchul, el aguacero había cesado. La verja se abrió por sí sola. Ambos se apresuraron a salir a la calle e instintivamente evitaron pasar por la acera ennegrecida, mostrando el mismo cauto respeto que induce a quienes se pasean por un cementerio a no pisar las tumbas.

—¿Es cierto que estudiaste con los magos Eltorchul? ¿Cómo pudiste soportar pasar un tiempo en aquella casa? —quiso saber Arilyn.

Dan se encogió de hombros y torció por una calle lateral.

—Lord Eltorchul no está tan mal. Se toma muy en serio el arte de la magia y es un buen maestro. Y a Oth apenas lo veía, pues estaba demasiado ocupado en sus propias investigaciones.

Arilyn asintió con aire ausente, apenas escuchándolo. Notaba en todo el cuerpo un débil hormigueo de advertencia. Tocó con los dedos la hoja de luna envainada y se concentró en el aviso mágico.

—Nos siguen —anunció lacónicamente.

Danilo aventuró una mirada atrás. El súbito aguacero había vaciado las calles, y en la estrecha calleja, detrás de ellos, no había nadie. El agua había formado charcos tan amplios sobre las grandes losas del pavimento que era imposible transitar sin mojarse.

Las únicas huellas húmedas eran las suyas. El sol empezaba a abrirse paso entre las nubes. Lo tenían casi en la vertical, por lo que no había sombras en las que los posibles enemigos pudieran ocultarse. El joven echó la cabeza hacia atrás y escrutó los tejados.

—No veo nada... todavía.

Sin dejar de caminar, metió una mano en la bolsa de hechizos e invocó rápidamente un encantamiento que revelaría cualquier tipo de magia presente. La luz azul del encantamiento se posó sobre su bolsa de hechizos, sobre la espada cantora que

había adquirido hacía poco y sobre la hoja de luna de Arilyn. No actuaban otros sortilegios; nadie los seguía envuelto en un manto de invisibilidad.

A medida que la luz del encantamiento revelador de magia se iba apagando, la luz de advertencia de la hoja de luna fue ganando en intensidad, hasta brillar con fuerza.

—Nos siguen —repitió Arilyn sin dar su brazo a torcer y se llevó una mano a la empuñadura del arma, preparándose para combatir contra un enemigo aún invisible.

Las losas bajo sus pies se estremecieron. Arilyn echó rápidamente la vista atrás cuando parte del pavimento de la calle estalló en mil pedazos.

Una gran cabeza de reptil emergió por el agujero, y una enorme mano garruda trató de coger una de las botas de la semielfa.

Con un ligero movimiento, Arilyn se apartó de un salto y desenvainó la hoja de luna. Mientras la espada abandonaba su vaina con un siseo, el tren se agarró al saliente de piedra y salió del agujero con un salto rápido y ágil. A continuación, desenvainó del cinto un cuchillo de hoja curva y resistente, así como una intrincada guarda diseñada para atrapar y quebrar espadas.

Arilyn no podía concebir mejor arma para un tren. Si extendía uno de sus largos brazos por encima de la espada trabada o rota del rival, le resultaría muy fácil desgarrar la garganta del enemigo con las zarpas. Era una variante de un truco de asesino:

concentrar la atención en una amenaza y eliminar al rival con otra.

En resumen, no era el tipo de lucha para el que Danilo estaba preparado. La semielfa echó un vistazo atrás. Dan ya había desenvainado la espada y se disponía a intervenir en la lucha.

—Retírate. Ésta es mi lucha —le dijo la semielfa. En vista de que el joven dudaba, añadió a modo de explicación—: La calle es demasiado estrecha.

Tras un momento de vacilación, Danilo se retiró para dejarle espacio para maniobrar.

Los disparos asesinos dieron vueltas uno alrededor del otro con las armas prestas.

El cuchillo del tren apenas era más grande que una daga, pero tenía los brazos tan largos que su campo de acción era casi como el de Arilyn con su espada. La semielfa puso a prueba al tren con una rápida estocada, que se estrelló contra la guarda curva del cuchillo. Sin destrabarla, el tren giró con ímpetu a un lado, arrastrando la espada con su tremenda fuerza.

El metal élfico lanzó un chillido de protesta cuando la guarda de hierro recorrió la hoja en toda su longitud; luego, la bloqueó, y finalmente, le imprimió un brutal giro.

Una hoja de menos calidad se habría hecho pedazos. Arilyn arremetió contra el tren girando e inclinándose hacia delante para disminuir la presión sobre la hoja de luna.

El tren impulsó hacia arriba la mano libre, acabada en ganchudas garras, apuntando a la garganta de la semielfa. Arilyn logró liberar su espada, pero estaba demasiado cerca para detener el zarpazo. Así pues, le propinó un tremendo codazo que golpeó la enorme muñeca del tren y la lanzó hacia arriba al mismo tiempo que ella se agachaba.

Aunque el zarpazo no le dio en la garganta, las garras se enredaron en la melena de la semielfa. Su cabeza experimentó una brusca sacudida hacia un lado, y un candente dolor estalló en su cuero cabelludo. Rápidamente, reuló. De las garras del tren colgaban largos rizos de su pelo a modo de serpentinas. La bestia ya se preparaba para descargar otro golpe.

En esa ocasión, Arilyn sí pudo protegerse con la espada. La hoja de luna abrió un profundo y largo tajo en el escamoso pellejo del antebrazo. Sin detenerse, Arilyn cambió la dirección de la espada y efectuó un barrido bajo dirigido al ligamento de la corva del adversario.

El tren detuvo el golpe con el cuchillo y volvió a atrapar la espada de la semielfa en la guarda curva. Inmediatamente, impulsó un enorme pie, asimismo acabado en garras, hacia las armas trabadas, con la evidente intención de apartar de un puntapié la espada elfa.

Pero Arilyn giró la hoja hacia fuera, de modo que el filo recibiera el pie del tren.

El asesino no pudo frenar a tiempo el impulso que llevaba y lanzó un rugido de rabia y angustia cuando el aguzado filo se le hundió profundamente. La espada elfa fue impulsada hacia arriba con fuerza, atravesó la gruesa capa de escamas y cortó hueso.

Sobre los adoquines, cayó un dedo del pie.

El tren volvió de nuevo a dar vueltas alrededor de la rival, aunque cojeaba y emitía sibilantes jadeos de rabia. Arilyn giraba con él con la espada en guardia.

Sospechaba cuál sería su próxima táctica. Y no se equivocó. El tren maniobró hasta que Arilyn quedó de espaldas al orificio en el suelo, metió la cabeza como un toro que se dispone a atacar y se abalanzó sobre ella con los enormes brazos extendidos en un mortal abrazo.

Arilyn lo esquivó saltando a un lado y giró sobre el pie exterior. La espada se deslizó a lo largo del espinazo del tren y le abrió un largo y profundo tajo. A continuación, alzó y retrasó el acero, y lo hundió entre las costillas de la bestia.

Sosteniendo la espada con ambas manos, plantó con fuerza los pies, dispuesta a mantener la posición, pues le iba la vida. El fuerte tirón del peso del tren al caer estuvo a punto de arrancarle de cuajo los brazos, y se tambaleó hacia atrás cuando el cuerpo de la bestia, por fin, se perdió en el agujero, liberándola súbitamente del peso.

Cayó trastabillando en brazos de Danilo. Entonces, se dio cuenta de que Dan la tenía cogida por el cinturón; probablemente, la había agarrado en el momento en que había clavado la espada en el tren.

—No deberías interferir durante la batalla —le recordó—. ¿Qué habría pasado si las cosas hubieran salido de otro modo y te hubiera arrastrado conmigo hacia abajo?

—Pues que me habría ahorrado la molestia de saltar después de ti.

Arilyn se lo agradeció con una inclinación de cabeza e inmediatamente miró hacia el agujero.

—No podemos quedarnos aquí. Escucha. Los otros no tardarán en acabárselo.

—¿Acabárselo? —Su rostro adoptó una expresión afligida al caer en la cuenta de qué significaba eso—. ¿No me dirás que esas criaturas se comen entre ellas? —preguntó de manera innecesaria, pues los ruidos que brotaban del túnel eran evidentes.

—Es el precio del fracaso —comentó al mismo tiempo que empezaba a alejarse al trote—. Calculo que abajo debe haber como mínimo cinco o seis. Ahora se ha convertido en un asunto de pundonor, si es que puede hablarse de pundonor tratándose de los tren.

Danilo se le unió.

—¡A eso lo llamo yo una buena motivación! Además, no hay que desdeñar el efecto vigorizador de una buena comida.

Arilyn lo miró incrédulamente, aunque su humor macabro tenía su lógica.

—Pues sí, lo admito.

Corrieron hasta llegar a una avenida ancha y concurrida. Danilo paró un carruaje y prometió al conductor halfling el doble de la tarifa si los llevaba hasta el distrito norte rápidamente. El halfling se lo tomó de forma tan literal que fue sonoramente increpado por algunos paseantes.

Arilyn se relajó en el cómodo asiento, sintiéndose segura, pues el carruaje sería más veloz que cualquier tren que tratara de perseguirlos.

En ese caso, ¿por qué tenía la intensa convicción de que Danilo y ella no estaban solos?

Tras dejar a Arilyn en sus alojamientos, Danilo se dirigió a la villa Thann, ubicada en el distrito norte. Ese día las calles tranquilas y reposadas no ejercieron el efecto habitual en él: una mezcla de exasperación y hastío que se conjugaba con la abrumadora certeza de que nada especialmente peligroso o excitante iba a ocurrir.

Era una convicción sin fundamento, que no sabía de dónde había surgido. Danilo reflexionó que era extraño cómo una idea tan arraigada seguía influyendo en su modo de pensar, aunque hacía tiempo que era consciente de que era falsa.

Para cualquiera que conociera la ciudad, así como su larga y violenta historia, la serenidad del distrito norte era engañosa. Danilo había sido perfectamente instruido en tales asuntos, por lo que los repetidos ataques de los tren se le antojaban un presagio más claro que lo que podrían pensar muchos otros.

Unas pocas generaciones atrás, las guerras de las Cofradías habían desgarrado Aguas Profundas. Las familias de mercaderes habían contratado ejércitos mercenarios y se habían enfrentado en las calles. Muchos otros nobles habían caído en manos de asesinos, venenos y magia. Clanes enteros habían sido exterminados. Aunque aquella época había pasado ya, Danilo sabía bastante de historia para comprender que ésta no avanzaba en línea recta, sino en espiral. Las viejas heridas se enconaban y podían tardar varias generaciones en cicatrizar. La última vez que se habían utilizado asesinos tren había sido durante las guerras de las Cofradías, por lo que no parecía descabellado suponer que su regreso podía ser un vestigio de aquella antigua contienda, la ambición de una familia contra otra.

Era una posibilidad inquietante, pero, de ser verdad, explicaría la relación entre todos los ataques de los tren. Sólo uno de ellos había tenido consecuencias fatales — el dirigido contra Oth—, aunque también todos los otros parecían también tener algo que ver con el mago Eltorchul. Un tren había atacado a Elaith Craulnober, que tenía tratos con Oth. Arilyn había ayudado al elfo, lo cual había despertado la ira de los tren, y ambos, Arilyn y él mismo, estaban investigando la muerte de Oth. Habían interferido dos veces, de modo que era probable que se hubieran convertido en objetivos.

Seguramente, sus nombres se habrían escrito en runas tren grabadas en los túneles de la ciudad.

En conjunto, se trataba de una explicación de una verosimilitud inquietante.

Danilo tenía intención de ponerla en consideración de otra persona. Aunque se relacionaba con muchos de los sabios y los eruditos de Aguas Profundas, nadie conocía mejor la historia de la ciudad que lady Cassandra.

Su conversación sería, sin duda..., interesante. En un pasado aún reciente, Cassandra había insistido en instruir a su hijo menor en tal materia a toda costa,

seguramente porque Dan era quien más prometía en lo intelectual. Pero por alguna razón dudaba de que a esas alturas su madre aceptara esa súbita muestra de interés sin escepticismo.

Sentada en un banco bajo y ataviada con un sencillo vestido de lino azul, lady Cassandra componía una estampa tan elegante y serena como una reina de leyenda. Se había recogido la espesa melena rubia en torno a la cabeza y mostraba una faz lisa y serena. La larga velada no había dejado ni rastro en la mujer ni en la villa sobre la que reinaba. Mientras que la mitad de la alta sociedad de Aguas Profundas aún dormía, ella

dictaba tranquilamente instrucciones a un par de mayordomos, a un encargado de los muelles y a un escriba.

Danilo llamó a la puerta, y Cassandra alzó la vista.

—Ya veo que te has levantado pronto, hijo.

Dan entró en la biblioteca con aire despreocupado.

—La verdad es que todavía no me he acostado. Estoy teniendo un día de lo más movidito. ¿Quieres que te lo cuente?

Cassandra se puso tensa casi de manera imperceptible y lanzó una rápida mirada al escriba, que súbitamente parecía muy interesado. Danilo reprimió una sonrisa. Los escribas tenían prohibido por ley —frecuentemente, también por medios mágicos— revelar a terceros los secretos que ponían por escrito, pero más de uno se ganaba unas monedas extra vendiendo chismorreos pillados al vuelo a compradores como Myrna Cassalanter. Eso era algo que lady Cassandra jamás aprobaría.

—Julián —dijo a uno de sus servidores—, puedes adelantar a nuestros vinateros de Amn el crédito que han solicitado y añade al pedido de este año cuarenta barriles más de vino especiado para la fiesta de invierno. Gunthur, mañana a mediodía, desearía revisar todos los registros marítimos de los Thann para las lunas de Flamerule y Eleasias, si no es molestia.

La súbita expresión de pánico que se pintó en la cara del encargado de los muelles decía que sería una tremenda molestia. A Danilo le pareció oír el tintineo de las cuentas del ábaco que el hombre tenía en su cabeza mientras calculaba las horas que le llevaría preparar esos papeles.

Sin esperar respuesta, lady Cassandra se puso graciosamente en pie.

—Por hoy, hemos terminado. Os espero mañana por la mañana a la misma hora.

La dama mantuvo la máscara de implacable serenidad hasta que los servidores abandonaron la biblioteca y cerraron la pesada puerta de madera. Inmediatamente, posó la mirada en su hijo con una familiar mezcla de resignación y exasperación.

—Por mí, puedes empezar. Pero, por favor, ahórrate las habituales fiorituras —comentó irónicamente—. Hoy no estoy de humor para chanzas.

Danilo cogió la licorera de encima de la mesa de su madre y se sirvió un vaso de

un brillante vino rojo. Después de inhalar el rico y complejo aroma de las especias, lo probó.

—¿Estás segura de que cuarenta barriles más serán suficientes, madre? Este vino es de una calidad excepcional. Apenas se cate, se correrá rápidamente la voz de su calidad, y las mejores tabernas te lo quitarán de las manos en apenas diez días. No te quedarán existencias para las tiendas de vino, ni mucho menos para quienes pretendan abastecer sus bodegas privadas. Como sin duda ya sabes, este año el colegio de bardos va a patrocinar por primera vez una gala de invierno, y te garantizo que sólo el colegio encargará al menos veinte barriles.

En los gélidos ojos azules de Cassandra, se encendió una chispa de interés.

—Muy bien. Me encargaré de ello. Pero no has venido por eso —prosiguió, y cambió la postura en el canapé—. Dudo mucho de que hayas renunciado al sueño para acrecentar la fortuna familiar.

Dan alzó la copa hacia ella en señal de reconocimiento.

—Eres tan sabia como hermosa, madre. De lo cual me alegro, pues necesito tus consejos.

—¿De veras? —inquirió ella con recelo.

—Sí. En estos últimos días se ha producido una inquietante tendencia, o tal vez debería decir *tendencia*. Me explicaré: el número de personas asesinadas y devoradas es mayor que el habitual. Dado que tú siempre has sido una de las personas que dictan

las modas en esta ciudad, supongo que tiene su lógica que todo comenzara aquí.

Cassandra palideció, y sus ojos brillaron con furia.

—¿Tren? ¿Asesinos lagarto aquí? Pero ¿qué tonterías son éstas? ¡Si se trata de otra de tus bromas, te aseguro que no le veo la gracia!

—¿Tengo cara de estar de broma? —replicó Dan, tomando asiento frente a su madre—. Anoche Arilyn se topó con una cuadrilla de tren. Por cierto, te aconsejo que envíes a un par de servidores a los corredores que comunican la bodega de vinos y la vieja armería de los mercenarios, armados con agua y fregonas. Me atrevo a decir que siguen hechos un desastre.

Cassandra se quedó mirándolo como si le estuviera hablando en idioma orco.

—¿Un ataque aquí, durante el Baile de la Gema? ¿Contra quién iba dirigido?

Su sorpresa parecía total y genuina. Aunque Danilo no había pensado nunca seriamente que su madre pudiera haber organizado el ataque, no podía negar que se había quitado un peso de encima.

—Contra Elaith Craulnober, un invitado —añadió con firmeza para atajar el comentario de exasperación que su madre tenía en la punta de la lengua—. Estaba aquí por invitación mía y protegido por las normas de hospitalidad.

—No me des lecciones sobre las normas sociales y el decoro —replicó la

aristócrata airadamente—. ¡Para empezar, no tenías ningún derecho a invitar a ese rufián a un evento respetable! ¡Y tu... compañera tampoco hizo bien en intervenir!

—Supongo que debería haber seguido su camino y permitir que un elfo solo fuera asesinado a manos de cinco asesinos tren —contestó Dan igualmente enojado.

—Cinco tren —repitió lady Cassandra con voz inexpresiva.

La noticia pareció afectarla, pues de pronto ya no parecía una rígida reina guerrera, sino una mujer que ya era abuela de una docena de chiquillos. Sin embargo, fue un momento fugaz.

—¿Qué ocurrió?

—Lucharon. Cuatro tren murieron y uno escapó.

—Por las runas de Oghma —maldijo la dama, que se levantó y empezó a pasearse con el rostro oscurecido por la ira y la preocupación—. Tal vez ahora comprendas mis reservas por la relación que te empeñas en mantener con esa mujer. Y si aún no lo entiendes, pronto lo vas a entender, a no ser que seas tan necio como siempre has aparentado ser.

La declaración de Cassandra sobresaltó al joven por varias razones. Empezó por la más fácil.

—De modo que te engañé. Estaba convencido de que toda la familia había aceptado el engaño.

—¿Crees que no me entero de lo ocurre bajo mi propio techo? —resopló su madre—. Entiendo más de lo que crees. Resultó que tu decisión de simular ser un majadero para servir mejor a los arpistas iba bien a los intereses de la familia. Los vinateros deben conocer el comercio. Mientras participabas en los proyectos de Khelben, eso fue lo que aprendiste, aunque muy probablemente por accidente.

—Sí, no hay taberna que se me haya escapado —convino con ella Danilo, bromeando para disimular su sorpresa—. Nada puede compararse al conocimiento adquirido de primera mano.

—En efecto —dijo ella secamente—. Y ahora, después de haber atormentado durante años a tus tutores y tus maestros de música, te aclaman como bardo. En conjunto, diría que las decisiones que has tomado en tu vida no son tan diferentes de las que yo habría tomado por ti; exceptuando las más recientes, claro está.

El sentido de sus palabras era evidente y profundamente irritante. Danilo dejó la copa de vino con exagerado cuidado para contrarrestar el impulso que sentía de arrojarla contra una pared.

—Lo cual nos lleva a otras cuestiones. ¿Por qué te opones tan terminantemente a Arilyn? —preguntó controlando el tono de voz.

—No tengo nada personal contra ella. Como compañera de viaje, no podrías haber elegido mejor. Sin embargo, ya es hora de que empieces a pensar en casarte, y una mercenaria semielfa es una mala elección para alguien de tu posición.

—En ese caso, cambiaré de posición. No hay nada que yo haga por esta ciudad o esta familia que no pueda hacerlo otro. ¿Por qué no debo seguir mis propias inclinaciones?

Cassandra alzó los brazos hacia el techo.

—¿Acaso no lo has hecho siempre?

Dan lo dejó pasar.

—También me deja perplejo que consideres que Arilyn se equivocó al ayudar a un invitado de esta casa. ¿Pensarías de otro modo si el blanco del ataque tren hubiese sido la hija de un noble?

La dama reflexionó sobre la respuesta más tiempo del que Danilo esperaba; de hecho, más tiempo del que la pregunta merecía.

—Eso hubiese sido muy distinto, desde luego. Pero ni siquiera en ese caso debería haber intervenido.

—No lo puedo creer. ¿Me estás diciendo que no te importa que unos asesinos campen a sus anchas por la residencia Thann?

La mirada de lady Cassandra fue sombría.

—Deberías haber prestado más atención a las lecciones que traté de enseñarte cuando eras niño —le dijo suavemente.

—Guerras de las Cofradías, asesinatos, caos —recitó Dan con impaciencia—. Sí, lo recuerdo muy bien.

Pero su madre negó con la cabeza.

—El pasado nunca queda atrás. ¿Quién mejor que un bardo para saberlo?

—Me parece que hay algo que no me has explicado.

—Mejor así.

Una expresión de pesar cruzó por la faz de la mujer, como si lamentara haber revelado incluso indicios tan vagos. Alzó la barbilla y sus ojos adoptaron de nuevo su habitual frialdad y sereno control.

—Déjalo estar, hijo mío. No hallarás materia para componer una canción de taberna.

—Tal vez sí. Alguien fue asesinado hoy: Oth Eltorchul, víctima de otro ataque tren. Arilyn y yo fuimos a comunicárselo a lord Eltorchul, y cuando salíamos de la casa solariega de los Eltorchul, en el distrito del mar, fuimos atacados por tren.

Cassandra palideció.

—No te metas en eso.

Dan consideró brevemente la posibilidad de hablarle del ataque tren en el alojamiento de Arilyn.

—¡Por fin, me das un consejo útil! —exclamó con sarcasmo—. Pero me temo que me será difícil seguirlo.

—No tengo ningún otro —afirmó la dama, poniendo así fin a la discusión.

Sobrevino un largo silencio, hasta que Danilo se levantó para irse. Su madre lo acompañó a la puerta con una expresión lúgubre que Dan nunca le había visto, ni siquiera tras cometer sus peores travesuras de niño. Ya iba a abrir la puerta cuando Cassandra lo detuvo.

—Una cosa más: no preguntes nada más sobre este asunto, ni a mí ni a ninguna otra persona. Será mejor que no sepas nada, créeme.

El joven le dio unas cariñosas palmaditas en la mano y se liberó.

—Extrañas palabras de labios de una noble dama que se enorgullece de sus vastos conocimientos.

—Aprecio mucho más mi vida —dijo ella sin andarse por las ramas—. Y aunque muchas veces me das razones para preguntarme por qué, preferiría que también tú conservases la tuya.

Danilo la miró, perplejo.

—Esas botas que llevas son de piel de algún tipo de lagarto, ¿no? —inquirió Cassandra.

—Sí. ¿Por qué?

—Los tren tienen sus propias ideas sobre la elegancia, que a nosotros nos parecerían tan espantosas como seguramente las nuestras lo son para ellos. No siempre devoran enteramente a sus víctimas. Es posible que uno o más de tus antepasados acabara siendo un adorno para un tren o una bolsa para guardar sus bártulos.

—¡Ah! Me conmueve tu interés, madre, pero no tengo ninguna intención de permitir que un tren se haga un taparrabos con mi pellejo. Creo recordar que no hace mucho una dama se mostraba conforme con las decisiones que había tomado en el curso de mi vida y afirmaba que me habían conducido a los objetivos y las esperanzas que tenía para mí. Esa misma dama expresó la opinión de que su hijo más joven no es un necio. Confía en mí para encontrar el final de este camino.

—Ya lo hago —replicó Cassandra con el rostro empañado por emociones que Danilo no conseguía descifrar—. Y mucho me temo que los tren también.

Las escarpadas montañas que rodeaban Luna Plateada estaban pobladas por árboles milenarios y sociables, que se apiñaban como maduros guerreros alrededor de una hoguera para intercambiar relatos de hazañas perdidas en el tiempo. Tan densa era la espesura y tan incesante el flujo de impetuosos torrentes sobre rocas y desfiladeros que la caravana aérea tuvo que volar en círculos sobre el área hasta dar con una zona lo suficientemente amplia y despejada como para posarse.

Elaith distinguió el claro en lo alto de la colina bastante antes de que el jefe de la caravana se dispusiera a iniciar el descenso efectuando círculos. Cuando el conductor de la cuadriga voladora —un elfo dorado al servicio de lord Gundwynd— guió al tiro

de pegasos hacia el suelo en círculos cada vez más pequeños, se agarró con más fuerza al carro.

Dada la naturaleza del viaje, Elaith esperaba que todos los integrantes de la caravana estarían encantados de desmontar y lo harían enseguida. No obstante, nadie se movió, sino que sentados o de pie bajaron la vista para contemplar en silencio el famoso puente de la Luna por el que se accedía a la ciudad.

Se trataba de una construcción reluciente más semejante a una pompa de jabón que al típico puente de piedra y madera de aspecto tranquilizadoramente sólido, que se alzaba en grácil arco sobre el río Rauvin. Los últimos matices del ocaso se demoraban en la incorpórea construcción. Bajo el puente y, más insólito aún, a través de él, uno podía ver las revueltas aguas del Rauvin, que saltaban por rocas y bancos de arena en su vertiginosa carrera hacia el sur.

—Yo no pienso cruzar esa cosa —anunció Ebenezer, lo que a Elaith se le antojó una muestra de la típica cobardía enana.

Sus palabras rompieron el hechizo colectivo.

—Te recuerdo que de Aguas Profundas a Luna Plateada has tenido menos que eso bajo tus pies —señaló muy razonablemente Bronwyn, que se deslizó al suelo desde el grifo que montaba.

El enano soltó un resoplido, pero antes de que pudiera seguir protestando, Rhep se apeó de un salto de su cuadriga aérea y se colocó en el centro de la caravana.

—Esta noche acamparemos aquí y mañana temprano entraremos en la ciudad —anunció a todos.

Un coro de protestas pronunciadas en susurros acogió las palabras del jefe de la caravana. Para todos ellos, excepto para los jinetes de águilas y los mozos de cuadra al servicio de lord Gundwynd, ése había sido su primer viaje por los aires. Durante dos días, habían vivido experiencias a la vez excitantes y aterradoras, por lo que ansiaban pasar una noche de diversión. Para ello, pocos lugares en el Norland podrían ser mejores que Luna Plateada. Por si ello no fuese suficiente aliciente, era preciso añadir que las colinas que rodeaban la ciudad estaban plagadas de orcos, fieras salvajes y peligros varios. Con la caída de la noche, cualquier ciudad debidamente amurallada ganaba en atractivo.

A Elaith le pareció extraño que después de cubrir una distancia tan larga en sólo dos días, utilizando un medio de transporte tan insólito y caro, se arriesgaran tontamente cuando ya tenían su meta a la vista.

No era el único que lo pensaba. Muchos de los mercaderes protestaban ruidosamente, pero el fornido mercenario que estaba al mando los silenció con una iracunda mirada. Su palabra era ley en la caravana, e incluso los mercaderes que lo habían contratado debían obedecerle. Sin decirles ni media palabra, Rhep se alejó y empezó a gritar órdenes a los vigilantes. La protesta cesó en pocos minutos.

No había mucho por descargar, pues la mayor parte de la mercancía consistía en objetos pequeños, pero muy valiosos. Después de cumplir rápidamente esa tarea, los vigilantes dispusieron los vehículos aéreos en círculo. Por la parte exterior del mismo, ataron a los corceles voladores, pues los bravos pegasos, grifos y águilas gigantes serían mejor medio de disuasión contra los ladrones que cualquier vigilante humano que lord Gundwynd pudiera contratar. En el círculo central, acamparon los vigilantes y mercaderes; algunos de ellos se reunían en torno a la misma hoguera, y otros, menos deseosos de compañía, buscaban la relativa intimidad que les ofrecía el perímetro del calvero.

Elaith se instaló en el lugar menos hospitalario de todos los posibles. Subiendo un poco la colina, muy cerca de los árboles, halló un lugar sembrado de rocas despeñadas y ramas caídas. Aunque las peñas formaban una barrera entre él y la caravana, gozaba de buena visibilidad sobre el claro y también sobre los árboles que crecían a cierta distancia a su espalda. Allí podría defenderse con facilidad y, por si no bastara, colocó unas cuantas trampas y cepos, de los cuales la mayor parte de elfos abominaban, pero eran altamente eficaces.

Para finalizar, escondió varios cuchillos de lanzar por el lugar y encendió un fuego. Apartó algunas de las ramas que ardían y colocó un pequeño cazo de campaña entre las brasas. Dentro, vertió agua de la cantimplora, setas secas y otras hierbas.

Mientras la sopa hervía a fuego lento, él se acomodó para disfrutar de la soledad, aunque sin perder de vista a sus compañeros de viaje.

Bronwyn trabajaba codo a codo con los vigilantes de la caravana, afanándose con los fardos. Bromeaba con algunos de los hombres y apartaba las manos demasiado largas, aunque haciendo gala de una desenvoltura y buen humor que no ofendía a ninguno de ellos. El elfo plateado no pudo menos que admirar el aplomo de la humana, por no mencionar su buen gusto al rechazar a aquel hatajo de patanes.

Lo que ya no le gustó tanto fue comprobar cómo la mujer se dirigía resueltamente hacia su posición. Bronwyn se detuvo en el borde mismo del cerco de la luz del fuego y

lanzó una mirada de inquietud por encima del hombro.

—¿Te importa que te acompañe? —preguntó tímidamente. En vista de que el elfo vacilaba, añadió—: Soy la única mujer del campamento.

Elaith enarcó las cejas en gesto de sorpresa.

—No necesitas usar ese aliciente. Te saldrían admiradores incluso entre una multitud de cortesanos.

La mujer se rió entre dientes con ironía.

—Supongo que mis palabras han sonado como una oferta, pero no era ésa mi intención. Lo cierto es que me gustaría dormir un poco esta noche y busco un lugar seguro para hacerlo.

—¿Y éste lo es?

Bronwyn se encogió de hombros, entendiendo que el elfo se refería a su sombría reputación.

—Bueno, no me he cruzado en tu camino y no llevo nada que merezca ser robado.

Según he oído, no tienes el más mínimo interés en las humanas. Tal como yo lo veo, eso te convierte en el compañero más seguro para pasar la noche. Claro está que si tienes alguna objeción, me buscaré otro sitio.

—No, ninguna objeción. —De hecho, pensándolo bien, sería una buena idea tener la posibilidad de vigilar de cerca a una posible rival—. ¿Qué tal si te instalas junto a esa peña recortada?

La mujer bordeó la gran roca e hizo un gesto de aprobación con la cabeza al reparar en las trampas dispuestas en un círculo.

—¿Has puesto muchas alrededor?

—Unas pocas.

—Perfecto. De ese modo, dormiré más segura.

Elaith le hizo sitio junto al fuego.

—¿Dónde está el enano?

—Por ahí —contestó ella vagamente—. Le ha tocado la primera guardia. ¡Oh, mira eso! —exclamó de repente.

Elaith miró hacia donde señalaba. En el extremo más alejado del claro había brotado de pronto una gran fogata. Luces multicolores e intrincadas figuras danzaban entre las llamas. Las estilizadas siluetas de los jinetes de águilas se perfilaban contra el fuego mágico. A juzgar por su animada faz y sus ademanes, Garelith explicaba una historia.

—Historias al calor del fuego —evocó Elaith—, un pequeño truco mágico que se suele enseñar a los elfos jóvenes.

—Ahora me parecen ridículas las horas y horas que me he pasado contemplando las llamas —replicó Bronwyn en un tono teñido por el asombro y el gozo—. ¡Ojalá pudiera escuchar sus historias! Pero los elfos nunca las explicarían estando yo delante.

—Sin duda, tienes razón.

El relato subido de tono que explicaba Garelith era interrumpido por alegres carcajadas. Las llamas se tornaron azules y formaron dos figuras entrelazadas en una postura imposible de imitar.

—Aunque no necesariamente por la razón que te imaginas.

Bronwyn clavó unos segundos los ojos en el fuego antes de recostarse. Parecía impresionada.

—¡Por Sune! A partir de ahora miraré a los centauros con nuevos ojos.

Elaith no parecía muy interesado en ahondar sobre el tema, sino que llenó un tazón con la sopa que había preparado y se lo tendió a su invitada. Bronwyn sacó un recipiente similar de su mochila y se lo entregó. Durante unos momentos, comieron en

silencio, hasta que la curiosidad de Elaith pudo más.

—Tengo la impresión de que eres muy franca, y no obstante, todavía no me has preguntado qué me lleva a Luna Plateada.

—Seguramente no me conviene saberlo —contestó ella, divertida—.

Sinceramente, he pasado una temporada muy ajetreada y debo atender muchos negocios. Ya tengo suficiente con mis asuntos como para preocuparme de los asuntos de los demás.

—Así pues, ¿piensas quedarte un tiempo en Luna Plateada?

—Lo necesario. Unos pocos días, tal vez.

En el otro extremo del claro, los jinetes elfos empezaron a jugar a los dados armando mucha bulla. Bronwyn esbozó una rápida sonrisa de simpatía. Tal reacción hizo sospechar a Elaith que la mujer sabía mucho sobre elfos y alimentó sus recelos sobre el verdadero objetivo de su viaje.

—Parece que su comportamiento no te sorprende —comentó Elaith.

—¿Por qué debería sorprenderme? Son jóvenes, llenos de vida y disfrutan con la camaradería. Tienen todo el derecho a divertirse.

—Pero la mayoría de los humanos no consideran que la animación sea una virtud elfa. En cambio, tú nos conoces un poco mejor.

Bronwyn volvió a encogerse de hombros.

—He hecho negocios con todas las razas, y para ello es muy útil conocer sus costumbres.

—Entiendo —replicó el elfo, y enfocó la cuestión desde otro ángulo—. Ya supongo que tu trabajo te plantea muchos desafíos. Perdona, pero me cuesta imaginarme que los *tel'quessar* confíen sus tesoros perdidos a una humana.

Bronwyn no se ofendió.

—Algunos piensan como tú, pero otros valoran más los resultados y pagan bien por ellos. ¿Por qué lo preguntas?

—Es posible que en el futuro desee contratar tus servicios —respondió el elfo, yéndose por las ramas.

Con una rápida mirada a las estrellas calculó la hora que era y con un gesto de la cabeza pidió disculpas a la mujer.

—Estoy siendo un anfitrión muy desconsiderado. Te he hecho hablar pese a que me habías expresado tu deseo de dormir.

Bronwyn se detuvo en mitad de un bostezo y cogió el petate.

—No te lo discutiré —dijo.

Elaith se quedó sentado junto al fuego, incluso después de que la respiración suave y acompasada de la mujer indicara que dormía. Como todos los elfos, no necesitaba dormir, pero de vez en cuando se sumía en el ensueño, una especie de sueño alerta que lo renovaba y que restauraba sus fuerzas.

No obstante, esa noche estaba escrito que no descansaría mucho. Por primera vez en mucho tiempo, se le aparecieron en el ensueño las encumbradas torres blancas del palacio Flor de Luna mientras él avanzaba montado en su caballo gris plata por las calles de la capital de Siempre Unidos. Estaba henchido del orgullo apropiado para un individuo de su raza, de su posición y de su talento, y el corazón le latía aceleradamente al pensar en la próxima cita. Le había sido concedida la mano de Amnestria —hija menor del rey Zaor y la reina Amlauril—, y la joven le había enviado una nota en la que expresaba su anhelo por encontrarse con su prometido cuando la luna se alzara.

El crujir de unas pesadas botas en el suelo pedregoso despertó a Elaith de su ensueño. Sus aguzados sentidos reconocieron el peligro, pero durante uno o dos segundos no le importó. El sueño era tan vivido y le había llegado tan adentro que dejó

tras de sí una sensación de pérdida que eclipsaba cualquier otra cosa.

Había perdido Siempre Unidos, Amnestria estaba muerta y enterrada, y su hija semielfa lo despreciaba no sin razón. Ante todo eso, ¿qué importancia podía tener todo lo demás?

Elaith observó con total desinterés una fornida figura que emergía de la arboleda y se encaminaba resueltamente hacia su pequeño campamento. Un leve movimiento le llamó la atención; la pequeña mano de Bronwyn empuñaba un cuchillo. Era el único indicio que delataba que no dormía, pues no movía ni un solo músculo y respiraba de manera lenta y armoniosa.

—¿Esperas problemas? —le preguntó el elfo en un susurro.

—Ya te advertí de esa posibilidad.

La mujer apenas entreabrió los ojos y su mirada se posó en el hombretón barbudo que se acercaba sigilosamente.

—Rhep —anunció con resignación—. Algunos hombres sólo entienden la palabra *no* cuando va acompañada por una cuchillada o un hechizo de fuego.

A Elaith le parecía una cosa repugnante. Jamás había sido capaz de entender que un hombre pudiera llegar a imponer sus deseos a una mujer que no lo deseara. ¿Qué diversión o qué solaz podrían hallar en tales encuentros? Por otra parte, la perspectiva de luchar le parecía atractiva. Sería un descanso bienvenido en esa noche de desesperación.

—Estaré encantado de distraerlo —se ofreció.

—Gracias, pero no quiero que te metas en líos por mi culpa. No te ofendas si te

digo que nadie se creerá que has luchado para proteger mi honor. Armaré jaleo, y los demás intervendrán.

—No estés tan segura. —Bronwyn puso cara de no entender—. Rhep trabaja para la familia Ilzimmer —le explicó—. Es el jefe de la caravana, lo cual significa que aunque lord Gundwynd haya proporcionado las monturas y algunos de los vigilantes, Ilzimmer es quien paga la mayor parte de los gastos de este viaje. Casi todos los mercenarios están bajo el mando de Rhep, así que no cuentes con ellos. Y tampoco esperes recompensa después. El clan Ilzimmer es conocido por sus desagradables hábitos y no creo que le preocupe en lo más mínimo el comportamiento de uno de sus hombres de armas. Si fueses una mujer noble, tal vez tendrían la decencia de fingirse indignados. Pero siendo quien eres, no puedes esperar nada.

Bronwyn no flaqueó.

—Duras palabras, aunque sabias. Daré un rodeo para regresar al campamento.

La mujer se deslizó fuera del petate y se introdujo, retorciéndose como una serpiente, entre las peñas que separaban el campamento de Elaith de los árboles.

Rhep puso mala cara al ver únicamente al vigilante elfo y las cenizas de la aislada hoguera.

—¿Dónde está la mujer, elfo?

Elaith se levantó empuñando un pesado garrote, que lanzó hacia el hombre. Uno de los cepos se cerró de golpe y astilló la madera. El garrote se partió limpiamente en dos mitades, que salieron disparadas. El mercenario retrocedió y se protegió con ambas manos de los pedazos de madera. Su expresión de furia se intensificó al darse cuenta de cómo podía ser interpretada su reacción.

—He colocado protecciones alrededor —le informó Elaith con toda calma—. Te aconsejo que no des ni un paso más.

—¡Cobarde! —exclamó Rhep con voz áspera, satisfecho de colgar esa etiqueta a otro—. ¡Deja tus juguetes y tus trampas, y sal a campo abierto! Si no te asusta luchar contra un hombre de verdad, escoge el lugar.

—El bosque —contestó escuetamente el elfo, que se dio media vuelta y alejó al hombre del escondite de Bronwyn.

Un momento después, oyó tras de sí los pasos pesados pero cautelosos de las botas que calzaba el mercenario. Asimismo, percibió el débil y áspero ruido metálico que hizo Rhep al desenvainar sigilosamente la espada.

«Es un cobarde», pensó Elaith con desdén. Sutilmente aceleró el paso para que el hombre no pudiera atacarlo a traición por la espalda.

Cuando le pareció que ya se había alejado lo suficiente para no despertar a toda la caravana con el ruido de la lucha, se volvió para encararse con quien lo había retado. Al mismo tiempo, se sacó un cuchillo de la manga y atacó en un único movimiento tan veloz que casi fue imposible de seguir. El aguzado filo cortó el tirante que

sujetaba el cinto de Rhep, del que pendían sus armas. Cinto y armas cayeron al suelo.

Instintivamente, el mercenario se inclinó para tratar de atrapar el cinto al vuelo. El elfo lo agarró por el pelo y, con un brusco movimiento, le obligó a bajar la cabeza.

Simultáneamente, impulsó una rodilla hacia arriba con todas sus fuerzas. El rostro del mercenario impactó contra la greba que reforzaba las prendas de viaje de piel del elfo.

Desde luego, el hueso no era rival para el metal elfo, por lo que cedió con un crujido que a Elaith le sonó a gloria.

A continuación, arrojó a su rival a un lado. Rhep tropezó y cayó de espaldas pesadamente, mientras que con las manos se agarraba la nariz rota y tumefacta. Su espada cayó también al suelo con un sonoro repiqueteo.

Elaith metió la punta del pie en la guarda, impulsó la espada rival hacia lo alto, la atrapó cuando descendía de nuevo y la inspeccionó manteniéndola a un brazo de distancia. Sus labios se curvaron al observar el mellado filo. Inmediatamente, pasó a la acción.

—Tú desenvainaste primero. Yo me limité a defenderme como buenamente pude —declaró en un tono sazonado con evidente ironía. Acompañó su declaración con un cruel puntapié contra las costillas del rival—. De no haber sido porque tropezaste en la oscuridad y te clavaste tu propia espada al caer me habrías derrotado. Qué historia tan trágica, ¿no crees? Consuélate pensando que tuyo ha sido el honor de escuchar la primicia.

Rhep rodó a ciegas sobre sí mismo para tratar de zafarse. Tras propinarle un último puntapié en la base del espinazo, el elfo alzó la burda espada para descargar el golpe de gracia.

Una mano pequeña y regordeta le cogió un tobillo y tiró bruscamente para detenerlo. Elaith soltó la espada y se retorció, ágil como un gato, a fin de no perder el equilibrio. Trasladó el peso y también la mirada hacia la fuente de la interferencia.

El enano de barba bermeja al que Bronwyn antes había llamado Ebenezer chasqueó la lengua en expresión de reproche.

—El otro ha caído. Me gusta ver que los jugadores se enfrentan en igualdad de condiciones.

Elaith forcejeó como un poseso. El enano lo soltó y, con una agilidad sorprendente, se puso fuera de su alcance. El detestable metomentodo alzó la espada de Rhep en una parodia de desafío y luego tendió el arma a su legítimo propietario.

—Úsala si realmente quieres luchar —dijo el enano—. Tengo ganas de divertirme un poco.

Y al parecer, también Rhep. Utilizando la espada a modo de bastón se levantó de manera insegura. La nariz rota empezaba a hincharse, y al respirar por ella, el aire sonaba como un húmedo silbido. Pero sus ojos reflejaban un odio furioso, que le

permitía concentrarse y además le daba fuerzas.

Elaith desenvainó un par de dagas gemelas que llevaba ocultas bajo la greba de las piernas. Giró velozmente para encararse con aquella sarnosa pareja. Una de las dagas voló alto hacia Rhep, mientras que la otra la lanzó contra la garganta del enano.

Oyó un ruido sordo, perteneciente a un cuerpo de enano que golpeará el suelo, y adivinó que Ebenezer rodaba hacia él. Saltó para evitar el cuerpo retacón, e inmediatamente pasó al ataque contra Rhep. No obstante, la distracción creada por el enano le había roto el ritmo, por lo que la cuchillada no dio en el blanco. El mercenario paró fácilmente el cuchillo del elfo y lanzó con fuerza el puño por encima de las armas trabadas.

Elaith eludió el puño, aunque rebotó en un hombro y lo impulsó hacia un lado. El mercenario esbozó una burlona sonrisa de triunfo y arremetió.

Pero la mellada espada no llegó ni a aproximarse a su rival. Un hacha enana se interpuso en su camino y desvió la trayectoria. Humano y elfo se volvieron hacia el enano con asombro compartido.

—Juego limpio —les advirtió Ebenezer, y correteó hacia los duelistas para recuperar su arma—. Al parecer es tu turno, elfo. Aprovéchalo. ¡Vamos!

Elaith no necesitaba apuntador. Haciendo caso omiso del dolor sordo que sentía en el hombro, se irguió y se batió con un rápido e ignominioso final en mente.

Su oponente mostraba igual determinación. Rhep aprovechaba la ventaja que le daba su mayor tamaño para propinar tremendos tajos, como si Elaith fuese un roble y él estuviera decidido a reducirlo a astas de flecha. Pese a que era un luchador mucho más rápido y hábil que su enemigo, Elaith tuvo que combatir a la defensiva. Sus hojas gemelas relucían en el grisáceo fulgor del alba, reflejando los primeros rayos de un sol que apenas asomaba por el horizonte. El duelo era muy igualado. El enano seguía interviniendo —ora a favor de uno, ora a favor del otro— para mantener el equilibrio.

De pronto, Elaith comprendió el juego que el enano se traía entre manos:

Bronwyn había partido hacía rato, y su compañero se aseguraba de que Elaith estuviera demasiado ocupado para seguirla.

Un súbito acceso de ira se apoderó de él al comprender que había sido víctima de un engaño. Rápidamente, dominó sus emociones y estudió a su adversario. En los ojos del mercenario seguía ardiendo la determinación, aunque resollaba como una ballena varada. El elfo detuvo un fuerte mandoble y retrocedió varios pasos.

—Ya estoy harto del enano —anunció—. ¿Por qué luchamos para divertirlo?

Matémoslo rápidamente y acabemos de una vez con esto.

—Ni hablar. —Rhep lanzó un sanguinolento escupitajo a las botas del elfo—. ¡No me uniría a ti ni en un bote salvavidas! —dijo, y nuevamente se preparó para descargar la espada.

El elfo se agazapó para eludir su golpe de revés. Al levantarse, la espada fue

abriendo un fino tajo del hombro al codo del hombre.

—Buen golpe —lo felicitó Ebenezer—. Francamente, ya era hora.

La burla del enano le escoció, aunque supuso que debía tomárselo más como un insulto a su capacidad de deducción que a su habilidad como luchador. Decidido a acabar de una vez, propinó un punzante golpe a su rival en la mejilla con la parte plana de la daga.

—Escucha —dijo bruscamente, y retrocedió.

Hasta ellos llegaban los sonidos de una caravana aprestándose para partir, apenas audibles por encima de los jadeos de Rheap.

—No tengo ninguna intención de ir andando hasta Luna Plateada. Si te mato, eso es lo que tendré que hacer. Vamos a dejar este asunto para más tarde y ocupémonos de lo que ahora es de verdad importante.

Envainó ambas dagas e inició el regreso al campamento. Rheap lo dejó pasar e inmediatamente lo atacó por la espalda.

Era un ataque previsible. Elaith agotó la paciencia. Eludió la arremetida y agarró al hombre por las muñecas cuando lanzó una estocada a un lado. Entonces, se volvió y retorció el brazo de Rheap por detrás. El mercenario soltó la espada y cayó de rodillas al suelo, con un brazo alzado en una posición forzada. Elaith tiró aún más arriba. El brazo se descoyuntó con un audible estallido. Antes de perder el sentido, el hombre gritó de dolor y rabia.

Elaith buscó al enano, pero Ebenezer se había esfumado. Por un instante, el elfo estuvo tentado de ir tras él, y si no lo hizo, fue porque sabía cuál era el plan. Sin duda, el enano habría regresado a la caravana para decir que Bronwyn y Elaith —a quienes todos habían visto compartir una hoguera aislada— habían decidido partir juntos. Si Elaith aparecía sin ella, tendría que explicar qué le había pasado a la mujer. Todos creerían que había jugado sucio con ella, especialmente cuando localizaran a su capitán y vieran el estado en el que se encontraba.

Lanzando un resoplido de frustración, Elaith viró y se adentró en la espesura.

Avanzando ágilmente entre las sombras del bosque, eludió el campamento y emprendió el descenso hacia la ciudad.

El sol lucía ya alto sobre el puente de la Luna cuando finalmente llegó a la ciudad solo y de un humor de perros. Tras pedir a un pregonero que le indicara, caminó por el laberinto de calles hasta dar con una tienda que exhibía un cartel que representaba una gema de múltiples caras.

Entró en la antecámara y se dirigió a la puerta cerrada. Los dos guardias que la flanqueaban contemplaron con recelo al adusto elfo que se aproximaba hacia ellos.

Elaith les lanzó un par de cuchillos sin perder el paso. Los cuerpos de ambos guardias se enderezaron bruscamente y quedaron clavados por la garganta al marco de la puerta.

El elfo apartó de un manotazo la mano que uno de los moribundos agitaba. A continuación, pivotó sobre el pie derecho y le propinó un tremendo puntapié con el izquierdo. La puerta se abrió con un ruido semejante a un trueno.

Mizzen en persona estaba detrás del mostrador acariciándose la barba de chivo, tan satisfecho como un gato relamiéndose los bigotes. Al ver entrar al elfo, se quedó helado y lanzó un quejumbroso grito de alarma. Desesperado, se lanzó hacia el tirador de una campanilla.

Elaith siguió avanzando hacia él, empuñando otro cuchillo. Lo arrojó y clavó la cuerda a la pared.

—Sólo para guardar las apariencias —dijo el elfo al mercader, que trataba de encogerse—. No os servirá de nada dar la alarma.

—Los guardias...

—Os pido mil perdones —replicó el elfo con una burlona inclinación de cabeza—. Si os sirve de consuelo, siguen en sus puestos.

Mizzen palideció y se dejó llevar por el pánico. Sacó de debajo del mostrador puñados de cristales y gemas con los que apedreó a Elaith.

El elfo apartó con las manos algunos de los proyectiles, atrapó al vuelo un pedazo de jaspes realmente grande y se lo arrojó al mercader. La piedra dio a Mizzen en plena frente. El mercader giró las pupilas hacia dentro para tratar de identificar qué piedra le había golpeado, aunque enseguida se inclinó hacia atrás y se estrelló contra un estante cargado con todo tipo de chismes. Sobre el mercader llovieron baratijas de cristal como una granizada multicolor.

Mascullando, el elfo encontró una jarra de vino medio llena, que vertió sobre el hombre inconsciente. Mizzen volvió en sí farfullando de rabia. Sus imprecaciones cesaron de súbito al recordar quién era su atacante y la situación en la que se encontraba.

—Coged lo que queráis —le suplicó haciendo un amplio gesto con las manos, que abarcaba todo lo que contenía su tienda.

Elaith miró a su alrededor sin sentirse especialmente impresionado.

—¿Un dragón de cristal? ¿Botellas de perfume? No, gracias.

—En..., entonces, qué. ¿Por..., por qué? —tartamudeó el hombre.

—Pretendía compraros el rubí del que me hablasteis hace tres noches. Pero ahora creo que simplemente me lo llevaré a cambio de todas las molestias que me ha costado.

—¡Oh, el rubí! —exclamó Mizzen con alivio, pues ya se imaginaba que el elfo iba a desplumarlo del todo—. Esta mañana se presentó una joven y me ofreció más de lo que vale. Nadie puede culpar a un hombre de negocios por sacar provecho —agregó hipócritamente.

—A no ser que saque provecho de lo que pertenece a otro. Tenía entendido que

esa gema era propiedad de Oth Eltorchul.

—Lord Eltorchul —repitió Mizzen, cuya voz sonaba más fuerte por efecto de la ira—. Ese rubí cubre más o menos todo lo que me debía. ¡Era un tramposo y un ladrón!

Se ocultaba tras ese título y se comportaba como si un simple plebeyo no tuviera derecho a exigir su paga.

La queja de Mizzen sonaba sincera. Sabía por experiencia que cuanto más rica o más noble era una persona, menos se preocupaba por cumplir determinadas obligaciones financieras. Puesto que al clan Eltorchul no le sobraba el dinero, era muy poco probable que mercaderes como Mizzen vieran una sola moneda de Oth. Elaith no le culpaba por tratar de cubrir sus pérdidas.

—¿Y las esferas de sueños?

Mizzen se sorprendió al oírle decir eso, aunque se recuperó enseguida.

—Ya no las tengo. Lord Eltorchul se encargó de enviarlas a Aguas Profundas del mismo modo que llegaron aquí.

Elaith se disgustó, pero pensó que ya se ocuparía de ese pequeño contratiempo más adelante.

—¿Y el rubí? Sabéis algo de su verdadero valor; algo dijisteis cuando estabais borracho. Lo denominasteis «la gema elfa». ¿Por qué la habéis vendido?

—Porque no me gustaba —respondió Mizzen sin andarse por las ramas.

Era una respuesta razonable. Para instar al hombre a que se explayara sobre el asunto, cogió una daga del cinto y empezó a jugar con ella, haciéndola girar hábilmente entre las manos.

—Las esferas de sueños. Oth utilizaba el rubí Mhaorkiira Hadryad, la gema elfa, para crearlas.

—Cierto, cierto —replicó atropelladamente Mizzen, cuya mirada estaba fija con horror y fascinación en la daga que giraba a una velocidad increíble—. Dijo que se trataba de un antiguo artefacto elfo que guardaba la memoria de todo un clan perdido. Él trasladaba parte de esos recuerdos a las esferas de cristal, y quien las compraba liberaba el sueño.

«No es una liberación, sino de un intercambio», pensó Elaith. Cada vez que un estúpido zoquete usaba uno de esos juguetes, la piedra kiira absorbía uno de sus propios recuerdos o sueños. Sin duda, luego Oth los examinaba, conservaba los que podían serle útiles y el resto lo utilizaba para crear otras fantasías mágicas.

A primera vista, parecía un modo muy ingenioso de conseguir información. Elaith se sentía tentado a admirar a alguien capaz de hallar la manera de sacar provecho del maléfico artefacto. Era evidente que Oth poseía un dominio de la magia muy superior al

de Elaith. Por desgracia para Oth, estaba limitado por su arrogancia y su

ignorancia humanas. Mientras que Elaith podía ser acusado, con razón, del primero de ambos defectos, a diferencia de Oth Eltorchul sabía de qué era capaz la gema y hasta qué punto era peligrosa. La kiira era uno de los objetos mágicos elfos más poderosos, pues se trataba del único que había sido contaminado por el mal, razón por la cual se denominaba asimismo «gema oscura». De algún modo, había absorbido las retorcidas ambiciones del clan Hadryad —desaparecido mucho tiempo atrás—, y de esa forma, había contribuido a la extinción de aquel antiguo linaje. Pero Elaith no se dejaba intimidar por eso.

—¿Cómo se crean las esferas de sueños?

—No lo sé. Lord Eltorchul nunca me confesó el secreto.

Apenas había acabado de pronunciar esas palabras cuando Mizzen comprendió que había cometido un error. Acababa de confesar que ya no podía ser de más utilidad a Elaith. Los ojos del mercader se desencajaron debido al miedo, y su mirada vidriosa indicaba que aceptaba la muerte.

El elfo no lo decepcionó.

Al salir, apartó un espejo dorado, el único adorno en la madera tallada y pulida de las paredes. Para su aguda visión elfa, la puerta secreta que ocultaba era ridículamente evidente. Elaith pasó con suavidad los dedos por las tallas, halló el pasador y lo corrió.

La caja fuerte guardaba una pila de piedras preciosas —auténticas— que le habían confiado a Mizzen para que hiciera falsificaciones. Elaith vació el contenido en su bolsa y se escabulló por la puerta de atrás. No sería difícil encontrar una caravana de criaturas voladoras. Lo único que le quedaba por hacer era encontrarla, hacerse con la Mhaorkiira Hadryad y ajustar las cuentas con Bronwyn y su aliado enano.

Tal como Elaith sospechaba, todo el mundo en Luna Plateada hablaba de la insólita caravana, pero para su consternación resultó que el rodeo que había tenido que dar por el bosque le había hecho perder más tiempo del que creía, y la caravana ya había partido después de cambiar las monturas.

Sin darse por vencido, buscó el establo en el que la caravana había hecho un breve descanso. Un par de mozos de cuadra, ambos elfos y ataviados con la librea de Gundwynd, se ocupaban de los cascos, el pelaje y las alas de los cansados pegasos.

La primera intención de Elaith fue desenvainar su espada, pero lo pensó mejor. Se trataba de dos elfos dorados, bien armados y entrenados. Si luchaba con ellos, perdería un tiempo precioso.

—Necesito uno de esos caballos —les dijo directamente—. Pagaré lo que me pidáis.

Los elfos lo miraron, atónitos. Jamás hubieran esperado escuchar tal petición de labios de otro *tel'quessar*, por mucho que se tratara de un plateado.

—No son caballos normales y corrientes. Y aunque lo fueran, han hecho un largo viaje y se merecen un día de descanso.

—Es importante.

—¿Qué es eso tan importante que justifique montar un pegaso cansado? —inquirió el otro mozo en un tono de voz que dejaba bien a las claras que era una pregunta puramente retórica.

Pero resultó que Elaith tenía una buena respuesta.

—La Mhaorkiira Hadryad. Una aventurera humana que viaja en la caravana de Gundwynd tiene la gema oscura.

Los elfos los miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Ha aparecido? ¿Cómo? Llevaba perdida... no sé cuánto tiempo. Tres siglos o más.

—Si quieres, nos quedamos aquí charlando sobre los desaciertos en la historia elfa, aunque yo preferiría recuperar ese rubí antes de que haga más daño.

Los elfos dorados no discutieron más. Uno de ellos embaló provisiones para el viaje, y el otro puso arnés y silla a un corcel que se resistía mientras lo conducía al patio.

Montar al pegaso le llevó más tiempo del que Elaith hubiese deseado, pues la yegua se encabritaba, resoplaba y cabeceaba cada vez que trataba de acercarse a ella.

—No os han enseñado a montar pegasos, ¿verdad? —preguntó uno de los elfos casi como si se disculpara—. Ella lo siente.

Elaith lo dudaba. La yegua tenía los sentidos extraordinariamente desarrollados y probablemente percibía el rastro de venganza y muerte que arrastraba el elfo plateado.

Sin duda, era eso lo que asustaba a la criatura mágica.

Los mozos de cuadra continuaron halagándola, hasta que la yegua se quedó quieta el tiempo suficiente como para que Elaith la montara. Inmediatamente, las enormes alas blancas se desplegaron, y el pegaso alzó el vuelo.

El elfo se aferró a la silla de montar mientras la yegua ascendía y descendía vertiginosamente dibujando bucles en el aire. Lo estaba poniendo a prueba: respondía con excesiva brusquedad a las riendas y se inclinaba exageradamente a un lado y luego al otro. Pero Elaith era más terco que ella y se le pegaba como una lapa al lomo. Por fin, la yegua alada percibió la urgencia del jinete y la hizo suya. Entonces, Elaith aflojó las riendas, y el pegaso empezó a volar de manera firme y directa hacia Aguas Profundas.

Bajo ellos iban pasando los kilómetros tan velozmente como las hojas de otoño son arrastradas por una ventolera. El día tocaba a su fin, y Elaith tuvo que protegerse los ojos contra los rayos del sol del atardecer. Aunque la blanca yegua jadeaba y tenía los flancos cubiertos por sudor, Elaith la azuzaba con la esperanza de llegar antes de

que cayera la noche al claro en el que la caravana había acampado en la primera noche de viaje hacia Luna Plateada.

Distinguió la caravana antes que el claro. Recortados contra un atardecer de otoño púrpura y oro, habían iniciado ya el descenso en espiral hacia el valle, en el que un arroyo de aguas frías y cristalinas procedente de las montañas formaba un profundo estanque.

La mirada del elfo barrió el valle para hacerse una idea de cuál sería el escenario de la batalla. No albergaba ninguna duda de que tendría que luchar. Tal vez los vigilantes de la caravana no estuvieran dispuestos a empuñar las armas para proteger la vida y la virtud de Bronwyn, pero no permitirían que un elfo rufián la robara. Quizá podría pedir ayuda a los jinetes de águila, aunque sólo como último recurso. Lamentaba haberse confiado a los mozos de cuadra de Gundwynd. Cuantos más elfos supieran que la Mhaorkiira había sido hallada, menos posibilidades tendría de conservar la gema hasta concluir su misión.

De pronto, distinguió una mancha de color en movimiento cerca de la cascada, a varios metros del suelo, donde no debería haber nada, pues parecía una pared de escarpada roca. Elaith comprendió enseguida el significado. Las colinas del Norland estaban horadadas por cuevas y túneles. El elfo entrecerró los ojos de modo que su visión no dependiera de la menguante luz del ocaso, sino que percibiera patrones de calor.

En el bosque, casi imperceptibles incluso para los ojos de un elfo, se ocultaban varios patrones reveladores. Elaith distinguió un grupo de hombres agazapados cerca de la boca de una pequeña cueva, como gatos al acecho. Otros aguardaban, ocultos, en repisas y detrás de los árboles, embozados en capas teñidas para confundirse con la piedra y los troncos.

La caravana —y con ella su presa— estaba a punto de aterrizar en medio de una emboscada.

8

La mansión de la familia Dezlentyr se contaba entre las más modestas del distrito norte. Un par de enormes olmos flanqueaban la verja de hierro, y la casa que se erigía más allá era pequeña y elegante. Había sido construida con piedra labrada y tablas de madera de forma insólita, de tal modo que parecía haber brotado de la tierra. Era una construcción única en una ciudad humana consagrada al exceso y el esplendor. A Arilyn le recordaba las casas típicas de la lejana Evereska: una comunidad de elfos de la luna que cazaban en el bosque y custodiaban los secretos de las colinas del Manto Gris.

Por un instante, la añoranza se adueñó de ella, aunque ya hacía muchos años que había abandonado las colinas del Manto Gris al quedarse huérfana. Ya no había lugar para ella allí, y tampoco tendría mucho futuro en Aguas Profundas si no lograba resolver el enigma.

En los últimos tres días habían ido de frustración en frustración. Lord Eltorchul había enviado un mensaje pidiéndoles que mantuvieran en secreto la muerte de Oth mientras la familia deliberaba sobre si recurrir o no a la resurrección. Esa petición había impedido a la semielfa hacer el tipo de preguntas que exigían respuestas. Isabeau Thione había desaparecido; Bronwyn aún no había regresado de su viaje a Luna Plateada, y Dan estaba en la biblioteca del Alcázar de la Candela, enfrascado en el estudio de la historia de las hojas de luna con la esperanza de dar con algo que explicara el caprichoso comportamiento de la magia de su espada.

Arilyn, a quien se le estaba acabando la paciencia, decidió buscar respuestas en el pasado.

Tras presentarse al guardia de la puerta y comunicar qué la llevaba hasta allí, las puertas se abrieron y por ellas salió un joven criado a recibirla. Aunque iba toscamente vestido con una túnica, polainas y botas muy desgastadas por el uso, era un hombre extraordinariamente atractivo: alto, dorado y de facciones tan finas que la suya podría haber sido considerada una belleza femenina de no ser por la piel tostada por el sol y una ligera barba de tres días que le daba aspecto de tunante. En conjunto, parecía un príncipe vestido de campesino. Al acercarse, Arilyn se dio cuenta de que era semielfo.

Así pues, no se trataba de un criado sino de Corinn, el heredero de la familia Dezlentyr. Apenas vivían semielfos en la ciudad, y él y su hermana gemela eran los únicos entre la nobleza de Aguas Profundas.

Los ojos de Corinn se iluminaron al verla, pronunció su nombre y le tendió una mano a modo de saludo entre dos camaradas.

—Nos conocimos hace algún tiempo en una de las fiestas de Galinda Raventree —le recordó el joven—. ¡Me alegro de que volvamos a vernos en mejores

circunstancias! —añadió esbozando una sonrisa radiante.

Arilyn, en total acuerdo con él, le estrechó brevemente la muñeca.

—Espero que sigas pensando lo mismo después de escucharme. Me gustaría hablar con tu padre, pero antes quiero saber si lo que voy a contarle será demasiado doloroso para él.

La faz del joven noble fue adoptando una expresión grave a medida que Arilyn le relataba los acontecimientos: la lucha contra una banda de asesinos que trataban de matar a un elfo, seguida por repetidos atentados contra su propia vida. A Corinn no se le pasó por alto la implicación de la semielfa en todo el asunto.

—Se te ve a menudo en compañía de Danilo Thann, un notorio miembro de la nobleza de la ciudad —comentó, pensativo—. Si los temores de mi padre son justificados, es posible que algunas personas de esta ciudad se tomen como una ofensa mortal vuestra posible unión. Sí, creo que mi padre debería oír todo esto.

Corinn la condujo a un saloncito retirado y le prometió que no tardaría. Mientras esperaba, Arilyn caminó por la estancia y se detuvo ante el retrato de una elfa de pelo dorado.

La madre de Corinn parecía más joven que sus propios hijos. De no haber muerto en manos de un misterioso asesino, quince años atrás, seguramente habría seguido teniendo el mismo aspecto; una flor imperecedera que habría contemplado cómo a su alrededor el jardín se marchitaba y moría.

Arilyn comprendía perfectamente lo doloroso que podía ser. Los semielfos estaban condenados a vivir a un ritmo distinto de los humanos y también de los elfos.

Aunque ella era casi veinte años mayor que Danilo, probablemente lo sobreviviría en un siglo. Así pues, vería cómo sus propios hijos envejecían y morían. No era un destino envidiable, pero mucho peor era el que había sufrido Sibylanthra Dezlentyr. Arilyn no tenía ninguna intención de caer víctima de asesinos a sueldo que habían sido contratados para impedir que sangre no humana se mezclara con la nobleza de Aguas Profundas.

Arlos Dezlentyr llegó acompañado de su hijo. Era un hombre menudo y delgado que parecía una mera sombra al lado de su luminoso hijo. No obstante, la voz con la cual la saludó era grave y resonante, con una belleza que podría haber primero atraído y después conquistado el corazón de una elfa. Asimismo, Arlos no estaba exento de gracia y encanto. Se inclinó sobre la mano de Arilyn con una gracia cortesana, que hubiese hecho honor incluso a una reina.

—Corinn me lo ha contado. —El hombre suspiró y se dejó caer en una silla—. Si tus temores son ciertos, mis hijos también podrían estar en peligro.

—Descubriré la verdad y os la comunicaré —le prometió Arilyn—. Tengo entendido que tanto Corinn como Corinna pasan la mayor parte de su tiempo fuera de Aguas Profundas. Hasta que no tengamos las respuestas que buscamos, tal vez sería

más prudente que no fuesen vistos en público.

—Buena idea. —Lord Arlos lanzó una fugaz mirada al retrato—. Supongo que sabes que mi primera esposa era hechicera. Yo esperaba que los hijos de Sibylanthra heredaran el arte de su madre, pero resulta que a ambos les atrae más la vida de aventureros. Ahora me alegro de que sea así.

»Corinn —dijo dirigiéndose a su hijo—, puedes poner en práctica ese plan de navegar alrededor de la península de Chult y tratar de establecer puertos en el sur. Y Corinna hará bien en aceptar el nombramiento que le ofrecieron. Prefiero que os veáis expuestos a las posibles amenazas de los mares de Tethyr antes que a los peligros muy reales de esta ciudad. Ocupate enseguida de los preparativos.

El semielfo esbozó otra de sus radiantes sonrisas. Tras despedirse de su padre con una inclinación de cabeza, se llevó la mano de Arilyn a los labios.

—Gracias —le dijo en voz baja y tono emocionado, y visto y no visto, desapareció como un pájaro dorado en alegre vuelo.

Arilyn pasó una hora junto al anciano Arlos intercambiando recuerdos de Evereska, la ciudad natal de su esposa elfa. Lo único que pudo decirle el noble sobre su asesinato fue que la encontraron muerta en el jardín. Su cuerpo no presentaba heridas ni signos de enfermedad o de lucha, así como tampoco síntomas de haber sido envenenada. Sin embargo, su esposo estaba convencido de que había sido asesinada.

Lord Arlos podría haber seguido hablando hasta que hubiera anochecido, pero finalmente Arilyn se levantó para irse. Antes le pidió que le mostrara el huerto.

El noble se sorprendió, aunque accedió. Juntos caminaron junto a hileras de coles tardías y hierbas que empezaban a secarse. La semielfa se encaminó hacia el cobertizo donde se plantaban los vegetales en macetas y se secaban hierbas. Allí halló lo que buscaba: una gran cisterna que desaguaba en un túnel inferior, lo cual permitía al personal de la cocina arrojar cáscaras y mondaduras a las alcantarillas.

—Me iré por aquí. Es lo que haría un asesino —dijo a Arlos.

El anciano se sobresaltó y sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Por qué no se le ha ocurrido a nadie antes?

Arilyn conocía la respuesta, pero prefería guardársela para sí: para encontrar a un asesino, uno tenía que pensar como tal. Y la semielfa se había pasado muchos años pensando como una asesina. Después de alzar, no sin esfuerzo, la pesada tapa, se despidió con un ademán y se sumergió en el oscuro agujero.

En la pared habían sido excavados pequeños puntos de apoyo para los pies. Como esperaba, los agujeros continuaban a lo largo de la pared, lo cual permitía bordear el suelo del túnel. Las cofradías encargadas de la limpieza de esos túneles mantenían tales cosas en total secreto, pero Arilyn había tratado con el tipo de gente que usaba esos oscuros túneles para otros propósitos.

Le inquietó darse cuenta de la facilidad con la que volvía a pensar y actuar como

una asesina profesional. Siempre le había resultado difícil interpretar ese papel, y después de ser aclamada y honrada como paladín de los elfos, le resultaba doblemente difícil. Aunque tal vez ése era el único papel que el destino le permitiría desempeñar en el mundo de los humanos.

Apartó de su mente tales pensamientos y se concentró en lo que estaba haciendo.

Después de avanzar unos cien pasos, el suelo del túnel empezó a ascender. Arilyn saltó de la repisa e inició la subida.

El túnel estaba limpio y seco, y parecía ser relativamente reciente. Era un detalle interesante, teniendo en cuenta la reaparición de los tren en la ciudad. Al finalizar la guerra de las Cofradías, se habían sellado algunos de los viejos túneles para bloquear el paso a peligrosas razas subterráneas y se habían colocado protecciones mágicas. Era posible, no obstante, que alguien hubiese excavado nuevos túneles.

Mientras contemplaba esa posibilidad, otras piezas empezaron a encajar. El callejón del Vigía, en el distrito norte, era un lugar excepcionalmente seguro si uno olvidaba el hecho de que, de vez en cuando, se encontraban tirados en las sombras pies humanos cercenados. La primera vez había ocurrido hacía aproximadamente quince años, más o menos cuando lady Dezlentyr fue asesinada. En las tabernas se comentaba que cortar un pie era el castigo de una vieja cofradía de ladrones. Así pues, tal vez era un indicio del regreso de esa cofradía a Aguas Profundas. Arilyn había oído bromas de mal gusto sobre «despiezar» al enemigo. A la luz de los últimos acontecimientos, parecía más probable que fuesen tren y no ladrones humanos los responsables de aquellas muertes. La pregunta era quién los había contratado, y si era una única persona, qué objetivo merecía quince años de mantenimiento de una costosa actividad clandestina.

Mientras caminaba, la semielfa examinaba los muros en busca de las reveladoras tallas que dejaban los tren para transmitirse mensajes. El túnel daba tantas vueltas y era tan escarpado como un camino de cabras. Durante lo que le parecieron horas, Arilyn siguió las tenues marcas, hallando una ahí y otra allí, aunque sin formar un patrón definido. Finalmente, se le ocurrió seguir hasta el final un pasaje que no estaba marcado.

Resultó una decisión acertada. La semielfa localizó una puerta oculta en la pared de ese túnel. Al abrirla, se encontró con una escalera de mano que conducía a un cobertizo de madera de grandes dimensiones. Arilyn trepó por ella y se asomó cautelosamente.

El cobertizo estaba impregnado de una compleja fragancia, lo cual significaba un cambio muy bienvenido respecto a los túneles húmedos y fríos. De las vigas colgaban ramos de hierbas puestos a secar. Encima de unas plataformas de madera, vio pilas de peladuras de cítricos y flores secas. Los numerosos estantes contenían botellas llenas de líquido coloreado, en el que flores, hierba, vainas de vainilla, así como docenas de

otras sustancias aromáticas, cedían su esencia.

Arilyn atravesó sigilosamente el cobertizo y salió a un callejón. Reconoció la calle en la que desembocaba y la tienda a la que pertenecía el cobertizo: Fragancias Selectas Diloontier. Corrían rumores de que Diloontier también vendía pócimas letales, aunque nadie había logrado probarlo. Los precios de la tienda sólo estaban al alcance de unos pocos: nobles que podían permitirse gastar bolsas de oro en delicadas esencias. Era el tipo de cliente que podría permitirse excavar nuevos túneles y contratar a los asesinos tren. Seguramente la lista de clientes de Diloontier sería muy informativa.

La pista era tan evidente que a Arilyn se le antojaba increíble que nadie la hubiera seguido. Claro que ése era justamente el tipo de cosas que la ciudad prefería no ver. La ciudad en pleno proclamaba a los cuatro vientos que los asesinos no formaban una cofradía, que no tenían poder, que eran muy poco numerosos y que no representaban ninguna amenaza.

Arilyn sabía mejor que nadie todo el daño que podía hacer una única daga invisible. Nadie mejor que ella para ocuparse de ese asunto.

La semielfa recuperó sus viejos hábitos y se escabulló en las sombras, silenciosa como un gato al acecho.

La consternación se apoderó de Elaith al darse cuenta de que la caravana iba a caer directamente en la emboscada preparada en el valle. Lanzando una maldición, hincó los talones en los flancos de su yegua alada, se inclinó hacia delante y la instó a descender en picado.

El viento rugía en sus oídos con tanta intensidad que creyó que iba a quedarse sordo. Mientras ese pensamiento se formaba en su mente, en el ondulante aire resonó el grito de un águila, tan potente que lo oyó pese al ensordecedor ruido. Fue seguido por otro sonido que le heló la sangre: un ondulante grito de batalla elfo. Los jinetes de águilas habían visto a los emboscados.

Águilas y elfos atacaron en perfecta coordinación desde los cuatro puntos cardinales. Las águilas se lanzaron en picado, siguiendo sus instintos de aves rapaces, con un temible fulgor en sus ojos dorados y las garras extendidas, listas para atrapar a su presa. Era una imagen a la vez gloriosa y aterradora: un clásico ataque elfo.

Y también la peor estrategia posible.

El viento ahogó el grito de protesta de Elaith. Ni siquiera él mismo oía su voz, así como tampoco el zumbido y el ruido de las catapultas, aunque sentía en los huesos y en la sangre que tenían que estar ahí. Si los bandidos conocían la ruta de la caravana y habían localizado ese remoto paraje, también sabrían con qué fuerzas iban a enfrentarse y cuál era el mejor modo de vencerlas.

Un montón de plumas doradas volaron hacia él como gigantescas hojas

arrastradas por una ráfaga de potente viento. Entre las plumas se ocultaban proyectiles más peligrosos: fragmentos de metal y piedra lanzados como metralla.

Todo eso ascendía directamente hacia él. De un modo instintivo, Elaith agachó la cabeza y tiró con fuerza de las riendas del pegaso. La yegua alada echó la cabeza hacia atrás. Elaith vislumbró fugazmente la enloquecida mirada de los ojos del animal, que

destacaban en su blanco cuerpo, y el feo objeto metálico que sobresalía de su cuello.

Se inclinó hacia delante y la arrancó. Era un abrojo: una esfera formada por terribles pinchos triangulares. Por suerte, se había clavado más en los arneses que en el caballo.

Las águilas gigantes no habían sido tan afortunadas, pues habían recibido de lleno la mortífera descarga. Dos de las portentosas aves yacían en el suelo como montones de andrajos. Una tercera caía en barrena, pues tenía un ala destrozada e inservible. Elaith oyó el furioso grito de batalla de Garelith Hojaenrama cuando el último de los jinetes de águila se lanzó en picado al ataque.

A esa primera descarga lanzada por las catapultas, le siguió rápidamente una segunda y una tercera. El pegaso que montaba Elaith remontó dificultosamente el vuelo con las alas por completo curvadas y con riesgo de quebrarse, para aprovechar las corrientes de aire ascendentes. Una vez que se estabilizó, empezó a volar en círculos, lanzando un relincho que sonaba preocupado. Elaith lo percibió, aunque ignoraba qué tipo de vínculos compartían los pegasos. También él, con los sentidos aguzados por la batalla, sentía la muerte de los jóvenes jinetes de águila como si hubiese recibido las heridas en su propia carne. Espoleó a la frenética yegua a que descendiera para evaluar la situación.

El caos se había apoderado del valle y del cielo por encima de él. Los tiros de pegasos se debatían furiosamente para liberarse de los tirantes que los enganchaban a los vehículos. Las cuadrigas aéreas giraban en el aire fuera de control, volcando contenidos y ocupantes, que se estrellaban en el suelo del valle. Los grifos se encabritaban y piafaban en el aire con sus leoninas zarpas, tratando de defenderse de las mortales descargas. Los bandidos acudían en enjambre al valle para rematar a los heridos y recoger el botín desparramado por el suelo. Pocos de los supervivientes podían plantarles cara. Viendo cómo su tesoro se le escapaba de las manos, Elaith azuzó con más insistencia al pegaso a descender.

El animal se sumergió en medio de una lluvia de tierra llena de piedras y empapada de sangre. En el último instante, se enderezó y describió un amplio círculo con las alas totalmente extendidas. Aterrizó al galope. Elaith tiró de las riendas para frenarlo y desmontó de un salto. Entonces, espada en mano, corrió hacia lo más encarnizado de la batalla.

—¡Dad la cara y luchad! —aulló una voz enana que al elfo le resultaba demasiado familiar—. ¿Qué pasa? ¿No os quedan más piedras en ese tirachinas monstruoso?

Elaith tuvo que agacharse para esquivar el pegaso de Ebenezer, que aterrizaba. El alado corcel apretaba los dientes en una mueca feroz. El jinete no esperó a que los cascos tocaran tierra, sino que se lanzó al aire con sus rollizos brazos estirados. El enano cayó encima de un trío de bandidos que huían con el botín, a los que derribó como flores pisoteadas.

Una figura esbelta y de tonalidades otoñales se alejó del tumulto, tambaleándose.

Usando un arnés roto a modo de látigo, impedía que los bandidos se acercaran a un elfo herido, mientras que con la mirada buscaba frenéticamente un arma más adecuada.

Elaith se abrió paso a tajos hacia Bronwyn, le puso una daga en la mano y se puso en guardia a su espalda.

La mujer arremetió contra un bandido bajo y de ojos negros. El hombre se agachó para eludir el ataque y, al salir huyendo, se le cayó el sombrero en el curso de la carrera.

Elaith reparó en la larga melena oscura que se derramaba de repente, así como en las sensuales curvas del bandido cuando se agachó para recuperar el sombrero. Un chorro de sangre lo obligó a concentrarse por entero en la batalla. De un empujón, apartó al hombre al que Bronwyn acababa de cortar el cuello.

—Gracias —jadeó la mujer mientras alzaba la daga ensangrentada.

—No me lo agradezcas —replicó el elfo fríamente—. Lo pienso cobrar.

Transcurrieron varios minutos sin tener oportunidad de hablar. Elaith paró con su cuchillo una estocada alta de cimitarra e inmediatamente alzó la espada hacia el fornido ladrón. Después de arrancar el arma del cuerpo del hombre con un puntapié, se lanzó hacia el siguiente atacante.

Cuatro rápidas estocadas le bastaron para trazar en el pecho del rival profundos tajos como relámpagos. El bandido cayó de cuatro patas. Bronwyn aprovechó la ventaja para subírsele encima. Usando el factor sorpresa y el peso extra, acabó fácilmente con el bandido que atacaba a continuación.

Elfo y humana se compenetraban en la lucha. Aunque Bronwyn no poseía ni el entrenamiento ni la habilidad de Elaith, tampoco estaba como él cegada por la ira. Cada vez que el elfo parecía dejarse llevar por la helada marea de la batalla, Bronwyn intervenía para poner fin a la lucha, haciendo gala de un crudo sentido práctico. Elaith no tardó en responderle del mismo modo, protegiéndola y desviando ataques que ella, por sí misma, no podría haber desviado.

Para su sorpresa, el calor de la batalla redujo a cenizas el deseo de vengarse de la taimada humana. Era casi imposible desearle la muerte después de haberse esforzado

tanto por protegerla en la lucha. La Mhaorkiira tenía que ser suya y lo sería, pero si había modo de conseguirla sin tener que matar a Bronwyn, lo intentaría.

Por fin, Elaith y Bronwyn se quedaron solos en medio de un silencio únicamente roto por el débil entrecuchar de armas ahí y allá, así como los gemidos de los heridos.

La mujer lo observó con fijeza; sus ojos parecían comprender y, por tanto, ratificar el cambio de planes del elfo. Antes de que pudieran decirse nada, Ebenezer se aproximó a ellos. Tenía un ojo hinchado y la túnica manchada de sangre.

—¿Esa sangre es tuya? —le preguntó Bronwyn, consternada.

—Ahora sí. Podíamos decir que me la he ganado. —El enano se llevó una mano al ojo hinchado y sonrió orgullosamente.

No era ése el momento ni la compañía que Elaith hubiese elegido para hablar con la mujer, pero no podía permitirse esperar.

—El rubí. Dámelo.

En los ojos color chocolate de Bronwyn asomó una leve mirada de suficiencia.

—No sabía que era tuyo cuando lo compré. Sea como sea, no lo tengo.

Viendo que el elfo no la creía, señaló con la cabeza una pequeña bolsa de cuero tirada en el suelo y vacía. Las cuerdas habían sido cortadas, y la bolsa se veía plana y flácida. Bronwyn se acercó y la recogió. De repente, la expresión de su rostro cambió, abrió bruscamente la bolsa e introdujo una mano dentro.

—¡Piedras! —exclamó.

—¿Problemas? —preguntó enseguida el enano.

Bronwyn sacó de la bolsa un pequeño cristal de forma redondeada y se lo mostró.

—Problemas —corroboró el enano.

—¿Qué pasa? —inquirió Elaith.

Bronwyn sacudió la bolsa que tanto la había alterado.

—Se trata de una bolsa para efectuar envíos. Todo lo que meto dentro debería ir a parar a lugar seguro en Aguas Profundas. ¡Pero la magia no ha funcionado!

A Elaith se le ocurrió una posible explicación para ello, tan preñada de posibilidades que atemperaba la pérdida de la kiira.

—Dámelo —le pidió tendiendo una mano.

—A cambio de una tregua —replicó Bronwyn, regateando como siempre—.

Ambos hemos perdido lo que buscábamos. Ahora estamos en paz.

Puesto que ello encajaba con sus propias inclinaciones, Elaith accedió con un breve gesto de asentimiento. Bronwyn dejó caer la esfera en su mano. El pequeño cristal iridiscente se acurrucó en la palma de su mano como si estuviera vivo. Sus sentidos elfos percibieron la magia capturada. Rápidamente, lo guardó en una bolsa, plenamente consciente al fin del enorme riesgo que corría y también de la gran oportunidad.

Toda magia tenía una fuente. Esas esferas proporcionaban un sueño a cambio de

arrebatarse otro, pero la fuerza, la magia que hacía posible ese intercambio, era extraída de una magia cercana. Al parecer, las esferas de sueños robaban poder mágico, lo consumían y lo transformaban de un modo muy similar a la legendaria magia del fuego de hechizo.

Sin tener intención de consagrar la Mhaorkiira a un propósito distinto al inicial, de pronto comprendía todo el enorme potencial. No sólo todo ese conocimiento oculto podía ser suyo, sino que también podía llegar a poseer el poder para confundir los hechizos protectores y desconcertar a los magos. Lo único que necesitaba era la piedra kiira.

Estaba del todo decidido a conseguirla y derramaría la sangre de quien fuera para ello.

En una caverna oculta tras el salto de agua, en lo más profundo de las montañas que rodeaban el valle entonces empapado de sangre, los bandidos supervivientes se quitaron máscaras y capuchas, y comenzaron a examinar el botín.

Isabeau Thione se movía entre ellos con aire de reina pirata ataviada con polainas oscuras y camisa carmesí. Haciendo gala de un excelente humor muy poco habitual en ella, bromeaba con la banda de malhechores que había contratado y repartía generosamente parte del botín. Agazapada en el rincón más oscuro de la caverna, Lilly contemplaba la escena con repugnancia. Aunque no había participado directamente en la batalla, lo había presenciado todo escondida entre los árboles. Nunca había visto nada igual.

No, eso no era del todo cierto. Una vez, un antiguo cocinero de El Pescador Borracho había comprado varios pollos para hacer un asado. Para divertirse, los había encerrado en el callejón de atrás y los había despedazado con un machete. El cocinero había desaparecido mucho tiempo atrás. Circulaba el rumor de que había acabado en Los Brazos de Mystra, uno de los lugares en los que se atendía a los locos de Aguas Profundas. La mayor parte de los que acababan en tales asilos eran personas que habían perdido la razón por un hechizo que había salido mal, aunque también cuidaban de otros que caían en la locura tras recorrer un camino más intrincado. En esos momentos, Lilly temía volverse loca.

No había imaginado que las cosas fuesen de ese modo. La carta que ella e Isabeau habían robado del hombre fornido y barbudo la noche en que se conocieron detallaba la ruta que seguiría la caravana. Isabeau había argumentado que sería un simple robo, con la excepción de que no desplumarían a un noble solo, sino a toda una caravana. Lilly la había subestimado, y ello la hacía tan culpable de la sangre derramada como cualquiera de los asesinos que habían sido contratados.

Ya no quería que siguieran siendo socias. Isabeau era tan codiciosa como un troll y totalmente impredecible. Lilly tendría que alejarse de Isabeau y quizá también de

Aguas Profundas. Necesitaba un lugar en el que esconderse y comenzar de nuevo; un lugar en el que perdonarse a sí misma lo que había hecho y hallar el modo de compensarlo.

Un claro y resonante tintineo la arrancó de sus culpables cavilaciones. Dos mercenarios, frente a frente y casi tocándose, contemplaban estúpidamente la mitad de una bolsa que acababan de partir por la mitad. Por un momento, se quedaron mirando

las monedas que rodaban por el suelo e inmediatamente comenzaron a pelearse a puñetazos. Isabeau gritó a los demás hombres que los separaran. En lugar de obedecerla, casi todos se unieron a la refriega.

El caos era general. Lilly sabía qué hacer en tales situaciones; algunos de sus mejores botines los había conseguido en reyertas de taberna.

Se metió en el tumulto y fingió que tropezaba. Con un rápido gesto de la mano, recogió algunas gemas y monedas, que se guardó en un bolsillo. Al levantarse, recibió un buen puñetazo.

Sintió cómo la mandíbula le estallaba de dolor, la cabeza se inclinó hacia atrás de forma brusca y fue a dar pesadamente con los huesos en el suelo.

La despertó el ruido del agua al gotear, que, misteriosamente, marcaba el mismo ritmo que el martilleo que le destrozaba las sienas. Abrió un ojo con cautela. Vio a Isabeau tendida junto a ella, con una leve sonrisa de suficiencia en el rostro y una pila de tesoros a su lado.

Lo que más destacaba era un montón de relucientes guantes blancos. Una oleada de nostalgia recorrió el cuerpo de Lilly y la curó en el acto. Se incorporó, cogió uno de ellos y lo apretó en una mano, sintiendo su reconfortante magia.

—¿Sabes qué son? —le preguntó Isabeau.

Lilly trató de mover la dolorida mandíbula, aunque en vano.

Isabeau sonrió.

—¿Te gustaría llevarte algunos por tu participación en el asunto? ¿Qué te parece siete?

Era un pago ridículamente bajo, y además la privaba de poseer esferas de sueños, sin embargo a Lilly le pareció una salida justa.

—Bastarán —murmuró.

Sus palabras resonaron en la caverna vacía. Tanto silencio la abrumó y la dejó paralizada. Como una sonámbula se levantó y caminó a trompicones por la silenciosa caverna. Lo que vio la horrorizó.

El suelo estaba sembrado de los cuerpos de los mercenarios en posiciones retorcidas y atormentadas. De la boca abierta en mudo grito sobresalían lenguas negras.

Tenían los bolsillos vueltos del revés, y alguien les había rasgado las bolsas para

desvalijarlos.

Lilly se tapó la boca con una mano y se volvió rápidamente hacia Isabeau sin dar crédito a sus ojos.

—Supongo que te estás preguntando cómo nos las vamos a apañar para transportar la carga —dijo Isabeau, interpretando erróneamente la expresión consternada de su socia—. Tranquila; he contratado porteadores que conocen bien los túneles. Transportarán la mercancía hasta el subsuelo de Aguas Profundas más rápidamente de lo que lo haría una caravana que viajara por la superficie.

Una de las sombras se movió y entró en el círculo de luz que proyectaban las antorchas. Lilly retrocedió sacudiendo la cabeza, presa de una aterrada incredulidad ante la monstruosa aparición.

No pareció que a Isabeau la inquietara lo más mínimo la repentina visión de un enorme lagarto bípedo. Fue a su encuentro y le tendió una magnífica espada corta que exhibía el lustre de las armas acabadas de forjar.

—Una espada Amcathra —dijo—. Habrá cuatro más cuando llegemos a Puerto Calavera.

Unas enormes garras asieron la empuñadura, y la criatura gruñó, satisfecha.

Isabeau miró a Lilly, divertida por la reacción de la camarera.

—Te presento a los tren —le dijo en tono informal—. Ya te puedes ir acostumbrando a ellos porque a partir de ahora haremos muchos negocios juntos.

Isabeau ladeó la cabeza y contempló a su horrorizada socia. Después entornó los ojos, pensativa.

—Creo que Lilly no lo aprueba —le dijo al monstruo—. Enséñale qué les ocurre a los que hablan de cosas que es mejor dejar en las sombras.

Las curvas mandíbulas del tren, revestidas de colmillos, esbozaron una sonrisa de reptil. Con un gruñido, se agachó junto a uno de los mercenarios muertos. La enorme mano garruda cogió la lengua ennegrecida que le sobresalía de la boca. De un tirón, la arrancó con un ruido húmedo de algo que se desgarrar. El tren sonrió de nuevo y, a continuación, paladeó aquel exquisito bocado.

A través de una bruma que de pronto pareció arremolinarse en torno a ella, Lilly oyó los gruñidos que resonaban por la caverna. Más tren emergieron de las sombras y, asimismo, se agacharon para alimentarse.

La joven empezó a gritar. Vagamente percibió cómo Isabeau la reñía y la abofeteaba, pero era incapaz de parar. Se dejó caer sobre el suelo de piedra y se tapó los oídos para no tener que oír los sonidos del espeluznante festín, gritando y gritando sin parar, hasta que se hundió de nuevo en la misericordiosa inconsciencia.

9

Un aroma otoñal impregnaba el viento que azotaba las calles de la ciudad, alzando las brillantes hojas caídas en pequeños remolinos y agitando las faldas de las mujeres que paseaban.

Danilo tuvo que sujetarse el sombrero con una mano para mantenerlo en el ángulo que dictaba la moda.

—No podrías haber elegido peor época del año para empezar a aficionarte a ir de tiendas —dijo a su compañera.

Arilyn se apartó con impaciencia un rizo oscuro que le caía sobre el rostro.

—¿Y si lo que se dice por ahí es cierto? ¿Y si el perfumista vende más que esencias y ungüentos?

—Cuesta creer. Diloontier goza de excelente reputación. Muchas de las familias comerciantes hacen negocios con él. Sus esencias son auténticas, y las pocas pociones que vende son inofensivas y fiables. Créeme, la cofradía de magos vigila sus negocios por precaución, como hacen con cualquiera que se dedique a la magia menor.

—¿Y qué me dices de los túneles?

—Querida, esta ciudad está construida sobre un verdadero hormiguero. Todo tipo de criaturas han estado excavando túneles bajo la montaña de Aguas Profundas desde el tiempo de los dragones. No significa nada.

Arilyn se encogió de hombros y empujó la puerta de la tienda. Entonces, se detuvo tan bruscamente que Danilo chocó con ella.

Cassandra Thann los miró a ambos por encima de la exquisita botella que sostenía en las manos. Tras un instante de vacilación, se la devolvió a Diloontier.

—La mezcla no me convence. Demasiadas especias. No quiero ir por ahí oliendo como un budín típico de la fiesta de invierno.

—Enseguida lo arreglo —le aseguró el comerciante. Después de dirigirle una rápida inclinación de cabeza, se volvió y chasqueó los dedos para llamar a uno de sus aprendices—. Tú, Harmon. Atiende al caballero mientras yo arreglo este perfume.

Diloontier se marchó apresuradamente, dejando a las dos mujeres midiéndose como espadachines que necesitaran sus armas.

—A mí me gusta el budín de la fiesta de invierno —dijo Arilyn—. Puesto que ese perfume no os va, tal vez debería comprarlo yo.

El comentario de la semielfa logró descolocar momentáneamente a lady Cassandra, que con rapidez disimuló su reacción esbozando una fría sonrisa.

—Querida, me temo que es una fragancia demasiado... formal para alguien como tú. En esta tienda, hay cosas más adecuadas para ti.

El sutil insulto le ofrecía una oportunidad. Sin duda, la dama era consciente de la

pésima reputación de Arilyn, y la semielfa decidió aprovecharlo. Así pues, se cruzó de brazos y la miró de manera fija, fría y mortífera: era la mirada de un halcón cazador o de una asesina a sueldo.

—Eso tengo entendido. De momento, no tengo necesidad de ellas, pero podría ser muy interesante descubrir quién sí.

Las dos mujeres se miraron una a la otra durante un largo instante, midiendo sus fuerzas. Por fin, Cassandra volvió la mirada hacia su hijo, tomó una pequeña ampolla del estante y se la entregó.

—Toma esto como regalo para tu... dama y vete. Te aconsejo que me hagas caso —le dijo.

Cassandra se calzó los guantes y, con paso majestuoso, salió a la calle, donde la esperaba su carruaje.

Con un ademán, Danilo rechazó los servicios del ayudante de perfumista, salió antes que su compañera y, una vez en la calle, la miró, contrito.

—Supongo que sabes que no se refería a un perfume —murmuró.

—Sí, la idea se me había ocurrido —contestó Arilyn con un toque sarcástico—.

¿Cassandra siente una aversión especial contra las semielfas asesinas, o tal vez tenía un consejo más específico en mente?

—No estoy del todo seguro. Me insistió mucho en que no me involucrara en la muerte de Oth, pero lo achaqué a que detesta cualquier tipo de escándalo. La preocupa mi elección de pareja, probablemente por la misma razón. Como sin duda habrás observado ya, algunos miembros de la nobleza no ven con buenos ojos las alianzas entre los de su clase y otras razas.

Era la primera vez que Danilo admitía abiertamente que podía existir un problema. Arilyn decidió que era el momento de poner sus cartas sobre la mesa.

—Ayer fui a hablar con Arlos Dezlentyr —dijo.

Danilo le lanzó una mirada penetrante.

—¿Te habló de su primera esposa?

—Entonces, conoces la historia. Quería saber. Sí, su muerte causó bastante revuelo entre los elfos; muchos se indignaron de que no se hicieran auténticos esfuerzos para dar con su asesino.

—Si es que realmente fue asesinada.

—Sibylanthra era una joven elfa, que, según todos los indicios, gozaba de buena salud, estaba contenta con su trabajo, con su esposo y con sus hijos pequeños. No hay otra explicación.

En vista de que Danilo no trataba de rebatirla, prosiguió.

—Tú mismo acabas de decir que a algunos de tu clase no les gusta verte con una semielfa. Alguien tampoco estaba muy contento de que Arlos Dezlentyr hubiera tomado por esposa a una elfa. Existen túneles excavados por los tren que comunican

la mansión Dezlentyr con la tienda de Diloontier. ¿Quieres que averigüemos por qué, o piensas pasarte el resto de la vida temiendo que a la vuelta de cada esquina te espere una emboscada tren?

—Hay algo de razón en lo que dices —admitió Dan lentamente—. ¿Tenemos razones para creer que los ataques tren iban dirigidos contra alguien que no fuese Oth Eltorchul y aquellos que últimamente habían tenido tratos con él? Una vez que se conozca la verdad sobre su muerte, ya no tendremos de qué preocuparnos.

Arilyn resopló.

—Hablo en serio —insistió el joven—. Nadie de la nobleza te desea mal. Tal vez a algunos no les guste mucho mi elección, pero dudo de que vean a nuestros futuros hijos como una amenaza para ellos. Después de todo, la línea de sucesión al título Thann es tan larga como una balada enana.

Caminaron unos minutos en silencio antes de que Dan hablara de nuevo.

—Me ha sorprendido que mencionaras a lady Dezlentyr. Hace pocas noches mi madre me recordó esa misma historia —dijo lentamente—. Entonces, interpreté que me recomendaba que actuara con prudencia, pero ahora, aunque me duela decirlo, no sé si era una advertencia o una amenaza.

Arilyn no replicó enseguida. Quería darle tiempo para que absorbiera el impacto de sus propias palabras antes de que ella añadiera otra dolorosa información.

—Ese perfume que tu madre me ha recomendado... ¿Reconocerías la botella si la vieras en un estante entre otras?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Lady Cassandra la dejó enseguida al vernos. Es un buen punto de partida para demostrar que Diloontier vende más que sólo perfumes. Oíste lo que dije a lady Cassandra en la tienda.

—Sí, lo oí. Aunque no estoy seguro de haber comprendido lo que no os dijisteis claramente.

—Di a entender que algunas de las pociones u otros artículos de Diloontier podían ser venenos. Le dije que en esos momentos no los necesitaba, pero que buscaba a alguien que sí. Una asesina a la caza de asesinos. Cassandra lo entendió y, por eso, nos advirtió.

«Conozco a gente que puede probarlo por mí, ver qué es y cómo funciona.

Tardaré unos cuantos días en tener una respuesta, aunque creo que la información bien lo vale.

Danilo digirió esas palabras en silencio.

—No me malinterpretes si te digo que analizar ese perfume será una pérdida de tiempo.

—Pero...

Dan la acalló alzando la mano.

—Diloontier se llevó la botella a la trastienda para, en sus propias palabras, «arreglar» el perfume. Supongo que ya habrá modificado sus ingredientes. Tenemos que buscar en otro sitio.

El argumento era de una lógica irrefutable. Arilyn apretó los dientes, y así lo admitió con un breve gesto de asentimiento. Ya no hablaron más, aunque la semielfa no pudo dejar de preguntarse si Danilo estaría aliviado de haber encontrado un muro que les impedía seguir esa línea de investigación.

Ella tenía su hoja de luna y su deber hacia el pueblo elfo. Danilo tenía un título, privilegios y la lealtad de un noble hacia su familia y otros de su clase. De una cosa estaba segura a su pesar: antes de que ese asunto acabara, uno de los dos tendría que sacrificar algo muy valioso. Su única esperanza era que no se tratara de su amor.

No obstante, en su interior sabía que no podía ser otra cosa.

Lilly caminaba rápidamente por las calles del distrito del castillo. Pocas veces tenía razón para ir a ese barrio tan elegante, sin embargo su resolución le daba valor, tal como la había sostenido durante el horrible viaje de regreso a la ciudad.

Ese distrito le resultaba tan poco familiar como los túneles y las cavernas en las que últimamente había estado. A ella le sería difícil conseguir trabajo en el distrito del castillo, pues las tabernas sólo contrataban a camareras de modales refinados y hablar más cuidado que el suyo. Y tampoco se atrevía a ejercer su oficio de ladrona tan cerca del castillo, en un área patrullada constantemente por guardias y soldados.

Con gesto nervioso, se alisó con las manos la falda de su mejor vestido, rezando para no resultar demasiado llamativa. Más de una mirada masculina se posó en ella y la siguió al doblar la calle de la Espada. En circunstancias normales, Lilly lo habría considerado lógico —un cumplido silencioso—, pero ese día temía que las miradas revelaran que estaba fuera de lugar allí.

O, aún peor, que la vigilaban.

Esa idea la alteró hasta el punto de que los oídos le zumbaban como si tuviera una docena de mosquitos dentro.

—Estoy nerviosa; eso es todo. No hay razón para alarmarme —se aseguró a sí misma en su tono de voz más firme.

Alzó la cabeza, recorrió el resto del camino fingiendo una seguridad que no sentía y entró en la tienda regentada por Balthorr —Tesoros y Rarezas— con el aire de alguien que tuviera por costumbre hacerlo.

El propietario alzó la vista hacia ella. Lilly se estremeció al contemplar aquel rostro lleno de cicatrices. Había oído contar que Balthorr había perdido un ojo luchando contra una quimera, pero no esperaba que el hombre alardeara de su pérdida y la exhibiera con tanto orgullo como un estandarte de familia. Llevaba un ojo de cristal que llamaba poderosamente la atención porque era simplemente una esfera

blanca. A Lilly le recordó de manera inquietante las esferas de sueños.

—He venido a vender —anunció más bruscamente de lo que había planeado.

Balthorr la estudió con el único ojo bueno. Entonces, se levantó y señaló con la cabeza una estancia oculta por una cortina. Lilly lo siguió y vació las monedas encima de una mesa.

—Son de platino. Dudo de que nadie las acepte de alguien como yo sin hacer un montón de preguntas. ¿Me las podéis cambiar por monedas de menos valor?

Balthorr examinó una de las grandes y relucientes monedas de platino.

—Doscientas piezas de plata —le ofreció.

Lilly calculó el cambio mentalmente y decidió que era bastante justo.

—También tengo esto —añadió, y colocó el rubí sobre la mesa.

El hombre lo cogió y asimismo lo examinó.

—¡Hmmm! Muy bonito, pero demasiado grande para ser verdadero.

Por un momento, la joven se sintió hundida, aunque rápidamente se recuperó.

Estaba convencida de que esa gema era muy especial, casi una cosa viva. Además, tampoco era tan grande; era del tamaño de la uña de su dedo meñique.

—Es una piedra preciosa —protestó severamente—. Me aseguraron que erais un buen comerciante de gemas.

Balthorr extendió las manos y se encogió de hombros, como si dijera que no podía culparlo por haber tratado de aprovecharse.

—Doscientas monedas de oro en lingotes de oro de peso estándar. Ni un penique más.

Lilly se mareó al pensar en esa enorme suma. ¡Nunca había soñado con que podría reunir tanto dinero! Con ese oro, podría llegar incluso hasta Cormyr, y aún le sobraría para tomar lecciones de lengua y buenas maneras, y comprarse ropa decente. Luego, podría emplearse en una tienda elegante para ganarse la vida sin necesidad de robar.

—Acepto —dijo.

Sabía que debía regatear, pero no podía arriesgarse a perder tal suma cuando su vida estaba en juego. Vigiló mientras el hombre ponía cien monedas de oro en un platillo de la balanza y luego ponía en el otro varios lingotes relucientes y de pequeño tamaño hasta compensar los pesos. Al acabar, los introdujo en una bolsa.

Lilly casi se la arrebató de las manos y se quedó sorprendida al comprobar lo pesada que era. Era tal su prisa por desaparecer que en ese momento nada le importaba el decoro; se levantó la falda y se ató la bolsa al cinturón con el que se ceñía la camisola. Balthorr le echó una mirada, aunque parecía más interesado en el rubí y las monedas de platino que acababa de adquirir.

Llevando en la mano un puñado de monedas de plata, Lilly huyó de la tienda y buscó un vehículo de alquiler. Era una extravagancia, pero tenía ganas de darse ese

lujo.

El lugar más seguro que conocía era su cuarto en la taberna, vigilada por Hamish, el semiogro. Prefería gastarse unas pocas monedas para regresar rápidamente a ese refugio que arriesgarse a que uno de sus colegas la robara.

Tres carruajes pasaron por su lado sin detenerse ante su señal. Por fin, uno frenó, y un par de halflings saltaron al suelo para ayudarla. El vehículo no iba vacío, aunque tampoco Lilly había esperado tenerlo para ella sola. Un hombre y una mujer se acurrucaban como un par de tórtolos en un único asiento. Lilly se sentó en el asiento de enfrente, procurando mantener educadamente la vista baja para respetar su intimidad.

—Has ido de compras, por lo que veo —comentó una voz grave en tono gélido.

Lilly se quedó paralizada y miró a su socia con aire culpable.

—Pues sí —farfulló tratando en vano de sostener la dura mirada de los ojos oscuros de Isabeau Thione—. He vendido una de las esferas de sueños, tal como acordamos. Con las monedas, me he pagado una buena comida y el precioso sombrero que...

—Ahórrate las mentiras. Te he seguido y no has puesto los pies en ninguna taberna ni en ninguna sombrerería. Apuesto a que has vendido las siete esferas. Me gustaría saber cuánto te han dado por ellas.

«Sujétala —dijo Isabeau a su compañero, que Lilly reconoció como el capitán del grupo de bandidos, y el único que había sobrevivido.

Lilly se lanzó hacia la manija de la puerta con la intención de saltar en marcha.

Pero una manaza la agarró por la muñeca y la arrojó violentamente de vuelta al asiento.

De inmediato, el matón le cogió la otra mano y la levantó por encima de la cabeza. La tenía inmovilizada contra la pared del vehículo.

—Gritaré —amenazó Lilly.

—Si lo haces, date por muerta —replicó Isabeau.

Para asegurarse de que no daría la alarma, se sacó del bolsillo un gran pañuelo de seda y lo arrugó. Entonces, obligó a Lilly a abrir la boca y la amordazó.

Llena de rabia y frustración tuvo que soportar que Isabeau la registrara con manos expertas. Rápidamente, la mujer localizó la bolsa escondida, se sacó un cuchillo pequeño y estrecho que llevaba oculto en la cabellera y desgarró el vestido de Lilly.

Después de arrebatarle la bolsa, volcó el contenido en el regazo de su vestido de seda.

Sus oscuras cejas se alzaron en gesto desdeñoso.

—Eres buena comerciante. Nunca soñé que se pudiera sacar tanto por un puñado de esferas de sueños. Creía que habíamos acordado que eran para tu uso personal.

Lilly contempló, impotente, cómo su socia se guardaba los lingotes en los

bolsillos.

—Normalmente, insistiría en repartirnos el botín a partes iguales —dijo con una dulce y falsa sonrisa—, pero en vista de que has roto los términos de nuestro acuerdo, me lo quedaré todo como castigo. Es lo justo, ¿no crees?

La falsa sonrisa desapareció de su rostro en un abrir y cerrar de ojos.

—Con tu codicia y tu descuido, me has puesto en peligro. No vuelvas a cruzarte en mi camino nunca más, ¿entendido? Espero que seas consciente de que si hablas de lo que hicimos, acabarás colgada de las murallas de la ciudad.

Lilly asintió enfáticamente, aunque la amenaza de Isabeau era mucho menos temible que la horripilante demostración con la que la habían obsequiado los tren.

—Bien. Ya veo que nos entendemos. Me pondré en contacto contigo cuando vuelva a necesitarte. Échala en el próximo callejón —ordenó a su esbirro.

El bandido abrió la puerta del vehículo y, sin esperar a que se detuviera, arrojó a Lilly afuera.

La joven se estrelló contra los adoquines y rodó sobre sí misma hasta chocar dolorosamente con una pila de cajas de madera. El carruaje siguió adelante con suavidad; nadie había sido testigo de la caída.

La cabeza le martilleaba por efecto del golpe contra las piedras, y cuando quiso ponerse en pie el mundo empezó a girar a su alrededor. Se desplomó con un grito de

dolor. Se había torcido el tobillo en la caída. Incluso sin esa herida, dudaba de haber sido capaz de mantenerse en pie mucho rato. Rápidamente, se pasó revista: tenía un largo y profundo arañazo en un brazo, notaba un fuerte escozor en una mejilla, los oídos le zumbaban y veía chispas multicolores que estallaban ante sus ojos. Su vestido estaba desgarrado, además de los cortes hechos por Isabeau con el cuchillo. No tenía dinero para pagar un vehículo, y cada vez que intentaba caminar, sentía punzadas de dolor por todo su maltrecho cuerpo.

«No tengo elección», se dijo a sí misma mientras pugnaba por levantarse, luchando por no dejarse engullir por las oleadas de oscuridad. Pero el cuerpo no la obedecía. Apenas percibió los fuertes pasos de unas pesadas botas y el olor de armaduras de cuero cuando dos hombres se inclinaron sobre ella.

—Mira qué tenemos aquí —dijo uno de ellos, enroscando un mechón de pálido pelo cobrizo entre sus dedos—. ¡Hmmm!, ¿qué hace una florecilla de los muelles tirada en el arroyo?

El segundo hombre le retiró la mano de un golpe.

—¡Aparta, estúpido! Mírala bien. Si no es una de la carnada Thann, yo soy un ogro con tres patas. Si lady Cassandra se entera de que has insultado a uno de los suyos, ordenará que nos arranquen los ojos.

Su compañero gruñó.

—En ese caso, será mejor dejarla en su casa. ¿Llevas encima lo suficiente para

pagar un coche de alquiler?

—¡Qué más quisiera yo! La guardia no paga tan bien. Espera..., llevo tres de plata.

¿Y tú?

Mientras los hombres hacían fondo común, Lilly intentó protestar, aunque sólo le salió un gemido semejante a un maullido cuando uno de los hombres la cogió en brazos y paró un carruaje. El vehículo partió a ritmo rápido en dirección a la mansión Thann, situada en el distrito norte. Aquello que la muchacha tanto había deseado estaba a punto de cumplirse: iba a conocer a su padre. La perspectiva la llenó de terror.

Su padre.

Nunca había pensado seriamente que lo conocería, y mucho menos se le habría ocurrido recurrir a él para buscar ayuda. Seguramente, la rechazaría, en el caso de que sus criados no la echaran antes a la calle. Lilly prefería quedarse tirada en un callejón que tener que sufrir el desdén que anticipaba. Esa idea la persiguió en la oscuridad y la atormentaba en sueños.

Lord Rhammas Thann examinó desde todos los ángulos el objeto de madera que sostenía en las manos y acarició la talla en relieve de un cuervo posado sobre la cabeza de un caballo. Era una pieza bien trabajada, aunque no excepcional, del tipo que un hombre podía descartar a capricho.

—Ciertamente, éste es el símbolo de mi familia, y me parece recordar este colgante. ¿Cómo ha llegado a ti?

Lilly se llevó una mano a las sienes, que le dolían, y respiró hondo para calmarse.

—Mi madre me lo regaló y me contó su historia, milord.

—Y supongo que habrás venido a explicármela. Comienza, te lo ruego. Debo ocuparme de otros asuntos.

Lilly se preguntó sinceramente qué otros asuntos serían ésos. La estancia en la que se encontraban parecía el estudio de un caballero, aunque la joven no vio por ninguna parte indicios de que se hubiera dedicado alguna vez a un estudio serio. Sobre un estante observó algunos libros, aunque los lomos de piel no estaban arrugados ni marcados, como debería haber sido si se hubieran leído. Una polvorienta pluma asomaba por un tintero de cristal que no contenía más que tinta seca. El único objeto que mostraba

señales de uso era una baraja de cartas muy sobadas y con las esquinas dobladas y desparramadas por la mesa.

En cuanto al caballero también mostraba signos de hastío. En el pasado, Rhammas Thann debía de haber sido un hombre muy apuesto y aún conservaba una gallarda figura. Tenía una espesa mata de pelo plateado y los ojos —aunque

empañados por exceso de cerveza en el desayuno o por falta de interés hacia la vida que llevaba— eran de un precioso tono gris. Era comprensible que su madre le hablara con tanta añoranza de ese hombre.

—Mi madre me lo entregó junto con mi nombre. Dijo que, si alguna vez estaba en un apuro, os buscara y os contara quién soy. Creedme si os digo que, aunque necesito vuestra ayuda, no era mi intención venir aquí.

—Has dicho que te llamas Lilly, ¿verdad? Lo siento, pero no comprendo la importancia que pueda tener.

—¿Recordáis un lugar llamado El Jardín de la Dríada? Era una taberna en el distrito de los muelles que cerró hace mucho tiempo. Todas las chicas que servían allí llevaban nombres de flores: Maravilla, Margarita, Rosa. Mi madre se llamaba Violeta.

Tenía el mismo color de pelo que yo, si eso os ayuda.

En los ojos del caballero brilló una chispa de reconocimiento seguido por el pesar. Por primera vez, se fijó en ella de verdad.

—La hija de Violeta... y mía, supongo. Sí, claro. Te pareces.

—Eso dijo vuestro mayordomo mientras se apresuraba a esconderme —dijo Lilly secamente.

Cuando la dejaron en la puerta de servicio, al mayordomo —un tipo austero que se comportaba como la discreción personificada— le bastó echarle un vistazo a la cara para llevarla apresuradamente a una habitación privada. Allí le curó las heridas, le dio de beber una poción de gusto infame y oyó su historia. Inmediatamente corrió en busca de su señor sin siquiera pedir que le enseñara el colgante que la joven presentaba como prueba.

—Buen hombre —murmuró el noble con aire ausente. Suspiró y la miró con inquietud—. Bueno, ya que estás aquí, ¿qué es lo que quieres?

«Una familia, un hogar, un apellido», pensó Lilly, pero no dijo nada de eso.

—Estoy en apuros, milord. No quiero causaros ninguna molestia, pero es preciso que abandone la ciudad cuanto antes.

—Sí, claro; eso será lo mejor. Me ocuparé de ello. Al salir habla con el mayordomo. No, espera. No podemos hacerlo de ese modo —murmuró—. Cassandra se ocupa de las cuentas. Es seguro que se fija en un gasto fuera de lo normal y no descansaría hasta averiguarlo todo. No; es imposible.

A Lilly se le cayó el alma a los pies. Se levantó e hizo una pequeña y descortés reverencia.

—En ese caso, me voy para no molestaros más, milord. Disculpadme.

Los ojos de Rhammas Thann se posaron de nuevo en ella, y esa vez su mirada gris reveló una pizca de emoción y también de pesar.

—No negaré la ayuda a ningún hijo, haya nacido de mi esposa o de otra mujer. Te

enviaré a alguien que se ocupe de este asunto.

Lilly se inclinó de nuevo y se dispuso a marcharse.

—Una cosa más —le dijo el noble. Lilly le lanzó una inquisitiva mirada por encima del hombro—. Tu madre... ¿Está bien?

—Tan bien como puede estar una mujer muerta, milord. Falleció hace tiempo, pero estoy segura de que le alegraría saber que habéis preguntado por ella.

Involuntariamente, sus palabras sonaron a reproche. Rhammas se limitó a hacer un gesto de asentimiento, como si lo esperara e incluso creyera que se lo merecía.

La dócil aceptación del hombre la desconcertó más que si la hubiera denunciado cruelmente o la hubiese acusado de ser una impostora. Estaba preparada para ambas cosas, pero no esperaba encontrar a un hombre vacío por dentro, reducido a la nada por una vida de lujos consagrada a trivialidades.

No era ése el padre que había imaginado ni la vida que había soñado vivir. Lilly dio media vuelta y corrió de regreso a las estancias de servicio y a la discreta puerta trasera que el mayordomo le indicó. Por primera vez desde el robo no lamentó haber perdido su tesoro. Si ése era el precio que había que pagar por ser rico, prefería seguir siendo pobre.

A última hora de la tarde, Elaith entró en el jardín cercado, felicitándose por haber tomado la decisión de utilizar la Torre del Claro Verde como lugar de encuentro. Un grupo de sus capitanes mercenarios lo esperaba. Algunos llevaban allí horas. No era prudente reunirse muchas personas al mismo tiempo, pues eso llamaba la atención. Así pues, habían ido llegando en solitario o en parejas y de modo escalonado, lo cual era más discreto.

Sobre la larga mesa y sobre el suelo del jardín, podían observarse los restos de un festín. Los sabuesos roían los huesos que los mercenarios habían arrojado, y las camareras retiraban los trinchantes vacíos. Otras mujeres —y uno o dos jovencitos— habían sido contratados para realizar otras tareas. Algunos mercenarios tenían mujeres sentadas en el regazo, mientras que otros habían abandonado el salón en busca de la relativa intimidad de las alcobas, hasta hacía poco atendidas por cuidadosas manos elfas.

—Ya basta —ladró Elaith, aproximándose a la mesa.

Los mercenarios se levantaron como títeres a los que hubieran tirado del mismo hilo. Algunos lanzaron al suelo a sus acompañantes de pago, junto con otros restos de la fiesta.

A las mujeres no pareció importarles demasiado. Recogieron sus pertenencias desparramadas por el suelo y sus últimos retazos de dignidad, y se escabulleron por la puerta del jardín.

Su capitán más fornido —una mujer del Norland con llameante melena y varias

pasiones encendidas— se despidió de su joven acompañante con una nostálgica mirada.

Elaith la eligió como blanco de sus iras.

—Tú, Hildagriff. Informa.

La capitana obedeció al punto.

—Balthorr, del distrito del castillo, ha comprado el rubí. Pide seiscientas monedas de oro por él.

Ésa era la noticia que Elaith esperaba. Las esferas de sueños ya habían sido localizadas, y la gema kiira era la última parte —la más vital— del plan trazado por Oth Eltorchul. Pese a que se cuidó mucho de dejar traslucir la importancia que para él tenía aquella información, escuchó apresuradamente los informes del resto de los capitanes y los despidió.

Tan pronto como se hubo quedado solo, encaminó rápidamente sus pasos hacia el perista del que Hildagriff le había hablado. Era una misión demasiado importante para encomendársela a algún subordinado; no podía confiar la Mhaorkiira —la gema oscura— a otras manos.

Más tarde en ese mismo día, Elaith dudó de ser capaz incluso él de manejar la gema elfa. Era un rubí precioso, mucho más hermoso de lo que se había imaginado. De color claro y sin mácula, sus diversas caras habían sido perfectamente talladas para absorber la luz. La kiira era una maravilla del arte elfo de trabajar las piedras preciosas,

y también de la magia elfa.

Se sintió agitado por el oscuro y absorbente poder que emanaba de la gema. Ni las más temibles leyendas oídas en su infancia lo habían preparado para soportar el impacto de la Mhaorkiira Hadryad. Ese rubí había pervertido primero y había destruido después a un antiguo clan de elfos. Solamente el último de ese linaje —un hechicero tan perverso que podría haber sido perfectamente orco, drow u otra abominación— había sido capaz de doblegar a la gema. Desde entonces, la kiira había reaparecido varias veces, pero siempre había vuelto a caer en el olvido tras propiciar la destrucción del elfo que había osado tomarla. Elaith corría un riesgo terrible; sabía que se estaba jugando de un modo literal la vida. ¿Era realmente tan importante llegar a conocer su propia naturaleza hasta el fondo?

—¿Lo quieres o no? —preguntó Balthorr al ver su renuencia—. Puedo venderlo fácilmente. Esta misma tarde, dos o tres personas lo han examinado.

Eso sí interesó a Elaith.

—¿Alguna te hizo una oferta?

—No —admitió el perista, y Elaith olvidó el tema.

La kiira era suya. La gema se adaptó a la palma de su mano con un inaudible suspiro de satisfacción, como si por fin hubiera hallado a un propietario adecuado. En

ese instante, la esperanza de Elaith se apagó, y su corazón se convirtió en piedra. Ya tenía su respuesta. Ya no le quedaba nada elfo, excepto la Mhaorkiira. Eso tendría que bastarle; eso, y el poder que le conferiría.

Que así fuera. Tras guardar la gema en su casa más segura, se dirigió a toda prisa hacia el distrito de los muelles para acudir a la cita con sus contactos. El segundo grupo debía ya de haberse reunido allí tras atravesar el túnel que conectaba la torre y un almacén cercano. Los miembros del primero y el segundo grupo no se conocerían si se topaban por la calle. Era una de las precauciones que había aprendido muchos años atrás y que eran necesarias para quienes vivían como él.

El elfo entró con sigilo en el almacén y serpeó por el laberinto de pasillos limitados por muros de cajas apiladas. Sin aviso previo, la pila de enfrente se derrumbó y le cortó el paso.

Inmediatamente, se volvió a medias para ver al mismo tiempo delante y atrás. Un trío de hombres encapuchados saltaron desde arriba, y otros cuatro se le acercaron por la espalda. Elaith examinó rápidamente las cajas apiladas a ambos lados; había otros hombres con la rodilla hincada y ballestas prestas que le apuntaban al corazón.

Lo invadió una sensación de pesadumbre al reconocerse atrapado. Levantó las manos para mostrar que no llevaba armas y se encaró con la banda que tenía detrás.

—Si quisierais matarme, ya lo habríais hecho —dijo dirigiéndose a la figura embozada de mayor tamaño, pues sabía que en el tipo de jerarquía primitiva que solían establecer los matones humanos la fuerza bruta era muy valorada—. Tienes toda mi atención. Habla.

—Te traemos un mensaje —recitó una áspera voz familiar desde debajo de una capucha—. Has ido demasiado lejos. Te llaman el lord elfo.

—Y lo soy por derecho de nacimiento y de propiedad. Tengo intereses, tanto en esta ciudad como en la subterránea, que sobrepasan los de la mayoría de los clanes comerciantes; el tuyo, incluido —añadió astutamente.

La reacción de sorpresa del hombretón fue a la vez satisfactoria e iluminadora.

Hasta ese momento, no había estado del todo seguro de que fuese Rheap, el capitán mercenario al servicio del clan Ilzimmer, quien se ocultaba tras la capucha. Bueno, al menos ya sabía con quién trataba.

—Agua Profundas es una ciudad con ciertas leyes y costumbres —prosiguió el hombre, decidido a reconducir la discusión a su campo.

—¿De veras? —Elaith esbozó una insulsa sonrisa—. No sabía que la ley permitiera la entrada sin autorización en propiedad ajena a hombres armados. ¿Debo entender que esta pequeña visita es una de las costumbres locales?

—Cuidado con lo que dices, elfo —ladró Rheap—. Tu presencia en Agua Profundas es molesta. Regenta una taberna si quieres, pero abandona los negocios en Puerto Calavera. Éste es el último aviso.

—Empiezo a estar harto de esta costumbre en concreto. Por favor, saludad de mi parte a vuestro amo.

Elaith metió una mano en un bolsillo cosido a la costura del hombro de su jubón y sacó una pequeña vara plateada. Apuntó con ella a la alta pila de cajas, marcadas con una runa curva que ninguno de esos patanes era capaz de leer.

La diminuta vara disparó una lluvia de chispas, que se unieron para formar un proyectil semejante a una flecha. Ésta dio en la caja, que estalló en una segunda y deslumbrante lluvia de chispas. La primera explosión fue seguida por una segunda cuando el contenido de la caja —polvo de humo altamente ilegal y tan imprevisible como los caprichos románticos de una dríada— se encendió.

Llovieron arcos de ardiente luz, que chisporrotearon y sisearon en el descenso.

Los ballesteros soltaron las armas y se aplastaron contra el suelo en un intento de no caer de las altas y bamboleantes pilas de cajas.

Elaith desenvainó la espada y arremetió contra el trío que le cortaba el paso. De una estocada, hundió el acero en el vientre del primero; a continuación, desplazó el peso hacia la pierna más retrasada y alzó la ensangrentada espada para defenderse del ataque del segundo. Con un rápido giro, destrabó su espada y, tras un hábil volteo, le rebanó el pescuezo. Al describir un arco hacia atrás, desvió el arma del tercero. Entonces, impulsó la espada hacia arriba, obligando a las armas trabadas a levantarse, y apuntó con la varita de plata al pecho del rival.

Otra diminuta flecha luminosa se hundió en el torso del humano. Elaith se zambulló a un lado para escapar de la explosión mágica dentro del cuerpo del otro, que lo transformó en bruma carmesí.

El elfo trepó rápidamente por las cajas derrumbadas y saltó con agilidad al otro lado. Sin perder tiempo, localizó una puerta secreta, que sólo él conocía, y se deslizó dentro del túnel que conducía a la tienda de un sastre, dos calles más abajo.

Cuando salió del probador, oyó el repique de campanas que llamaba a la guardia para apagar el incendio. No le preocupaba especialmente; el almacén era de sólida piedra y resistiría el fuego. En él se guardaban mercancías de poco valor y podía permitirse perder unas cuantas cajas vacías.

Tampoco lamentaba que algunos de los extraños mensajeros se hubieran salvado.

Tanto mejor si unos pocos escapaban para transmitir su desafío a los nobles comerciantes. Después de todo, poseía la Mhaorkiira y las esferas de sueños; tenía el arma perfecta para devolver el golpe a quienes sospechaba que le habían enviado el mensaje.

Ése era el plan. Su venganza sería prolongada, muy divertida y también letal.

El elfo regresó rápidamente a su fortificado hogar y hacia la imperiosa magia de la gema oscura que lo estaba llamando.

Arilyn abría la marcha por las estrechas callejas de Puerto Calavera mientras Danilo le pisaba los talones. Aunque ese lugar estaba situado justo en el subsuelo de Aguas Profundas, donde había nacido, y aunque ambas eran ciudades portuarias, no podían concebirse dos ciudades más distintas.

En Puerto Calavera, todo era miserable, sórdido y feo. Edificios destartados se inclinaban y escoraban tan precariamente como barcos hundidos. Criaturas pertenecientes al menos a unas cuarenta razas, muchas de ellas proscritas en Aguas Profundas, avanzaban a empujones por las atestadas calles. La multitud derribó a un mendigo con una sola pierna, y el hombre, en lugar de pedir la ayuda que sabía que nadie iba a prestarle, trató de ponerse de pie por sí mismo apoyándose en una muleta de fabricación casera. No obstante, como la mayor parte de Puerto Calavera, su aspecto era engañoso. Lejos de ser inofensivo, cortó hábilmente una oreja a un goblin de cara taimada que trataba de vaciarle los bolsillos. Tampoco el goblin pidió ayuda. Se limitó a recoger la oreja, se la pegó a la cabeza y corrió en busca de un sanador, o quizá simplemente de un espejo y una aguja.

Danilo miraba a su alrededor con una consternación creciente. Arilyn había vacilado mucho antes de conducirlo a ese lugar frío, húmedo, lúgubre y sin ley. Aunque a causa de la insistencia de la semielfa vestía unas ropas toscas más propias de un estibador que de un noble bardo, destacaba como una mosca en un plato de leche.

—Debo decir que prefiero con mucho la cisterna de Oth —comentó Dan—. Al menos allí estábamos secos.

No le faltaba razón. En Puerto Calavera había agua por todas partes. Aunque se trataba de una ciudad portuaria, era enteramente subterránea y estaba situada muy por debajo del nivel del mar. El agua goteaba de los techos de las cavernas y formaba charcos en los callejones. Gracias a ella, tanto las paredes de los destartados edificios como las calles, se veían cubiertas de extraños mohos rastreros y relucientes hongos. El olor de podredumbre y moho lo invadía todo, y una nauseabunda bruma se adhería a la luz de los faroles. A los pocos minutos de estar allí, Arilyn ya tenía la ropa húmeda pegada al cuerpo, y el malhumor de Dan era casi tan agobiante como el denso aire.

—Querías formar parte de mi mundo, ¿no? —le dijo exagerando sólo un poco—.

Pues éste es el tipo de sitios a los que debo ir.

Danilo señaló deliberadamente la espada elfa, que se mantenía oscura y silenciosa.

—Apuesto a que por aquí no encontraremos a muchos elfos del bosque. ¿Por qué no investigamos en otro lugar? Donde sea.

Arilyn se despegó de la garganta el cuello de la camisa y se echó hacia atrás un húmedo mechón que le caía sobre la frente.

—Cuanto antes acabemos, antes podremos irnos.

Con la cabeza, señaló una hilera de edificios de madera peligrosamente inclinados, alineados con la misma precisión que una patrulla de orcos borrachos, y se encaminó al callejón que serpeaba entre ellos.

A su espalda, Danilo maldecía con impresionante creatividad.

—¿Se puede saber qué buscamos exactamente?

—Perfume —contestó Arilyn secamente mientras evitaba un montón muy sospechoso.

Reconoció los excrementos de una mantícora y aceleró el paso. Era relativamente reciente, y no tenía el menor deseo de enfrentarse a un monstruo con el cuerpo de león y el rostro y el ingenio de un hombre.

—Perfume. Buena idea —la felicitó—. Teniendo en cuenta el lugar en el que estamos, sugiero que compremos toda una cuba.

Arilyn le echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Piensas lamentarte durante todo el camino?

—Sí, y durante el de vuelta, también. Cuando hago algo, lo hago a conciencia.

Un trío de kobolds apareció por detrás de una pila de cajas y corrió hacia ellos.

Eran criaturas horribles, de la familia de los goblins, cuya monda cabeza apenas llegaba a la altura del cinturón de la semielfa. Tenían ojos amarillos saltones y de mirada frenética, aunque meneaban la cola de rata en imitación inquietantemente exacta de un perro que trata de congraciarse con su amo. Iban cargados de telas y no de armas, pero Arilyn no aflojó el paso.

—Mira, quizá compra —suplicó uno de ellos, trotando al lado de la semielfa—.

Muchas, muchas capas buenas. Poco gastadas. Sólo una con sangre y vísceras, y ya está seca.

—Vaya, los vendedores ambulantes de Aguas Profundas deberían aprender a vocear sus mercancías de este modo —musitó Danilo, que se retrasó un poco para hablar con los kobolds—. Sangre y vísceras, ¿eh? ¿Hay que pagar extra por ese tipo de ornamentos?

—Claro, claro. Tú quieres, nosotros ponemos.

—¡Ah! Un trato admirable, siempre y cuando esos elementos decorativos no provengan de uno mismo.

Evidentemente, el pequeño mercader no entendió nada del comentario de Danilo.

Se sentó sobre los talones y agitó el rabo de rata con aire consternado. Pero ese momento pasó rápidamente. Los kobolds no se daban por vencidos.

Arilyn apartó a uno con un codazo.

—No los animes —aconsejó a Danilo—. ¿O es que quieres morir aquí abajo?

—No digas tonterías. Tres kobolds no son ninguna amenaza.

—Ni tampoco lo es un solo ratón. El problema es que nunca hay uno solo; los demás se esconden. ¿Cómo te imaginas que tres únicos kobolds han conseguido toda esa mercancía?

El excelente razonamiento de Arilyn instó al joven bardo a acelerar el paso y caminar junto a su compañera, que avanzaba sinuosamente por la mísera ciudad en dirección a una pequeña tienda en la que los asesinos compraban la muerte en gotas.

—Venenos Pantagora —dijo Danilo, leyendo el cartel en voz alta—. Da en el clavo, sin fingimientos ni disimulos. Me parece fantásticamente refrescante.

Arilyn le lanzó una mirada de advertencia y empujó la puerta. La escena con la que se encontraron era como un campo de batalla del Norland o la pesadilla de un carnicero.

En el aire flotaba el inconfundible olor dulzón de la sangre. Las moscas zumbaban alrededor de cuerpos empapados. En el viejo suelo de madera, se habían formado charcos oscuros, y de algún modo, la sangre había salpicado hasta las vigas del techo.

En algunos puntos se había secado mientras goteaba hacia abajo, con lo que parecía que la empapada madera hubiera derramado abundantes lágrimas oscuras por la muerte del vendedor de venenos.

Arilyn jamás había visto nada igual. Con el pie, apartó una bota vacía y se preguntó cómo la habría perdido su dueño. Siguiendo una intuición, contó mentalmente el número de cuerpos y de calzado; sobraba esa bota. Todo apuntaba a que el cuerpo de

su antiguo dueño se había disuelto como por efecto del fuego de dragón; desde dentro.

Se agachó junto a uno de los cadáveres. Después de haber visto la muerte tan a menudo, no necesitaba ni hechizos ni plegarias para que los cadáveres le hablaran.

Ahí estaban los signos, aunque contradictorios y profundamente perturbadores. En el cuerpo sin vida, Arilyn distinguió marcas de tajos delgados y precisos. Entonces, le dio la vuelta y le subió la camisa. En la espalda, apenas tenía moretones. No era de extrañar. Cuando murió apenas le quedaba sangre en el cuerpo para acumularse. La espada fina y delgada que lo había matado le había causado numerosas heridas; de hecho, lo había matado centímetro a centímetro, con finos tajos y suaves puntazos.

Alguien había jugado con él, tomándose su tiempo para matarlo, por lo que la víctima había aguantado mucho más de lo que Arilyn hubiese creído posible.

Extraño comportamiento para tratarse de un ladrón. Naturalmente, entraba dentro de lo posible que fuera un asesino profesional, tal vez cliente habitual, y a quien por sus habilidades y costumbres resultaba más cómodo matar que pagar. No obstante, el

primer instinto de un asesino era la supervivencia, por lo que ninguno se arriesgaría a malgastar tanto tiempo y tanto vitriolo. Esas muertes mostraban todos los sellos distintivos de la venganza, o tal vez de furia, locura o una maldad tan intensa que ya no tenía en cuenta ni proporciones ni consecuencias.

Más extraña todavía era la naturaleza del arma empleada. Ninguna espada forjada por humanos podía ser tan delgada ni afilada. Arilyn no tenía ninguna duda de que el hombre había sido asesinado con una espada elfa. El pueblo de su madre contaba con temibles guerreros que también podían ser despiadados, pero tal depravación no parecía cosa suya. Sólo conocía a dos o tres elfos capaces de cometer tal acto. De hecho, pocos días antes, había visto a Elaith Craulnober jugar con un tren de modo muy similar.

Su aguzado sentido del oído captó unos pasos furtivos que se acercaban por la acera, fuera de la tienda. La semielfa desplazó el peso del cuerpo a los talones y se puso de pie en un único y veloz movimiento. Entonces, se aproximó con sigilo a la puerta, desenvainó la espada e hizo una seña a Danilo para que se colocara al otro lado del marco.

La puerta se abrió lentamente y, por el quicio, asomó una cara pequeña, de gesto furtivo. Arilyn abandonó su escondite y presionó la punta de la espada contra la garganta de Diloontier.

El perfumista chilló y cerró los ojos con fuerza, como para ahuyentar el doble terror de la amenazante espada y la carnicería en la tienda. Palideció hasta que su piel adquirió el color de pergamino viejo y los huesos de las piernas parecieron fundírsele como anguila en gelatina.

Antes de que Arilyn pudiese decir nada, Danilo agarró al tambaleante hombrecillo por la pechera y, de un empujón, lo obligó a entrar. Sacudía al perfumista del mismo modo que un sabueso cazador de alimañas sacudiría una rata. Tal tratamiento devolvió una pizca de color al rostro de Diloontier. Cuando empezó a debatirse con una resolución y un vigor que sugerían que era capaz de mantenerse de pie, Danilo lo soltó.

Diloontier entreabrió un solo ojo y se estremeció.

—Demasiado tarde —se lamentó—. ¡Ya no queda nada!

—Eso plantea unas cuantas preguntas interesantes. A su debido tiempo, nos ocuparemos de eso —le aseguró Arilyn, y nuevamente lo amenazó con la punta de la espada en el cuello—. ¿Qué sabes de los tren?

La mirada del hombrecillo se deslizó de manera furtiva a un lado.

—Nunca he oído hablar de ellos.

Arilyn movió ligeramente la espada para incitarlo a hablar.

—Qué extraño que túneles plagados de marcas dejadas por los tren confluyan justo debajo de tu tienda. Qué extraño que una trampa de las cloacas conduzca a

tu cobertizo de secado. Puedes hablar conmigo o ser interrogado por el Consejo de Señores.

—¡Hablaré! —exclamó en tono agudo—. Sí, es cierto que a veces actúo como intermediario para hombres y mujeres ricos que desean contratar los servicios de los tren. ¡Yo me ocupo de todo, pero a través de una segunda, una tercera o una vigésima cuarta persona! ¡Es verdad! Ése es el método acordado, que asegura que no pueda revelar a nadie, ni siquiera a ti, el nombre de mis clientes.

Arilyn se preguntó cómo respondería Diloontier si le proponía un nombre, y dirigió a Danilo una mirada con la cual le pedía permiso y al mismo tiempo se disculpaba. El joven apretó los labios, pero dio su conformidad con un leve gesto de asentimiento.

—De acuerdo —dijo la semielfa a Diloontier—. Si no puedes darme los nombres de tus clientes, yo lo haré por ti: lady Cassandra Thann.

—Soy perfumista. Muchos nobles son clientes míos —contestó evasivamente.

Sus explicaciones quedaron interrumpidas por un sorprendido grito de dolor. Bajó la vista y contempló, horrorizado, la mancha sangrienta en la reluciente espada de la semielfa y la sangre que le goteaba en la pechera de la camisa.

—No es una vena importante —comentó Arilyn serenamente—, pero te aseguro que sé localizarlas.

—¡No puedo decirte nada! ¡Mis clientes valoran ante todo la confidencialidad!

—¿Más de lo que tú valoras tu propia vida?

Diloontier no necesitó mucho tiempo para sopesar ambas cosas en la balanza.

—Pociones de la eterna juventud —dijo atropelladamente—. Hace muchos años que lady Cassandra me las compra cada luna nueva. ¿Cómo si no crees que ha logrado que los años no pasen para ella y siga igual de bella?

—Me temo que conoces muy bien a la dama en cuestión —repuso Danilo secamente—. Si hay alguien capaz de enfrentarse al Padre Tiempo y obligarle a bajar la mirada, ésa es ella.

—¿Qué venías a comprar? —preguntó Arilyn, bajando la espada.

—Eso ya no importa, ¿no crees? Aquí ya no queda nada de valor. Es evidente que no he sido yo quien ha matado a estos hombres. ¡Todo apunta a que has sido tú!

La semielfa lo miró con dureza, aunque se dio cuenta enseguida de que las palabras de Diloontier no encerraban una amenaza vana. Ella no era la única capaz de reconocer las marcas de una espada elfa, y resultaba obvio que se trataba del trabajo de un asesino profesional. Afortunadamente, Diloontier también tenía una reputación que mantener.

—Si mencionas a alguien nuestra presencia aquí, el capitán de la guardia recibirá un anónimo en el que se te acusará de haber venido a esta tienda. ¡Vete ya!

Diloontier corrió hacia la puerta. Sus botas repiquetearon a un ritmo frenético

sobre la madera de la acera. La semielfa suspiró y enfundó la espada.

—Lo has dejado ir. —Danilo la miraba con ojos penetrantes—. ¿Le crees?

—¿Sobre lady Cassandra? Ni una palabra. ¿Para qué necesita pociones de juventud cuando por sus venas corre sangre elfa? No obstante, sospecho que preferiría corroborar la mentira de Diloontier antes que revelar su herencia elfa.

Dan no refutó el argumento.

—Aquí ya está todo visto —dijo.

Arilyn guardó un largo silencio. De hecho, ella sospechaba que había mucha más información que podían extraer en Puerto Calavera. Los tren procedían de esos túneles, así como el veneno que probablemente había acabado con la vida de lady Dezlentyr.

Para descubrir al proveedor de Diloontier, había tenido que visitar a conocidos que no veía desde hacía años y pedir favores que le aterraba tener que pagar.

Sin embargo, por el momento, poco más podían hacer. Allí no encontrarían respuestas, sino únicamente más preguntas inquietantes.

—Fuese lo que fuese lo que Diloontier venía a comprar, ya no está aquí. —Empujó ligeramente uno de los cadáveres con la bota y añadió—: Lo tiene quien los mató.

—Matar para conseguir veneno —caviló Danilo—. Es un camino muy tortuoso para lograr un objetivo, ¿no te parece? No soy un experto en este campo, lo sé, pero me parece que eliminando al intermediario de la transacción, el asunto sería más fácil.

Ésa era justamente la intención de Arilyn, aunque no estaba preparada aún para admitirlo en voz alta. En muchos aspectos, Danilo abrazaba los principios elfos con bastantes menos reservas que ella misma. Dan confiaba en Elaith Craulnober y en su promesa de que serían siempre amigos. Arilyn se sentía incapaz de destruir esa confianza sin estar completamente segura de que era imparcial en sus sospechas.

Tampoco estaba preparada para hacer frente a sus viejas costumbres y comportamientos, que volvía a adoptar de manera tan natural. A cada paso que daba, encontraba algo que le recordaba su oscura reputación. A decir verdad, se sentía más a gusto en el subsuelo de Aguas Profundas que en un salón de la nobleza. Su parte humana —la más cruda— saltaba a primer plano, mientras que la magia elfa de su hoja de luna extrañamente se mantenía ausente. Al paso que iba, Danilo no tendría que preocuparse más por los inconvenientes que comportaba vivir con una heroína elfa.

Arilyn echó una mirada a la hoja de luna, casi esperando que la emplazara a cumplir con su deber brillando con tenue luz verde; pero, naturalmente, no era el caso.

La semielfa se preguntó si algún día volvería a brillar.

Lo primero que hizo Danilo al regresar a la ciudad que se levantaba sobre el suelo fue darse un buen baño. Después de una hora metido en la tina con agua caliente, el recuerdo del fétido hedor que reinaba en la ciudad subterránea empezó a desvanecerse.

Danilo seguía en remojo cuando su mayordomo llamó a la puerta.

—Os pido disculpas, señor. Ha llegado un mensaje urgente de lord Rhammas.

La noticia de que un vuelo de dragones había invadido la ciudad no le habría sorprendido tanto. Danilo salió de la tina de un salto, levantando agua jabonosa como una bandada de pajarillos asustados. Inmediatamente, cogió una toalla y abandonó el vestidor.

—¿Hay alguien herido? ¿Enfermo? ¿Se trata de Judith? ¡Por los dioses! Está a punto de dar a luz. ¡Y es el primero!

El halfling se limpió la fragante espuma que le había caído en la frente.

—Vuestra hermana está perfectamente, señor. No espera al bebé hasta dentro de una luna o más —le recordó—. El mensaje se refiere a un asunto personal, de naturaleza muy delicada. Vuestro padre os ruega que os reunáis con él cuanto antes en La Sirena Risueña. El caballo os aguarda frente a la puerta.

Algo más tranquilo pero todavía perplejo, Danilo se vistió rápidamente y recorrió a caballo las pocas manzanas que separaban su casa de la refinada taberna.

La Sirena Risueña era uno de los pocos establecimientos del formal distrito norte que servían bebidas alcohólicas. Su reputación se cimentaba tanto en sus suntuosas mesas de juego como en sus pequeñas salas privadas. Danilo sabía que a lord Rhammas le gustaba ir allí para intercambiar chismes y jugar con otros nobles tan ociosos como él, aunque nunca se le había ocurrido que su padre tuviera necesidad de alquilar una de las pequeñas salas para encuentros. Desde luego, Danilo jamás hubiera esperado que su padre lo convocara.

Estaba a punto de estallar de curiosidad mientras desmontaba frente a la enorme y fea estatua de mármol de un centauro. Tras confiar el caballo a un atento mozo de cuadra, subió corriendo la escalera que conducía al vestíbulo.

Uno de los guardias minotauros hizo un gesto de asentimiento al reconocerlo como miembro. Tras indicarle por señas que lo siguiera, echó a caminar al trote; era impresionante contemplar sus enormes ancas al andar. Con los cuernos, largos y curvos, tocó una araña de luces que colgaba a baja altura, lo que arrancó a los cristales un apagado tintineo que recordaba una bandada de colegialas que susurraran y se rieran suavemente tapándose la boca con sus menudas manos.

El minotauro se detuvo delante de una gruesa puerta de roble y resopló insistentemente como para indicar que allí acababa su misión, o al menos acabaría cuando Danilo entrara. El resoplido sonó como el de un toro listo para cargar, y

Danilo tuvo la impresión de que si no entraba por voluntad propia en la habitación, el minotauro lo cogería con uno de sus cuernos y lo arrojaría dentro. Así pues, le dio una moneda y entró.

Rhammas Thann se puso de pie para recibir a su hijo y le tendió una mano a modo de saludo entre camaradas. Danilo estrechó la mano de su padre como si fuese lo más natural del mundo. Tomaron asiento frente a frente en una mesa de pequeño tamaño y, durante unos minutos, charlaron de las naderías que mantenían bien engrasadas las ruedas de todas las reuniones que se habían celebrado en aquella habitación.

Finalmente, Rhammas fue al grano.

—Posees una fortuna propia considerable. El fondo que tu madre y yo creamos cuando naciste se ha multiplicado por mil, y sólo con eso bastaría para permitirte mantener tu tren de vida. No obstante, también tienes una participación en el negocio del vino, y lo que invertiste en el colegio de bardos da sus frutos. He oído que ambas empresas van viento en popa...

—Así es —admitió Danilo con cautela.

—Tengo una buena razón para pedirte que te desprendas de una pequeña parte de tu dinero en efectivo —dijo lord Rhammas con fría formalidad y evidente renuencia. El noble enmudeció, hizo una mueca y se puso derecho, armándose de valor para lo que debía añadir—: Debo ocuparme de un asunto bastante delicado, y por su naturaleza, preferiría que tu madre no se enterara de nada.

—¡Ah! —Danilo se recostó en la silla y comprendió, por fin, el porqué de aquella insólita reunión.

De todos los hermanos, Danilo era el menos involucrado en los asuntos de la familia, es decir, el que con menos probabilidad iría con el cuento a lady Cassandra.

Judith, la hermana que más se parecía a él tanto por la edad como por carácter, solía actuar, asimismo, según sus propias opiniones e inclinaciones. No obstante, su marido, un capitán de barco mercante muy gallardo y que reivindicaba un lejano parentesco con la familia real de Cormyr, se había labrado posición y fortuna gracias a los negocios de transporte marítimo de la familia Thann. Por tanto, era tan devoto a los caprichos y los humores de lady Cassandra como un perrito faldero. Judith aún seguía tan enamorada que no se daba cuenta de la especie de pelotillero con quien compartía su lecho y no le ocultaba nada. Ya no cabía esperar discreción de ella.

—¿Un asunto personal? —Danilo procuró hablar en un tono ecuánime, preguntando pero sin criticar.

—Exactamente. Antes de seguir adelante debes darme tu palabra de que no lo divulgarás a los cuatro vientos en una de tus estúpidas baladas.

—Te lo juro —replicó Dan escuetamente.

La pulla de su padre le dolió más de lo debido. Por acostumbrado que estuviera a

que su familia lo tratara con indulgente desdén, cada vez le costaba más interpretar el papel que había elegido.

—Muy bien. Resulta que una mujer a la que conozco está en un apuro y desea abandonar la ciudad enseguida y en secreto. La discreción es esencial. Tu madre me ha dicho que tienes contactos con los arpistas. ¿Te has ocupado de asuntos similares?

—Muchas veces —le aseguró Danilo.

Pese a su respuesta, estaba claro que nunca se le habría ocurrido que un día tendría que poner sus habilidades al servicio de la amante de su padre, la cual, por el cariz que tomaba la situación, seguramente esperaba un hijo bastardo.

Dan no sabía muy bien cómo debía tomárselo. Los hijos bastardos no eran nada insólito ni entre la nobleza ni entre el pueblo llano. Muchos se casaban por conveniencia o para medrar, y los hijos nacidos fuera del matrimonio solían ser reconocidos y más o menos aceptados.

No obstante, comprendía perfectamente que su padre deseara ocultárselo a lady Cassandra. Si su padre quería librarse de sus responsabilidades, él no era quien para criticarlo ni reprenderlo. Pero dudaba de si debía tomarse aquella inesperada petición como un insulto o una muestra de confianza.

De un modo u otro, no importaba. Eso era lo primero que su padre le pedía. Fuese cual fuese la opinión que Rhammas tuviera de él, Danilo no podía negarse.

—Me ocuparé de que la dama abandone la ciudad sin ningún percance en cuestión de días y también de que no le falte de nada. ¿Bastará con eso?

—Por supuesto. La encontrarás aquí. —Rhammas deslizó sobre la mesa un pergamino doblado—. Espera tu visita esta noche. Espero que no sea una molestia.

Lo era, y muy grande. Danilo recordó el día que había pasado y sus planes para esa noche. Sus servidores estaban preparando una excelente cena para dos y luego se tomarían la noche libre para que su señor y su dama tuvieran la casa para ellos solos; podrían disfrutar de una o dos horas de intimidad antes de cumplir con el último compromiso social de Danilo.

Una sensación de frustración se adueñó de él. Un deber más, una demora más, y esa vez no podía achacar la culpa a la hoja de luna de Arilyn.

—*Molestia* no es la palabra que yo hubiera elegido —repuso—. No obstante, será como dices.

Danilo envió a Arilyn un mensajero para cancelar los planes de esa noche, pero la semielfa regresó junto con el mensajero e insistió en acompañar a Danilo al distrito de los muelles. El joven se mostraba extrañamente preocupado y se negó a revelar muchos detalles de la misión que tenía entre manos.

Le aseguró que sería un asunto sencillo. Únicamente tenía que establecer el primer contacto, y luego dos agentes arpistas se encargarían de todo. Arilyn estaba

segura de que Dan no le mentía, aunque percibía que no se lo contaba todo.

Todas sus preguntas hallaron respuesta en el mismo instante en que una joven abrió la puerta de su alcoba. Esa mujer no era la amante de lord Rhammas, sino su hija.

Arilyn miró alternativamente a Danilo y a la muchacha. El parecido era notable.

Aunque el pelo de la mujer era de una tonalidad cobriza pálida muy poco usual, su rostro mostraba las mismas facciones bien formadas y huesos cincelados. Asimismo, poseía una figura esbelta y elegante, que a Arilyn le recordó la de una bailarina o, según pensó sobresaltada, la de una elfa dorada. Seguramente, la muchacha había tenido un antepasado elfo no más de dos o tres generaciones atrás. Aunque Arilyn nunca había percibido indicios de la lejana herencia elfa de Danilo, en el espejo que era el rostro de su hermana los vio claramente.

El parecido no acababa ahí. La vacilante sonrisa de la joven dejaba traslucir una familiar picardía, y en la rápida y penetrante mirada con la que observaba a ambos visitantes había una evidente inteligencia. Arilyn habría apostado a que no se le escapaba casi nada.

Fuese lo que fuese lo que viera en ellos, la moza de taberna se tranquilizó. Dio un paso hacia atrás y los invitó a entrar en su pobre alcoba, ejecutando un amplio ademán que era a la vez sincero y de burla contra sí misma.

—Qué amable habéis sido al venir, lord Thann.

Danilo la reconoció con sorpresa.

—Lilly, no esperaba verte a ti.

—Ya me lo imagino. —Lilly miró a la semielfa y le dirigió una leve sonrisa de comprensión. Con esa sonrisa le confirmaba lo que sus ojos veían y lamentaba que los hombres fuesen tan ciegos—. Gracias por venir, compañera. Has sido muy amable al acompañar a lord Thann. Estas calles son peligrosas.

—Estás a salvo —le aseguró Arilyn, y miró a Danilo para que expusiera el plan.

Al noble le había llamado la atención un pequeño objeto dejado sobre el lecho.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó.

Lilly se estremeció.

—Sí, supongo que sí. Es una debilidad mía, me temo.

—Y muy peligrosa —le advirtió Dan.

El tono severo que empleó hizo que se pareciera más a Khelben Arunsun de lo que Arilyn habría creído posible. La semielfa dudó si comentárselo o no, pero decidió guardarse para sí la observación en espera de un momento más oportuno; siempre era conveniente tener una o dos armas secretas.

Tras advertir brevemente a la joven de los peligros que entrañaba tomarse la magia a la ligera, rápidamente le expuso el plan de huida. Dos arpistas, Héctor y Cynthia, se presentarían en la taberna hacia el final del último turno. Héctor

conduciría un pequeño carro cubierto hasta el callejón, y Cynthia subiría subrepticamente a la alcoba de Lilly. Entonces, se intercambiarían la ropa, y Cynthia ocuparía su lugar. A continuación, Héctor la llevaría hasta la puerta norte y la dejaría en manos de un discreto jefe de caravana, que le ofrecería pasaje hasta una aldea cuyos habitantes se dedicaban al cultivo de manzanos. Desde allí, viajaría al oeste, hasta Suzail, junto con el cargamento de la sidra nueva. En cada escala que hiciera se le proporcionaría alojamiento y dinero. En Suzail, recibiría una suma sustanciosa, que le permitiría comenzar una nueva vida; la que ella eligiera.

Lilly escuchó a Danilo con los ojos empañados por las lágrimas.

—Pondría la mano en el fuego de que debo estaros agradecida a vos, no a vuestro padre —dijo suavemente. Guardó un largo instante de silencio y agregó—: Es mucho más de lo que podría haber esperado. No obstante, no me alegro de irme de aquí.

—Siempre es duro abandonar el hogar y la familia —convino Danilo.

Arilyn sintió una súbita oleada de simpatía hacia la muchacha al darse cuenta del involuntario dolor que acababa de infligirle Danilo con esas palabras.

Lilly ya no pudo contener las lágrimas. Rápidamente, se las secó con el dorso de la mano y esbozó una temblorosa sonrisa.

—Cuánta razón tenéis —dijo.

Lilly se despidió de Dan con una reverencia, y luego, tendió ambas manos a Arilyn. Era el típico gesto de despedida entre mujeres de la clase trabajadora, una forma de expresar que se tenía en tan alta estima a la otra persona que merecía que se abandonara el trabajo por completo, aunque sólo fuese por unos instantes. Arilyn interpretó el gesto como lo que era: la única reivindicación de solidaridad fraterna que Lilly haría.

Siguiendo un impulso muy poco habitual en ella, la guerrera lo mejoró.

Suavemente apartó las manos que Lilly le ofrecía y estrechó a la mujer de menos edad en un abrazo de hermanas.

—La fuerza de Corellon, la belleza de Hannali y la alegría de Aerali —susurró, pronunciando esa tradicional bendición en el idioma de sus antepasados comunes.

Lilly se apartó y logró sonreír.

—Te deseo lo mismo, compañera, hacía muchos años que no oía esas palabras.

Respeto demasiado su musicalidad como para atreverme a repetir las como un gato mareado. Idos ya, antes de que Hamish malinterprete la intención de vuestra visita y trate de cobraros una hora de mi compañía.

La muchacha los ahuyentó con gestos, como si fuesen dos pollos que se negaban a moverse.

Obedecieron. Bajaron entre crujidos por la escalera trasera que conducía al callejón. Una vez allí, Danilo abordó el problema con inusual vigor. Quería saber la opinión de Arilyn sobre cuál era el lugar más conveniente para que el carro esperara,

dónde creía que podían tenderle una emboscada y si necesitarían o no un par de soldados de la guardia. Ambos debatieron la sencilla operación de rescate con una atención por el detalle más propia de una misión en la corte del rey Azoun.

Cuando todo estuvo hablado, Danilo se sumió en un mutismo muy poco característico en él. Caminaron en silencio. El joven bardo exhibía una expresión tan meditabunda que Arilyn empezó a dudar de que realmente Danilo ignorara la verdadera identidad de Lilly. Al cabo de un rato, la semielfa ya no pudo contener su curiosidad.

—¿Lady Cassandra sabe algo de Lilly?

Danilo la miró con sobresalto.

—¡Desde luego no seré yo quien la ponga al corriente! Si lord Rhammas desea confesarle sus infidelidades, que lo haga él personalmente.

—Es un poco tarde para eso —repuso Arilyn con sequedad.

Ante la mirada de perplejidad de Danilo, sacudió la cabeza, asombrada, y hurgó en su bolsa en busca del diminuto espejo de bronce que llevaba allí. Lo sacó y lo colocó frente al rostro de Danilo.

—Mírate bien y trata de recordar dónde has visto por última vez esas facciones.

Tanto tú como tu hermana tenéis una parte de sangre elfa materna, pero desde luego ambos habéis heredado los ojos de vuestro padre.

Dan se quedó petrificado. Al comprender la verdad, asintió lentamente.

—Pues claro. No sé cómo no me he dado cuenta. Tal vez lo hice; Lilly es una chica muy alegre, y me gustó en cuanto la vi. Era una de las camareras en el Baile de la Gema —le explicó. Súbitamente en sus ojos prendieron chispas de ira—. ¡Camarera en la misma casa de su padre! ¿Cómo es posible que Rhammas tolerara tal insulto hacia una hija?

—Quizá no lo sabía. Tú mismo acabas de enterarte.

—Cierto, cierto. —Sus labios esbozaron una leve sonrisa al reflexionar sobre esa revelación—. Una hermana. Qué maravilla. Supongo que te extraña que reaccione así cuando ya tengo tantos hermanos y hermanas, ¿no?

—Lilly te necesita; los otros, no —señaló Arilyn.

Danilo se mostró sorprendido y después complacido.

—Tienes razón. —Tras una breve reflexión, la miró de soslayo—. ¿Te gustaría pasar el invierno en Suzail? Está cerca de Cormanthyr. Si los sabios no se equivocan, nos espera un invierno muy duro, y supongo que se producirán los habituales intentos de talar las lindes del bosque elfo para hacer leña. Seguramente te tocaría ir de todos modos.

—Cierto.

—En ese caso, está decidido —replicó Danilo alegremente, interpretando la respuesta de su compañera como aquiescencia.

El joven siguió parlotando, haciendo ya planes sobre lo que harían juntos y cómo ayudarían a su nueva hermana a forjarse una vida distinta. Sonaba tan fácil y esperanzador que casi se sentía tentada a creerlo.

Lanzó un vistazo a la hoja de luna temiendo que brillara para advertirla de un peligro o zumbara con silenciosa energía. Pero la espada elfa mantenía su silencio, como si se contentara con reflejar, al fin, los ánimos y las esperanzas de Danilo.

11

Aún no era medianoche y Danilo ya había sido testigo de la muerte de aproximadamente veinte barriles de vino y el subsiguiente nacimiento de uno o dos compromisos matrimoniales, una docena de negocios clandestinos y tres duelos que deberían librarse al amanecer. Es decir, el anual baile de disfraces de Galinda Raventree era, como siempre, un éxito.

Ese año se había creado mucho revuelo con la llegada de Haedrak. Una ciudad obsesionada con la aristocracia no podía resistirse al atractivo de un hombre joven que aspiraba a un trono real. Durante muchos años, se había creído que la casa real de Tethyr había sido exterminada por completo en las terribles guerras. De vez en cuando, los pocos parientes lejanos que habían sobrevivido reclamaban una corona a la que era muy discutible que tuvieran derecho. Pero Haedrak había llegado a Aguas Profundas provisto de credenciales incuestionables, entre ellas el apoyo de Elminster el Sabio y del bardo Storm Manodeplata. Haedrak había expresado su deseo de unirse con Zarandra, la maga convertida en mercenaria que recientemente había sido aclamada reina de Espolón de Zazes a fin de reunificar todo Tethyr. En Aguas Profundas pretendía conseguir el apoyo de los acaudalados, los aburridos y los aventureros en la llamada Reclamación de Tethyr.

Danilo le auguraba éxito. Era un hombre moreno, delgado, con gesto serio y una barbita oscura, acabada en punta, que le daba más aspecto de escriba que de guerrero.

Pero Aguas Profundas, enamorada como estaba de la realeza, seguramente acudiría en tropel bajo su estandarte. Era divertido ver cómo los nobles casi pasaban unos encima de los otros para que los vieran a la sombra de Haedrak.

No obstante, el espectáculo más entretenido sin discusión era, en su opinión, la participación de Arilyn en un evento tan frívolo. En la tienda de disfraces, habían dado a Arilyn el de Titania, la legendaria soberana del reino de las hadas.

Había sido una feliz idea, pues acentuaba la herencia elfa de Arilyn y convertía a la adusta guerrera en una criatura de increíble belleza. El disfraz era una maravilla de alas translúcidas y fluidas faldas relucientes color plateado, y eso no era todo. El hombre de la tienda había peinado asimismo la melena oscura de la semielfa en racimos de rizos espolvoreados con purpurina plateada. Gracias a los cosméticos, sus ojos, que al natural llamaban la atención por su vivido color azul con motas doradas, se veían enormes, exóticamente sesgados en los ángulos externos y de un extraordinario color azul que contrastaba con la blanca tez. Sobre el rostro le había extendido algún tipo de polvo iridiscente, por lo que relucía como el ópalo a la suave luz de la velas. Danilo se felicitó por su buen tino al enamorarse de aquella maravillosa mujer años atrás, antes de que los pretendientes comenzaran a acosarla.

Arilyn era su segunda fuente de diversión privada en la fiesta. Bastantes de sus

congéneres habían tratado de hacer la corte a la reina de las hadas, pero se retiraban con el rabo entre las piernas cuando la semielfa les lanzaba una mirada fija e impasible, más apropiada para un campo de batalla que para un salón de baile. Frente a esa Arilyn tan intimidatoria, incluso los más intrépidos o más borrachos, de pronto, recordaban que tenían asuntos muy urgentes que atender en la otra punta del salón.

Danilo se lo estaba pasando en grande. Aunque suponía que ello ponía de manifiesto un grave defecto de carácter, no se le ocurría ninguna cura inmediata.

Siempre había disfrutado de la compañía de Arilyn —desde los desalentadores inicios de la relación hasta el complicado presente— y ya no podía desacostumbrarse. Después de dirigir una inclinación de cabeza, de fingida simpatía, al último de los pretendientes rechazados, se sacudió una imaginaria pelusilla del volante del puño.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo —dijo Regnet Amcathra.

La velada mejoró inmediatamente con la presencia de su viejo amigo.

—¿Y por qué no? —fue la respuesta de Dan—. Ha sido toda una hazaña ganarme el amor de esa dama. Me gusta pensar que ha sido gracias a mis excelentes cualidades personales, normalmente ocultas para todos.

Regnet soltó una risita, pero se puso serio apenas vio a dos hombres disfrazados de centauro que perseguían con estrépito a una ninfa que huía con coquetería.

Danilo observó la insólita escena. La cabeza del centauro correspondía, sin duda, a Simón Ilzimmer, un mago de barba negra y pecho fornido, de aspecto tan taciturno que Danilo no se habría atrevido a apostar si las pezuñas que exhibía eran o no auténticas.

La mitad posterior del centauro no estaba tan motivada por la persecución, aunque seguía animosamente. No obstante, por su falta de agilidad, el tejido se rompió y la criatura se partió en dos. Simón continuó, impertérrito, el acoso de la ninfa. La anónima grupa del centauro —probablemente, un criado o un pariente de menor rango— dio unos tambaleantes pasos hacia la mitad perdida, pero rápidamente abandonó y fue en busca de una buena jarra, sin que pareciera importarle el aspecto que presentara con su disfraz parcial.

Regnet sacudió la cabeza, asqueado.

—Después de presenciar este espectáculo casi me siento inclinado a creer lo que se dice sobre el clan Ilzimmer.

Danilo tenía en la punta de la lengua la pregunta, pero pensó que si se la formulaba probablemente Regnet se lo contaría. Arilyn y él habían acudido a esa fiesta sólo con el propósito de conseguir información, aunque no precisamente el tipo de rumores obscenos que era capaz de inspirar Simón Ilzimmer.

—¡Deberías avergonzarte de extender tales rumores! Me temo que pasas demasiado tiempo con Myrna —señaló Danilo.

Su amigo lanzó un suspiro muy sentido.

—En eso estamos totalmente de acuerdo. Hablando de la dama, creo que me busca entre la multitud. Si me disculpas, saldré corriendo a la calle.

—Desde luego. Me ofrecería para detenerla, pero los lazos de la amistad no llegan tan lejos.

Regnet resopló con bondadoso desdén.

—No te preocupes. Yo tampoco lo haría por ti. Adiós, cobarde.

Dan se rió entre dientes y se volvió para observar la escena. En realidad, no se sentía de humor para celebraciones, pero ésa sería una de las últimas oportunidades para investigar si alguno de su clase mostraba signos de una hostilidad tan profunda como para inspirar el asesinato de Oth. La flor y nata de Aguas Profundas se reunía en el baile de disfraces, una de las últimas grandes fiestas que se celebraban antes de que muchos nobles partieran rumbo a sus fincas del campo o villas en el sur. Era uno de los más fastuosos eventos de la temporada y uno de los favoritos de Danilo.

Al menos, hasta ese año. Por lo general, disfrutaba con la pompa y los ridículos excesos, pero ese año los disfraces tenían un sabor decididamente silvano. Además de los habituales piratas, orcos, druidas de las Moonshaes, drows y otros seres similares, un número insólito de asistentes se habían disfrazado de elfos del bosque.

Incluso Myrna Cassalanter había elegido ese tema, aunque solamente porque le servía de excusa para exhibir generosamente su piel cremosa, que era su principal encanto. Casi cada centímetro de su piel había sido decorado con los dibujos de remolinos pardos y verdes, que era como algunos artistas se imaginaban los tatuajes de los elfos salvajes. Tal vez Myrna había ido demasiado lejos en su idea de los cazadores de la floresta, pues había tejido plumas de pavo en su brillante melena rojiza y llevaba al cuello un collar con cuentas de porcelana que representaban colmillos de dragón.

Rodeado por tantas imitaciones de elfos del bosque, Danilo no podía dejar de rumiar sobre cuestiones que le resultaban dolorosas. La respuesta de Arilyn, totalmente inesperada, no le servía de nada. Tras echar un vistazo a Myrna, se había excusado y había abandonado el salón. Danilo la encontró en el guardarropa, apretándose los costados y desternillándose silenciosamente de risa.

—Supongo que no se parece al original —observó Dan.

Arilyn se limpió las lágrimas de los ojos y reprimió una risita.

—Ni de lejos. —La semielfa frunció el entrecejo y jugueteó con las transparentes capas de la falda—. Claro está que quién soy yo para hablar. ¿Cuándo fue la última vez que viste a un hada de metro ochenta de estatura?

En opinión de Danilo, la respuesta a esa pregunta era: «No tan a menudo como me gustaría». El y Arilyn habían decidido ir cada uno por su lado la mayor parte de la velada, pues seguramente los otros nobles se sentirían más inclinados al chismorreos si no iba acompañado de la semielfa. Puesto que el oído de Arilyn era más fino que el

de cualquier humano, ella obtendría información de otro modo.

Aparte de la reclamación de Haedrak, la mayoría de los chismorreos que oyó Danilo se referían a la anfitriona de la fiesta. El joven observó cómo Galinda Raventree se deslizaba por la pista de baile reuniendo con destreza a invitados compatibles y, con igual destreza, separando a quienes podían enzarzarse en una discusión. Esa mujer era una maravilla. En varias ocasiones, Danilo había comentado a los compañeros Señores que sería una magnífica diplomática.

¿Sus compañeros Señores? Danilo hizo una mueca al darse cuenta de que todavía no había devuelto el casco de Señor a lord Piergeiron. Había estado demasiado ocupado con otras cosas. Le alegraría dejar atrás la ciudad y sus exigencias para comenzar a vivir su vida de la manera que realmente quería.

Esos pensamientos le llevaron a acordarse de Lilly y de lo que le diría a lord Rhammas sobre sus deberes paternos hacia todos sus hijos, sin importar que fuesen legítimos o ilegítimos.

Entregó la copa vacía a un camarero y fue en busca de su padre. No fue difícil dar con él; sólo tuvo que seguir el olor del tabaco de pipa hasta la habitación en la que lord Rhammas y aproximadamente una docena de nobles jugaban a la guerra armados con gruesas tarjetas de pergamino pintado.

Aunque a Danilo nunca le habían gustado los juegos de cartas, la cortesía exigía que esperara y observara hasta que Rhammas se cansara del juego. Finalmente, el lord arrojó sobre la mesa una mano perdedora y anunció que necesitaba un poco de aire fresco.

Aunque no accedió expresamente a la tácita petición de su hijo de hablar con él, lo siguió y salieron juntos al jardín. Ninguno de los dos habló hasta estar razonablemente seguros de que nadie escuchaba a escondidas.

—Todo se ha hecho como acordamos, padre.

Rhammas hizo un gesto de asentimiento.

—Perfecto. Así pues, asunto arreglado.

—En cierto modo, sí. Pero tengo curiosidad: ¿por qué Lilly no ha aparecido hasta ahora? ¿Conocías su existencia?

Rhammas lo fulminó con la mirada.

—He dicho que eso está cerrado. Tenemos otros asuntos más importantes de los que ocuparnos.

¿Más importantes que una hija recién descubierta? Aunque Danilo no lo dijo en voz alta, por la chispa de furia que se encendió en los ojos de su padre, supo que su rostro debía de revelar el desafío. Puesto que su opinión ya estaba clara, no tenía nada que perder si hablaba.

—No se me ocurre nada más importante —dijo suavemente.

—Entonces, supongo que no te has enterado del asalto a la caravana aérea del

consorcio.

Esa era la primera vez que Rhammas Thann mencionaba un asunto de negocios en presencia de su hijo. El sobresalto que ello le produjo rápidamente desapareció ante las implicaciones de la noticia. Una sensación de frío temor se fue apoderando del irritado joven.

—Esa caravana era una empresa conjunta de varias familias nobles —le explicó Rhammas, totalmente ajeno a la reacción de perplejidad de Danilo—. Transportaba una carga muy valiosa: piedras preciosas, espadas, pequeñas estatuas, etcétera. La caravana debía volar hasta Luna Plateada y regresar con más.

Danilo se imaginaba ya todo tipo de funestas posibilidades. Lo que más le importaba era la seguridad personal de Bronwyn. La mujer le había comunicado en una nota que viajaría con la caravana organizada por las familias Ilzimmer y Gundwynd, en la que tanto Elaith Craulnover como Mizzen Doar, el mercader de cristales, habían adquirido también un pasaje.

—Volar —repitió.

Rhammas interpretó esa palabra como una pregunta.

—Grifos, pegasos y aves gigantescas. Una idea brillante, aunque todos avisamos a lord Gundwynd de que si algo salía mal, se arriesgaba a perder una fortuna. Esas bestias eran al menos tan valiosas como la carga que transportaban.

—¿Eran?

Esa vez la pregunta era intencionada. Si alguno de esos fieros animales se había perdido en la lucha, el ataque debía de haber sido devastador.

Pero su padre o no oyó la pregunta o prefirió eludir un tema tan desagradable.

—Debo decir que me sorprende tu laconismo. Mejor. Está bien para variar.

Danilo recibió esas palabras, que podían ser un cumplido o una ofensa, con un encogimiento de hombros. Si Bronwyn viajaba en esa caravana, y Elaith también, uno de ellos o ambos podrían haber muerto.

—¿Hay supervivientes?

—¡Oh!, lord Gundwynd está perfectamente. Es viejo pero aguanta; no podrías matarlo ni con un hacha para la carne. También se han salvado sus mercenarios y la mayor parte de los mercaderes. Se han perdido algunos vigilantes y cargadores, y la carga, por supuesto. En resumen: mal negocio.

Fue un discurso insólitamente largo. Lord Rhammas alzó la pipa en un inconfundible gesto con el que ponía fin a la conversación. Dio una calada a la pipa, frunció el entrecejo y, a continuación, inspeccionó la pipa. Tras murmurar algo ininteligible se marchó en busca de fuego.

Danilo escrutó la multitud en busca de una posible fuente de información. Cerca de él, la chismosa Myrna Cassalanter estaba muy ocupada con los negocios de su familia. La mujer hablaba en voz baja y apresuradamente con dos mujeres jóvenes

que formaban una pareja incongruente, puesto que una iba disfrazada de pastora, incluido el cayado, y la otra se cubría con pieles y llevaba una máscara de lobo en un palo.

Protectora y asesino de ovejas escuchaban con idéntica expresión de escandalizado deleite, lanzando de vez en cuando miradas de soslayo a su anfitriona. Era evidente contra quién dirigía Myrna su lengua viperina. De todos modos, Danilo se acercó; por irritante que encontrara a Myrna, necesitaba información.

—Pues resulta que nuestra Galinda tiene deudas —explicaba la chismosa—, y para mantener las apariencias ha hecho reemplazar las gemas con piedras falsas.

—A mí sus joyas me parecen las de siempre —objetó una de las muchachas con la mirada fija en la esmeralda que le caía a Galinda en el hueco del cuello.

—¿Y qué esperabas? Son piedras falsas artísticamente trabajadas, si es que la falsificación puede considerarse un arte. —Myrna hizo una pausa para dar más énfasis a sus próximas palabras—. Que yo sepa, la familia Ilzimmer sí lo considera un arte.

Alzó la mirada hacia Dan y por su rostro pasó una fugaz expresión de malicioso placer.

—¡Lord Thann! Supongo que habrás oído las noticias acerca de la caravana aérea, sin duda. Después de todo, tu familia había invertido en su éxito. —Myrna puso el acento en la última palabra.

Obviamente pretendía insinuar algo desagradable, aunque Danilo no lo comprendió y esbozó una insulsa sonrisa.

—De hecho, justamente quería preguntarte sobre ese asunto —repuso—. ¿Qué más sabes aparte de lo que todos comentan?

Myrna ladeó su rutilante cabeza y lo miró de manera estimativa, como lo haría un tratante de caballos con un jamelgo de tiro para decidir si podría revenderlo.

—He oído que este año el vino especiado de la fiesta de invierno será extraordinario. Diez botellas serían un intercambio razonable.

Las compañeras de Myrna torcieron el gesto ante esa descarada operación comercial en un evento social. Ambas se retiraron con una gélida inclinación de cabeza y se marcharon para extender chismes propios.

—Qué extraño que busques respuestas en mí —ronroneó Myrna. Era evidente que se lo estaba pasando en grande—. Hay otros que podrían informarte por mucho menos, o por nada. No es que me queje, ¿eh?

Danilo no estaba de humor para discutir.

—Si me contestas sencilla y rápidamente, añadiré una botella extra.

La mujer hizo un mohín.

—¡Oh!, muy bien. Los rumores más extendidos sugieren que el robo se planeó desde dentro. Los bandidos iban demasiado bien armados, con mucha astucia, y

tendieron la emboscada justo donde la caravana había hecho un alto para descansar de camino al norte. El principal sospechoso es Elaith Craulnober, por supuesto. Después de todo, viajó con la caravana hasta Luna Plateada, pero no regresó con ella. No obstante, muchos lo vieron tomar parte en la batalla. Poco después, desapareció a lomos de uno de los pegasos de Gundwynd.

La noticia era inquietante, aunque no totalmente inesperada. Estuviera o no implicado en el asalto, el elfo sería sospechoso.

—¿Y Bronwyn?

—¿Quién?

—La joven que regenta El Curioso Pasado. Has estado en su tienda al menos una docena de veces. Más bien baja, pelo castaño largo, ojos grandes.

—¡Oh, ésa! —dijo la noble en tono indiferente, casi desdeñoso.

—¿Sabes cómo le fue? —insistió Dan.

Myrna se encogió de hombros, como si le fastidiara que le hiciera preguntas para las que no tenía respuesta, incluso si se trataba de una humilde tendera.

—Pregunta al elfo. Él estaba allí —replicó Myrna, señalando hacia la otra punta del salón.

Los ojos de Danilo se abrieron desmesuradamente al posarse en una esbelta figura vestida de color púrpura y plateado. Elaith había elegido un complejo vestido de una época muy remota que solían llevar tanto elfos como humanos en las antiguas cortes de Tethyr. O bien el elfo estaba siendo inusualmente diplomático, o su disfraz era el equivalente de una capa verde en el bosque: un intento de confundirse con el entorno, pues muchos de los invitados llevaban el púrpura de Tethyr en honor a Haedrak.

Danilo se abrió paso hasta el elfo, vadeando la multitud.

—Me han dicho que habéis tenido un viaje muy movido —fue su saludo.

El elfo esbozó una fugaz sonrisa burlona.

—Dejémonos de cumplidos y vayamos al meollo del asunto. Cuando dejé a Bronwyn gozaba de una salud excelente y de una pésima compañía. Es una joven de recursos; de recursos inesperados —añadió con atribulado énfasis.

Danilo comenzó a ver por dónde andaban las cosas y asimismo se sintió más que un poco culpable por haber accedido a someter a Elaith a vigilancia y seguimiento.

—Siempre me alegra tener noticias de Bronwyn. Es una vieja amiga —dijo con prudencia.

—Y una nueva arpista. Ahórrame tus sofismas. Estoy siendo vigilado por arpistas y por otros. No es nada nuevo. No sé ni me importa si tuviste algo que ver con la misión de Bronwyn. Sea como sea, estoy seguro de que te interesará saber cómo acabó todo.

—Bueno, ahora que lo mencionas...

—Tanto Bronwyn como yo perdimos tesoros en el asalto, del cual te aseguro que

no fui responsable.

Danilo no esperaba tanta franqueza.

—Tanto pensar en diestras fintas, en un hábil intercambio de golpes y en paradas, y resulta que me has desarmado sin haber tenido oportunidad de desenvainar.

El elfo arqueó una de sus plateadas cejas.

—¿De veras? ¿Aceptas sin más mi palabra?

—¿Por qué no?

—Muchas personas te desaconsejarían ser tan crédulo. Y con razón.

Danilo se encogió de hombros. Aunque Elaith tenía razón, sus instintos le decían que el elfo no mentía. Tenía muchas ganas de oír lo que Bronwyn le diría sobre el encuentro, pero desde el día en que Elaith había pronunciado el compromiso de amistad no tenía ninguna razón para dudar de su palabra. De hecho, Elaith había sido asombrosamente sincero, y en algunos aspectos, incluso más que Danilo. Por si no fuera poco haberlo hecho seguir y vigilar, estaba a punto de abandonar la responsabilidad que conllevaba el compromiso de amistad.

—Aquí también hemos tenido un poco de emoción. —En pocas palabras le contó al elfo la historia de su hermana—. Arilyn y yo viajaremos al este para reunirnos con ella en Suzail.

Elaith lo estudió con una inescrutable mirada en sus ambarinos ojos.

—¿Por qué me dices todo eso?

—¿Aparte de para mantener una agradable conversación? —replicó, risueño.

Enseguida recuperó la seriedad—. Debo confesar que la perspectiva de abandonar la ciudad me causa inquietud. Tú fuiste atacado por los tren y es posible que sigas en peligro. El compromiso de amistad elfa obliga a ambas partes. Dudo de que deba irme mientras este asunto no esté resuelto, y Arilyn alberga más dudas si cabe.

—¿Arilyn? —Elaith parecía sorprendido—. No porque esté preocupada por mí, supongo.

—No exactamente —contestó Danilo. Al ver la reacción del elfo, deseó haber sido más diplomático—. Como sabes, desde hace un tiempo la hoja de luna de Arilyn reluce para indicarle que tiene una misión que cumplir. Como últimamente está silenciosa, está convencida de que tiene un deber que cumplir con los *tel'quessar* aquí mismo, en Aguas Profundas. Tal vez tus recientes infortunios estén relacionados con eso.

—Lo dudo —repuso Elaith en tono informal—. No pienses en ello. Te aconsejo que acompañes a tu nueva hermana a Suzail. El invierno en Aguas Profundas suele ser bastante lúgubre. Harías bien en huir.

A Danilo no se le escapó el tonillo de ironía del elfo, así como tampoco la advertencia, y respondió a ambas.

—No sé por qué, pero dudo de que las heladas de este año resulten aburridas.

Elaith sonrió, aunque sus ojos, dorados y llenos de secretos como los de un gato, permanecieron serios.

—Sí, diría que será como dices.

Arilyn sintió cómo el respeto hacia Danilo crecía a medida que avanzaba la velada. Cumplía obstinadamente con los compromisos de su carnet de baile e iba pasando los brazos de una pareja a los de otra, tratando de sonsacar información. No dejaba de decirse que era como cuando aprendía el arte de la esgrima. Era mucho más fácil dominar los complicados pasos de baile que los centenares de formas y rutinas de lucha que practicaba en su juventud. Anticipar los movimientos de un compañero de baile o de todo un círculo de bailarines no era tan distinto a librar una batalla. Las fintas y paradas que los nobles utilizaban en sus flirteos tenían mucho en común con los duelos, mientras que las afiladas pullas de su sutilmente brutal cotilleo podían compararse con una puñalada por la espalda asestada por un entrenado asesino profesional. No obstante, cuando dieron las doce de la noche, Arilyn estaba exhausta.

Las mandíbulas le dolían por tener que mantener una sonrisa forzada y falsa, así como por el esfuerzo de morderse la lengua para que no se le escapara un agrio comentario.

Esto último era especialmente difícil cuando la conversación recaía en la Reclamación de Tethyr. A la semielfa aún le dolía su implicación en los males de ese país. Después de infiltrarse en la cofradía de asesinos, se pasó meses recogiendo información sobre los poderosos y los que aspiraban a conseguir el poder investigando la basura de sus acciones clandestinas y sus peores impulsos. Su última misión al servicio de los arpistas había sido el rescate de Isabeau Thione. La desaparición de escena de una posible heredera de Tethyr había fortalecido las aspiraciones de Zaranda, así como el poder de los nobles tethyrianos que apoyaban a la nueva reina. Aunque estaba dispuesta a hacer casi de todo a favor de los arpistas, sabía demasiado sobre las personas a las que la organización secreta favorecía. Pero sus protestas fueron rechazadas apelando a la conveniencia política, rutas comerciales seguras e importantes alianzas. Tampoco parecía importarle que Isabeau no tardara mucho en demostrar que era bastante mejor que los más retorcidos nobles de Tethyr. Pese a ello, en Aguas Profundas había sido agasajada, en parte gracias a los fondos de los arpistas. Después de eso, Arilyn había renunciado, asqueada, a la insignia del arpa y la medialuna para consagrarse por completo a la protección de los elfos. No obstante, allí estaba, bailando con el próximo rey de Tethyr y hablando de naderías con un montón de nobles, consciente de que uno de los presentes había contratado a asesinos tren para matarla.

Pero en los bailes de Galinda Raventree los asuntos más sombríos no parecían tener existencia. Nadie mencionaba la muerte de Oth Eltorchul. La única explicación

que a Arilyn se le ocurría era que Errya Eltorchul prefería mantener la noticia en secreto el mayor tiempo posible para vender hechizos y pociones creados por los estudiantes de

magia como si fuesen obra de su hermano. Una cosa estaba clara: cuando la noticia de la muerte de Oth se supiera, la familia Eltorchul lo pasaría mal. A Arilyn le había gustado el patriarca del clan y le extrañaba mucho que recurriera a subterfugios, aunque era posible que, abrumado por el dolor, hubiese dejado los asuntos de la familia en manos de su corrupta hija.

La historia del asalto a la caravana alada era el segundo tema de conversación favorito de la velada, y eclipsaba incluso la descocada y exagerada imitación de los elfos que se pavoneaba por el salón con demasiada pintura verde y marrón, y poco más.

Arilyn escuchaba atentamente todo lo que le decían y todo lo que se decía acerca del asalto. A partir de las opiniones dispares y a menudo contradictorias, distinguió dos versiones principales. Una escuela de pensamiento sostenía que el ataque había sido organizado por Elaith Craulnober. El otro rumor, que se repetía en voz más baja aunque resultaba más atractivo por incluir los elementos de conspiración y traición, sugería que lo había llevado a cabo una de las familias del consorcio que patrocinaba la caravana.

Lord Gundwynd ocupaba el último puesto de la lista de posibles villanos, al menos de las listas que redactaban mentalmente la nobleza comerciante. Había sido él quien había portado las monturas voladoras y los vigilantes elfos, por lo que había sufrido enormes pérdidas. Por otra parte, los juglares elfos comentaban amargamente que Gundwynd había utilizado a los vigilantes elfos de un modo muy similar a cómo los orcos empleaban a los goblins en la batalla: para atraer el fuego enemigo y así descubrir su posición, dando tiempo para que los guerreros supuestamente más valiosos pudieran evaluar la situación. Los elfos no afirmaban que Gundwynd hubiese preparado la emboscada, eso no, pero ni él ni sus métodos les habrían merecido peor opinión de tratarse del traidor.

El clan Amcathra, que comerciaba con armas de calidad, había perdido valiosas espadas y dagas forjadas por sus artesanos en Luna Plateada. No obstante, los Amcathra gozaban de una reputación tan excelente e íntegra como para que lo ocurrido pudiera empañarla.

Por el contrario, el clan Ilzimmer se había ganado una pésima reputación por haber protagonizado montones de pequeños escándalos. Boraldan Ilzimmer —el patriarca, un hombre de pocas simpatías— esperaba recibir una pequeña fortuna en cristales y gemas cuando la caravana regresara a Aguas Profundas. Desde luego, una vez que los rumores propagados por Myrna se extendieran, nadie estaría ya seguro de cuántas de las gemas robadas eran auténticas, y cuántas, cristales de colores sin

ningún valor.

Y finalmente, se hablaba de la familia Thann, que participaba en todos los negocios de la ciudad, al menos en los relacionados con el transporte de mercancías. Se decía que sus pérdidas no eran muy grandes y se limitaban a su inversión en esa nueva forma de viajar. Si realmente habían sido ellos quienes habían informado a los bandidos y habían organizado el golpe, desde luego habían recuperado con creces la inversión.

Esas especulaciones inquietaron profundamente a la semielfa. Si no recordaba mal la historia, en el pasado las familias nobles de Aguas Profundas se habían enfrentado cruentamente, y por nada del mundo quería que la historia se repitiera.

Arilyn buscó a lady Cassandra entre la multitud. La dama iba ataviada con un reluciente vestido azul plateado que no pretendía exactamente imitar sino sugerir las escamas de una sirena. Su expresión era tan serena y compuesta como siempre, y nada en su modo de comportarse dejaba entrever que había oído los rumores y mucho menos que le causaran inquietud.

No obstante, se fijó en que lady Cassandra presentaba sus respetos a la anfitriona a una hora inusualmente temprana. Arilyn la siguió hasta el carruaje y se introdujo con

sigilo antes de que el sobresaltado mozo pudiera cerrar la puerta.

—No pasa nada, Nelson —dijo lady Cassandra en tono resignado y se desplazó para dejarle sitio, sin apartar la mirada de las alas que Arilyn llevaba en el disfraz—. Di al cochero que dé la vuelta a la manzana.

No dijo ni media palabra más hasta que los crujidos y el ruido sordo del vehículo impidieron que el cochero las oyera.

—¿Problemas en el país de las hadas? —comentó apartando con la mano una pluma que flotaba morosamente—. Perder la pluma suele ser síntoma de algún mal.

—¡Oh!, disculpad.

Alegrándose casi de tener una excusa para hacerlo, Arilyn se arrancó las molestas alas de los hombros del vestido y las arrojó por la ventana con gesto impaciente.

—Confío en que sea importante.

—Vos lo sabréis mejor que yo.

Rápidamente puso a la dama en antecedentes. Ni una sola vez mostró Cassandra signos de inquietud o consternación.

—Los rumores andan muy desencaminados —dijo con cautela—. La familia Thann no ha perdido demasiado, eso es cierto, aunque es inconcebible que uno de los socios haya traicionado a los demás.

—¡Oh! ¿Y por qué es inconcebible?

—La respuesta es evidente. Recuerda nuestro pasado; la devastación de las guerras de las Cofradías, cuando las diferentes familias se enfrentaron en las calles.

Ningún clan es tan estúpido como para pensar que tendría éxito en el intento, y ninguno osaría lanzar un reto tan descarado. Sólo un forastero, alguien ajeno a Aguas Profundas y que tratara de introducirse en los negocios, intentaría algo tan ridículo.

—No tan ridículo —objetó Arilyn—. Por lo que se cuenta, al menos cuarenta hombres y elfos murieron en la emboscada, y la carga ha desaparecido. Algunos hablarían de éxito.

La dama dirigió a Arilyn una altanera sonrisa.

—Los rumores son como los borrachos: casi todo lo que balbucean son tonterías, pero a veces se les escapa una verdad sobre la que deberían haber callado.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Elaith Craulnober. Muy pocos han osado acusarlo hasta ahora o, de hacerlo, han retirado la acusación antes de que el Consejo de Señores se haya reunido para juzgar el asunto. Los pocos que no han dado su brazo a torcer no han sido capaces de probar la culpabilidad del elfo. Pero esta vez Craulnober se ha pasado de la raya, y la verdad sobre él se pronuncia en voz alta.

—Lo dudo mucho —la contradijo Arilyn sin vacilaciones—. Conozco a Elaith desde hace años. Desde luego, no negaré que tiene las manos manchadas, pero jamás he visto que actuara de una manera tan estúpida o abierta. Si hasta ahora no ha sido posible probar ninguna fechoría es porque es muy listo.

—También lo fue el asalto a la caravana.

—Los he visto mejores —declaró Arilyn sin rodeos—. La emboscada exigió información y planificación, pero poca astucia. No me parece el estilo de Elaith.

Cassandra la miró muy fijamente, con expresión de fría incredulidad.

—¿Lo defiendes?

—Sólo trato de ver todas las runas en la página. No se trata únicamente de un ataque aislado perpetrado por una panda de bandidos. Danilo me ha dicho que os informó de que Oth Eltorchul había sido asesinado por los tren. Elaith fue atacado recientemente por los tren... en vuestra mansión.

Ni siquiera entonces la mirada de la dama flaqueó.

—Y supongo que acusas a los Thann de ello.

—Todavía no, pero es posible que Elaith sí.

—Comprendo. Razón de más para que se vengara haciéndonos perder un negocio.

Pese a la lógica del razonamiento, Arilyn negó con la cabeza.

—¿Sabéis quién murió en la emboscada? Sobre todo, elfos. Entre ellos, cuatro jóvenes guerreros que acababan de abandonar Siempre Unidos. Pertenecían a uno de los tipos de guerrero más respetados: jinetes de águila. Por muy canalla que sea Elaith, no puedo creer que condenara a esos jóvenes a una muerte segura.

—¿Por qué no? Si hay algo de verdad en las leyendas y los relatos de taberna,

Elaith Craulnober se ha cobrado centenares de vidas a lo largo de su disipada existencia sin ningún remordimiento.

—Pero nunca elfos —insistió Arilyn—. Por lo que sé, nunca ha matado a un elfo.

Admito que eso no lo redime, pero es muy indicativo. Todo lo que sé de Elaith Craulnober me conduce a pensar que es inocente en este asunto.

Cassandra se recostó en el asiento y contempló a la joven con mirada glacial.

—Supongo que te das cuenta de lo que estás diciendo: estás acusando al menos a una de las familias nobles de traición, robo y asesinato. Son acusaciones muy serias.

La semielfa no se dejó intimidar.

—Alguien conocía de antemano qué ruta seguiría la caravana y preparó una emboscada. Ese alguien es responsable de la muerte de esos elfos. Mi deber es procurar que pague por ello. Y si por la razón que sea yo fracaso, muy probablemente Elaith recogerá el testigo. Para variar os aconsejo que hagáis caso de los rumores y no los subestiméis.

Los labios de la noble dama temblaron.

—Me doy por avisada —dijo con un inesperado toque de humor negro—.

Supongo que debería agradecerte el aviso.

—No es preciso. Simplemente os pido que no lo repitáis a nadie.

—Trato hecho. En cualquier caso no me interesa divulgar que la compañera de mi hijo, que, como tú misma te has encargado de recordarme varias veces, tiene fama de asesina, se dedica a husmear entre los nobles para descubrir a un traidor. ¡No quiero más escándalos llamando a mi puerta! —Lanzó a la semielfa una irónica mirada de soslayo y le preguntó—: ¿Hay algún modo de hacerte cambiar de idea y que abandones?

—Ninguno.

Cassandra asintió como si ya esperara esa respuesta.

—En ese caso, también yo debo avisarte: de esta investigación no saldrá nada bueno ni para ti ni para Danilo. Si persistes, te aconsejo que tengas los ojos muy abiertos, la espada siempre a mano y que cuides bien de mi hijo.

—Es lo que he estado haciendo estos últimos siete años —replicó Arilyn fríamente.

—¿Ah, sí? Qué maravilla, teniendo en cuenta el poco tiempo que pasáis juntos.

Tu dedicación al pueblo elfo es admirable; estoy segura de ello. ¡Ah!, ya estamos de nuevo en la puerta. Regresarás a la fiesta, por supuesto.

No era una pregunta, sino una orden. En vista de que nada sacaría de prolongar la entrevista, Arilyn se apeó y miró cómo el vehículo se alejaba.

Las palabras de lady Cassandra la habían alterado profundamente. Hasta entonces había alejado de sí indirectas y el suave sarcasmo de la dama como quien aparta con la mano un molesto mosquito. Arilyn estaba acostumbrada a los desaires. Cuando se

trataba de sutiles insultos, ni el más altanero de los humanos podía compararse con un elfo, y los semielfos solían ser el blanco preferido de las flechas y las hondas elfas.

No obstante, en esa ocasión, las cosas eran distintas, y Cassandra se lo había dejado muy claro. Con igual destreza que un maestro de armas, la dama había superado la guardia de Arilyn y había apuntado directamente a su corazón. Había empleado la espada más afilada que era posible blandir: la verdad clara y llana.

—La verdad es la más certera de las armas —musitó Arilyn.

Esas palabras le dieron ánimos mientras se recogía la centelleante falda y regresaba a la mansión Raventree. Danilo y ella descubrirían la verdad, y esa arma les serviría para abrirse paso entre engaños e intrigas. Luego, todo volvería a la normalidad.

Por el rabillo del ojo, percibió un leve aleteo. El viento otoñal soplaba con bastante fuerza y había arrastrado contra el muro de piedra que rodeaba el jardín de Galinda una de las alas que había arrojado por la ventana. Allí yacía, como un pájaro moribundo, fantasmagórica entre la oscuridad de la piedra y el remolino de las hojas secas.

Pese a que no era supersticiosa, a Arilyn se le antojó que las alas falsas eran un signo de mal agüero. Se había desprendido de la ilusión, y el resultado era la muerte.

Aunque seguía decidida a descubrir la verdad, inevitablemente se preguntó quién sería el próximo en caer bajo esa afilada espada.

Lilly empaquetaba rápidamente sus pertenencias, preparándose para el viaje que la llevaría lejos de Aguas Profundas hacia la libertad. Apenas poseía nada: unas pocas prendas de vestir, sus preciosas esferas de sueños, un peine de marfil al que sólo le faltaban unas pocas púas, una taza de peltre dentada y un pequeño pero bien cuidado surtido de cuchillos y ganzúas.

Dudó antes de colocar en el saco sus herramientas de ladrona, pues no le parecían adecuadas en el brillante futuro que la esperaba. No obstante, lo pensó mejor, las metió también y cerró bien el saco. Una chica nunca sabía qué sería necesario hacer.

La puerta se abrió de golpe con tanto ímpetu que chocó contra la pared. Lilly se sobresaltó e inmediatamente buscó un arma. Demasiado tarde recordó que las había guardado todas en el saco.

Isabeau entró en la alcoba como una hoja arrastrada por el vendaval. Mostraba un aspecto más despeinado y frenético que en lo más encarnizado de la batalla.

—Es como si acabaras de ver un fantasma, y no precisamente uno amable.

El comentario de Lilly le arrancó una débil y rápida sonrisa. Se serenó un poco, pero continuó caminando de un lado al otro de la alcoba como si buscara algo de vital importancia. El saco de arpillera le llamó especialmente la atención. Sin dejar de observarlo, empezó a jugar con las cuerdas que le sujetaban la bolsa de las monedas al cinturón.

—¿Te marchas?

Lilly arrojó el saco de arpillera detrás de ella.

—Son cosas que quiero llevar a la lavandera, eso es todo.

Isabeau la estudió un instante antes de sonreír.

—Abajo hay un hombre y una mujer que preguntan por ti.

El alma se le cayó a los pies. ¡Isabeau sabía que planeaba escapar!

—Por supuesto, cuando supe qué pretendían, me hice pasar por ti. Tengo buenas razones para ausentarme de la ciudad unos cuantos días. Espero que no te importe que vaya en tu lugar...

Tomando a Lilly absolutamente por sorpresa, Isabeau blandió la bolsa y le asestó un doloroso y sonoro golpe en un oído. La alcoba empezó a dar vueltas, y de repente, Lilly sintió las duras planchas de madera en las rodillas.

Isabeau se levantó la falda y le propinó un puntapié justo debajo de las costillas que la dejó sin resuello. Fue incapaz de resistirse mientras Isabeau le metía en la boca un pañuelo perfumado.

Entonces, se arrodilló junto a ella, se llevó la palma de una mano a los labios y sopló como quien envía un beso. Lilly recibió en el rostro un polvo rojizo.

La muchacha inspiró aire, asustada. Instantáneamente se dio cuenta de su error.

Una sensación de letargo se adueñó con rapidez de su cuerpo, bloqueando la voluntad de actuar y su capacidad para moverse. Era muy similar al trance que provocaban las esferas de sueños, aunque sin el placer ni el abandono del sueño. Pese a que Lilly no podía controlar su cuerpo, lo notaba todo con vivida precisión. Acusó un segundo golpe en la cabeza, que casi le hizo perder el sentido, y luego notó una cuerda que se arrollaba con fuerza alrededor de las muñecas. A continuación, olió la sequedad del polvo cuando Isabeau la empujó debajo del camastro.

Sumida en su paralizador letargo, oyó el crujido de la vieja escalera de madera que anunciaba la llegada de quien debía rescatarla. Luchó en vano para hallar el modo de revelar su presencia. Finalmente, cada vez más desesperada, escuchó cómo Isabeau asumía su identidad y la reemplazaba.

La arpista era tan menuda y delgada como Lilly, con una melena rojiza no tan espesa ni brillante como la de ella, aunque en general el parecido era considerable. Se puso un vestido que Isabeau rescató del saco y, a cambio, le entregó su propia sobreveste y los pantalones de tartán con los que había llegado a la taberna. Cynthia expresó su extrañeza por el pelo oscuro de Isabeau, aunque aceptó sin preguntas la excusa que le ofreció ésta: de pronto, había sentido el impulso de disfrazarse, para lo cual había contado con la ayuda de un aprendiz de mago que le había vendido un hechizo por cinco monedas de cobre. Lilly no culpó a la arpista por su credulidad. Para desgracia suya, sabía cuán convincente podía ser Isabeau.

Cuando se hubieron intercambiado los puestos, Isabeau se escabulló por la

escalera que daba al callejón, donde esperaba un vehículo.

El camastro se hundió peligrosamente cuando la joven arpista se sentó en el borde. Tarareaba una tonada a media voz mientras hacía tiempo, esperando que la taberna cerrara y las calles estuvieran lo suficientemente oscuras como para marcharse sin que nadie reparara en ella.

Nuevamente, crujieron los escalones, esa vez con más intensidad. Cynthia se levantó y fue de forma sigilosa hasta la puerta; separó los pies y se preparó mientras la puerta se abría lentamente.

Lilly vio primero a la criatura y la reconoció por los enormes pies garrudos. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y su energía en un vano intento de gritar una advertencia.

Pero lo que rompió el silencio no fue su voz, sino súbitos pasos de tren que corrían. La criatura se abalanzó sobre la arpista, giró sobre sí misma y gruñó al descargar un único y tremendo golpe.

No hubo tiempo para gritar, ni siquiera si Lilly hubiese sido capaz. La arpista se derrumbó. Lilly abrió mucho los ojos, horrorizada, cuando la sangre de Cynthia se derramó para formar un charco cada vez mayor. La mancha roja se fue extendiendo hacia ella en anchos arroyuelos, que, a los ojos de la aterrorizada muchacha, parecían dedos acusadores que revelaran su escondite.

No obstante, se sobresaltó cuando una enorme mano verde apareció bajo el camastro y la agarró por la falda. A la criatura le bastó un tirón para arrastrarla fuera de su escondite, tras lo cual la obligó a ponerse de pie.

En algún rincón de su aletargada mente, Lilly se dio cuenta de que era capaz de mantenerse derecha sola. Los efectos del veneno que Isabeau le había administrado empezaban a desaparecer. No obstante, el terror que la embargaba era casi igual de paralizante. Allí se quedó, de pie e inmóvil, como un ratón frente a un ave rapaz,

contemplando fijamente y sin parpadear la mandíbula llena de colmillos de un tren.

—Tienes sueños muy interesantes —comentó el tren con voz casi musical—. Casi me da lástima tener que ponerles fin. Sin embargo, es necesario. Un paso hacia un fin que anhelo. Igual que éste.

El tren sostenía en el aire un fragmento de pergamino. Era la nota que Isabeau había robado al hombre barbudo, en la que se especificaban los detalles de la ruta que tomaría la caravana aérea. Abajo se había añadido una firma: la de su amante secreto.

—Encontrarán esto y creerán que lo hiciste tú. Desde luego, culparán a tu galante enamorado, el cual deberá pagar por las muertes y las mercancías robadas. Y la familia Thann también pagará.

Lilly sacudió levemente la cabeza, angustiada. ¡Su amor secreto no tenía nada que ver con todo eso! ¡La ladrona era ella, no él! ¡Ella nunca había querido que nadie

muriera!

Mientras trataba de convertir el aire exhalado en una protesta, la criatura empezó a cambiar: su recio cuerpo se hizo más largo y esbelto, y sus facciones se afinaron.

Lilly recordó lo que sabía de Isabeau Thione y le pareció entender de qué enemigo huía. Pero Isabeau le había arrebatado la huida y la había dejado allí sola frente a ese apuesto monstruo.

Su mortífero visitante sonrió como si le alegrara que la muchacha comprendiera cuál era su verdadera naturaleza y sus intenciones. Su sonrisa se fue haciendo más y más ancha de un modo horrible, y el rostro se le alargó hasta convertirse en el de un reptil. En su faz brotaron escamas y, al pensar en su víctima, al falso tren se le hacía la boca agua. Alzó las garras manchadas con la sangre de Cynthia, y las contrajo de un modo lento y deliberado, atormentando a Lilly. En sus ojos brillaba un pérfido placer.

Su intención era alimentarse del terror de la muchacha del mismo modo que un tren se habría alimentado de su cuerpo.

Lilly decidió no cerrar los ojos. Tal vez le había sido negado llevar una vida noble, sin embargo podía elegir cómo moriría.

Luchó contra el veneno paralizante con todas sus fuerzas y todo el valor que le quedaba. Alzó el mentón con una mezcla de orgullo y coraje, y miró a sus asesinos con una calma firme mientras las mortíferas garras caían sobre ella.

12

A la mañana siguiente, amaneció un día soleado y apacible. Al oeste de Aguas Profundas, pasada la puerta norte, se extendía una amplia pradera suavemente ondulada y, más allá, un agradable bosque. Era la zona de recreo preferida de la clase privilegiada de la ciudad: un excelente lugar para practicar la equitación y cazar. El aullido de los sabuesos y los excitados gritos de los jinetes azuzándolos indicaban que habían localizado un zorro. El cielo azul se veía salpicado por pequeñas motas revoloteantes que correspondían a halcones cazadores. En la arboleda, sonaba un golpeteo sordo de los batidores, que sacudían los árboles para levantar la caza y ponerla en el camino de los cazadores al acecho.

Pese a todos esos indicios de la cercana presencia de cazadores, ningún grupo humano estropeaba el paisaje inmediato. El aire transportaba el aroma del otoño: el penetrante olor de hojas de roble que se secaban, la esquivia fragancia de las últimas plantas en flor, la dulzura de las manzanas y la sidra que se desprendía de los carros que avanzaban lentamente por la carretera de tierra apisonada hacia los mercados de la ciudad. Elaith Craulnober trató de concentrarse en todas esas cosas agradables para olvidar el desagrado que le inspiraba la mujer que cabalgaba a su lado.

El día era tan espléndido que debería haberle resultado fácil. Montaba su mejor caballo —un plateado— y llevaba un halcón peregrino —sin caperuza y suelto— posado sobre una percha en el pomo de la silla.

Por el contrario, Myrna Cassalanter llevaba un pequeño «halcón de dama», confinado según la costumbre humana y posado sobre un brazal de cuero que cubría la muñeca de la mujer. El elfo tenía que morderse la lengua para no decir nada. Si era capaz de soportar la compañía de esa espantosa mujer, si era capaz de sonreír con afabilidad mientras ella se dedicaba alegremente a arrastrar por el lodo la reputación de los de su misma clase social, entonces, sin duda, también podía cerrar los ojos ante el tratamiento que daba a sus halcones. Después de todo, ¿qué era eso para un elfo cuya oscuridad interior sobrepasaba y dominaba la maldad de la Mhaorkiira?

Por fin, la mujer quitó al halcón la caperuza y lo lanzó al aire. La pequeña ave rapaz batió, agradecida, las alas en busca de caza y de una hora de libertad.

—Hacéis bien en investigar ese asunto —dijo Myrna, volviendo al tema inicial de su conversación—. Corren muchos rumores acerca de lo mal que la familia Gundwynd ha tratado a los elfos que estaban a su servicio. Se dice que lord Gundwynd estaba enterado del ataque y usó a los elfos como carne de cañón.

»Estoy segura de que podríais aprovecharos de la situación —añadió con una desagradable sonrisa—. Muchos elfos que ahora trabajan para los Gundwynd los dejarán y tendrán que buscarse otro empleo. Podríais contratarlos por un salario mucho más bajo del habitual.

Elaith no comentó lo que opinaba de tal consejo.

—Es una información importante —declaró, y ciertamente lo era; de otro modo, no habría lanzado él mismo ese rumor.

—El clan Ilzimmer también está bajo escrutinio —prosiguió Myrna con fruición—. Es otra información que puede seros útil. Las malas lenguas comentan que a Simón Ilzimmer, un mago de poca monta, le gusta visitar a las cortesanas bajo otra forma. La mayor parte de las cortesanas de la ciudad ya no quieren tener tratos con él.

—No veo cómo podría sacar provecho de ello —replicó Elaith secamente—. Y si seguís divulgando tales habladurías, no seréis muy popular.

—¡Al contrario! El apetito por historias como ésa es inmenso.

El elfo no tuvo más remedio que aceptar en su fuero interno que, lamentablemente, Myrna había dado en el clavo al juzgar la naturaleza humana.

—Para pagar la deuda que he contraído con vos, os explicaré una historia similar.

—Myrna cabeceó con entusiasmo, por lo que Elaith prosiguió—: Se cuenta que lord Gundwynd está furioso con su hija menor, Belinda Gundwynd, por coquetear con uno de los mozos de cuadra elfos.

Myrna dio una palmada, absolutamente encantada.

—¡Oh, qué historia más jugosa! ¡Belinda Gundwynd, nada menos! Con ese aspecto tan remilgado da la impresión de que ni un collar de hielo se le fundiría en el pecho. Flirtear con un mozo de cuadra ya sería un escándalo, pero si encima es elfo...

No os imagináis hasta qué punto la nobleza de Aguas Profundas odia esa idea.

—Me lo imagino perfectamente —repuso Elaith.

El elfo pensó en los cinco asesinos tren y en la familia noble que los había contratado para matarlos. Pronto se vengaría de ellos y les devolvería el golpe.

Proseguiría con sus negocios en Puerto Calavera y en Aguas Profundas sin que nadie osara oponerse a él, pues quienes tuvieran razones para intentarlo estarían demasiado ocupados luchando. Una vez que el polvo de la batalla se hubiera asentado, era muy probable que esa gente ya no estuviera en posición de desafiarlo durante mucho, mucho tiempo.

Tal vez era una medida exagerada, aunque al elfo le parecía que ya había esperado demasiado para vengarse.

El baile de disfraces se prolongó hasta el alba. Los invitados de Galinda Raventree brindaron por el nuevo día y después se dispersaron con la intención de pasarse la mayor parte del mismo entre sábanas. Danilo y Arilyn también se despidieron. Tras cambiarse los disfraces por ropa más sencilla, se encaminaron a El Pasado Curioso para asegurarse de que Bronwyn estaba bien.

La joven comerciante no se mostró nada contenta con el resultado de su viaje.

—Conseguí una de las esferas de cristal que estáis buscando. Mizzen ya había

vendido el resto. No obstante, le compré una gema muy curiosa.

Les habló del rubí y de sus sospechas de que poseía algún tipo de poder mágico.

Arilyn, que hasta entonces escuchaba sin excesivo entusiasmo, de pronto se enderezó.

—¿Esa gema era más o menos del tamaño de una alubia seca, perfectamente redonda y con diminutas caras que confluyen en una superficie plana?

—Sí. ¿La conoces?

La semielfa se levantó y comenzó a caminar de un lado al otro.

—¡Todos los elfos la conocen! ¿Has oído hablar de las gemas kiira?

—Son una especie de gemas de memoria, ¿verdad? —contestó Bronwyn lentamente—. Son objetos mágicos de tiempos antiguos, piedras preciosas que pertenecen a una familia y se van pasando de generación en generación. Según la leyenda, guardan la sabiduría de todos los antepasados.

—No es ninguna leyenda, sino una historia real —afirmó Arilyn con rotundidad—. Mucho tiempo atrás uno de los poseedores de una kiira se volvió malvado, y la gema de la familia de algún modo se pervirtió para reflejar la maldad de su dueño. El rubí se convirtió en un ladrón de recuerdos ajenos. La Mhaorkiira, que es como comúnmente se la conoce, se perdió hace siglos. Han sido muchos los aventureros que se han pasado años buscándola. Allí donde aparece causa problemas y, por lo general, su poder pervierte a quien la posee.

—Y esa gema ahora está en manos de unos bandidos —dijo Danilo en tono ultrajado—. Seguramente, esos sinvergüenzas la venderán como si fuese un rubí normal, sin comprender qué tienen entre manos.

—Eso ya ha ocurrido —le informó Bronwyn—. He seguido el rastro del rubí hasta un perista de Aguas Profundas. Le costó, pero al final me describió a la mujer que se lo había vendido.

Bronwyn les dio una concisa descripción: joven, hermosa, curvilínea, pelo cobrizo, vestida pulcramente, pero con prendas de poca calidad.

—¿Se os ocurre quién puede ser?

Arilyn y Danilo intercambiaron una atribulada mirada.

—Lamentablemente, se parece mucho a una joven a la que hemos conocido hace poco —admitió el joven—. Me ocuparé de ello enseguida. Sobre la gema, supongo que ya no la tiene el perista, pues si no se la habrías comprado. ¿Te dijo quién la había adquirido?

—No hubo manera de que me lo revelara, pero adivino que Elaith Craulnober tuvo algo que ver. Durante el viaje, mencionó esa piedra preciosa y tiene un talento especial para intimidar a los demás.

Sobrevino un largo silencio, preñado de inquietud.

—¿Puedo hacer alguna cosa más? —preguntó, finalmente, Bronwyn.

Arilyn negó con la cabeza y se levantó.

—Mantente al margen de este asunto. Es un milagro que Elaith no te haya matado. No lo provoques, especialmente ahora.

La semielfa abandonó la tienda con paso rápido y decidido con rumbo hacia la Torre de Báculo Oscuro.

—¿Adónde vas? —inquirió Danilo en el tono precavido de alguien que ya conoce la respuesta y no le gusta.

—Mencionaste que Khelben tiene sangre elfa, y no conozco a nadie que sepa más sobre objetos mágicos que él. Así pues, debería saber algo acerca de las piedras kiira.

Vamos a hablar con él.

—¿Expresamente? —masculló Dan.

No obstante, no protestó y se apresuró a lanzar el hechizo menor que les permitió atravesar la piedra negra sólida de la muralla y otro que los condujo al interior de la torre del archimago.

Khelben estaba en casa, enseñando a tres aprendices. Tras dejar a los estudiantes al cuidado de Laerel, condujo a los visitantes a su estudio privado, donde escuchó su historia con grave atención.

—Lo que me preocupa es lo siguiente: ¿es posible que la Mhaorkiira y las esferas de sueños estén relacionadas?

—Es muy posible —convino con ella el mago, y durante un largo instante guardó silencio—. Por ello, es esencial que no os metáis en este asunto.

—No veo cómo. Si la kiira está en poder de Elaith, deberíamos avisarlo del peligro que corre —protestó Danilo.

—Lo sabe —declaró Khelben rotundamente—. La Mhaorkiira es una gema legendaria. El hecho de que esté relacionada con las esferas de sueños significa que el precio por usar una de esas esferas es extraordinariamente elevado.

»Y eso no es todo. Debes comprender que esa kiira, en particular, posee el poder de pervertir a su poseedor y volverlo malvado. Me atrevería a decir que tu amigo elfo ya había emprendido ese camino por voluntad propia.

—Estoy de acuerdo —dijo Arilyn—. La Mhaorkiira es increíblemente peligrosa en manos de Elaith. Podría distorsionar y destruir el poco honor elfo que le queda. — Se

volvió hacia Danilo con una expresión de gravedad en el rostro—. El compromiso de la amistad elfa no es nada en comparación con el poder de esa gema. No sé a qué juega Elaith, pero sí sé que no te agradecerá que te entrometas. Te daré el mismo consejo que he dado a Bronwyn: mantente alejado de él. Deja que nos ocupemos los que no confiamos en él en absoluto.

Danilo vaciló antes de rendirse ante el peso de la evidencia.

—Haré lo que dices —declaró con profundo pesar.

Al salir de la Torre de Báculo Oscuro, Danilo se encaminó a una pequeña taberna en la que solía reunirse con los arpistas que antaño tenía bajo su mando. Héctor estaba allí, a la hora acordada, con una expresión de satisfacción en su cara estrecha y pecosa.

—Todo ha ido bien, supongo —le dijo Danilo mientras tomaba asiento en el reservado de madera frente a su camarada.

El hombrecillo asintió.

—Aún no he visto a mi hermana, aunque no me preocupa. Cynthia me dijo que, en caso necesario, se quedaría allí toda la noche y también la mañana siguiente para convencer a quien fuera de que la muchacha no había salido de su alcoba.

—¿Dejaste a nuestra protegida sana y salva en la casa del pomar?

—Sí, y ya se ha ido. No obstante, no le gustó demasiado el campo. Por lo que me han dicho, no dejó de quejarse. Nuestro hombre le proporcionó caballo y arreos, y ella se marchó sola. —Héctor se encogió de hombros—. Para ser sincero, se alegraron de perderla de vista. No vi razón para oponerme a que se marchara sola. Supuse que, una vez fuera de la ciudad, estaría segura.

No parecía un comportamiento propio de la muchacha afectuosa y alegre que Danilo había conocido. Un profundo sentimiento de inquietud se apoderó de él.

—Esa mujer. Descríbemela.

Héctor lanzó una breve carcajada forzada.

—Primero prométeme que no repetirás ni ante mi esposa, ni mi madre, ni mi confesor el lenguaje que voy a utilizar.

—Si su carácter es tan pésimo, céntrate en el físico.

—Eso será fácil, pero te pido asimismo discreción. ¡Que Dios me ayude, vaya físico! La única cosa que he visto tan alta y orgullosa con menos que la sostenga es el puente de la Luna en Luna Plateada. Es hermosa de cara, aunque cuesta alzar la mirada hasta su rostro; ojos del color de la cerveza negra de invierno en una jarra transparente y pelo negro como el cuervo.

Danilo se puso de pie tan bruscamente que volcó el banco de madera.

—¡Maldita sea, Héctor! ¡Te llevaste a la mujer equivocada!

Por el rostro del joven arpista cruzó una expresión tan horrorizada y angustiada que Danilo hubiera deseado quedarse para explicarle la situación y asegurarle que ese error no había sido culpa suya. Eso tendría que esperar.

Salió precipitadamente de la taberna y cabalgó hasta el distrito de los muelles como alma que lleva el diablo. Al llegar frente a El Pescador Borracho desmontó de un salto y ni siquiera ató el caballo. Atravesó corriendo la taberna hacia la escalera.

El vigilante, un semiogro, le gritó que se detuviera y lo siguió hacia arriba, pero la punta de la espada de Arilyn lo frenó. Plantada en lo alto de la escalera bloqueaba el

paso al semiogro, al que mantenía a prudente distancia con la reluciente espada. Exhibía una expresión sombría y determinada, con los labios pálidos y apretados.

—La hoja de luna me ha conducido hasta aquí —explicó a Danilo—, pero el aviso llegó demasiado tarde. Prepárate.

Dan esperaba las malas noticias, pero no esperaba el súbito sentimiento de dolor casi abrumador. Dejó que Arilyn se las compusiera sola con el semiogro y se deslizó dentro de la silenciosa habitación. Durante un largo instante, contempló la escena que se desplegaba ante sus ojos.

Cynthia yacía despatarrada en el suelo. La menuda arpista llevaba las ropas raídas y remendadas de una moza de taberna. Le habían cortado la garganta hasta el hueso. La sangre formaba un gran charco bajo su cuerpo y había originado un riachuelo que confluía con otro, procedente de otra persona.

Lilly estaba tumbada de costado. Sus ojos abiertos miraban con calma el futuro que le esperaba y que ya nunca sería suyo.

Danilo hincó una rodilla y suavemente le cerró los ojos. Al pensar en el desperdicio de ese espíritu alegre, así como en el gozo que podrían haberse proporcionado con su mutua compañía, un sentimiento de pesadumbre lo desgarró por dentro.

Con ojos brillantes, empañados por las lágrimas, se quitó del dedo meñique el anillo de oro con el símbolo de los Thann grabado —el caballo y el cuervo— y lo depositó en la mano de Lilly. A continuación, se llevó a los labios esos dedos menudos y fríos.

13

Danilo no supo cuánto tiempo pasó al lado de su hermana. Estaba sumido en una bruma en la que el tiempo no tenía sentido. Vagamente fue consciente de que Arilyn explicaba la situación al semiogro con su voz suave y musical. Hamish, el semiogro, parecía haberse erigido en guardaespaldas de Lilly.

—Lo sabía —dijo el guardia de la taberna con una voz sospechosamente ronca—.

Era una chica excelente; demasiado buena para haber salido del arroyo. Qué lástima que no la sacarais de aquí antes.

Danilo se levantó para enfrentarse a la acusadora mirada del semiogro.

—Eso no pienso discutirlo. Permíteme que haga por ella lo poco que puede hacerse ya. Te agradecería, si es posible, que me prestaras los servicios de algún criado.

Pienso llevarla a su hogar —declaró con firmeza—, pero no tal como está ahora.

El semiogro hizo un gesto de asentimiento y gritó a alguien llamado Peg. Una muchacha delgada y de ojos oscuros se deslizó en el interior de la alcoba y comenzó a ocuparse de Lilly mostrando un cariño fraternal. Otros empleados de la taberna partieron para hacer diversos recados; todos ellos rechazaron el dinero que les ofrecía Danilo mientras reunían sus últimos regalos para su amiga fallecida.

Arilyn lo tomó por el brazo y lo condujo abajo, a la taberna. Con un gesto, Danilo rechazó la botella que el semiogro —el cual parecía ser al mismo tiempo el guardián y el propietario del establecimiento— mandó a su mesa. Ya era bastante difícil sobreponerse a la oscura bruma de dolor y pesar estando lúcido y alerta.

Su anfitrión no tenía tantas reservas. Sentado a una mesa llena de jarras vacías, el impresionante tabernero observaba con aire taciturno los posos de la última copa. Tenía el aspecto de alguien que sólo tuviera una luz y se le hubiera apagado.

Finalmente, Peg bajó y les pidió que la acompañaran. Lilly yacía en paz, ataviada con un sencillo vestido blanco que le había prestado otra de las chicas.

—Necesitamos un pañuelo, o tal vez flores —dijo la chica en un tono de voz apagado y aturdido, mirando las heridas en el cuello de Lilly.

Peg agradeció con una silenciosa inclinación de cabeza las monedas de plata que Danilo le depositó en la palma de la mano, tras lo cual salió de la alcoba con un infinito cansancio.

—La anchura y el espacio entre las garras indican que fueron tren —declaró Arilyn suavemente, señalando con la cabeza las cuatro marcas de zarpas.

La pregunta no formulada se cernía pesadamente en el aire. Ni uno ni otra tenía ganas de expresarla con palabras ni de considerar qué había impedido a los asesinos reptiles devorar a su víctima, como tenían por costumbre.

—Un mago de noble cuna, un elfo canalla, una semielfa y ahora Lilly. No

comprendo qué tienen en común —murmuró Danilo.

Arilyn le mostró una pequeña esfera luminosa.

—La encontré en la alcoba de Lilly. Si fue ella quien vendió la kiira, el dinero que obtuvo por ella voló hace tiempo.

Rápidamente, Dan tomó la esfera de sueños y se la guardó en la bota.

—Será mejor que esto lo mantengamos en secreto. Descubriré al culpable, pero el zorro es más cauteloso cuando sabe que el sabueso ha encontrado el rastro. ¿Encontraste alguna otra pista?

La semielfa vaciló.

—Un pedazo de pergamino. Una especie de nota, supongo, aunque tan empapada que es imposible extenderla y mucho menos leerla. Seguramente, Lilly la cogió en el último instante y la emborronó con su propia sangre.

—¿Qué secreto quería proteger? —murmuró Danilo mientras contemplaba la faz sin vida de su hermana—. ¿Quién fue el destinatario de sus últimos pensamientos?

El semiogro apareció en la puerta.

—Todo está listo —anunció ásperamente.

Rechazó todas las ofertas de ayuda y llevó en brazos a Lilly hasta el carruaje que esperaba.

El vehículo —cerrado y con una plataforma— avanzó a paso moroso hacia la mansión Thann. Danilo y Arilyn se aseguraron de que quedara estacionado en la cochera y, a continuación, se encaminaron hacia la mansión. El señor y la señora de la casa ya habían sido informados de su llegada. Cassandra los esperaba a la puerta, pálida de ira.

—¿Cómo te atreves a traer este escandaloso asunto a mi puerta?

Sin hacerle caso —seguramente era la primera vez que alguien le hacía tal desaire—, Danilo miró por encima del hombro de su madre para dirigirse a su padre.

—Padre, Lilly estaba en peligro. Sin duda, lo sabías y, no obstante, me lo presentaste como si tan sólo se tratase de un asunto molesto. Ahora Lilly está muerta; tu hija, mi hermana. Lamento el dolor que esto te pueda causar, madre —dijo a Cassandra—, pero se trata de algo que debería haber salido a la luz mucho tiempo atrás.

Antes de que la dama tuviera tiempo para responder, el mayordomo de la familia irrumpió como un espantapájaros arrastrado por un vendaval. Arilyn jamás lo había visto con un aspecto tan desastrado: la camisa por fuera; el fajín y el emblema que proclamaban su posición, torcidos, y la rala cabellera rubio rojiza de punta, como tallos de paja. Asimismo, debido a una leve hinchazón en el labio superior, esbozaba lo que en cualquier otro hubiese parecido una sonrisa irónica y ladina.

—Lord Gundwynd desea ser recibido, señora —anunció con rígida dignidad y arrastrando las palabras.

—Ahora no, Yartsworth —replicaron todos los presentes en extraña y perfecta unanimidad.

—Se muestra muy insistente —señaló el mayordomo, tocándose con cautela el labio hinchado.

Cassandra se fijó en ese detalle y su indignación aumentó varios grados.

—Hazlo pasar —ordenó.

Un hombrecillo gris entró en tromba en el salón. Antes de poder decir ni media palabra, lady Cassandra se lanzó sobre él como un halcón cazador.

—¡Esto es totalmente inaceptable, Gundwynd! A tus servidores tratadlos como gustéis, pero no oséis maltratar a nadie que esté a mi servicio.

Lord Gundwynd retrocedió un paso; había perdido mucho fuelle, aunque enseguida volvió a mostrar la misma actitud batalladora.

—Supongo que ya estaréis enterada de mi desgracia, como toda la ciudad —dijo fríamente.

—Los Thann también hemos sufrido pérdidas.

—¡Si las pérdidas se limitaran a la emboscada! —estalló el noble—. Todos los elfos que tenía a mi servicio se han despedido. ¿Sabéis lo que cuesta encontrar jinetes para monturas voladoras? Y por si eso fuera poco, todos los elfos de la ciudad y también de fuera de ella han amenazado con negarse a utilizar ningún medio de transporte Gundwynd, ni a comprar ni vender las mercancías que promueva mi familia. Gracias a

los dioses, los elfos no son muy numerosos. ¡Pero este escándalo podría ser mi ruina!

—Cuánto lo siento —dijo Danilo en un tono monótono y mucha ironía.

Arilyn reparó en que el joven bardo daba un paso hacia ella silenciosamente, tal vez de manera involuntaria y espontánea, declarando sus lealtades.

El lord se le encaró.

—¡Más lo vas a sentir! No me extrañaría nada saber que tienes algo que ver en todo este asunto, y también ese elfo del que tan amigo eres. Por no hablar de ésta de aquí —dijo mirando coléricamente a Arilyn—. Bueno, la verdad saldrá a la luz. ¡Pienso llevar a juicio a los Thann y los Ilzimmer para que los Señores aclaren lo ocurrido!

Un largo silencio siguió a esas palabras. Lord Rhammas palideció tanto que Danilo temió que fuese a desmayarse.

Cassandra se aproximó a su marido como si creyera que su proximidad le daría ánimos.

—No son más que amenazas vanas, Gundwynd. Tenéis demasiado a perder si emprendéis esa acción.

—¡Mi familia se enfrenta a la deshonra! Si las cosas llegan a ese extremo, no me

importará a quién arrastre en la caída. Pienso descubrir al responsable; tenedlo muy en cuenta.

Danilo comenzó a discernir una pauta. Según Bronwyn, las esferas de sueños habían salido de la tienda de Mizzen el mismo día en el que la caravana de Gundwynd había regresado a Aguas Profundas. La antigua arpista le había comunicado el mal funcionamiento de su bolsa de envíos, lo cual había provocado que el pequeño orbe de cristal permaneciera dentro de la bolsa mágica. Lilly, que había vendido un rubí robado de la caravana, poseía una esfera de sueños al morir. A Danilo le pareció evidente que la muerte de su hermana estaba estrechamente relacionada con esa serie de acontecimientos. Sin pensar en las posibles consecuencias, Danilo se sacó la esfera de sueños que había escondido en la bota y que Arilyn había hallado en la alcoba de Lilly.

—¿Había algunas de éstas entre las mercancías robadas?

El rostro de lord Gundwynd se tiñó de un intenso morado, y sus ojos buscaron con expresión culpable a Cassandra, la cual se había puesto en guardia de repente. Después de emitir unos cuantos resoplidos y murmullos, admitió que sí.

—Teníamos un trato —afirmó la dama con frialdad—. ¡Ninguno de nosotros apoyaría la venta de esas baratijas!

—La entrega se preparó mucho antes de que acordásemos no vender. Era un asunto entre Mizzen Doar y Oth Eltorchul. Arreglad cuentas con cualquiera de ellos. —Contempló con ojos entrecerrados la esfera que Danilo sostenía en la mano—. ¿De dónde la has sacado?

—De un callejón detrás del bazar —mintió Danilo sin pensar—. Quienes asaltaron la caravana conocen bien su oficio, pues la mercancía ya está en la calle.

El mercader lanzó un resoplido de incredulidad.

—¡Lo sabía! —estalló—. Sabía que la familia Thann estaba detrás de todo esto; estáis compinchados con el lord elfo. ¡Ya veo cómo habéis respetado el acuerdo, señora! Os llevaré a todos a la ruina antes de que esto acabe. —Hendió el aire con la mano en un gesto de carácter definitivo, o de posible ejecución; giró sobre sus talones y se marchó.

Cassandra inspiró profundamente para calmarse antes de interpelar a su hijo.

—Danilo, te pregunto lo mismo que lord Gundwynd: ¿de dónde has sacado esa cosa infernal?

—La tenía Lilly. A la luz de la muerte de Oth, es razonable suponer que las esferas de sueños han desempeñado un papel en el asesinato de Lilly.

La dama palideció.

—¡Por todos los dioses! ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer?

—Sé que tenía una hermana que estaba en peligro y necesitaba mi ayuda. Y sé que le fallé. Ahora está muerta, y pienso descubrir por qué.

—No me vengas con sensiblerías. —La airada mirada azul de Cassandra se posó en la atenta semielfa—. ¿No le puedes instilar un poco de sentido común?

Arilyn simplemente se encogió de hombros.

—Deja que te exponga la situación —comenzó a explicar Cassandra, exasperada—. Muchas caravanas son atacadas. Los piratas y bandidos son los riesgos del comercio. El robo de la caravana fue inusual, pero podríamos haberlo aclarado discretamente nosotros mismos. No sé por qué razón los rumores se están convirtiendo en un juego de adivinanzas de salón, en el que todos los implicados son sospechosos. Al enseñarle esa..., esa cosa a Gundwynd mientras estaba despotricando sobre la emboscada has dado alas a sus suposiciones. ¿A qué conclusión crees que llegará cuando sepa qué has traído a la mansión familiar? ¿Acaso crees que no podría juntar las piezas? ¡Con tus acciones has hecho que parezca que la pequeña bastarda de Rhammas participó en el robo!

—No era ésa mi intención, ni mucho menos.

—Las intenciones no cuentan, pero las impresiones sí, y mucho. Es muy posible que todo esto ponga a la familia Thann en una posición insostenible. Una vez que este nuevo escándalo salga a la luz, y saldrá porque tú mismo te has ocupado de que así sea, todos creerán que la chica actuó con la complicidad de los legítimos Thann.

—¿Cómo podría alguien con dos dedos de frente sacar esa conclusión? —protestó lord Rhammas—. ¡Ni siquiera sabía de la existencia de la muchacha hasta después del ataque! Por lo poco que la conocí, me atrevo a afirmar que ella no tuvo nada que ver en tal sórdido asunto.

—¡Oh!, estoy segura de que todo el mundo en Aguas Profundas aceptará tu palabra como si se tratara del mismísimo Ao —replicó la dama, enojada, mirando alternativamente a su marido y a su hijo—. ¡No sois más que un par de chiquillos que se han dejado encandilar por una indigna mujerzuela!

—Es un comentario muy cruel, incluso viniendo de ti —repuso Danilo con igual calor.

—Piensa lo que quieras, pero obedéceme en esto. El asunto ha muerto junto con la chica. Tú y Arilyn ya habéis causado más problemas de los que podríais solucionar con sortilegios, dinero, espada o magia.

Danilo se quedó mirando a su madre un largo instante.

—Perdóname, madre, pero debo señalar que tus palabras pueden interpretarse como una amenaza.

La dama esbozó una delgada sonrisa, tan afilada como una daga.

—¿De veras? Me alegra oírtelo decir, porque demuestra que no eres tan estúpido como indica tu conducta de hoy.

—Pero...

—Ya basta —ordenó la dama fríamente. De repente cambió de táctica—. ¿Te

gustaría que reconociésemos a la chica como parte de la familia y fuese enterrada en la tumba de los Thann?

Esa inesperada concesión aplacó hasta cierto punto la furia de Danilo.

—Gracias, aunque sinceramente debo decir que el asunto no acabará aquí.

—Tal vez no —murmuró Cassandra—, pero haremos todo lo posible.

Arilyn partió directamente desde la villa Thann, dejando a Danilo que batallara solo con lady Cassandra sobre los detalles del funeral de Lilly. La semielfa siguió el rastro de Isabeau hasta la granja del pomar, y los granjeros le confirmaron la historia que Héctor había relatado a Danilo.

Isabeau había partido poco después de que sus salvadores la depositaran sana y salva en la finca, aunque tuvo tiempo para insultar a los campesinos que habían arriesgado su vida y su seguridad para dar cobijo a esa protegida de los arpistas.

Mientras seguía el rastro del caballo de Isabeau, Arilyn se preguntaba cuál debía de ser su destino y qué tipo de recepción esperaba.

Todo indicaba que las ambiciones de Isabeau subían más rápidamente que las faldas de una cortesana. Pocas lunas atrás, cuando la encontraron en el camino al norte de Puerta de Baldur, tuvo suficiente con abandonar el remoto asentamiento de gnomos en el que había vivido siempre. A la joven le encantó Aguas Profundas y se mostró más que agradecida con la modesta fortuna que le aguardaba en la ciudad, que en su mayor parte era legado de su madre, que había sido obligada a abandonar la ciudad sin darle tiempo a liquidar sus posesiones. Pero Isabeau ya no se contentaba con haber pasado de moza de taberna a ser una dama de alcurnia y de posibles; había progresado del robo al asesinato.

Arilyn estaba firmemente convencida de ello pese a las circunstancias que habían concurrido en la muerte de Oth. Tanto si Isabeau era responsable o no del asesinato del mago, había abandonado a Lilly a su destino y, a ojos de Arilyn, eso hacía a Isabeau tan culpable como si hubiese degollado ella misma a Lilly.

No era mucho más compasiva con los animales que dependían de ella; Isabeau había impuesto al caballo prestado un ritmo frenético, sin pensar ni por un segundo en la seguridad del corcel. La noche anterior la luna había sido llena, y los siete relucientes fragmentos que seguían la trayectoria del orbe plateado por el firmamento brillaban tanto como fuegos fatuos. Pero por luminosa que fuese la noche —o para el caso, el día—, no justificaba que se obligara a cabalgar a un caballo por un terreno tan escarpado.

Mientras seguía el rastro, el camino se fue haciendo cada vez más ancho, y el bosque dio paso a tierras de labranza. Arilyn pasó junto a un puñado de pulcras casitas, atravesó un campo de árboles frutales cargados con frutos tardíos y llegó a la verja de una imponente finca.

Ignoraba quién era el propietario de esas tierras. Muchos de los nobles comerciantes de Aguas Profundas poseían granjas, establos o casas solariegas en las tierras del norte. Una cosa era cierta: el dueño de todo eso albergaba oscuras fantasías.

La finca y el muro que la rodeaba habían sido erigidos con piedra gris, un fantasmagórico color que parecía fundirse con la neblina del cercano crepúsculo. Las gárgolas, en su mayor parte gatos alados con una expresión de burla vampírica, vigilaban desde la muralla y las torres. Arilyn no se molestó en detenerse en la torre de entrada para solicitar ser admitida, aunque los guardias parecían más interesados en una partida de dados que en vigilar. Cuando un grupo de campesinos se aproximó a la puerta de entrada empujando un carro cargado con productos de finales de verano, Arilyn ocultó el caballo en las sombras del huerto de árboles frutales y sacó una cuerda muy larga y delgada de la silla.

Bordeó con sigilo el muro posterior y arrojó la cuerda. El primer intento quedó corto, pero al segundo logró engancharla a una de las gárgolas. Después de darle un fuerte tirón para asegurarse de que aguantaría, escaló rápidamente el muro. Usando un olmo de gran envergadura para ocultarse, desenrolló la cuerda por el otro lado del muro y se deslizó hasta el suelo.

Aprovechando que los cocineros de la finca regateaban con los campesinos por el precio de las zanahorias y los repollos, y que los guardias tenían toda su atención puesta

en la escena, Arilyn se introdujo en el edificio por la puerta de la cocina para esperar el anochecer. Resultó una decisión afortunada porque los pesados tapices y cortinas colocados para impedir el paso del frío eran asimismo escondites estupendos.

Cuando todo se quedó a oscuras y en silencio, Arilyn salió a los pasillos. Nadie le cortó el paso, pues los sirvientes se tomaban sus responsabilidades con una laxitud típica de quienes trabajan bajo la férula de un tirano ausente. La semielfa iba entrando en todos los dormitorios para comprobar quién los ocupaba. Casi todos ellos estaban vacíos, pues la familia noble no se encontraba en esos momentos en la finca.

Asimismo, las puertas estaban abiertas. En el fondo de un pasillo muy largo, cerca de un balcón que daba al jardín, encontró una puerta cerrada. Arilyn accionó la manija, pero estaba cerrada con llave. Lo que hizo fue sacar una delgada hoja de papel de la mochila, deslizarla por debajo de la puerta y, a continuación, insertar en la cerradura una ganzúa para que la llave cayera sobre el papel. Lamentablemente, la llave no estaba en la cerradura. Forzar la puerta le llevaría unos minutos más. Sin embargo, sus dedos no habían perdido la habilidad, y la puerta no se le resistió. Cautelosamente, la abrió.

La luz de la luna entraba a raudales por una ventana redonda situada muy alta en una pared e iluminaba a una mujer dormida, así como a sus abundantes rizos oscuros

desparramados sobre la almohada. Sin duda, se trataba de Isabeau Thione. Antes de despertarla, Arilyn examinó brevemente el dormitorio.

Era una estancia suntuosa pero macabra. El lecho, enorme, estaba tapado por un pesado cobertor de terciopelo rojo sangre. Las colgaduras de la cama y las cortinas habían sido confeccionadas con una tela similar. En el rincón montaba guardia una estatua de un hombre con cabeza de gato, y más gárgolas con forma de gatos alados la contemplaban con aire burlón encaramadas en altas columnas y repisas distribuidas por toda la habitación. Excepto por la durmiente Isabeau, el único signo de vida era un gato gris atigrado acurrucado a los pies de la cama. El felino alzó la cabeza y observó a Arilyn con mirada soñolienta, bostezó exageradamente y volvió a quedarse dormido.

Rápidamente, la semielfa inspeccionó el dormitorio en busca de puertas secretas, pero no halló ninguna. Al apartar una de las cortinas de terciopelo, descubrió un balcón.

Ató una cuerda a la baranda por si acaso tenía que huir precipitadamente, y entonces se volvió hacia su presa.

Arilyn saltó sobre el lecho, agarró a Isabeau por las muñecas y la inmovilizó levantándole los brazos por encima de la cabeza. El gato atigrado maulló y desapareció bajo la cama. Isabeau se despertó con un sobresaltado y muy poco elegante ronquido.

—Si gritas, te rompo los dedos —le amenazó Arilyn en voz baja.

Era una amenaza convincente, pues para un ladrón sus manos son la herramienta más valiosa; era como si un bailarín perdiera las piernas o un artista la vista.

Isabeau se quedó muy quieta.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó.

—Yo iba a preguntarte lo mismo. —Arilyn echó un rápido vistazo a la habitación—. ¿Dónde estamos? Hay más gatos que en Cormyr.

—Ésta es la hacienda de los Eltorchul —respondió Isabeau con altanería—. He sido invitada.

—¿Por quién?

—Por lord Oth, naturalmente. Él y yo somos... íntimos amigos.

Arilyn analizó la veracidad de esa jactanciosa declaración. Obviamente, Oth no la había invitado, aunque ¿acaso tal mentira encubría algo mucho peor? La semielfa decidió emplearse a fondo, pues por experiencia sabía que la gente solía enredarse en sus propias mentiras al tratar de explicar y justificar sus afirmaciones.

—Mientes —acusó a Isabeau.

Pero la otra no mordió el anzuelo.

—Tendrás que concretar un poco más.

—De acuerdo. ¿Qué te parece esto?: lord Oth está muerto —declaró Arilyn en

tono rotundo.

En los ojos de Isabeau, apareció una mirada de pánico.

—Deja que me levante y te diré todo lo que sé —pidió con voz apagada.

Arilyn accedió, se levantó y se quedó de pie junto al lecho con los brazos cruzados. La antigua camarera se incorporó y se apartó la densa melena de un rostro súbitamente pálido.

—¿Estás segura de que ha muerto? ¿Quién lo mató? —inquirió.

A Arilyn le pareció muy interesante que Isabeau hubiese dado por supuesto que había sido un asesinato.

—¿Cómo sabes que su muerte no fue debida a una enfermedad o un accidente?

Isabeau desechó ambas posibilidades con un leve sonido de desdén.

—Por lo que sé de él, diría que es un milagro que viviera tanto tiempo.

—No obstante, te has alterado al enterarte de su muerte.

—¡Naturalmente! Lord Oth era un hombre acaudalado y poderoso. Podría haberme sido muy útil. ¿Ves esto? —Isabeau blandió una mano con los dedos extendidos para exhibir el anillo rosa y dorado que llevaba en el dedo corazón—. Él me lo regaló, y me dijo que siempre que quisiera alojarme en una de sus propiedades, sólo tenía que mostrarlo a la servidumbre.

—Has elegido un momento muy interesante para hacer uso de él. La mujer a la que sustituyes está muerta —dijo con frialdad.

Isabeau ni siquiera pestañeó.

—¿Y qué? El distrito de los muelles es un barrio peligroso.

—Especialmente si resulta que acechan tren.

—¿Tren? —La mujer alzó un hombro cubierto por seda—. No comprendo la palabra.

Arilyn tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse.

—¿Qué relación tenías con Lilly? —preguntó.

—¿Con quién? —Su tono de voz aburrido y burlón contrastaba con su desafiante mirada.

Arilyn vio que tenía dos posibilidades: seguir ese juego con normas que Isabeau comprendiera, o permitir que la mujer le tomara el pelo.

Optó por propinarle un bofetón con el dorso de la mano en su rostro hermoso y despectivo, y levantarla agarrándola por el pelo.

—Vamos a intentarlo otra vez —dijo en un tono de voz frío y amenazante.

Isabeau la observó de repente con algo más de respeto y le apartó las manos del pelo.

—Supongo que te refieres a la camarera pelirroja. Sí, ocupé su lugar. Oí a un hombre y una mujer que hablaban de sacar a una joven sana y salva de la ciudad. ¿Por qué tenía que ser ella y no yo? Aproveché la oportunidad del mismo modo que

un hombre que se está ahogando se agarra de una cuerda. ¿Acaso lo culparías por intentar salvarse y le exigirías que muriese pensando que tal vez haya otro que se lo merece más?

Arilyn se cruzó de brazos.

—¿Te estabas ahogando? ¿En qué cloaca?

—He huido del elfo —respondió Isabeau, muy digna—. Ya sabes de quién hablo. Me perseguía.

La semielfa procuró mantener una cara inexpresiva mientras reflexionaba sobre lo que acababa de oír. Tenía que admitir que la historia de Isabeau era verosímil. Meses atrás Elaith había prometido a Danilo que no mataría a Isabeau. Quizás el elfo bribón creyó que había llegado el momento de romper su promesa. Si realmente perseguía a Isabeau, era probable que fuera el responsable de la muerte de Lilly. Con todas las armas que poseía, no le costaría mucho imitar el dibujo de unas garras de tren. Desde luego, tenía conocimiento de primera mano.

Entonces, la asaltó una idea más sombría: tal vez los asesinos tren con los que se había topado en la mansión Thann no pretendían tender una emboscada, sino que acudían a una cita. Errya Eltorchul había declarado que su hermano había hecho negocios con Elaith. Quizás esos negocios habían salido mal, y el elfo había querido matar a Oth. Una vez que Elaith fue descubierto con los tren, era posible que matara a alguno de ellos para no delatarse.

Mientras lo pensaba, Arilyn reconoció que se trataba de un razonamiento con muy poco apoyo real. Para empezar, con ese comportamiento Elaith se exponía a la futura venganza tren y, además, entre el elfo y cinco tren la habrían vencido fácilmente, y no habría quedado nadie para explicar lo ocurrido. No obstante, tal como había dicho a lady Cassandra, nunca había oído que Elaith matara a alguien de sangre elfa.

Centró toda su atención en la vigilante Isabeau. Sus palabras podían ser en parte verdad, pero Arilyn no confiaba en ella, ni tampoco creía que estuviera «por casualidad» en la taberna en la que trabajaba Lilly. Arilyn sabía qué podría haber llevado a Elaith hasta la puerta de Lilly y no le costaba ningún trabajo imaginar que Isabeau tuviera algo que ver con la adquisición de ese objeto.

—Como tú misma has dicho, el distrito de los muelles es un barrio peligroso —dijo Arilyn como si aceptara el argumento de la otra—. Recientemente, Lilly vendió un rubí de gran tamaño a un perista, por lo que era probable que tuviera dinero contante y sonante.

—¡Maldita tramposa! —exclamó Isabeau, golpeando el lecho con los puños y con mirada de furia.

Enseguida se dio cuenta de su error; la semielfa le había tendido una trampa para hacer que hablara, y ella había caído. Esbozó una mueca de furia vengativa y maligna

que la afeaba. Arilyn contuvo la respiración y tuvo que luchar contra el impulso de dar un paso atrás.

La última ocasión en la que había retrocedido había sido en un enfrentamiento casual con una pantera herida, y había sido más un movimiento táctico que fruto del miedo. Pese a ello se daba cuenta de que se enfrentaba a una mujer realmente peligrosa.

Justo entonces, Isabeau saltó de la cama con la agilidad de un gato. Su blanco no era Arilyn, sino la estatua de cabeza felina que empujó con toda su fuerza para que cayera encima de la semielfa.

Instintivamente, Arilyn se agachó, pero la estatua nunca llegó a caer. Una mano de piedra salió disparada para apoyarse contra la pared y no perder el equilibrio. Los ojos pintados adquirieron profundidad y, a continuación, un luminoso resplandor.

Evidentemente, era algo también inesperado para Isabeau. La muchacha se retrepó en el lecho con la espalda pegada a la cabecera y los ojos desorbitados.

El hombre gato se abalanzó hacia Arilyn. Esbozaba una sonrisa letal, que dejaba al descubierto unos colmillos del color del alabastro. La semielfa se zambulló directamente hacia él, rodó sobre sí misma mientras el hombre gato le saltaba por encima y volvió a rodar de nuevo para poner más distancia entre ella y el guardián mágico.

Inmediatamente, se levantó y desenvainó la espada, aunque no sabía si iba a servirle de mucho, pues el gato, pese a su velocidad y agilidad, era de piedra.

Paró con la hoja de luna un zarpazo, y saltaron chispas al chocar la piedra contra el acero. Con la otra mano, el gato asió la hoja de acero y se la arrebató a Arilyn. Arrojó el arma al otro extremo de la habitación y con la otra zarpa golpeó a la semielfa.

Aunque no llegó a tiempo de esquivar del todo el golpe, rodó con él a fin de minimizar la fuerza. Cuando se puso de pie, estaba dolorida y magullada, aunque sin heridas de importancia. El gato de piedra no había sacado las uñas. La estatua estaba jugando con ella. Una vez que sacara esas uñas de alabastro, Arilyn podía darse por muerta.

Actuando por impulso, se abalanzó sobre Isabeau y le arrebató el anillo con el sello; luego, lo blandió ante la criatura y le ordenó que se detuviera.

Durante un segundo, que se le hizo eterno, el guardián mágico la estudió con su inescrutable mirada felina. Arilyn era consciente de que se la jugaba y que, si no funcionaba, todo habría acabado.

Pero el gato dio media vuelta y regresó a su puesto. Allí asumió una pose regia, y la luz de sus ojos se extinguió. Arilyn hundió los hombros, profundamente aliviada.

—Esto aún no ha acabado —declaró Isabeau, cuyos oscuros ojos relucían con satisfacción.

La semielfa oyó en el pasillo las voces y los pasos apresurados de los criados.

Enseguida comenzaron a aporrear la puerta.

Debía de tratarse de otro mecanismo que desencadenaba ataques, pues las gárgolas aladas empezaron a moverse. Arilyn se zambulló para recuperar su espada y, al levantarse, se agazapó, lista para la batalla. A diferencia de su primer atacante, las gárgolas solamente parecían de piedra, pero, en realidad, se trataba de criaturas vivas, y todo lo que vivía también moría.

Giró para eludir un ataque y asestó un revés. La hoja de luna atravesó el ala semejante a la de un murciélago. La criatura se desplomó sobre la cama, rompió el cutí del colchón y lanzó al aire plumas del relleno.

Isabeau avanzó hacia la ventana con la intención evidente de escapar por la vía de acceso que había preparado Arilyn.

—Esta vez, no —murmuró la semielfa.

Se abalanzó hacia Isabeau, la cogió del camión y la mandó de vuelta a la habitación. Seguidamente, tomó posiciones frente a la ventana para impedirle escapar.

A esas alturas, la servidumbre de la finca ya estaba alerta. Un ariete improvisado golpeaba la puerta. A cada resonante golpazo, las planchas de madera se combaban hacia dentro.

De pie frente a la ventana, Arilyn lanzó una mirada de advertencia a Isabeau.

—Esto no acaba aquí —declaró.

—Yo diría que sí.

Isabeau hizo un gesto hacia la puerta. La barra comenzaba a astillarse.

La semielfa salvó la baranda del balcón y descendió deslizándose por la cuerda.

Por mucho que le pesara, no le quedaba más remedio que retirarse. Aunque Isabeau no podría acusarla formalmente, si los criados de Eltorchul la atrapaban en el interior de la propiedad, Isabeau ya no necesitaría ni hablar. El castigo por la violación de la propiedad de un noble era bastante severo.

Después de atravesar el jardín a todo correr, cogió la cuerda que había escondido detrás del olmo. Rápidamente, trepó por el muro y regresó al campo de árboles frutales.

La yegua la esperaba y fue a su encuentro a medio galope.

Arilyn se sujetó al pomo de la silla y montó de un salto. Hablando al oído de la yegua, la instó a regresar a toda prisa a Aguas Profundas. Ya le ajustaría las cuentas a Isabeau, pero ése no era el momento ni el lugar.

En su mente flotaba una vieja pregunta que no se formulaba desde hacía años: ¿quién creería la palabra de una reputada asesina?

La puerta se hizo añicos, y los pedazos volaron hacia dentro. Media docena de

sirvientes entraron tambaleándose. Isabeau se cerró el escote del camisón con una mano y retrocedió, como si la intrusión no fuese tanto un rescate como un atentado a su modestia.

—¿Qué ha ocurrido, señora? ¿Estáis herida?

Una de las doncellas cogió enseguida un cobertor y la cubrió con él.

Isabeau lanzó una trémula sonrisa a su público.

—No, gracias por haber acudido de inmediato. Un hombre entró por la ventana.

Creo que sólo pretendía robarme, pero las estatuas despertaron y lucharon. ¡Ha sido espantoso, espantoso!

La doncella chasqueó la lengua para tranquilizarla.

—Calmaos, señora. Como habéis visto, la magia del amo os protege.

—¡No puedo quedarme aquí después de lo ocurrido! —exclamó Isabeau en tono perplejo—. Ensillad enseguida mi caballo.

—Pero si aún faltan horas para que amanezca —protestó uno de los criados. Sin embargo, vaciló ante la firme mirada de Isabeau y accedió—. Podríamos enviar un guardia con vos.

—Os lo agradecería mucho. ¿Podéis ocuparos de todo mientras yo me visto? —Era una indirecta.

Los criados se retiraron dejando a Isabeau sola y furiosa. Abrió de par en par las puertas del guardarropa y comenzó a arrojar encima de la cama lujosas prendas al mismo tiempo que reflexionaba sobre cuál debía ser su siguiente paso. Sin Oth como protector se hallaba en una situación delicada. Esa espantosa semielfa había sorprendido en ella una reacción que podría relacionarla con el asalto a la caravana aérea.

¡Para lo que le había servido! El tesoro se había perdido. Aunque las mercancías habían sido trasladadas a Puerto Calavera, alguien las había robado antes de que Diloontier pudiera reclamarlas. O al menos, eso afirmaba el perfumista. Isabeau no descartaba que la hubiera engañado.

¿Qué haría? El botín había volado, apenas le quedaba dinero y un par de diligentes sabuesos le seguían la pista. Isabeau sabía por experiencia lo implacables que Arilyn y su apuesto compañero podían llegar a ser cuando emprendían una de sus pequeñas cruzadas. Mascullando, sacó a rastras de debajo de la cama un pequeño arcón de viaje y comenzó a meter en él de mala manera las prendas robadas.

—Te das mucha prisa en llevarte lo que no te pertenece —observó una fría voz masculina a su espalda.

Isabeau ahogó un grito y giró sobre sus talones, llevándose una mano a la garganta. Una figura alta y esbelta, que se ocultaba en las sombras, le sonreía con expresión gélida y divertida.

Tras unos instantes en los que el corazón le golpeó dolorosamente en el pecho,

adoptó un ritmo superficial y acelerado. Un extraño mareo se apoderó de ella, y el suelo se inclinó como si se tratara de una alfombra voladora a punto de emprender el vuelo.

Tuvo que agarrarse a las colgaduras del lecho para no caer.

—¡Vos! —exclamó entrecortadamente—. ¡Erais vos quien me perseguía!

—Es evidente que te has llevado una sorpresa mayor de lo que sería razonable —dijo el intruso.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —inquirió Isabeau con voz trémula.

La carcajada del hombre fue tan sonora como desdeñosa.

—Por favor. El papel de delicada doncella no te va. No pienso matarte.

—Entonces, ¿qué?

—Sólo avisarte, nada más. Olvida las esferas de sueños. No toleraré más interferencias.

Isabeau trató de distraer la atención de su persona.

—Haga lo que haga, sufriréis interferencias. Dos entrometidos les siguen ya la pista. Los conocéis: Arilyn, la semielfa, y lord Thann.

El hombre recibió la información en silencio y levantó una mano en la que sostenía una pequeña esfera reluciente.

—Si se cruzan en mi camino, morirán. Pero antes averiguaré qué modo de muerte temen más.

Isabeau se permitió la bravuconada de reírse con desdén. Era la forma de recuperar el valor.

—¿Y éste es el tan cacareado concepto de honor de la nobleza?

Con la rapidez de una serpiente que atacara, el hombre quiso golpearle en el rostro con la mano abierta. Pero Isabeau logró girar la cabeza, por lo que el bofetón apenas le rozó la mejilla. El intruso domeñó la cólera con visible esfuerzo.

—No me provoques —amenazó en voz baja, temblando de rabia—. Escúchame bien: no quiero volver a verte, pero es probable que me seas útil. En el sur, se está produciendo un cambio de opinión, por lo que tal vez seas bienvenida en tu patria. Te aconsejo que te dirijas allí lo antes posible.

Hubo un estallido de humo de penetrante olor seguido por un suave zumbido al mismo tiempo que el aire llenaba el vacío dejado por la desaparición de la oscura figura.

La repentina ráfaga de viento hizo ondear el pelo y el camisón de Isabeau en torno a su cuerpo antes de calmarse de pronto.

Isabeau se apartó de la cara un oscuro rizo y se dio cuenta de que las rodillas se le movían como álamos temblones. Se desplomó sobre la cama para reflexionar sobre el nuevo giro de la situación.

Tethyr, el país de sus antepasados. Era una sugerencia digna de tener en cuenta y

que encajaba perfectamente con sus nuevas y elevadas ambiciones. No obstante, una cosa era decidir emprender viaje al lejano sur y otra muy distinta que pudiera hacerlo.

No tenía un protector, apenas dinero y escasas perspectivas de conseguir más antes de la llegada del invierno. Lo único que se le ocurría era regresar a Aguas Profundas y recuperar el botín perdido. Una vez que tuviera el tesoro en sus manos, podría regresar a su patria a lo grande.

Sí, estaba decidida. Se puso en pie con resolución y continuó metiendo en el arcón de viaje las prendas propiedad de alguna mujer Eltorchul. Las esferas de sueños serían suyas; ya sabía cómo conseguirlas.

Dejaría que la semielfa y su enamorado localizaran los juguetes mágicos. Ella los seguiría del mismo modo que el chacal del desierto sigue las huellas de una manada de leones. Por lo general, los chacales comen bien.

Para ella no contaba que tantas personas hubiesen muerto debido a esas esferas; algunas, asesinadas por ella misma. Eso no le pasaría a ella. Arilyn y Danilo se llevarían todos los palos y, cuando cayeran, Isabeau sabría qué hacer.

Acabó de empacar sus cosas tarareando una tonada. Los servidores que llevaron sus pertenencias a las cuadras y se las tendieron cuando ella montó comentaron con admiración el coraje y la resistencia de la joven.

—No me pasará nada —les aseguró Isabeau—. Estaré perfectamente.

Danilo sabía que estaba soñando, pero eso no era consuelo. Imágenes inconexas y surrealistas se sucedían sin orden ni concierto en un inquieto duermevela.

Un gatito blanco que jugaba en un patio. La súbita caída de la noche y la aparición

de un búho. Danilo trató de intervenir, pero resultó que no podía hablar ni moverse.

Una niña que corría tras una pelota en la calle, ajena al carruaje que iba a atropellarla. Una y otra vez, variaciones del mismo tema.

Sintió en la frente una mano fría. Sumido todavía en la confusión de esas imágenes de pesadilla, Danilo respondió a lo que interpretó como una amenaza agarrando una delgada muñeca y tirando de ella. Fue un alivio poder actuar al fin.

Instintivamente retorció el cuerpo del intruso y lo inmovilizó.

Una voz familiar pronunció su nombre. Despertó de la pesadilla y vio bajo él la cara de Arilyn. La semielfa lo miraba tranquilamente, lo cual aumentó su desconcierto por haber sido pillado tan fuera de sí.

—¿Tan poco valen mis guardias y mis cerrojos que entras como si nada? —preguntó.

—Probablemente, pero Monroe me ha dejado entrar —respondió ella suavemente.

—¡Ah! —Dan se apartó para permitir que se levantara—. Bueno, eso me tranquiliza, creo. —También él se levantó y apoyó ambas manos en la parte baja de la espalda para estirarse tras una noche en la que no había hallado reposo—. ¿Dónde has estado?

—Persiguiendo a Isabeau.

Danilo se detuvo en pleno estiramiento.

—Estará muerta, supongo.

—No.

—Has sido inusualmente tolerante, aunque en este caso no sé si lo apruebo.

—Recibirá lo que merece. Y apostaré que muy pronto —replicó Arilyn en tono convencido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Isabeau afirma que ocupó el lugar de Lilly para evitar ser asesinada por Elaith Craulnober. Dan, antes de que niegues la posibilidad, recuerda que seguramente Elaith tiene la Mhaorkiira. Recuerda que tal vez Lilly fue quien la vendió.

Danilo se volvió hacia la ventana. Pronto amanecería, aunque unas nubes oscuras impedían contemplar el ocaso de la luna.

—Elaith fue tras Isabeau una vez y es posible que vuelva a hacerlo. Sin embargo, me niego a creer que Elaith asesinara a Lilly.

—Es una posibilidad.

—Lo sé —admitió Dan con un suspiro y se frotó vigorosamente el rostro con ambas manos, como si pretendiera ver más claramente—. ¡Maldición! Me he encariñado con ese rufián y creía de veras que haría honor a su promesa. No obstante, últimamente he descubierto que debo desconfiar de mi propio juicio sobre quienes me rodean. No sé qué pensar acerca de la muerte de Lilly, pero siento que con mi familia me encuentro en arenas movedizas.

—Y conmigo —añadió Arilyn suavemente.

—No. Tú sólo haces lo que debes.

—El resultado es el mismo: promesas incumplidas. Tienes que saber cómo están las cosas y en quién puedes confiar.

La semielfa se quedó en silencio. Durante largos minutos, pareció alterada, como si librara una batalla invisible.

—Habla con ella —soltó finalmente a bocajarro—. Con Lilly, me refiero. Busca un clérigo que invoque su espíritu. Averigua quién la asesinó y deja de torturarte con eso. Tanto si fue Elaith como otro, lo sabrás y podrás seguir adelante.

El joven bardo se quedó mirándola con perplejidad.

—Pero si los elfos no creéis en eso. Te pusiste como una fiera con la posible resurrección de Oth.

—Admito que no me gusta, sin embargo es un asunto de tradiciones elfas; no, de

principios. Ahora mismo tú lo necesitas.

Danilo se sintió conmovido. Arilyn olvidaba sus escrúpulos elfos a fin de que él lograra la paz de espíritu. Dulcemente le acarició una mejilla.

—Gracias —le dijo.

Arilyn se apartó y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

—Vamos. Acabemos cuanto antes con esto.

—Tienes razón. Si nos entretenemos, corremos el riesgo de crear otro momento sentimental.

La semielfa le echó una mirada recelosa por encima del hombro, como si creyera que se estaba riendo de ella.

—Más tarde —dijo lacónicamente—. Es una promesa que pienso cumplir.

—En ese caso, yo te prometo que será una conversación muy breve —repuso Dan, tratando de comportarse con su habitual desenfado.

Se dirigieron a la Ciudad de los Muertos: un vasto jardín tapiado donde yacían muchas generaciones de habitantes de Aguas Profundas, desde humildes plebeyos hasta los legendarios héroes de tiempos muy remotos. La Ciudad de los Muertos estaba rodeada por altos muros y custodiada por guardias apostados junto a las verjas de hierro forjado. Su función era doble: evitar que los ladrones de tumbas saquearan los sepulcros e impedir que quienes estaban dentro salieran. En Aguas Profundas los muertos no siempre descansaban en paz.

Por un instante, Danilo lamentó el paso que estaba a punto de dar. Lo mínimo que Lilly merecía era paz y reposo.

—Merece justicia —declaró Arilyn con firmeza.

—¿Desde cuándo me lees los pensamientos? —inquirió Dan en tono socarrón.

—Leo tu cara. Hagamos lo que hemos venido a hacer.

Cabalgaron hasta la verja y ataron los caballos a la barra provista a tal efecto. Los guardias les franquearon la entrada. Arilyn y Danilo pasaron por ese cementerio tan semejante a un jardín, con enormes estatuas y pequeños mausoleos de mármol que transmitían serenidad. Algunos de ellos eran meras fachadas, pues la puerta conducía a otro espacio dimensional.

Danilo se detuvo frente a una estatua de un caballo blanco con un cuervo posado sobre su lomo, preparado para alzar el vuelo. Nunca el símbolo de los Thann le había parecido tan apropiado. Ambos animales formaban parte del viaje: el caballo representaba un compañero en el viaje de la vida, y si la leyenda tenía algo de verdad, el cuervo debía guiar el espíritu hacia el más allá.

—Aquí está Lilly.

Dan señaló con la cabeza el edificio pequeño y bajo que se alzaba justo detrás del emblema familiar.

Arilyn probó de abrir la puerta.

—Está cerrada. ¿Quieres que la fuerce?

—No es necesario.

Danilo colocó una mano sobre la cabeza del cuervo de mármol. El mausoleo de los Thann estaba protegido por la magia, y solamente los miembros de la familia podían entrar. La puerta se abrió silenciosamente hacia una sala que estaba vacía.

El joven tomó una antorcha del soporte situado junto al marco de la puerta, la encendió y se asomó adentro. En las puertas que bordeaban la sala se habían grabado los nombres de quienes reposaban allí. El nombre de Lilly no figuraba, como debería, entre los de sus parientes.

—Esto no es lo que acordamos —masculló—. Quedamos en que Lilly descansaría aquí, en la sala principal, mientras se le preparaba un lugar de reposo permanente. Tal vez lady Cassandra ha dispuesto que la entierren en la zona de los plebeyos o incluso en una fosa común. ¡Si es así, me va a oír!

Buscaron al encargado, un enano de aspecto más bien nervudo que descansaba tumbado en la hierba junto a una tumba en la que ardía una llama eterna. El fuego resultaba muy agradable en esa fría mañana, y el enano disfrutaba plenamente de él.

Estaba tumbado de espaldas, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y las botas apoyadas encima de una lápida.

Arilyn carraspeó. El enano se puso rápidamente de pie y se sacudió la tierra del fondillo de las polainas. De inmediato, tendió esa misma mano a Danilo.

—Mis condolencias por vuestra pérdida.

De tanto repetir esa misma frase se había convertido en una mera fórmula vacía de significado. Danilo estrechó brevemente la mano del enano.

—Justamente de pérdida se trata, en más de un sentido. No consigo localizar el cuerpo de mi hermana. Debería estar en el mausoleo familiar.

—¡Hmmm! ¿Qué familia es?

Dan respondió. El enano se rascó la barba mientras rumiaba.

—Llegas tarde, muchacho. Esa familia no se anda con contemplaciones con los sirvientes, ¿verdad? La ceremonia se celebró ayer.

Dan y Arilyn intercambiaron una mirada de extrañeza.

—Pero si tenía que ser mañana. ¿Dónde la han enterrado?

—En ningún sitio. El cuerpo ha sido quemado.

El enano lanzó un escupitajo al fuego eterno y admiró el chisporroteo que produjo como si ilustrara su comentario.

—Quiero saber quién es el responsable de este error —exigió Arilyn, totalmente indignada.

—No es ningún error. Cumplimos órdenes.

—¿De veras? ¿Quién de aquí tiene la autoridad para impartir tal orden? —inquirió Danilo fríamente.

—Lo ordenó una mujer que no es de aquí, ¡gracias al todopoderoso Clageddin por ello!

El enano alzó la nariz en un ángulo altanero para imitar su reciente némesis.

Danilo comenzó a tener un mal presentimiento.

—No estarás hablando de lady Cassandra Thann, ¿verdad?

—Ya veo que la conoces.

Involuntariamente, Dan sacudió la cabeza.

—No —dijo en tono asombrado, dándose cuenta de que decía la verdad—. No, me temo que no la conozco en absoluto.

Danilo halló a su madre en el jardín sumida en la lectura de un grueso tomo que descansaba en su regazo. Rápidamente, lanzó el hechizo que había preparado de camino a la mansión Thann; era un encantamiento fruto de su ira y alimentado por sus pesadillas.

La intención era cambiar las palabras que justamente leía lady Cassandra, transformando el erudito texto en los términos del acuerdo al que habían llegado el día anterior para hacerla sentir culpable. Pero en el mismo momento en que liberó el hechizo, Dan se dio cuenta de que la magia se le iba de las manos y comenzaba a dar vueltas sin ningún control.

La tinta de la página abierta se fundió, y las palabras se confundieron. La mancha negra se tornó del color de la sangre e inmediatamente comenzó a arder.

Lady Cassandra se levantó de un salto, lanzando un grito ahogado. El valioso libro le cayó del regazo. Mientras se consumía en el suelo, despedía volutas de humo, que se retorcían y se arremolinaban en un vano intento de formar las palabras que Dan y su madre habían pronunciado y que el joven había incluido en el hechizo. Pero su acuerdo estaba roto; la confianza de Dan, hecha pedazos, y el encantamiento no recordaba las palabras.

La dama observó largamente al visitante mientras recuperaba la compostura.

—Tienes toda mi atención —dijo al fin.

—Y tú tienes mi promesa de que, pese a todos tus esfuerzos por impedirlo, averiguaré quién mató a Lilly —replicó Dan con serena intensidad—. ¿Por qué, madre?

A juzgar por los acontecimientos no sólo de hoy sino de los últimos diez días, parece que tienes algo que ocultar.

—¿Me preguntas por qué? Esta situación es vergonzosa. ¿Pretendías que enterrásemos a una moza de taberna en el mausoleo familiar? ¿En qué estabas pensando?

—¡Ayer te mostraste de acuerdo!

—Por tu propio bien. Si no fingía ceder un poco, no habrías parado hasta que te hubieras salido con la tuya en todo.

—Y justamente, eso pienso hacer ahora. —Danilo escrutó la faz de su madre, tratando de adivinar qué estaría pasando tras esa hermosa y serena faz—. ¿No sientes ninguna curiosidad por Lilly? ¿Por su vida, por su muerte?

—No, y tampoco deseo seguir hablando de esto. Ni ahora ni nunca en el futuro.

—¡Maldita sea, madre! ¡Eres tan obstinada como una elfa de sangre pura!

Por fin, sus palabras tuvieron algún efecto. Por el rostro de la dama cruzó una expresión de consternación, aunque rápidamente se dominó.

—Deberías elegir tus palabras con más cuidado. Hay gente en esta ciudad que podría interpretarlas mal.

En la mente de Danilo germinó una sospecha terrible e imposible. Tal vez Lilly había sido asesinada por pertenecer a una casa noble y poseer más que un poco de sangre elfa. Arilyn había sido atacada, y también Elaith. Quizá alguien estaba decidido a cortar cualquier lazo de unión entre la familia Thann y los elfos.

Tal vez el empeño de lady Cassandra por negar sus orígenes había llegado al extremo de tratar de destruir a cualquiera que se lo recordara.

Rápidamente desechó tales pensamientos. No podía creer que su propia madre...

¿Cómo podía haber llegado a imaginar tal cosa de ella?

—Es posible que te llegue el rumor de que Elaith Craulnober tuvo algo que ver en la muerte de Lilly —dijo tan pronto como se halló en situación de hablar—. No niego esa posibilidad, pero pienso llegar hasta el fondo de este asunto. Hasta entonces, me opondré a cualquier acción que se emprenda contra él. —Hizo una pausa, y después añadió con dificultad—: Así como contra cualquiera que tenga sangre elfa.

Hasta donde le llegaba la memoria nunca jamás había visto a su madre atónita y sin habla.

—¿Te atreves a darme órdenes?

—En cierto modo. Por débil y remota que sea nuestra herencia elfa, quiero que entiendas que me siento orgulloso de ella.

—¡Khelben! —masculló la dama, convirtiendo el nombre del archimago en un improperio—. Supongo que fue él quien se fue de la lengua. ¡Pues ha elegido el peor momento para dejar de ser reservado y enigmático!

—Entonces, es cierto. ¿Por qué nunca me has dicho ni media palabra?

—¿Para qué? ¡Hace generaciones que ha sido olvidado! ¿Qué necesidad hay de abrir los armarios para airear todos los secretos?

—Te recuerdo que la fortuna de los Thann se hizo con el comercio de esclavos.

¿Me estás diciendo que es aceptable tener tratantes de esclavos en el árbol genealógico, pero no es aceptable tener elfos?

—¡Vigila el tono y ándate con pies de plomo! —dijo la dama con voz contenida de furia—. Elaith Craulnober se ha pasado de la raya y pagará por su presunción. Vigila de no hundirte con él.

Dicho esto, se marchó dejando a Danilo solo con todas las ilusiones de una vida hechas pedazos.

Arilyn esperó en la taberna convenida hasta que la luna estuvo muy alta en el firmamento y el fuego comenzaba a apagarse. Danilo entró. Tenía un aspecto tan descuidado como un marinero, y Arilyn jamás lo había visto tan desolado. Se dejó caer sobre el banco y se apartó el pelo húmedo de la cara.

—Lo siento. He estado paseando por la muralla del mar.

Arilyn conocía ese lugar. Era perfecto cuando uno quería estar solo. Incluso en los días más apacibles soplaba desde el mar un viento cortante, cargado de sal, de rociones de agua y de secretos. No había ningún lugar en el que refugiarse del embate del viento ni tampoco ninguna barrera del lado que caía a pico hacia las heladas aguas. No era un paseo apto para timoratos ni para aquellos que apreciaran la comodidad. Uno podía caminar durante una hora por la muralla sin encontrarse ni con un alma.

—Diría que has vuelto demasiado pronto —dijo la semielfa. Arrojó algunas monedas encima de la mesa y añadió—: Vamos.

Dan no protestó. Se dirigieron al norte y treparon por la escalera excavada en el muro de piedra. Durante mucho rato, pasearon por el borde de la muralla. La luna comenzaba a ocultarse y su luz cabrilleaba en las inquietas aguas del mar. En la bajamar, quedaban al descubierto una multitud de percebes que se aferraban desesperadamente a la muralla. El único sonido era el del oleaje que se estrellaba contra el muro y luego murmuraba. Arilyn pensó que había visto pocos parajes tan solitarios y desolados como éste.

—Vengo aquí de vez en cuando —dijo de pronto Danilo—. El sonido del mar me ayuda a limpiar la mente, comenzar de cero y pensar con mayor claridad. Pero esta noche es inútil.

A continuación, le relató la conversación que había mantenido con lady Cassandra, así como sus terribles sospechas.

—Siempre me he sentido un poco extraño en mi familia, pero es ahora cuando me doy cuenta de lo poco que los conozco. Jamás imaginé que llegaran a ponerse en contra de mí.

—Son cosas que pasan —replicó Arilyn escuetamente.

La historia de Danilo se asemejaba demasiado a su propia historia familiar, que prefería olvidar. Tras una breve vacilación se le ocurrió que aunque no le sirviera de consuelo, al menos no se sentiría tan solo.

—Mi madre murió cuando yo tenía apenas quince años. Una semielfa de esa edad es poco menos que una niña. La hoja de luna pasó a mis manos. Mi madre tuvo siempre la intención de legármela y había empezado a entrenarme para que fuese capaz de satisfacer las exigencias de la espada. Pero, como sabes, no tuvo tiempo suficiente y murió antes de que tuviera oportunidad de decirme todo lo que yo necesitaba saber. La familia de mi madre se desplazó a Evereska para el funeral con las vestiduras tradicionales del duelo y el rostro velado. Nunca les vi la cara, pero los oí discutir sobre la espada y su destino. Aunque ninguno pensaba que debería ser mía, permitieron que me la quedara. Mucho después comprendí por qué: no creían ni por un segundo que la hoja de luna aceptara a una semielfa. Estaban convencidos de que

moriría al empuñarla, tras lo cual podrían recuperar la espada de Amnestria. No se dignaron explicarme nada ni advertirme.

—No sabía nada —comentó Danilo, muy enfadado.

—No es algo de lo que me guste hablar. Me costó mucho tiempo comprender que mis parientes elfos no son malvados, ni siquiera desconsiderados. Nada más lejos de la verdad. Lo que ocurre es que yo no formo parte de su mundo. Para ellos, los semielfos no forman parte de los *tel'quessar* y, por tanto, no merecen su consideración. Suena duro, pero tienen razones para pensar como piensan.

—No obstante, estabas sola y eras muy joven. Puedo imaginarme lo duro que debió ser para ti.

Arilyn lo detuvo poniéndole una mano en un brazo. Sin hablar, se fundieron en un abrazo; dos figuras recortadas contra el cielo nocturno.

—No estás solo y nunca lo estarás —le dijo Arilyn dulcemente.

Mientras se abrazaban, Arilyn comprendió algo, era una presencia que siempre había sentido pero nunca de manera tan vivida. Tras el jovial y despreocupado espíritu de Danilo, que tan bien conocía, se ocultaba una oscuridad a la que hasta entonces no había tenido acceso. La semielfa aceptó ambos aspectos, pues comprendía su significado. Dan y ella estaban unidos por un vínculo élfico: un profundo lazo de comunicación psíquica y espiritual. Aunque no era una comunión completa de dos almas —reservada a los elfos—, era infinitamente más que la mera unión de dos cuerpos o incluso de dos corazones.

—También yo lo siento —dijo Danilo suavemente, leyendo la mente de Arilyn.

La semielfa supo entonces que el vínculo élfico los englobaba a ambos. Se habían encontrado; el círculo era completo.

De repente, Dan la alzó en brazos como si se tratara de una doncella vestida con sedas en lugar de una guerrera. Para su sorpresa, Arilyn descubrió que no le importaba.

Danilo tenía hábitos propios, y en esos instantes el apremio del deseo humano —ajeno a los elfos— le parecía algo tan natural como la llegada de la primavera.

La semielfa le echó los brazos al cuello. La magia los rodeó, y el bramido del mar se perdió en la arrolladora marea del viaje mágico.

El blanco remolino del hechizo los depositó en un mundo que a Arilyn, con sus sentidos intensificados, se le antojó un mundo mágico. En el hogar, ardían troncos de manzano, y las lámparas de aceite emitían una luz muy suave. Los globos de vidrio azul filtraban la luz de las lámparas y bañaban la estancia en un resplandor azul. Arilyn bajó la vista casi esperando descubrir que iba vestida con seda azul y las piedras preciosas favoritas de Danilo.

—Esta noche, no —dijo el joven en voz alta mientras la depositaba suavemente en el suelo—. Tal como eres.

Arilyn se desciñó el cinto del que le pendía la hoja de luna y lo arrojó a un lado.

Fue un gesto de protección instintivo, pues si Danilo la rozaba sin darse cuenta sufriría quemaduras. La semielfa dejó caer la espada sin ningún cuidado. Aunque la hoja de luna fuese su destino elfo, esa noche debía cumplir otro compromiso igualmente sagrado.

Danilo le apartó las manos y acabó por ella. Suavemente, le acarició las hendiduras en el antebrazo que le habían dejado el brazal y la vaina del cuchillo que llevaba adherida. Fascinado por la piel de la semielfa, la exploró con una delicadeza exquisita y torturadora.

—Luz de luna en una perla —murmuró en un tono reverente al mismo tiempo que retiraba la camisa de los hombros femeninos.

Arilyn comenzó a experimentar un nivel de impaciencia muy humano. De haber poseído una pizca de magia, hubiera disuelto toda la ropa. Como no podía, comenzó a tironear de los cordones que unían por el costado sus prendas de cuero.

Danilo se contagió de su impaciencia y procuró ayudarla, aunque tal era su urgencia que ambos eran igualmente torpes. Finalmente, Arilyn lo apartó, se inclinó y se sacó un cuchillo de una funda oculta en una bota.

Se lo entregó a Danilo. El joven cortó hábilmente los cordones, las prendas cayeron al suelo, y Arilyn las alejó de un puntapié. A continuación, se quitó las botas asimismo a puntapiés, con tanto ímpetu que una de ellas se estrelló contra una lámpara de aceite. El globo azul se balanceó a tontas y a locas, la llama parpadeó y, por fin, se extinguió.

«Mejor a oscuras», pensó Arilyn. La luz de la luna les bastaba. A ella la colmaba en un sentido muy tangible. Su plateado resplandor comenzó a reunirse, haciéndose más y más luminoso a medida que ascendía. La mente de Arilyn se vació de cualquier pensamiento. Nada existía, excepto ese momento y ese lugar. El vínculo élfico se fusionó con un apremio muy humano, aunque no eran discordantes sino complementarios. Ambos transmitían una sensación de regreso al hogar tan aguda y dulce que Arilyn supo que ese recuerdo perduraría en ella incluso cuando su espíritu se fusionara con la hoja de luna.

Más tarde se acurrucaron frente al fuego uno en brazos del otro, contemplando los dibujos de las llamas. Sobraban las palabras, pues las palabras eran un medio de salvar un abismo, y la comunión que acababan de compartir había borrado ese abismo. La semielfa no sabía qué les deparaba el destino, pero después de eso ninguno de los dos volvería a estar realmente solo nunca más.

Amaneció muy lentamente, pues las nubes tapaban el sol y una débil llovizna caía en susurros sobre los tejados y las hojas caídas.

Danilo se volvió hacia la mujer que dormía a su lado y la despertó con un beso.

—Odio decirlo, pero debemos levantarnos. Tenemos cosas que hacer fuera de esta habitación.

Arilyn se estiró con la expresión satisfecha y lánguida de un gato.

—De haber sabido cómo sería, no habría esperado tanto.

Danilo le tomó una mano y la besó.

—Ha sido culpa mía —declaró con pesar.

Cuatro años antes, cuando se declararon su amor, Danilo se empeñó en hacerlo todo según la tradición: su unión sería bendecida por sacerdotes de Hannali Celanil, la diosa elfa del amor. Se casarían en una ceremonia espléndida y fastuosa, pues lo que había entre ellos no era un simple capricho, sino un compromiso meditado.

—Tú sólo querías hacer las cosas como es debido —lo consoló Arilyn.

—Pues elegí un momento muy inoportuno para empezar —se reprochó con una irónica sonrisa.

Después de haber compartido una unión tan profunda y completa, ceremonias y tradiciones perdían su razón de ser. Su vínculo de unión, que se había iniciado tiempo atrás, era para siempre.

No obstante, una pequeña parte de él seguía anhelando la ceremonia, el símbolo.

Extendió una mano hacia la mesilla de noche y sacó del cajón un estuche. Cuatro años antes había comprado un aro de zafiros y ópalos para entregárselo en el Baile de la Gema.

—Ya sé que no llevas anillos, pero tal vez podré convencerte para que hagas una excepción.

Arilyn tendió la mano.

—Ahora mismo soy especialmente vulnerable a la persuasión.

—¡Ojalá pudiera aprovechar! —comentó mientras le ponía el anillo—. Aunque resulta que no se me ocurre nada en este mundo que quisiera pedirte y que no tengamos ya, con la sola excepción de otros pantalones. —Efectivamente, los viejos pantalones estaban inservibles.

Arilyn frunció el entrecejo tratando de seguir su razonamiento. Entonces, recordó, y esbozó una leve sonrisa petulante que hizo las delicias de Danilo. Riéndose entre dientes tiró de la campanilla. Monroe, el mayordomo, acudió prontamente a la llamada, entreabrió apenas la puerta para no pecar de indiscreción y preguntó en qué podía servirlos. Danilo le mandó en busca de un vestido para Arilyn.

Monroe cumplió el encargo con admirable presteza y dejó sobre el respaldo de una silla una camisa larga de lino y un vestido suelto.

—Son prendas muy sencillas, aunque espero que por el momento bastarán —anunció mientras salía.

Arilyn miró con aprobación las prácticas prendas.

—Tu mayordomo tiene sentido común. Claro que debería sentirme un poco rara

por llevar las ropas de otra mujer.

—¿De verdad hay otras mujeres? —inquirió Danilo perplejo.

Arilyn le lanzó una mirada burlona.

—Tú sigue pensando así, y todo irá de maravilla.

La paz y la unidad de esa mañana duró lo que tardaron en poner un pie en la calle.

La mirada de Arilyn se tornó dura y vigilante. De ella emanaba una especie de bruma, que era el aura de una luchadora que se prepara para la batalla.

—Estás tan nerviosa como una ardilla —observó Dan—. ¿Qué pasa?

—No estoy segura.

La semielfa parecía sinceramente desconcertada.

—¿Y la espada?

Danilo se refirió a la hoja de luna sin el resentimiento que lo había afligido durante tanto tiempo.

—No hay ningún aviso, pero noto como si nos estuvieran siguiendo. No sé por qué. No oigo nada. Es sólo una sensación.

Esquivaron una alcantarilla abierta, pues recordaban perfectamente el ataque que habían sufrido la última vez que Arilyn había presentido el peligro, y se encaminaron rápidamente a calles más concurridas.

Allí, tan cerca del mercado, los vendedores ambulantes hacían buen negocio. El aroma de pequeñas empanadas de carne flotaba en el aire, y de las cestas llenas de hogazas de pan recién horneado salía un fragante vapor. La gente comía el pan mientras caminaba y, para ayudar a bajarlo, de vez en cuando, hacían un alto para echar un trago de cerveza de barril o de leche fresca, que les servían de cubos.

Un grito de mujer los dejó a ambos paralizados.

Antes de que Danilo pudiera volverse hacia la fuente del sonido, Arilyn ya había desenvainado la espada. Aunque no brillaba con luz mágica, las runas grabadas a lo largo de la hoja —ocho en total, una por cada elfo que la había usado y la había imbuido de un nuevo poder— atrajeron la atención de Danilo. Una de las runas emitía una inquietante refulgencia blanca.

Era la primera vez que veía a la espada responder de ese modo. Se trataba de un resplandor en nada parecido a la luz azulada que advertía de un peligro inminente, ni tampoco al suave lustre verde que avisaba a Arilyn cuando los elfos necesitaban su ayuda.

La mujer lanzó otro grito, que recordó un sollozo ahogado. Danilo desvió con esfuerzo la vista de la hoja de luna. Vio a una joven lechera junto al taburete y el cubo volcados, que se tapaba la boca con las manos y abría desmesuradamente los ojos, por completo ajena al charco de leche derramada que se formaba en torno a sus pies.

Aunque la chica no parecía correr un peligro inminente, Danilo siguió su mirada hacia lo que la había alterado tanto.

Detrás de Arilyn, apenas distinguible en el juego de luces y sombras que generaba la multitud en la calle, vio la fantasmal imagen de una elfa.

Aunque la figura era vaga y translúcida como una burbuja de jabón, el joven bardo pudo distinguir una expresión severa y una melena color zafiro recogida en una prieta y práctica trenza para que no molestara en la batalla.

—Thassitalia —murmuró Arilyn.

Danilo había oído ese nombre y supo de inmediato qué significaba. Era una sombra élfica: una manifestación de la magia de la hoja de luna y símbolo del profundo vínculo espiritual que existía entre elfa y su espada. Thassitalia fue una de las antepasadas de Arilyn, una de las elfas que habían blandido la hoja de luna y cuyo espíritu confería magia a la espada elfa.

No era ésa la primera vez que veía a una sombra élfica, pero en la ocasión anterior le había parecido más sólida y tenía el rostro de Arilyn. Había sucedido en una época de incertidumbre y peligro, pues un mago elfo había pervertido la magia de la hoja de luna para utilizarla en beneficio propio. Arilyn le había confesado que la acosaban las pesadillas sobre la posibilidad de que pudiera repetirse. Quizá sus temores se habían hecho realidad.

La efímera sombra los escrutó con una expresión de perplejidad y consternación en su rostro espectral. Arilyn también se había quedado atónita.

—No te he invocado —dijo al espectro en idioma élfico—. Regresa enseguida a la espada.

Pero la esencia de la guerrera Thassitalia sacudió la cabeza, no porque se negara, sino para indicar que no oía o no entendía.

Danilo cogió a Arilyn del brazo.

—Sigamos antes de que cunda el pánico —le susurró.

La semielfa asintió y se agachó para entrar tras él en una estrecha abertura entre dos edificios. Siguieron la ruta arpista: una intrincada senda secreta que transcurría por callejones, tejados y por las entradas secretas de tiendas cuyos propietarios simpatizaban con la organización.

La fantasmal elfa los siguió pegada a ellos, como una tercera sombra.

Elaith Craulnober avanzaba con sigilo por una ruta igualmente tortuosa, tan silencioso y anónimo como algún que otro gato que acechaba por el callejón en busca de presas.

Pese a toda su riqueza y poder, el elfo aún podía moverse por la ciudad sin llamar demasiado la atención. Lo prefería así. Ésa era una de las razones por las cuales su reciente inclusión en la lista de invitados de Galinda Raventree había sido tan poco acertada.

Muchas personas acaudaladas e influyentes de Aguas Profundas lo conocían de

oídas, pero no personalmente. Tal circunstancia permitía a Elaith tratar con ellas u obtener en el curso de conversaciones livianas información que jamás de los jamases revelarían a un competidor. Si había renunciado a esa ventaja, había sido por complacer al humano a quien había nombrado «amigo de los elfos». Desde el baile, los nobles ya lo conocían, o al menos eso pensaban ellos. Si realmente lo hubieran conocido, no lo habrían atacado enviando contra él una banda de hombres enmascarados y soldados de segunda como Rheap.

Era casi vergonzoso que no llegaran a saber nunca de qué forma pensaba vengarse, aunque así eran las cosas. Elaith nunca se habría enriquecido ni hubiese tenido éxito de haber actuado de manera abierta y franca. Y tampoco podría sobrevivir si él y sus actividades se convertían en un foco de atención. Había llegado el momento de desviar la mirada de la nobleza comerciante.

Halló a Rheap holgazaneando en la parte trasera de un almacén propiedad de los Ilzimmer, lanzando dados contra una pared con un trío de soldados mercenarios de la familia. Oculto en las sombras, el elfo observó atentamente a su rival. Una mujer ataviada con un vestido escarlata de muy mal gusto esperaba apoyada en un barril desechado. Su actitud era de indiferencia. Por los vulgares comentarios de los jugadores, Elaith supo que la mujer sería el premio para el ganador. Habían hecho fondo común para pagar la tarifa de la mujer.

«¡Ojalá que Rheap gane!», se dijo Elaith. De ese modo, lo seguiría hacia el rincón que eligiera para disfrutar de su premio y podría tratar con él en privado, o casi.

Pero ese día la diosa fortuna no sonrió a Rheap. Un hombrecillo bajo, con barba bermeja y una pata de palo se alejó con la mujer, muy ufano. Sus camaradas iniciaron otra partida, sólo para divertirse, mientras discutían la posibilidad de que les fiaran en alguna taberna. Cuando ya se iban, el elfo logró atraer la mirada de Rheap.

El mercenario se detuvo bruscamente y se atusó el pelo con movimientos exagerados.

—Id sin mí, chicos. Creo que he perdido mi mejor dado —improvisó.

Tan pronto como los hombres se alejaron, Elaith salió de las sombras.

—Tu nariz se está curando muy bien —comentó—. Si bien es mayor y más chata de lo que era antes, ¿qué es eso en relación con todo lo demás?

—Vigila lo que dices, elfo. Puedo matarte rápidamente o alargar las cosas, y entonces verías mi cara más fea.

—Bueno, no creo que pueda empeorar mucho.

El hombretón abrió bruscamente la puerta del almacén y se asomó.

—Adentro. Vamos a zanjar esto ahora mismo.

Elaith hizo una reverencia y extendió una mano para indicarle que fuese delante.

Tal recordatorio de su traicionero comportamiento hizo brotar un apagado arrebol en el rostro del mercenario. Rheap desenvainó la espada y deliberadamente entró en el

almacén caminando hacia atrás para no dar la espalda a su rival.

Elaith lo aplaudió silenciosamente. En cuanto a insultos, ése era bastante bueno.

Cualquier insinuación de que ambos tenían la misma catadura moral era una vil calumnia.

—Sólo uno saldrá vivo de aquí —anunció Rhep.

—De acuerdo.

Elaith desenvainó y comenzó a dar vueltas alrededor de Rhep.

Rhep iba girando para no darle nunca la espalda, aunque prefirió esperar a que el otro atacara primero. Elaith lo complació lanzándole una estocada alta a la velocidad del rayo.

Antes de que el mercenario pudiera efectuar una parada, Elaith giró y pasó junto al humano. La espada del elfo rozó la oreja de Rhep. En el golpe de regreso, blandió la espada baja e hizo un tajo en el fondillo del pantalón de cuero del humano.

Rhep aulló, dio media vuelta y se abalanzó hacia el elfo, pero Elaith ya se había alejado. El elfo seguía los movimientos del adversario manteniéndose justo fuera de su campo visual. Cuando atacó, le hizo un corte superficial a lo largo de la mejilla.

Inmediatamente, retrocedió un paso y dio al rival la oportunidad de que se le enfrentara. El mercenario embistió con una furiosa descarga de golpes rápidos y potentes que Elaith fue rechazando con una destreza, una economía de movimientos y una facilidad que resultaban ofensivas para el rival. Durante un rato, se contentó con defenderse con una mano posada en la empuñadura de la espada y la otra ligeramente apoyada en una cadera, sin necesidad de mover los pies. Sus labios esbozaban permanentemente una leve sonrisa burlona. Estaba decidido a divertirse.

Por fin, Rhep retrocedió. Ambos contrincantes dieron vueltas uno alrededor del otro con las espadas en guardia baja. Mientras recuperaba el aliento, Rhep se llevó una mano al trasero para explorar la primera herida recibida. Cuando se miró la mano, la tenía manchada de sangre. Se la limpió en la túnica y dirigió al elfo una sonrisa desafiante.

—Ya me habían dicho que los elfos prefieren atacar a un hombre por detrás. Tú ya me entiendes.

Elaith hizo caso omiso al vulgar comentario.

—Considérate afortunado. Podría haberte cortado el tendón de la corva.

Las palabras del elfo borraron la sonrisa del rostro de Rhep. Su bravata se desvaneció al darse cuenta de que el elfo decía la verdad y que podría haber dado por finalizado el duelo con tanta rapidez y facilidad. Los ojos del hombre se oscurecieron al imaginarse a sí mismo tirado en el suelo, incapaz de levantarse mientras esperaba, impotente, el golpe de gracia.

—Ya basta de juegos —declaró en tono grave—. Acabemos con esto de una vez.

Se lanzó a la carga, sosteniendo la espada alta con ambas manos. Entonces, la

descargó con todas sus fuerzas contra el elfo, echando el resto en su superior tamaño y fuerza.

Elaith hurtó el cuerpo girando a un lado sin molestarse en parar el tremendo golpe.

Lejos de darse por vencido, Rhep siguió atacando con toda su furia y su fuerza.

El elfo tuvo que reconocer que era una buena estrategia, pues le obligaba a defenderse agarrando la espada con ambas manos y frenaba la velocidad de sus movimientos. Él era más bajo y rápido, pero Rhep había convertido el duelo en una lucha de fuerza bruta. Para compensar atacó acercándose tan peligrosamente a su adversario que recibió los furiosos golpes muy cerca de la empuñadura de la espada. El hecho de estar tan cerca le daba la oportunidad de usar una segunda arma.

Rhep se dio cuenta de sus intenciones y comenzó a recular. El elfo lo acosó sin tregua, parando todos sus golpes y asestándole otros tantos. Desesperado, el humano

atacó con dureza e inmediatamente le propinó un puñetazo con los nudillos desnudos. El elfo se ladeó para esquivar el golpe y, antes de que el mercenario pudiera retirar el brazo, le hirió con la espada. La hoja se hundió profundamente en la parte interior del codo. De inmediato, el mercenario cerró el puño y se lo acercó al hombro, cerrando así la herida con el brazo para frenar la pérdida de sangre. Con gesto adusto, siguió atacando, si bien con menos fuerza, pues solamente podía utilizar un brazo.

Con lentitud y determinación, el elfo impulsó hacia arriba las espadas trabadas.

Las armas se cruzaron por encima de su cabeza. Rhep logró enganchar la guarda curva de su espada por debajo del arma de Elaith. Con una sonrisa de triunfo, empujó hacia arriba con todas sus fuerzas, confiando en su superior estatura para arrancar el arma de manos de su rival.

El elfo se limitó a soltarla.

Rhep se tambaleó hacia atrás, comprendiendo demasiado tarde su error. Elaith cruzó los brazos y desenvainó dos cuchillos iguales de sendas fundas ocultas en los antebrazos. Atacó con la velocidad de una serpiente y hundió ambos cuchillos en la desprotegida garganta del rival.

El mercenario dejó caer la espada al suelo de madera, y mientras se desplomaba contra la pared, movía los labios para tratar de lanzar una última maldición. En las comisuras de la boca se le formaron burbujas carmesíes. La fuerza de voluntad y el espíritu se apagaron en sus ojos y dejaron sólo odio. El elfo miró hasta que también esa oscura luz se extinguió.

Bajó la vista hacia las finas dagas que empuñaba. Eran armas Amcathra, las mejores armas forjadas por humanos en la ciudad. Sin sentir ni dudas ni escrúpulos, lanzó primero una y luego la otra al cuerpo del mercenario de los Ilzimmer.

—Que saquen las conclusiones que quieran —murmuró.

A continuación dio media vuelta y se sumergió en las sombras, imaginándose con satisfacción las posibles consecuencias de ese acto.

El insólito trío formado por el bardo humano, la luchadora semielfa y la fantasmal sombra deambuló por la ciudad la mayor parte de la mañana. Finalmente, Danilo se detuvo en un jardín situado en una azotea, donde estaban a salvo de los ojos vigilantes y solamente serían visibles para los jinetes de grifos, que revoloteaban perezosamente entre las nubes. Ojalá que la visión de las legendarias criaturas no fuese tan aguda como para permitirles distinguir a la fantasmal elfa junto a Arilyn, con la mano apoyada en una espada igualmente fantasmal.

—Tengo que averiguar quién mató a Lilly —soltó Danilo.

Arilyn le lanzó una larga y apreciativa mirada. Inmediatamente, se volvió y se acodó en el muro del jardín.

—¿Acaso he tratado yo de disuadirte?

—No, no. Claro que no, pero debes dejarme que continúe solo.

La semielfa se irguió en toda su estatura y fijó en él una mirada desafiante.

—Ni hablar.

—¿Es que no lo ves? —Danilo se había sacado de la bota la pequeña esfera luminosa—. Hay algo que está alterando la magia. Tienen que ser estas esferas de sueños.

Los ojos del joven bardo se posaron en el borde más alejado del tejado. Thassitalia había desaparecido casi por completo; lo único que quedaba de ella era una débil silueta, solamente visible si uno miraba de soslayo.

—Desde que Lilly murió he llevado encima esta esfera, y ello ha interferido gravemente con la magia de tu espada.

—Lo mismo ha ocurrido con tus hechizos. Eso es lo que pasó en la fiesta organizada por tu familia. Oth llevaba encima varias esferas de sueños para mostrárselas a un grupo de magos y nobles comerciantes.

—Y yo le quité una a Isabeau —añadió Danilo—. Sí, ahora lo entiendo.

Arilyn dio un paso hacia él.

—Yo soy más que mi espada —declaró con firmeza—. Y tú eres más que tu magia.

El joven la contempló con una leve sonrisa.

—Tú siempre has sostenido que en Aguas Profundas hay demasiada magia.

Parece que ahora tenemos la oportunidad de actuar sin ella.

—Vamos a ello. Tenemos que partir del supuesto de que Lilly estaba relacionada con los bandidos que asaltaron la caravana aérea.

Avanzaron por los tejados en dirección a la mansión Gundwynd. A medida que se acercaban, Danilo avistó a varios destacamentos de la guardia que patrullaban.

Resultaban muy llamativos con sus uniformes de piel verde y negra.

De un salto, se plantaron en la calle y caminaron hasta la mansión.

—Nadie puede entrar ni salir —les informó la mujer de gesto adusto apostada junto a la entrada lateral.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Dan.

La guardia fulminó al joven con la mirada.

—Por favor, circulen. La familia Gundwynd no recibe visitas.

Danilo se volvió a Arilyn, pero la semielfa había desaparecido. Tras saludar educadamente a la guardia con una inclinación de cabeza, bordeó el muro de la mansión fijándose en el emplazamiento de los árboles de la calle. Se detuvo a dos manzanas de distancia y se sentó bajo un majestuoso roble.

Transcurrieron varios segundos hasta que percibió un débil crujir de ramas. Alzó la vista a tiempo de ver cómo Arilyn descendía a la rama más baja y saltaba ágilmente al suelo.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Uno de los criados ha encontrado a Belinda Gundwynd, la hija menor, muerta en las cuadras. Estaba junto a un mozo de cuadra elfo; de hecho, el único elfo que no se había despedido. Parece que tenía una razón personal para no querer irse. Corrían rumores acerca de Belinda y su amante. Los criados oyeron cómo la familia discutía por ello y trataban de persuadir a Belinda de que cortara la relación. Ahora los Gundwynd afirman que ambas muertes fueron un pacto entre amantes.

—Pero tú no lo crees.

—Los criados que encontraron los cuerpos dijeron que estaban en el heno, no colgados de las vigas.

—¿Es razón suficiente para afirmar que la familia Gundwynd se equivoca?

—Me alegra comprobar que últimamente no has estrangulado a nadie —replicó Arilyn con sequedad—. Es algo que exige una considerable fuerza y voluntad. No sería nada fácil si uno está distraído por algo, por ejemplo porque trata de estrangularse a uno mismo simultáneamente. Es imposible que se mataran el uno al otro y se suicidaran al mismo tiempo.

—Sí, la sincronización tendría que ser perfecta —convino Danilo—. Así pues, la guardia no se ha tragado la historia de los Gundwynd, ¿verdad?

—No han escuchado ninguna otra versión. Los criados que han hablado conmigo han recibido órdenes de no decir nada. Sigamos adelante; hay un vigilante ahí que está empezando a fijarse en nosotros.

Mientras caminaban, Danilo trataba de hallar algún sentido a lo que acababa de explicarle Arilyn. También él dudaba de que Belinda Gundwynd y su amante se hubieran matado el uno al otro.

Pero si no ellos, ¿quién? ¿La familia Gundwynd para evitar una posible alianza de su casa con los elfos? Si eso era cierto, entonces Danilo había pasado toda su vida

entre criaturas más crueles que los tren.

—Ellos se comen entre sí. Es una cuestión de honor —murmuró.

Arilyn le lanzó una penetrante mirada de preocupación.

—¿De veras crees que eso es lo que ha ocurrido?

—Es una posibilidad que no podemos descartar. Si sospecho que mi propia familia es capaz de eliminar a alguien para evitar alianzas con elfos, ¿por qué los Gundwynd no?

—Eso no explicaría la muerte de Oth —apuntó Arilyn.

—No, no la explica. Lo ocurrido avivará el escándalo sobre los Gundwynd y el pueblo elfo. Esto podría significar la ruina de la familia.

Danilo se interrumpió al recordar la pelea protagonizada por lord Gundwynd y lady Cassandra.

—Sí, podría significar su ruina —repitió—. La muerte de Belinda y de su amante elfo da fundamento a todos los rumores que han circulado sobre esa familia. ¿Quién tendría una razón para hacer tal cosa?

—A mí se me ocurre alguien: alguien que vio cómo en la emboscada morían elfos y que tal vez quiere castigar a Gundwynd por ello.

Danilo negó con la cabeza.

—Elaith no. Es absurdo.

—Tal vez no. Recuerda que ahora tiene la Mhaorkiira. En el pasado, aquellos que caían bajo el poder de la gema oscura actuaban de modos retorcidos, que no tenían sentido para nadie, excepto para ellos.

—Es posible —concedió Danilo—. Desde luego, algunos lo admitirían como cierto, pero lord Gundwynd no. Él buscará culpables en otra parte.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la semielfa cautelosamente.

—Thann, Ilzimmer, Gundwynd, Amcathra —recitó Danilo, contando con los dedos—. Ésas fueron las cuatro familias que financiaron la malhadada caravana. Se acusarán entre sí de traición y robo. Quizá los tren no son los únicos que emprenden venganzas por ataques contra su clan.

Arilyn asintió lentamente, siguiendo el razonamiento del joven bardo.

—Si es así, ninguna de las recientes heridas ha sido autoinfligida.

—Si es así, es posible que las guerras de las Cofradías no tarden en reproducirse.

Arilyn reflexionó largo rato sobre las palabras de Danilo mientras dejaba atrás la mansión Gundwynd.

—Si tienes razón, sospecho que ésta será una guerra de cariz muy distinto —dijo al fin—; sin ejércitos ni derramamiento de sangre en las calles. Tal como Cassandra señaló, las familias nobles son muy conscientes de esos tiempos y desean evitar a toda costa que se repitan. Cualquier clan que osara atacar abiertamente sería

aplastado con rapidez.

Danilo pensó sobre ello e hizo un gesto de asentimiento. Había participado en suficientes reuniones de los Señores Secretos de Aguas Profundas para darse cuenta de que Arilyn tenía razón. Los Señores se elegían de entre todos los estratos sociales y barrios de la ciudad, y el resultado de ello era que apenas sucedía nada que no llegara a oídos de los gobernantes secretos. Las decisiones que éstos tomaban eran impuestas por la guardia, así como por un reducido ejército permanente formado por soldados y algunos de los más poderosos magos del Norland. Los días en los que podía librarse una guerra declarada dentro de los muros de la ciudad habían quedado muy atrás.

—Así pues, ¿qué?

La semielfa le dirigió una mirada apreciativa.

—Supongo que juegas al ajedrez.

—Sólo cuando no puedo evitarlo sin derramamiento de sangre —repuso Dan secamente—. ¿Es eso lo que crees que es esto? ¿Una partida de ajedrez?

—Es posible. Aguas Profundas es una ciudad muy grande, en cuyas calles se juegan miles de partidas simultáneamente. ¿Quién va a fijarse en la pérdida de un simple peón en un tablero? Incluso la muerte de Oth Eltorchul puede explicarse de ese modo. Él tenía vínculos con la caravana y dispuso que las esferas de sueños entraran de contrabando en la ciudad.

—Plan que lord Gundwynd ejecutó en contra de la decidida oposición de lady Cassandra y contraviniendo los acuerdos tomados por las familias. —Danilo suspiró y miró de soslayo a Arilyn—. Según tu teoría, ¿cómo debe interpretarse la muerte de Belinda? ¿Como una advertencia?

—Probablemente, eso mismo es lo que pensará el clan Gundwynd.

—No puedo aceptar tu argumento —declaró Danilo en voz baja—. Lo que insinúas es que las familias nobles comerciantes mantienen el orden actuando de manera brutal. ¿Por qué? Aguas Profundas cuenta con leyes suficientes, así como con muchos personajes poderosos que vigilan que se cumplan.

Arilyn guardó unos instantes de silencio.

—Acabas de responder a tu propia pregunta —dijo al fin.

Dan enarcó una ceja con gesto altanero.

—¿Eso crees? Tal vez debería empezar a escucharme más atentamente.

—Deja que lo diga de otra manera: ¿conoces el viejo dicho sobre el honor entre ladrones? Yo no iría tan lejos, pero desde luego existe un código de conducta entre ellos. Lo mismo puede decirse de los asesinos. Si uno de ellos se vuelve demasiado avaricioso o descuidado, los demás lo retiran de la circulación de manera temporal o definitiva. No pueden permitirse que sus acciones llamen demasiado la atención, ¿comprendes?

—Pues claro, pero ¿qué quieres decir con eso? ¡Estamos hablando de algunas de las familias nobles más respetadas de Aguas Profundas!

—Estamos hablando de comerciantes. Si se negaron a respaldar el negocio con las esferas de sueños de Oth fue porque sabían el tipo de atención que atraerían. Los magos se hubieran opuesto a ellos incluso antes de averiguar que las esferas alteran la magia y habrían sacado a la luz todos los trapos sucios del comercio. ¿Quién sabe qué habrían descubierto?

Danilo se tomó su tiempo antes de responder. Se apartó de la trayectoria de dos golfillos que corrían ruidosamente en una carrera tan antigua como Aguas Profundas:

haciendo rodar con un palo viejos aros de barril, con una sonrisa de oreja a oreja en su mugrienta faz. Su despreocupada inocencia atrajo la atención de Danilo y, por un momento, los contempló añorando sus ilusiones perdidas.

—Me cuesta aceptar lo que dices —murmuró al fin.

—Podría estar equivocada. —Vaciló antes de añadir—: Pero explicaría por qué tu madre se inquietó tanto cuando quisiste relacionar a Lilly con la familia Thann tras su muerte.

A Danilo se le ocurrió que tal vez Cassandra no había comprendido toda la verdad.

—Lilly ya estaba relacionada con la familia antes de su muerte. Por eso, fue asesinada —declaró con amargo convencimiento—. Fue un golpe contra la familia. El asesino eliminó un peón.

—Sí, aunque obviamente Lilly presintió el peligro. Si no, ¿por qué acudió a tu padre después de tantos años sin darse a conocer? Hasta entonces, ninguno de vosotros tenía la más mínima idea de su existencia.

—Pero alguien sí lo sabía; alguien a quien Lilly conocía bien y en quien confiaba. Ambos reflexionaron en silencio. Arilyn lo rompió.

—He estado pensando en cómo fue asesinada. Todo indica que fue obra de un tren, pero su asesino no siguió la... costumbre.

Danilo apretó los labios con fuerza al pensar en cuál era esa costumbre.

—Cierto. ¿Y?

—Pues que tal vez no la mató un tren. ¿Y si fue alguien que adoptó la forma de un tren para desviar las sospechas, o bien para divertirse de manera perversa?

—Divertirse de manera perversa —repitió Dan, clavando en ella la mirada al comprender qué quería decir—. ¿Por casualidad estaba Simón Ilzimmer presente en la presentación de Oth la noche del Baile de la Gema?

—Posiblemente. Su primo Boraldan estaba allí. Oí varias voces que no reconocí.

Una era muy grave, con una especie de vibración profunda que recordaba el modo de hablar de los enanos.

—Seguramente era Simón. ¿Reconocerías esa voz si la oyeras de nuevo?

—Creo que sí.

Dan apenas sonrió.

—A juzgar por tu expresión, preferirías darte otro paseíto por las cloacas de la ciudad.

Arilyn no lo negó. De hecho, eso era lo que sentía. Buena parte de sus contactos en la ciudad eran mujeres empleadas en las tabernas y las casas de baños. Por lo que le habían contado sobre lord Ilzimmer, no se imaginaba charlando de forma educada con él mientras bebía tranquilamente una copa de vino.

A Danilo no parecía importarle tanto. Se dirigieron directamente hacia la inquietante mansión de reducidas dimensiones habitada por Simón Ilzimmer. Las campanas del cercano templo de Ilmater tañían solemnemente mientras Danilo entregaba su tarjeta de visita al criado. Arilyn contó las retumbantes campanadas preguntándose por qué alguien querría consagrar su vida a un credo tan lúgubre como el del dios del sufrimiento. Cuando la llamada a los fieles se extinguió, el criado regresó para anunciarles que lord Ilzimmer los recibiría.

A primera vista, Simón Ilzimmer no hacía justicia a su tenebrosa reputación. Era un hombre alto y corpulento, que, por su aspecto, parecía familiarizado con las disciplinas de la esgrima y la equitación. Hacía gala de unos modales impecables y los recibió con extremada cortesía. Él y Danilo se dedicaron a beber a pequeños sorbos zzar caliente mientras conversaban con aparente candor y buen humor sobre conocidos comunes y sobre los últimos acontecimientos.

Pese a su amistosa actitud, Simón era uno de los nobles comerciantes que habían participado en la reunión celebrada en la villa Thann. Arilyn reconoció fácilmente su voz grave y resonante. No obstante, frente a frente, Simón Ilzimmer era un hombre inescrutable. De hecho, a Arilyn le pareció que no estaba del todo en sus cabales. Sus ojos tenían una mirada vacía, y era del todo imposible establecer ninguna conexión entre lo que decía y cualquier emoción discernible. Por otra parte, Arilyn percibía en el hombre una energía reprimida; su mirada, aunque no se moviera, tampoco permanecía fija, y poseía una tenebrosa fuerza que le recordaba la profética calma del mar que augura tempestad. Era como si fuese dos hombres distintos: uno, excesivamente controlado —apenas una cáscara vacía—, y el otro, terriblemente violento, capaz de atacar sin previo aviso.

Su estudio privado reforzaba esa impresión. Aunque el mobiliario era escaso y práctico, en las paredes colgaban multitud de cuadros, a cuál más inquietante: visiones oscuras y retorcidas nacidas de una mente desequilibrada. Danilo fingió admirar una visión de dos dragones rojos entrelazados que se apareaban furiosamente sobre los restos humeantes de una aldea.

—Fascinante —murmuró—. ¿Es una pintura del natural?

Arilyn le lanzó una mirada admonitoria. No era muy probable que Simón

Ilzimmer tuviera un desarrollado sentido del humor.

—Estamos tratando de localizar las mercancías que fueron robadas a la caravana aérea —declaró con toda franqueza, harta ya de tanta charla insustancial. Además no veía el momento de alejarse del noble Ilzimmer—. Cualquier cosa que nos digáis podría sernos de utilidad.

La tormenta que acechaba en los oscuros ojos del hombre prendió y se desató.

—¿Osas acusarme en mi propia casa?

—Nadie te acusa de nada —intervino Danilo, conciliador—. Simplemente, estamos tratando de reunir las piezas del rompecabezas. Puesto que también la familia Ilzimmer ha sufrido pérdidas, deberíamos colaborar para aclarar este asunto.

Simón lo miró con astucia de loco.

—Lady Cassandra es muy lista. Enviarte aquí para que husmees ha sido una idea genial. Todo el mundo sabe que no participas en los negocios de la familia y que eres su hijo favorito. Un modo muy brillante por su parte de negar cualquier participación.

—¿Por qué tendría ella que hacer tal cosa? Los Thann no organizaron el asalto —afirmó Danilo en su tono más convincente—. De hecho, lady Cassandra ni siquiera sabe que estoy aquí.

El mago resopló. Iba a añadir algo cuando abrió desmesuradamente los ojos en una mezcla de sorpresa y horror. Se puso de pie de un salto y señaló a Danilo con un dedo tembloroso.

—Me estás amenazando, ¿no? ¡Aquí, en mi propia casa nada más y nada menos!

¡No lo pienso tolerar! ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡Largo! —El tono de voz fue subiendo hasta alcanzar cotas de histerismo.

—Deberíamos hacer lo que dice —dijo Danilo en voz baja—. Es mago y no puedo enfrentarme a él.

Arilyn no necesitó más. Se volvió para marcharse de allí enseguida, pero algo la dejó petrificada.

Estuvo a punto de chocar con la fantasmagórica imagen de un mago elfo. Era alto, con el pelo plateado recogido en diminutas trenzas. Sostenía una hoja de luna de silueta imprecisa, con la punta hacia abajo, y se apoyaba en la empuñadura del mismo modo que otro hechicero podría apoyarse en un báculo. Sus traslúcidos ojos azules reflejaban una expresión vigilante y estaban fijos en Simón con una serena intensidad, que avivó el temor del mago humano.

Rápidamente, abandonaron la mansión, seguidos por el fantasmal mago que caminaba en silencio tras ellos. Tan pronto como hubieron dejado atrás la verja, Arilyn ordenó a la manifestación de la sombra elfa que regresara a la espada. Para su alivio, la fantasmal figura se disolvió en motas plateadas, que se arremolinaron para formar una línea perfecta y fueron desapareciendo una a una en la espada, como una hilera de patitos que esperaran para meterse en un estanque.

—Esto se nos está yendo de las manos —masculló Arilyn mientras regresaban apresuradamente a casa de Danilo.

—Al menos, la sombra elfa ha desaparecido. Eso significa que aún controlas la espada —dijo en el tono de alguien que trata de ser positivo en las circunstancias más adversas.

—Lo dudo —repuso Arilyn, que lanzó un rápido vistazo por encima del hombro—. Aún tengo la sensación de que nos siguen. La magia de la hoja de luna es cada vez menos estable. ¿Cómo puedo estar tranquila sabiendo que uno de mis antepasados puede materializarse en cualquier momento?

—Mira la parte positiva.

—¿Cuál es?

—Que al menos no nos siguen los tren.

—No estés tan seguro de eso —replicó Arilyn en tono sombrío, echando una fugaz mirada a los adoquines de la calle—. Recuerda que eres el sexto hijo y yo soy tu compañera semielfa. ¿Se te ocurren dos peones más prescindibles sobre los que tomar represalias?

Por un momento, pareció que Danilo iba a protestar, pero enseguida su rostro adoptó una expresión meditabunda.

—Belinda era la hija menor de los Gundwynd.

—Ya lo había pensado —repuso la semielfa, mirándolo con total seriedad.

—Esa mujer es una auténtica maravilla —murmuró Elaith al empezar a leer la nota que Myrna Cassalanter le había hecho llegar a través de un mensajero de total confianza, montando un rápido caballo.

Incluso los rumores menos probables de Myrna habían dado fruto. Ese mismo día, apenas hacía unas horas, la guardia había arrestado a Simón Ilzimmer por el asesinato

de una cortesana en uno de los establecimientos de Elaith, nada menos. Aunque Simón pertenecía a la nobleza y los hombres y mujeres que estaban dispuestos a testificar contra él no eran más que plebeyos, al final el resultado sería el mismo: un insignificante lord Ilzimmer colgaría de las murallas de la ciudad.

A Elaith no le importaba en lo más mínimo que Simón Ilzimmer fuese inocente de ese crimen en particular. Con su muerte se haría justicia, incluso aunque los hechos no encajaran perfectamente. Y sobre todo, nadie podría culparlo a él de la muerte del noble. Sus servidores darían un testimonio veraz y serio de lo que habían visto, o de lo que se imaginaban que habían visto. El interrogatorio mágico lo confirmaría. La reputación de Simón le daría el último empujón que se necesitaría para arrojarlo por el Salto del Ahorcado.

Mientras centraba de nuevo su atención en la nota, Elaith se dijo que todo estaba

saliendo a pedir de boca. No tardarían en sucederse las represalias que mantendrían muy ocupada a la nobleza de Aguas Profundas en el futuro inmediato.

Unas arrugas se le formaron en la frente al seguir leyendo. Myrna informaba con fruición del asesinato de una moza de taberna, hija bastarda de Rhammas Thann. Según los rumores, Danilo Thann había reclamado el cuerpo y había insistido en que fuese sepultado en el mausoleo familiar.

Elaith tiró de la campanilla. Su mayordomo elfo acudió prontamente.

—Envía un mensaje a lord Thann pidiéndole que se reúna de inmediato conmigo en... —El elfo pensó rápidamente y agregó—: En la escalinata del templo del Panteón.

El mayordomo se retiró con una inclinación de cabeza. Elaith se dirigió a toda prisa al complejo del templo, esperando que Danilo interpretara correctamente el mensaje tácito. El joven bardo tenía motivos para desconfiar de él, especialmente si había reconstruido la historia de la Mhaorkiira. Sin duda, Bronwyn le habría informado sobre el rubí cargado de magia que había hallado en Luna Plateada y en el que Elaith estaba muy interesado. Era muy probable que Arilyn reconociera la kiira a partir de las descripciones y que supiera que quien la poseía corría el riesgo de ser corrompido por el mal. Desde luego, era una razón para preocuparse, al menos para quienes solamente conocían de la kiira lo que decía la leyenda.

Encontró un lugar tranquilo en el patio, justo en el arranque de la amplia escalinata de mármol, y fingió ensimismarse en la contemplación de una estatua de alguna que otra diosa. Su aparente calma no reflejaba en absoluto su estado de ánimo, pero era la habitual entre los elfos que acudían al templo para darse unos minutos de respiro del frenético ritmo de la ciudad humana.

Incluso la embotada sensibilidad de los humanos captaba una pequeña parte de la tranquilidad y la calma de ese refugio elfo. Quienes paseaban por allí frenaban el paso y se callaban. Elaith observó cómo Danilo detenía la montura a respetuosa distancia, desmontaba y se aproximaba tranquilamente hacia él.

—El mensajero ha dicho que era un asunto urgente —fue su saludo.

Elaith vio que el humano no tenía buen aspecto. En comparación con la tez de un elfo de la luna, difícilmente se le podría llamar pálido, pero su rostro reflejaba los signos de varias noches en blanco, y su mirada era de profunda tristeza. Sólo tristeza. La calidez, el humor y la creciente amistad que para el elfo significaba más de lo que estaba dispuesto a admitir habían desaparecido.

De pronto, la tarea se le antojó mucho más dura de lo que había previsto. Se volvió a un lado y enlazó las manos a la espalda.

—He oído la pérdida que ha sufrido tu familia. Lo siento.

Un velo de dolor empañó los ojos de Danilo y en ellos se encendió una chispa de ira.

—Para mi familia, no ha sido ninguna pérdida; sólo hemos salido perdiendo Lilly y yo. Gracias por tu simpatía.

—La simpatía es un regalo que se otorga con facilidad. Yo en tu lugar preferiría la venganza. Tienes el aspecto de un sabueso que acaba de encontrar el rastro de un zorro.

—Más bien de una mofeta. Pero sí; pienso acabar con esa alimaña.

Era una respuesta que Elaith había anticipado, aunque no le gustó la expresión sombría y resuelta del humano. Era una expresión de obstinación absoluta e implacable, que conocía muy bien. En una ocasión, esas mismas características le habían salvado a él la vida, pero en el caso de Danilo temía que pudieran significar su muerte.

—Tal vez yo pueda ayudarte —dijo.

Hizo un esfuerzo para no sentirse culpable por la súbita mirada de esperanza y gratitud que vio en los ojos de Dan. Su ayuda sería para el zorro, no para el sabueso. Era preferible despistar a Danilo para que siguiera otro rastro a permitir que se aproximara demasiado al corazón del asunto. Su razonamiento era que si el sabueso sobrevivía para salir de caza otro día, el amo de la Mhaorkiira le daría un uso adecuado.

—Ya sabes que tengo bastantes negocios en el distrito de los muelles, y resulta que conocía bastante a la muchacha en cuestión. Le gustaba el juego, por lo que de vez en cuando se dejaba caer en alguno mis antros. Puesto que insisto en conocer el nombre de mis clientes, averigüé su nombre de pila, aunque no su apellido. Eso sí, tenía más en común contigo que lo que parece.

—Te lo ruego, ve al grano —imploró el humano.

—No te gustará oírlo —le advirtió Elaith—. En más de una ocasión, la vi acompañada de un noble. Amigo tuyo, creo.

El destello de pasmada comprensión, la dolorosa expresión de pérdida, así como la súbita llamarada de furia, dijo a Elaith que no era necesario pronunciar el nombre. No obstante, lo pronunció.

—Se sabe que Regnet Amcathra solía ir de vez en cuando a El Pescador Borracho.

Fue visto en compañía de Lilly allí y en otros locales.

El elfo dejó que Danilo absorbiera la noticia, tras lo cual se sacó de los pliegues de una manga un paquete de pequeñas dimensiones y lo desenvolvió. Dentro había una daga ennegrecida.

—Uno de mis almacenes se incendió. La estructura aguantó, pero todo lo que había dentro se quemó. Sin duda, ésa era la intención de los incendiarios. Encontré esta daga entre las costillas chamuscadas de un empleado de la familia Ilzimmer.

¿Reconoces el trabajo?

Danilo tomó la daga y le dio vueltas entre las manos. Tras una breve inspección, la devolvió.

—Mi primera espada fue una Amcathra. Casi no poseo otro tipo de armas. No tienen igual.

—Son casi tan buenas como las armas elfas —convino con él Elaith.

Reparó en la súbita mirada de sorpresa y especulación en los ojos de Dan y se preguntó qué podría significar. Recuperó la determinación tan repentinamente como la había perdido, atemperada por una capa de pesar.

—Siento ser el portador de malas noticias. No sé qué significa.

—Tranquilo. Lo descubriré.

El suspiro de resignación de Elaith y su mirada de preocupación no fueron del todo fingidos.

—Ya me lo imaginaba. Ve con cuidado. El clan Amcathra es sutil y astuto.

¿Quién los hubiera creído capaces de algo así?

Esas palabras contenían una porción de verdad suficiente para enmascarar el engaño del elfo y ocultar otra verdad más profunda. Elaith era perfectamente consciente de que el clan Amcathra merecía su excelente reputación, por lo que no había presa mejor contra la cual lanzar a ese sabueso. Danilo seguiría el rastro con obstinada determinación, lo cual lo quitaría a él —y de paso a Arilyn— de en medio. Desde luego, Danilo perdería a su más viejo amigo, aunque, en opinión de Elaith, Regnet Amcathra era un peón totalmente prescindible.

—Regnet Amcathra. ¿Quién lo hubiera creído? —dijo Danilo, esbozando una leve sonrisa de amargura—. Sé que no habrá sido nada fácil para ti. Te doy las gracias. —El humano le tendió una mano.

Elaith se la estrechó y sostuvo la mirada del humano.

—¿Para qué están los amigos? —repuso con fingida calidez y deliberada ironía.

Regnet Amcathra vivía en el distrito del mar, un barrio muy tranquilo de la ciudad, aunque cercano a la burbujeante vida de los muelles. Era un contraste que, según Danilo, iba como anillo al dedo a su amigo Regnet. La familia Amcathra era indecentemente rica, y Regnet —como Dan— era el benjamín y no participaba directamente en los negocios familiares. Aunque a Regnet le gustaba el lujo y estaba tan satisfecho de sí mismo como tantos otros nobles, la aventura lo atraía. Pocos años atrás, había fundado los Hondos Hurgadores, un grupo de jóvenes nobles aburridos que se dedicaban a bajar a los túneles de Aguas Profundas en busca de aventuras.

Dan siempre había admirado ese empeño, aunque de pronto comenzaba a preguntarse si ese afán de recorrer el subsuelo de Aguas Profundas no sería más que una coincidencia. Muchas veces tras el afán de aventuras lo que en realidad se escondían eran actividades criminales, y cualquier conexión con Bajomonte, en

general, y Puerto Calavera, en particular, era muy sospechosa. Con toda sinceridad, esperaba que Regnet no se hubiera ensuciado las manos ni con la muerte de Lilly ni con los acontecimientos que habían llevado a su asesinato.

Después de dejar el caballo en manos del mozo de cuadra, atravesó la verja de hierro de enormes proporciones, que imitaba tres pares de pegasos encabritados. La casa de Regnet era pequeña en comparación con los edificios del distrito del mar; antiguamente, esa casa había sido las cocheras de un acaudalado mago que poseía una pequeña flota de pegasos. La mansión había ardidido hasta los cimientos años atrás —una víctima más de la magia creada sin pensar en las posibles consecuencias— y nunca se había reconstruido.

La puerta se abrió antes de que Danilo pudiera llamar. Dan sonrió al mayordomo halfling: desde que en el círculo social de Danilo se corrió la voz de las excelencias de Monroe, los mayordomos halfling hacían furor. Ese halfling en concreto llevaba el uniforme azul y rojo típico de los empleados de los Amcathra, y tenía el pelo tan amarillo como un diente de león. En ese momento, la comparación era especialmente acertada, pues lo tenía de punta, como si se hubiera pasado repetidamente la mano por él con mucha agitación.

—¿Sucede algo malo, Munson? —le preguntó Danilo.

—Vos lo habéis dicho, señor.

Pero antes de que el mayordomo pudiera explicarse, se oyó el sonido de briosos pasos que anunciaban la llegada de su amo.

—¡Dan! Bienvenido. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasabas por mi casa? Se me ha hecho más largo que la barba de un enano, te lo aseguro.

Aunque las palabras de Regnet eran un fiel reflejo de los hechos, ni en su rostro ni en su tono de voz se detectaba el reproche. Danilo le estrechó la mano que le ofrecía y le devolvió la sonrisa con una sincera calidez mezclada con profundo pesar. Regnet era un tipo afable y apuesto, con pelo castaño rizado y alegres ojos color avellana, y en

general aspecto de pillo. También tenía sus defectos —era bastante temperamental y perdía los estribos fácilmente—, pero Danilo se negaba a creer que pudiera haberse implicado en algo tan vil e innecesario como el asesinato de Lilly.

Su necesidad de saber se intensificó y reforzó su determinación.

—¿Me puedes dedicar unos minutos? Quiero hablarte de un asunto —preguntó.

—Puedo dedicarte todo el día, si quieres. Ven, tomaremos algo. Munson, ¿quedará en la casa?

—Naturalmente, milord, pero...

—Magnífico, espléndido. Tráenos un poco a la habitación de juegos. Dan, aún no has visto mi último trofeo.

Regnet pasó un brazo alrededor de los hombros de su amigo, y ambos

comenzaron a alejarse.

Al halfling se le desorbitaron los ojos, lo cual le dio un aspecto de una trucha aterrorizada.

—Milord, debo decir algo.

—Después —dijo Regnet con firmeza.

Dan escuchaba a medias a su amigo, que le explicaba su última aventura, algo acerca de túneles helados y cavernas que brillaban tanto por efecto de los cristales y el hielo que una simple antorcha bastaba para transformarlas en salones de espejos.

No obstante, lo que de verdad interesaba a Danilo era saber qué habría causado la consternación del mayordomo. Munson los siguió unos pasos; su pequeña cara redonda era todo un poema de indecisión. Danilo lo comprendió: pese a su buen humor, Regnet tenía un temperamento explosivo. Él mismo había sufrido sus efectos en dos o tres ocasiones. Como tantos otros hombres de su clase, Regnet apenas prestaba atención a sus servidores, siempre y cuando obedecieran sus órdenes sin preguntas ni vacilaciones.

Era una combinación que seguramente daba que pensar incluso al halfling más firme.

Munson no tardó en arrojar la toalla, suspiró y viró hacia un pasillo lateral, sin duda en busca del licor.

Llegaron frente a una puerta doble, que Regnet abrió de par en par con gesto dramático.

—¿Qué te parece? —preguntó muy ufano.

Danilo se asomó. Vio butacas cómodas y de calidad esparcidas por la habitación, así como mesas de madera pulida con tableros de juegos y pulcras barajas de cartas. Se habían colocado a mano pequeños cuencos con piedras semipreciosas o cristales muy brillantes para las apuestas. Pero lo más destacable de la habitación era la colección de trofeos. Por encima de la repisa de la chimenea, se había colgado una espléndida cabeza de ciervo, con una enorme cornamenta que proyectaba sombras contra el titilante resplandor de la luz del fuego en el suelo, frente al hogar. Un jabalí sonreía siniestramente desde encima de la diana; sus peligrosos colmillos, tan grandes y afilados como dagas, revestían a la bestia de una dignidad que ni siquiera el par de dardos clavados en su hocico lograba mermar. Asimismo, podía admirarse un narval montado en un enorme tablero de madera. Durante mucho tiempo, el gran pez había sido el orgullo de Regnet, pues debido a su tamaño y al largo cuerno semejante a una espada aserrada que le brotaba de la cabeza, la pesca del narval era la más difícil y peligrosa.

Ese narval estaba disecado con la cola en arco por debajo, y el cuerpo, curvado y listo para atacar. Parecía un espadachín para siempre congelado en guardia.

Pero había una nueva adición aún más espectacular: en el fondo de la habitación,

entre las sombras, se alzaba una criatura enorme semejante a un oso. Era más alta que una persona, tenía una cabeza extrañamente puntiaguda y el pelaje del color de la nieve sucia. Sus carnosos labios estaban retraídos en un gruñido eterno, dejando al descubierto

unos temibles colmillos amarillos. Las zarpas, alzadas en gesto amenazador, tenían dedos largos como los de una persona, aunque las palmas mostraban almohadillas como las de un oso de las cavernas.

—Un yeti —anunció Regnet, orgulloso—. Lo cacé en las cuevas de hielo la primavera pasada.

La caza de trofeos era práctica común, aunque a Dan no le atraía.

—¡Hmmm! Una colección impresionante —dijo sin demasiado entusiasmo.

Regnet sonrió de oreja a oreja y propinó un codazo a su amigo.

—No tanto como mi otra colección de trofeos que he cazado y montado, ¿eh?

Teniendo en cuenta el asunto que llevaba a Danilo a casa de Regnet, esa broma obscena fue tan dolorosa como un puñetazo. No obstante, le dio pie para ir directamente al grano.

—Lamento ser portador de malas noticias —comenzó.

La sonrisa de Regnet vaciló, se dejó caer en la silla más cercana y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y el mentón en las manos. Una vez que Dan hubo tomado asiento, Regnet lo invitó a seguir con un gesto de asentimiento.

—Se trata de una muchacha llamada Lilly. Sé que la conocías; estaba en el Baile de la Gema y hablaste con ella. Aunque en esa ocasión no me dijiste que ya la conocías, alguien me ha informado de que erais buenos amigos.

Regnet abrió mucho los ojos en un acceso de pánico masculino.

—¡Que Tymora me lleve! ¡Otro bastardo no!

No era la respuesta que Danilo esperaba.

—¿Tienes otros? —inquirió.

—¡Supongo que no irás a decirme que tú no! —resopló el noble—. Recuerda nuestra disipada juventud y las largas noches que pasamos bebiendo y putañeando. Uno tendría que ser el ojito derecho de la diosa de la suerte, o estar más seco que un enano, para librarse de algún que otro desliz de ese tipo. Pero esto sucede en un momento especialmente inoportuno: tenía previsto anunciar mi compromiso en la fiesta de invierno.

Una llamarada de ira se apoderó de Danilo y lo dejó sin respiración y casi ciego de tan intensa que era. Por el rabillo del ojo, vislumbró al yeti disecado, que parecía temblar con la misma indignación que él. Aguardó un momento hasta que su visión se aclaró y pudo aventurarse a hablar de manera controlada.

—Y no obstante, flirteaste con esa chica.

—Sin duda, no fui yo el único. ¡Por lo que sabemos, el mocoso podría muy bien

ser tuyo!

Danilo se levantó bruscamente y apoyó con violencia ambas manos sobre la mesa situada entre ellos. Se inclinó hacia Regnet.

—Lilly no estaba embarazada, y cuidado cómo hablas de ella —le informó con voz fría y mesurada—. Era mi hermana.

—No tenía ni idea —repuso Regnet, sobresaltado.

—Ni yo, hasta hace pocos días. —Esa realidad lo inundó con una abrumadora sensación de pérdida que hizo que se desplomara en la butaca—. Ha muerto, Regnet.

—Por los dioses. Dan, lo siento.

Eran palabras sinceras, aunque dictadas por la simpatía que le inspiraba su amigo, ya que al mismo tiempo parecía haberse quitado un peso de encima.

Lo que expresaba era alivio, no culpabilidad. Danilo se fijó muy atentamente y decidió que, en definitiva, era la mejor reacción que podría haber esperado. Ambos amigos guardaron silencio.

—¿A qué dama has decidido cortejar? —preguntó Dan sólo por decir algo.

—Creo que te va a sorprender, pero es una mujer espléndida y se encargará admirablemente de mis negocios y mi vida social.

«A diferencia de lo que podría hacer una simple moza de taberna», pensó Danilo amargamente. Se preguntó si Lilly se hubiese sentido aliviada de haber oído la descripción fría y práctica que Regnet había hecho de su rival.

—¿Negocios y vida social? Así habla un enamorado.

Danilo no estaba de humor para bromear, pero al menos logró que su voz no reflejara la amargura que le provocaba pensar en Lilly.

Regnet sonrió, en modo alguno ofendido.

—La dama en cuestión posee abundantes encantos, aunque cuando su nombre se pronuncia uno piensa enseguida en sus otras habilidades. Es una anfitriona temible.

—Ya entiendo —replicó Danilo sin mucho interés—. Si Galinda Raventree no tuviera la costumbre de dar calabazas a todos sus pretendientes, pensaría que estabas hablando de ella.

—Justamente es ella —declaró Regnet en un tono no exento de orgullo.

En ese instante, un salvaje chillido estalló en el extremo más alejado de la habitación. El yeti se balanceó adelante y atrás, como una criatura que tratara de liberarse de una tumba de hielo, y entonces arremetió.

Ambos hombres se pusieron en pie de un salto. Inmediatamente, Danilo buscó su bolsa de hechizos, y Regnet, la daga.

El yeti se desplomó con estruendo, llevándose por delante una mesa y lanzando por los aires piezas de ajedrez de marfil como si fuesen esquirlas de hielo. La bestia disecada rodó a un lado y se quedó inmóvil. Entonces, se vio el verdadero peligro.

Myrna Cassalanter apretaba los puños a los costados, y su rostro se retorció en

una mueca. Estaba más furiosa que una arpía. Se había vestido para seducir: la melena teñida con alheña había sido cuidadosamente despeinada, como si acabara de darse un revolcón o esperara hacerlo. El vestido era escarlata, muy ceñido y con un escote de vértigo. Gran parte de su lechoso pecho estaba expuesto y en esos momentos temblaba de indignación.

—¡Tú, tres veces maldito troll! ¡Hijo de puta sifilítica! —chilló.

Flexionó las manos para convertirlas en peligrosas garras y atacó con la furia de un colérico dragón.

Regnet arrojó a un lado la daga, saltó por encima de la butaca que acababa de desocupar y la giró para colocar una barrera entre él y la virago de pelo encendido que se lanzaba contra él.

Tal era el desespero de la mujer por arrancar los ojos al hombre que la había desdeñado, que saltó sobre la butaca. Regnet se salvó por un pelo de las afiladas uñas de la mujer, echándose a un lado. La butaca no aguantó más y cayó al suelo. Myrna se tambaleó y acabó también por caer.

La mujer rodó hacia la chimenea, pero al momento volvió a ponerse en pie con una agilidad que un juglar itinerante hubiese envidiado, blandiendo con determinación un atizador de hierro con ambas manos.

Regnet retrocedió y tropezó con la butaca tumbada.

—¡Munson! —bramó.

El mayordomo halfling apareció en el umbral, retorciéndose las manos.

—Traté de advertiros, señor —dijo.

Sus siguientes palabras quedaron ahogadas por el grito que Myrna lanzó al mismo tiempo que barría el aire con el atizador. Regnet esquivó el golpe, aunque la punta trazó en la pechera de su camisa una línea de hollín. Al hacer retroceder la improvisada arma, Myrna le dio de refilón en la cabeza. Animada por el éxito, volvió a la carga, chillando

como una banshee y agitando el atizador con el brío de un rapsoda de la espada elfo, si bien con mucha menos habilidad.

Danilo plantó los pies en el suelo, se cruzó de brazos y estudió el dilema en el que se hallaba Regnet. Si Myrna fuese un hombre —o al menos, una mujer entrenada en las artes de la lucha—, su amigo habría puesto fin al ataque con un breve enfrentamiento.

Pero la educación que había recibido le prohibía maltratar a una dama. Ni siquiera podía hacer un uso excesivo de la fuerza para dominarla. Todo indicaba que no le resultaría nada fácil calmarla. Myrna le dio la razón al golpear a Regnet en el vientre con la suficiente fuerza como para obligarlo a doblarse sobre sí mismo.

Danilo suponía que debía ayudar a su amigo, y eso pensaba hacer. No obstante, por el momento, se limitaba a disfrutar del espectáculo. Además, era innegable que

en cierto modo se lo tenía merecido. Dan dudaba de que al mismo Tyr se le hubiese ocurrido un castigo más apropiado para un hombre que había jugado con los sentimientos de una muchacha que sufrir las iras de una mujer desdeñada. ¿Quién era él, humilde mortal, para interferir en los designios divinos?

Justo entonces, Myrna descargó otro contundente porrazo, blandiendo el atizador hacia arriba con ambas manos; era un golpe digno de un campeón de polo. El hurgón dio de lleno a Regnet bajo el mentón, y su cabeza se inclinó dolorosamente hacia atrás.

Cayó y rodó sobre sí mismo para esquivar otro feroz ataque del atizador, que golpeó el suelo.

El mayordomo halfling corrió hacia la mujer y le agarró un brazo, pero Myrna le propinó un codazo en la cara. Munson retrocedió, tambaleándose, y se llevó la mano a un ojo que ya se le empezaba a hinchar y oscurecer.

—Haz algo —imploró Regnet a su amigo.

Danilo se ablandó y rápidamente ejecutó los pases de un ensalmo; un hechizo menor para calentar el metal. La punta del atizador que sostenía Myrna comenzó a ponerse al rojo, y el calor se desplazó por el mango hacia los nudillos de la mujer, que estaban blancos por la fuerza con la que lo asía. Sin prestar atención, Myrna persiguió a su presa, que retrocedía tan rápidamente como le era posible, caminando hacia atrás como un cangrejo. Pero llegó un momento en que todo el atizador resplandecía.

Emitiendo un gañido de dolor, Myrna soltó el arma, que cayó sobre la alfombra y comenzó a quemarla.

Los momentos que siguieron fueron un auténtico caos. Munson corrió a apagar el fuego con el primer líquido que encontró a mano, y que por desgracia resultó ser el botellón de zzar que había servido a su amo. El potente licor avivó las llamas.

Rápidamente, el halfling agarró una trucha disecada colocada sobre un pedestal para apagar a golpes el fuego.

Por fin, todo quedó en una relativa calma, excepto por Myrna, que parecía dispuesta a comenzar el segundo asalto.

—¡Cómo has sido capaz de enredarte con esa mujerzuela! —exclamó.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Danilo.

—No me refería a la camarera —repuso Myrna, fulminándolo con la mirada—.

Eso fue un lío sin la menor importancia. ¡Pero Galinda Raventree! ¿Cómo te atreves a insultarme de esta manera?

Myrna se recogió la falda y salió hecha una furia. En el umbral, giró sobre sí misma para lanzar la última andanada.

—Lo lamentarás. Y tú también, Danilo.

Inmediatamente se marchó seguida de forma sigilosa por el halfling, de pronto

menos preocupado por la ira de la visitante que por la que le esperaba por parte del patrón.

Sin embargo, Regnet no pensaba en increpar a su mayordomo. Suspiró con una mezcla de alivio y consternación mientras se levantaba.

—Lo siento, Dan. No sé qué consecuencias puede tener esto. Myrna puede llegar a ser muy rencorosa.

A Danilo no le preocupaba en lo más mínimo y así lo dijo. Después de todo, ¿qué papel podría haber desempeñado esa chismosa en la muerte de Lilly? Myrna era una mujer necia y superficial. Aunque se dejaba sobornar por nada, le faltaba la fuerza de voluntad y la determinación para causar ningún daño real. Dan no lamentaba haber hablado con Regnet, pues si bien no había arrojado ninguna luz sobre el asesinato de Lilly, al menos había quedado claro que su amigo no había tenido nada que ver.

No obstante, mientras salía se le ocurrió preguntarse cómo Myrna sabía que Lilly era camarera. Él jamás se había referido a su hermana en tales términos. Era evidente, pues, que Myrna estaba al corriente de la aventura de Regnet con Lilly, tal como lo demostraba el hecho de que no había reaccionado con enojo ni con sorpresa.

Danilo decidió cortar camino por la propiedad de Regnet. Era un agradable paseo, sombreado por grandes olmos y flanqueado por un seto de lavanda, que en esa época del año aparecía demasiado alto y enflaquecido, aunque seguía tan fragante como siempre.

Era un buen lugar para pensar, y Danilo tenía mucho sobre lo que reflexionar.

En su mente, trataba de hallar una explicación a por qué Myrna no se había mostrado furiosa por la relación de Regnet —a quien tenía en el punto de mira— con Lilly.

¿Era porque Lilly no era más que una moza de taberna y, en palabras de la misma Myrna, «un lío sin importancia»? La mayor parte de la nobleza de Aguas Profundas perdonaba fácilmente las flaquezas y los escarceos tan comunes entre los de su clase. A juzgar por la exhibición de la noble dama, Danilo la creía perfectamente capaz de ordenar la muerte de una rival, especialmente si se trataba de una persona que no pertenecía a su misma clase social.

Seguía pensando en ello cuando, de repente, alguien salido de la nada le propinó un golpe que lo lanzó trastabillando contra el fragante seto.

Danilo se puso en pie con dificultad. Aunque solamente veía estrellas, logró distinguir tres formas oscuras que saltaban desde el olmo. Así pues, eran tres, más el hombre que lo había golpeado.

Su mano buscó la empuñadura de la espada cantarina, cuya magia inspiraba más valentía en quien la empuñaba y en sus compañeros, al mismo tiempo que desalentaba a los enemigos. Si tenía que enfrentarse contra cuatro rivales, la necesitaría.

Desenvainó el arma e inmediatamente ésta comenzó a entonar una melodía, aunque no era una de las alegres y cómicas baladas que Danilo le había enseñado con medios mágicos. La espada cantaba un deprimente canto fúnebre en el nasal idioma de Turmish.

La magia de la espada no tuvo efecto sobre los atacantes. Los cuatro lo rodearon.

El hombre que tenía enfrente blandía la espada en círculo con gesto de mofa, y luego, comenzó a pasársela de una mano a la otra. Era una exhibición para intimidarlo.

—Pues lo está consiguiendo —murmuró Danilo para sí.

Metió la mano en la bolsa de hechizos y asió los ingredientes para lanzar un encantamiento que ralentizara los movimientos. Consternado, descubrió que el hechizo no tenía ningún efecto sobre los matones que lo rodeaban, mientras que las hojas secas, de pronto, desafiaban al enérgico viento y comenzaban a caer lentamente en el cielo como la miel que se cae de una cucharilla.

La espada cantarina emitió un espantoso graznido y enmudeció. La magia lo había dejado en la estacada.

—No es la primera vez que veo una espada herrumbrosa —le dijo en tono burlón el espadachín que había exhibido sus habilidades—; pero ésta es la primera vez que oigo a una —concluyó, e inmediatamente se lanzó al asalto con la espada en alto.

Danilo paró la estocada. Su espada crujió al chocar con la otra, y ese deprimente sonido acabó con toda la resolución de Danilo. Cuando el mercenario proyectó el puño hacia delante, no pudo esquivarlo a tiempo. El golpe le dio de lleno bajo las costillas y lo dejó sin aliento. Dan se dobló por la cintura.

Por el rabillo del ojo, vio que otro de los matones le tiraba una estocada contra el brazo derecho. Pese al dolor se volvió, efectuó una parada y devolvió el golpe. Su espada no dejaba ni un segundo de gemir, lloriquear y lamentarse.

Una ardiente y delgada ráfaga brilló en la superficie de su mente como un relámpago carmesí. Todo comenzó a darle vueltas, y tardó un segundo en relacionar la punzada de dolor con el largo desgarró en su manga y la mancha roja que se extendía por la seda color esmeralda.

El hombre que tenía detrás le propinó un fuerte puntapié en la parte baja de la espalda. Danilo no pudo dar media vuelta para defenderse, ni tan sólo lo intentó, pues otro de los matones lo atacaba con la espada presta para ensartarlo.

Dan bloqueó el golpe. Hizo una finta baja, desplazó el peso e inmediatamente lanzó una estocada alta. El rival no consiguió pararla y encajó un corte superficial en la mejilla, que le escoció. Danilo sintió una oleada de satisfacción. No tenía ninguna oportunidad en esa batalla, pero al menos se anotaría algunos tantos.

El siguiente ataque le llegó por la espalda; un puntazo superficial en el hombro.

Danilo giró sobre sus talones y se empleó a fondo. Su espada rebotó en la hebilla del

cinturón del rival y se hundió profundamente. De un tirón, la recuperó, desplazó el peso del cuerpo sobre la pierna más retrasada y paró un ataque de otro rival.

Simultáneamente, lanzó un puntapié, que dio al tercer mercenario en un lado de la rodilla. La pierna cedió. El matón se tambaleó y estuvo a punto de caer.

No obstante, logró recuperar el equilibrio y arremetió. Su rostro se había convertido en una máscara de furia. Saltó dirigiendo la punta de la espada al corazón de Danilo. Sin embargo, justo entonces, el espadachín que se había mofado del arma de Danilo intervino para desviar el acero de su compañero.

—Eso no —gruñó. Echó una rápida mirada a Danilo y añadió—: Todavía no.

Danilo sospechó que las últimas palabras pretendían disimular un desliz.

Probablemente, el objetivo del ataque no era matarlo, sino advertirle. Claro que no podía estar seguro del todo.

Se puso en guardia y miró a los tres matones que seguían vivos. El líder comenzó a avanzar, pero se quedó paralizado de repente. Bajó la vista hacia su mano, y su perpleja mirada se desplazó de la espada, que ya no lo obedecería, a la punta ancha y reluciente de la daga que le sobresalía de la barba.

Súbitamente, la daga dio una sacudida a un lado, y de la garganta del matón brotó un impetuoso torrente carmesí. A medida que caía, lentamente, fue dejando ver la mirada fría y ambarina del elfo que tenía detrás. Los dos camaradas del hombre arrojaron al suelo sus armas y echaron a correr.

Sin detenerse a pensar, Danilo salió en su persecución. Elaith lanzó una maldición y lo siguió.

—No estás en condición de seguirlos —le dijo al llegar a su altura.

—Tenemos que detenerlos —repuso Danilo, apretando los dientes—. He de averiguar quién fue el que ordenó el ataque.

En los callejones resonaron los cascos de caballos que huían, aunque no por ello Danilo detuvo la marcha.

—Vas a dejar a esta ciudad sin uno de sus idiotas, ¿sabes? —le espetó el elfo, exasperado.

El traqueteo de un carruaje llamó la atención de Elaith. Alzó la cabeza cuando el vehículo pasó tranquilamente junto a ellos y se fijó en que llevaba el símbolo de la cofradía y lo conducía un halfling. Perfecto. Eso facilitaría las cosas.

Elaith trepó de un salto al estribo, extendió un brazo hacia arriba para agarrar al conductor sentado en el pescante y lo arrojó a la calle sin contemplaciones. Con los caballos fue más cuidadoso: cogió la rienda más próxima y tiró suavemente para frenar al tiro. Entonces, abrió con brusquedad la puerta del vehículo, expulsó a los pasajeros —que gritaban asustados— y metió a Dan dentro. Tras cerrar la puerta de golpe, trepó de un salto al asiento del conductor.

Sacudió las riendas sobre el lomo de los caballos, y los asustados animales se lanzaron al galope.

Danilo se arrastró por la ventana hasta el pescante.

—No creas que no te lo agradezco, pero...

—Ni una palabra más —le interrumpió el elfo, mientras guiaba a los caballos en una curva muy cerrada—. Si quieres atrapar a esos hombres, éste es el único modo de hacerlo sin desangrarte.

Danilo reflexionó e hizo un breve gesto de asentimiento. No hubo tiempo para más porque el vehículo volvió a escorarse en una curva hasta el extremo de ponerse sobre dos ruedas. El humano tuvo que sujetarse al borde del asiento y apuntalar las botas contra el reposapiés para no resbalar y dar con los huesos en los adoquines.

—Sujétate —le avisó Elaith con bastante retraso.

El vehículo avanzaba a toda velocidad por las calles, inclinándose peligrosamente ora a un lado ora al otro, con gran estrépito. El elfo no perdía de vista al jinete más atrasado, lo cual no era nada fácil, aunque la desesperada huida del hombre les despejaba ya las calles.

Elaith lo siguió por un callejón que describía curvas y meandros como una serpiente. El carruaje se inclinó, pero no volcó. Tan estrecha era la calleja que saltaron chispas cuando las ruedas rozaron los muros, chispas que luego llovieron sobre ellos cuando el borde superior del coche arañó el muro del otro lado.

Emergieron en un patio atestado de gente. Tres toneles rodaron hacia ellos; uno se hizo añicos bajo los cascos de los caballos, y el aroma de hidromiel perfumó el aire. Los pollos huían despavoridos, graznando en estúpida indignación. Algunos comerciantes aguantaron en sus puestos, gritando imprecaciones y lanzándoles mercancías volcadas y echadas a perder.

Instintivamente, Elaith buscó un cuchillo para arrojarlo a uno de ellos, pero Danilo lo detuvo cuando ya estaba a punto de lanzarlo.

—Escucha —dijo en tono adusto.

Por encima del jaleo, resonaba el característico sonido ascendente y descendente del cuerno de la guardia. Elaith soltó una maldición y tiró de las riendas hacia la

izquierda para obligar a los caballos a virar hacia una calle lateral. Cuatro hombres vestidos con cota de escamas verde y negra se dispusieron en hileras al final de la calle.

—La guardia. ¡El castigo por atacar a sus miembros es muy severo! —advirtió al elfo.

—En ese caso, esperemos que tengan el buen sentido de quitarse de en medio.

Dicho esto se inclinó hacia delante y sacudió las riendas sobre el lomo de los caballos para azuzarlos. Parte de su determinación, se transmitió a los animales, pues los consentidos caballos echaron hacia atrás las orejas, bajaron la cabeza y cargaron.

En el último instante, los guardias se apartaron de un salto. El vehículo pasó entre ellos a toda velocidad y giró a la derecha con chirrido de ruedas acompañado por un delirante coro de resoplidos y relinchos; un grito equino digno del caballo de batalla de un paladín.

—Al menos, alguien se está divirtiendo —comentó Danilo.

Miró hacia atrás con preocupación y suspiró, aliviado, al comprobar que los cuatro guardias se levantaban.

Una sombra pasó veloz por encima de ellos y describió un círculo en la calzada.

—Un grifo —anunció.

Elaith maldijo y tiró de las riendas, pero los caballos estaban disfrutando de su recién conquistada libertad y no respondieron a tiempo.

El viento los azotó cuando las enormes alas del grifo batieron el aire. Un impresionante cuerpo de león giró en vuelo y aterrizó agazapado, listo para saltar. Abría y cerraba rápidamente el pico de águila en contrapunto al amenazador gruñido felino que le nacía de lo más profundo de su garganta cubierta por plumas.

Los caballos se asustaron, se encabritaron y relincharon, aterrorizados. El vehículo se inclinó, arrojando a sus ocupantes al suelo. Elaith se puso de pie inmediatamente y adoptó una posición de ataque, aunque sin desenvainar ninguna arma. Desde donde estaba, tumbado sobre los adoquines, Danilo aplaudió su buen sentido. Al menos una veintena de guardias y una docena de soldados los rodearon blandiendo espadas.

Elaith lanzó una torva mirada a Danilo.

—¿Estás muerto? —le preguntó con aspereza.

Mientras se levantaba con gran dificultad, tuvo tiempo para decidirlo.

—No del todo —dijo al fin.

—Perfecto. Así tendré la satisfacción de matarte yo mismo.

La puerta de la celda se cerró con ruido metálico. Elaith fulminó con la mirada a su compañero de celda. Durante todo el camino hasta el castillo, Danilo había guardado un silencio insólito en él. Una vez encerrado, se desplomó sobre el estrecho

catre. El elfo notó que se sostenía cuidadosamente un codo con la otra mano.

—¿Se te ha descoyuntado el hombro?

—Creo que sí —admitió Danilo—, aunque no es fácil saberlo. Me duele todo y cuesta aislar una cosa de otra.

—Hay un modo infalible de averiguarlo.

Elaith lo cogió por la muñeca y tiró con fuerza.

Danilo soltó un sobresaltado juramento y luego giró el hombro con mucha cautela.

—Ha funcionado —anunció, sorprendido—. Pero ¿no existe un método más suave?

—Pues claro, pero estoy demasiado enfadado. Tienes que curarte ese corte en el brazo. Si quieres, puedo cosértelo.

—¿Con qué? ¿Con un anzuelo? No, gracias. Esperaré al sanador. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Por qué me seguiste?

Elaith pensó muy bien la respuesta. Las esferas de sueños estaban ya en la calle y se vendían a aquellos que probablemente poseían conocimientos que podrían ayudar al elfo en su venganza. Había captado el sueño de uno de esos hombres: un mercenario que albergaba un oscuro deseo de infligir dolor a los habitantes más acaudalados y privilegiados de la ciudad. Elaith había visto la imagen mental de la víctima. Pese a sus acciones pasadas y también presentes, no podía permitir que alguien a quien había denominado «amigo de los elfos» sufriera ese destino.

Tampoco podía permitirse darle esa explicación.

—¿Por qué me seguiste? —insistió Danilo.

—¿Curiosidad morbosa? —sugirió el elfo.

—Muy divertido —comentó Danilo secamente—. ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Fue fácil. Teniendo en cuenta que Regnet Amcathra y tú sois viejos amigos, supuse que irías a verlo enseguida.

Dan suspiró y se hundió más en el camastro.

—Ya no estoy tan seguro de nuestra amistad. ¿Es casualidad que me atacaran justo al salir de su casa, después de que le echara en cara su posible participación en la muerte de Lilly? No quiero pensar mal de Regnet, pero ya no sé en quién confiar.

Elaith se quedó en silencio.

—Vi salir a Myrna Cassalanter —dijo por fin—. Parecía furiosa y es una mujer de recursos.

—La verdad es que nos amenazó a Regnet y a mí. Es posible que fuese ella quien me enviase a esos matones, aunque hasta el momento Myrna se ha limitado a asesinar reputaciones.

—¿Quién sabe? Quizá su objetivo era tu reputación, pero resultó que el blanco

era tan pequeño que falló —insinuó Elaith en tono de broma.

—¿Ése es el modo de hablar a un amigo de los elfos? —replicó Danilo irónicamente.

Elaith pensó en la Mhaorkiira Hadryad. Aunque estaba muy bien escondida, casi sentía su calor, así como su persuasiva magia perversa. Elaith respondió desde el corazón.

—Hago lo que puedo.

En opinión de Arilyn, había pasado mucho más tiempo en compañía de la nobleza comerciante de Aguas Profundas de lo que ninguna persona en su sano juicio podría soportar. No obstante, allí estaba, frente a la verja ennegrecida por la magia de la mansión Eltorchul.

Existía una conexión entre Isabeau y el robo de las esferas de sueños, si bien Arilyn ignoraba cuál era exactamente. La misma Isabeau había admitido que había tenido una relación con Oth. Errya Eltorchul había dejado caer que su hermano había hecho ciertos negocios con Elaith Craulnober. Tal vez diría algo más que le diera la clave para comenzar a ordenar las piezas del rompecabezas.

No obstante, lady Errya no recibía visitas. El criado la miró con evidente desdén cuando Arilyn admitió que no poseía tarjeta de visita. A continuación, revisó lentamente el registro de invitados, alzando la vista de vez en cuando como para subrayar que la semielfa no se incluía entre las personas a las que la familia esperaba o deseaba recibir.

Tras varios minutos de esa guisa, a Arilyn se le acabó la paciencia, apartó al sirviente de un empujón y recorrió los pasillos en busca de la dama. El criado le pisaba los talones y le imploraba frenéticamente que entrara en razón.

—Eso es todo, Orwell —dijo una fría voz femenina—. Ya me encargo yo.

El criado hizo una profunda reverencia y se escabulló, feliz de librarse de la responsabilidad. Ambas mujeres se quedaron mirando una a la otra en silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó Errya Eltorchul al fin.

—Información.

La noble hizo un pequeño gesto de desdén.

—¿No tienes ningún sentido de la propiedad? ¿A quién se le ocurre irrumpir de este modo para interrogar a una familia que está de luto?

—Bueno, eso me viene de perlas para mi primera pregunta: ¿por qué nadie se ha enterado de la muerte de Oth?

—Eso no es asunto tuyo —le espetó Errya.

—Las criaturas que mataron a Oth me han seguido y atacado. Así pues, creo que sí es asunto mío. —Recordó las palabras de Errya sobre la muerte de la primera lady Dezlentyr y añadió—: Y tampoco soy la primera persona de sangre elfa que ha sido

atacada.

Una sonrisa fría y taimada apareció en la bella faz de la noble dama.

—Perdona si no me echo a llorar.

—¿Por qué?

—Nada bueno resulta de mezclarse con elfos. ¡Tú eres la prueba de ello!

Arilyn hizo caso omiso del insulto.

—No obstante, tu hermano tenía negocios con Elaith Craulnober.

—¿Ah, sí? —Errya desvió la mirada.

—Eso dijiste tú cuando vinimos a informar de su muerte. Me gustaría saber más.

Errya sacudió la cabeza, con lo que sus tirabuzones rojo fuego revolotearon, indignados.

—Pues pregúntaselo a él. Al elfo, claro, no a Oth —agregó apresuradamente.

A Arilyn le pareció un comentario más bien extraño.

—Sí, tal vez lo haga —replicó.

Nuevamente la noble dama esbozó una taimada sonrisa.

—Si te das prisa, lo encontrarás en el castillo. Y a Danilo también, por cierto.

—¿El castillo? —repitió Arilyn sin comprender adónde quería ir a parar Errya.

El castillo de Aguas Profundas era un enorme edificio que alojaba a los vigilantes de la ciudad, el cuartel principal de la guardia, así como sus barracones, la armería, despachos para los administradores urbanos y otras dependencias para toda una serie de funciones prácticas, entre las que se incluía...

—La cárcel —concluyó en voz alta, comprendiendo la chispa de perverso placer en los ojos verdes de Errya.

Una sensación de enfado y frustración se apoderó de la semielfa al darse cuenta de que Danilo había desoído su advertencia de mantenerse lejos del traicionero elfo.

—¿Ambos, Elaith y Danilo? Puesto que sabes tanto, por qué no me cuentas qué ha pasado.

—¿Acaso no me he expresado con suficiente claridad? —contestó la dama con falsa dulzura—. Eso es lo que pasa por asociarse con la gente equivocada. Ahora, si me disculpas, creo que esta entrevista ya ha durado demasiado. No tengo ningún interés en tentar a la caprichosa Beshaba —dijo refiriéndose a la diosa de la mala suerte.

Desde luego, a Arilyn no se le escapó la hostilidad de la mujer, aunque su atención estaba puesta en el contenido de su bolsa. Mientras salía de la mansión Eltorchul iba calculando mentalmente las monedas para comprobar si tenía suficiente para pagar por los daños y perjuicios de los dos arrestados. ¡De no ser así, tenía muy claro a quién iba a dejar que languidciera en la celda!

Al final, resultó que no fue necesario hacer esa elección. Elaith apenas había

permanecido encerrado en el castillo una hora, aunque, pese a los ruegos de Danilo y sus intentos de persuasión, se había negado en redondo a informar a Monroe —su mayordomo— de la situación en la que se encontraba.

—Aquí estarás mucho más seguro —fue todo lo que el elfo le dijo.

A juzgar por la severa expresión que se pintaba en el rostro de Arilyn, Danilo se sintió inclinado a darle la razón. La semielfa avanzaba a un paso tan rápido que Danilo apenas podía seguirla.

—Considéralo una nueva experiencia —sugirió el joven bardo—. ¿Cuántas veces has tenido que pagar la fianza a alguien encerrado en las celdas del castillo?

—Demasiadas —masculló Arilyn—. No obstante, te voy a dar la oportunidad de devolverme el favor. Myrna Cassalanter no saca a la luz lo mejor de mí. Casi espero que se atreva a atacarme con un atizador.

Danilo se rió entre dientes y enlazó a la semielfa por la cintura. Siguieron abrazados hasta llegar a la mansión de Myrna.

La doncella los invitó a pasar y dejó caer la bandeja al mismo tiempo que lanzaba un grito. Su ama estaba de rodillas en el suelo y se aferraba la garganta con ambas manos. Tenía el rostro azul y, pese a sus frenéticos esfuerzos, no lograba pronunciar ni palabra.

Arilyn se sacó de la bolsa la pequeña ampolla que siempre llevaba encima para tales contingencias, la destapó con los dientes, escupió el tapón de corcho y, a continuación, cogió a Myrna por el mentón y le inclinó la cabeza hacia atrás, hasta verter el líquido en su garganta.

Lentamente, la noble comenzó a respirar con normalidad. Su tez adoptó un enfermizo tinte verdoso y corrió al lavabo.

Después de sacarlo todo, hasta quedar tan seca como el Anauroch, se secó las lágrimas que le caían a raudales. La expresión con la que miró a sus salvadores tenía muy poco de gratitud y mucho de enemistad.

—¿Ahora te dedicas a limpiar lo que tu amigo ensucia? —preguntó a Dan con un graznido.

Él y Arilyn intercambiaron una mirada de perplejidad.

—No entiendo —se defendió el joven bardo.

—Elaith me ha envenenado. ¡Estoy segura! Últimamente hemos hecho negocios juntos —admitió Myrna con una voz que se hacía más fuerte por momentos—. Algunos legales, y otros, menos. Parte de la información me la pagaba con moneda elfa —añadió

tratando de defenderse.

—¿Qué razón podría tener para querer envenenarte? —se interesó Danilo.

La mujer resopló.

—Eres un necio. No tienes ni idea de lo que ocurre a tu alrededor.

El rostro de Arilyn se ensombreció y pareció que iba a decir algo, pero Danilo la silenció con un sutil gesto de advertencia.

Las palabras de la chismosa se asemejaban demasiado a lo que él mismo pensaba, y no le gustaba. Necesitaba oír lo que la mujer tenía que decir. Se sacó una pequeña bolsa de oro y la dejó sobre la mesa.

—Sigue —dijo en tono imperturbable.

Pero, por una vez, el oro no tuvo efecto en Myrna. La mujer cogió la bolsa y se la arrojó a Danilo.

—De mil amores —replicó en tono vengativo—. Lady Cassandra hizo bien en mantenerte alejado de los negocios familiares. ¡Siempre pendiente del archimago y perdiendo el tiempo con los arpistas! ¿Qué harías tú, arpista, si supieras que los días en los que la familia Thann se dedicaba al comercio ilegal no han quedado atrás, ni mucho menos? ¿Cumplirías con tu deber? —se mofó.

—Cuidado con los rumores que repites —intervino Arilyn suavemente.

—¿Rumores? —Myrna se echó a reír desdeñosamente—. La mitad de los bardos de Aguas Profundas hablan de él como un arpista. Y en cuanto a su familia..., él me cree. ¡Lo veo en su cara!

El aludido lo admitió.

—No son sólo los Thann. El tráfico de mercancías entre Aguas Profundas y Puerto Calavera es intenso. Es obvio que alguien supervisa las operaciones, alguien que cuenta con los recursos y el poder para imponer el orden en lo que de otro modo sería un caos anárquico.

—¡Bravo! —aplaudió Myrna en son de burla—. ¡Acabas de darte cuenta de que tu clan no es todopoderoso! Desde luego que no son sólo los Thann; en total son siete familias, cada una de ellas con intereses claramente definidos, que protegen con ferocidad. No pienso nombrarlas, aunque estoy segura de que al menos adivinaréis el nombre de dos de ellas.

—¡Eltorchul! —exclamó Arilyn, viendo la muerte de Oth con otra luz.

—¿Esos vendedores de pócimas y hojalateros? ¡Ni hablar! —Myrna ladeó su encendida cabeza mientras se lo imaginaba—. Bueno, la verdad es que tampoco descarto la posibilidad. La batalla que actualmente se está librando puede abrir la puerta a nuevas caras, siempre y cuando esas caras no tengan orejas puntiagudas —agregó cruelmente.

Danilo comenzó a seguir su razonamiento.

—Elaith Craulnober posee muchos negocios en la ciudad, tanto en Aguas Profundas como en Puerto Calavera.

—¡Bravo de nuevo! Se está volviendo demasiado ambicioso y poderoso. Por ello, las familias han decidido expulsarlo.

—No obstante, tú tratas con él —apuntó Arilyn.

Myrna sonrió con coqueta timidez.

—¿Quién dice que yo no ayude a derrocarlo?

Se hizo un largo silencio. Arilyn se inclinó y recogió la ampolla vacía.

—Y pensar que he malgastado un buen antídoto...

El rostro de la dama se tornó lívido.

—Escucha bien lo que voy a decirte: no te librarás. ¿Crees que a las familias les gusta que Dan se relacione con Khelben Arunsun? ¿O con los arpistas? ¿O con una semielfa?

»Ya he dicho demasiado y, sin duda, pagaré por ello —añadió haciendo esfuerzos para calmarse—. Pero es la verdad. Si queréis mi opinión, y mucha gente de esta ciudad me la pide, ambos habéis caído en aguas profundas y bravas, y ninguno de los dos logrará alcanzar a nado la orilla.

Por un acuerdo tácito, Danilo y Arilyn buscaron la soledad del jardín elfo del joven. No hablaron hasta llegar al borde del estanque y, durante mucho tiempo, contemplaron la superficie de las aguas como si se tratara de una bola de cristal que les mostrara los pasos que debían seguir.

Danilo no estaba de humor para hablar. Aún no se había recuperado de la última revelación, que explicaba en gran parte el misterio que rodeaba los recientes acontecimientos, si bien dejaba algunas partes a oscuras.

—Myrna Cassalanter es una mujer vengativa —declaró, al fin, Arilyn.

—Eso no voy a negártelo, pero me atrevo a decir que, pese a su rencor, no mentía. ¿No estás de acuerdo?

—No del todo. Dudo de que Elaith realmente tratara de envenenarla.

Danilo la miró, sorprendido.

—¿No me digas?

—Los elfos raramente usan veneno. Por retorcidos que sean los métodos de Elaith, es un elfo.

—¿Retorcidos?

Arilyn le contó sus sospechas de que Elaith hubiera asesinado al agente de Puerto Calavera para conseguir las esferas de sueños que habían desaparecido.

—Las marcas de una espada elfa eran inconfundibles. Uno de los hombres fue disuelto. Elaith entiende de magia y posee una vasta colección de armas mágicas. Es el tipo de cosa que haría.

—Pero Myrna afirmó que Elaith le pagaba en moneda elfa.

—¿Y qué? Eso me lleva a pensar que a Elaith le están tendiendo una trampa. No es tan estúpido.

—No, no lo es, y por eso, es tan peligroso. No creo que acepte mansamente tal tratamiento. Es posible que algunos de los recientes sucesos sean su venganza contra las familias nobles.

Ambos se quedaron pensativos. Simón Ilzimmer había sido acusado de la muerte de una cortesana. Y el cómputo de muertes no acababa ahí: Belinda Gundwynd y su enamorado elfo, Oth Eltorchul.

Y Lilly.

—Y ése es el elfo que he jurado defender —murmuró Danilo—. Una vez me pidió que demostrara su inocencia. Tengo que llegar al fondo de esto, sin importar lo que encuentre. Al menos, eso se lo debo por el honor que me otorgó.

Arilyn asintió y echó a andar hacia la verja.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Isabeau esperó hasta que Arilyn y Danilo se hubieron perdido de vista antes de subir majestuosamente la escalinata que conducía a la puerta de la mansión de Myrna.

Se comportaba como una visitante habitual de la casa.

Halló a Myrna pálida, pero inusualmente calmada. La razón, según le explicó la dama, era su nueva diversión, y mostró a Isabeau una caja de madera llena de pequeñas esferas de cristal.

Isabeau lo sabía todo sobre ellas —mucho más de lo que esa necia podía sospechar—, pero tragándose su desdén, escuchó a Myrna cantar las alabanzas de esos

objetos mágicos que le permitían vivir fantasías.

Por su parte, ella pensaba ganarse a pulso la suya.

Las esferas de sueños no eran el camino. Lo veía con una claridad meridiana. Si ya se habían introducido en los hogares de los más ricos y poderosos de Aguas Profundas, tenía pocas posibilidades de recuperar una cantidad suficiente para sacar provecho.

Había otro modo. Desde luego, tenía sus riesgos, pero Isabeau se dio cuenta de que era su única oportunidad.

Seleccionó la esfera más grande y brillante de la caja, sin que le pasara por alto la súbita mirada avariciosa y posesiva que apareció en los ojos de Myrna.

—Me encantaría probar una de estas maravillas —dijo Isabeau—. ¿Podrías elegir una para mí?

Myrna casi arrebató de manos de la visitante la potente y valiosa esfera.

—Ésta es para mi uso personal. Podéis coger cualquier otra.

—¿Qué os parece si compartimos la experiencia? —sugirió Isabeau—. Vos tenéis vuestro sueño, y yo, el mío. Sería un descanso bienvenido en la rutina diaria.

Myrna cabeceó ávidamente. Una vez que su huésped se proveyó de un sueño mágico menor, ella escogió la esfera grande.

Isabeau esperó hasta que la mujer estuvo profundamente sumida en el mágico trance para levantarse de forma silenciosa y guardarse en el bolsillo la caja con las esferas de sueños. A continuación, desabrochó cuidadosamente el collar de su anfitriona y lo añadió al botín.

Cuanto mayor y más reluciente era una esfera, tanto más largo y poderoso era el sueño. No obstante, Isabeau no corrió riesgos. Moviéndose tan silenciosa y rápidamente como un fantasma, desvalijó la sala de cualquier objeto de valor y huyó mientras Myrna seguía por completo inmersa en el trance.

Isabeau no había sido capaz de imaginarse que una visita a esa chismosa podía ser tan productiva. Gracias al dinero y las joyas que había conseguido, podría llegar fácilmente hasta la lejana Tethyr, ya fuese empleando el dinero lícitamente o con

sobornos.

Sintiéndose eufórica por el éxito, salió a todo correr de la mansión y se subió al vehículo que la esperaba. Si al cochero le sorprendió oír que pusiera rumbo a la puerta sur, no lo dijo. Con una moneda de oro, aseguraba la discreción. Si tomaba precauciones y la acompañaba la suerte, estaba convencida de llegar sana y salva a las tierras meridionales.

Isabeau se recostó en el asiento y se permitió soñar con un futuro mucho más glorioso del que podría experimentar con uno de los juguetes mágicos de Oth.

Arilyn se despertó sobresaltada y se incorporó junto a su compañero dormido. No tardó más de un segundo en volver a respirar con normalidad, pero el sueño que la había despertado la perseguía.

Echó un vistazo a la hoja de luna, envainada al lado del lecho, y comprobó que se mantenía apagada y silenciosa. En el pasado, cuando una pesadilla la despertaba, la espada solía brillar con un resplandor verde, lo cual confirmaba que el sueño era una llamada de socorro de las remotas comunidades de elfos del bosque. Pero ese sueño era distinto. Era ella quien necesitaba ayuda, y sus amigos del lejano bosque de Tethyr acudían a prestársela.

No obstante, todo indicaba que no debía confiar en ese sueño. Cinco fantasmales figuras de elfos montaban guardia en el dormitorio; habían aprovechado que la voluntad de Arilyn se había debilitado para liberarse.

De hecho, la magia de la hoja de luna era cada vez más contradictoria. Arilyn podía contar casi con que la espada hiciera justo lo contrario a lo que siempre había hecho. Los avisos ya no le llegaban, o le llegaban tarde. Y lo peor era que su comportamiento en la lucha resultaba impredecible: a veces, era demasiado rápida, y otras, ni siquiera atacaba. Si las cosas continuaban de ese modo, muy pronto ya no podría usarla en la batalla.

Un discreto golpe en la puerta despertó al hombre que dormía a su lado. Danilo se incorporó y se alisó el pelo con las manos.

—¿Qué ocurre, Monroe?

—Un mensaje para lady Arilyn —contestó el halfling detrás de la gruesa puerta.

—Entra y entrégalo.

El mayordomo entró y entregó a Arilyn un mensaje con el sello de la guardia. La semielfa rompió rápidamente el sello y leyó, sorprendida.

—Un grupo de elfos del bosque pregunta por mí en la puerta sur —anunció, y en pocas palabras explicó su teoría de que la espada, alterada en su funcionamiento, había invertido la dirección de los sueños que reclamaban ayuda—. Han venido a ayudar.

—¿Y? —la urgió Danilo, viendo en sus ojos que eso no era todo.

Arilyn le sostuvo la mirada.

—Son elfos del bosque de Tethyr. Debes saber que Foxfire está entre ellos.

Danilo asimiló la nueva en silencio.

—Supongo que querrás reunirte con ellos de inmediato —fue lo único que dijo.

Era la respuesta que Arilyn había esperado oír; sin preguntas ni recelos. Eso era parte de su vida, de su deber, y Dan lo aceptaba plenamente. No preguntó qué camino seguiría una vez que la investigación que realizaban concluyera. Un día Arilyn tendría que responder a eso, pero aún no sabía cómo.

La noche transcurrió sin que Elaith llegara a una conclusión sobre si su campaña para desviar la atención de los nobles sobre su persona había sido un éxito o un fracaso.

Cierto era que la magia combinada de la Mhaorkiira y las esferas de sueños le había proporcionado importante información. Sin embargo, los rumores acerca de la existencia de las esferas de sueños circulaban con mucha rapidez, con excesiva rapidez, y los poderes de la ley y el orden comenzaban a fijarse.

Ese mismo día, tres de sus vendedores de esferas de sueños habían sido arrestados. Los magos de Aguas Profundas estaban furiosos ante ese empleo de la magia para fines disolutos, y Elaith sabía que trataban de seguir las esferas hasta su origen con medios mágicos.

Se preguntó adónde conduciría esa investigación. Dada la distorsión de la magia que habían causado las esferas de sueños, podría llevarlos a casi cualquier parte. Tal vez Elaith no podía compararse con Oth Eltorchul en lo que a manipular la magia se refería, pero sabía lo suficiente como para asegurarse de que nadie pudiera relacionarlo directamente con la venta de las esferas de sueños.

Desde luego a nadie se le ocurriría buscarlo allí. El Foso de los Monstruos era uno de los secretos mejor guardados del distrito de los muelles.

A través de un cristal que funcionaba como espejo por un lado y como ventana por otro, el elfo observó ese establecimiento de su propiedad con una mezcla de asco y satisfacción. Los locales dedicados a las luchas de gladiadores eran ilegales en Aguas Profundas, pero ése en concreto era muy popular. Era un establecimiento subterráneo situado varios metros por debajo de una forja y de una escandalosa taberna. Por el día, el repiqueteo de los martillos que batían el metal, el silbido de los fuelles, así como los ásperos gritos de los herreros y sus casi constantes canciones, ahogaban por completo el ruido de las luchas y los vítores de los espectadores. Por la noche, esa función la cumplía la taberna.

El Foso de los Monstruos era una caverna redonda y de grandes dimensiones, que había sido excavada en el esquisto. Las paredes estaban revestidas de madera para impedir que los clientes arrancaran fragmentos de roca para arrojárselos a los combatientes.

Como de costumbre, la caverna estaba atestada de una multitud indisciplinada, que se emborrachaba con potentes licores y disfrutaba de una variedad de diversiones que no estaban disponibles en el mercado. El humo procedente de las pipas formaba una densa nube azulada. En su mayor parte, los clientes contemplaban la lucha gritando y agitando los puños, aunque unos pocos se perdían en las habitaciones traseras en las que se realizaban apuestas privadas o se jugaba.

Esa noche las apuestas oscilaban, pues pocos clientes eran capaces de valorar las capacidades de los extraños monstruos que se enfrentaban. Era un duelo ciertamente inusual. Al elfo le había costado mucho esfuerzo y dinero conseguirlo.

El mayor de los luchadores era un fomoriano: una insólita raza de monstruos que se caracterizaban porque no existían dos iguales. Ese, en concreto, era un macho enorme con cuatro musculosos brazos y un vasto torso, que iba menguando hasta dar paso a dos patas cortas y arqueadas. Pese a tan raquíuticos apéndices, el fomoriano medía casi dos metros. Tenía una cara deforme, dominada por un enorme ojo, que por un lado caía exageradamente hacia la mejilla. Más que nariz tenía hocico de oso, y el segundo ojo era pequeño, rojo y astuto.

Se enfrentaba a un yuan-ti, una criatura semejante a una serpiente, pero con la cabeza y los brazos de un hombre. En esos momentos, el hombre serpiente llevaba las de ganar; se había enrollado alrededor del fomoriano y apretaba con tanta fuerza que al bruto se le salían los ojos de las órbitas. No obstante, seguía luchando y, con dos de sus manos, trataba de estrangular a la serpiente, mientras que con las otras dos intentaba desesperadamente librarse de los apéndices que lo estrujaban.

Los rostros de ambos monstruos mostraban un parecido inquietante, pues ambos poseían una boca tan grande como la de un sapo. Sus feroces muecas dejaban al descubierto los colmillos, y agitaban desesperadamente la lengua, tratando ambos de respirar. «Es un espectáculo nauseabundo —se dijo Elaith—, pero muy provechoso para mí.» El sonido del cuerno de la guardia, que resonó por encima del barullo, puso fin a las cavilaciones del elfo. Tres patrullas —doce soldados en total— descendieron con estrépito por la escalera de madera. Elaith descubrió, consternado, que se dirigían directamente a los magos que flanqueaban la caverna y cuya magia impedía que los monstruos abandonaran el cuadrilátero.

—Estúpidos —murmuró.

En el caos que se desató a continuación, el yuan-ti inmediatamente soltó al rival y huyó arrastrándose por el suelo hasta meterse en el agujero que conducía a su cubil. El fomoriano rugió y embistió con la furia de una bestia enjaulada que va a recuperar su libertad. Tres guardias corrieron para contenerlo. El monstruo resistió, levantó en vilo fácilmente a dos de ellos y luego los lanzó por los aires. El tercero fue barrido por la batalla campal que se desató en la caverna.

Los desiguales ojos del fomoriano recorrieron la multitud en busca de Elaith, el

elfo que lo había capturado y lo mantenía preso. Arremetió contra el espejo y lo destrozó, golpeándolo con tres puños. En sus ojos deformes brilló una mirada de deleite al descubrir a Elaith. Retrocedió unos pasos y se lanzó a la carga.

Su avance quedó frenado por una centelleante espada elfa. Elaith observó con perplejidad cómo Arilyn cortaba el paso al fomoriano.

—Si tienes un arma, te aconsejo que la empuñes —dijo la semielfa al monstruoso ser.

—No lo dirás en serio. —Elaith no daba crédito.

—No pienso matar a una criatura desarmada —declaró Arilyn severamente—.

Dale tu espada.

Elaith dudaba, pero el fomoriano zanjó el asunto arrancando un arma —y de paso el brazo de quien la empuñaba— de un cliente que había por allí. Arilyn alzó la hoja elfa en gesto de desafío. El fomoriano arremetió pensando únicamente en acabar con el elfo situado detrás de esa nueva rival. Pero Arilyn no le permitió llegar hasta él. Durante varios minutos, lucharon. Dos miembros de la guardia se apercibieron del duelo y comenzaron a acercarse a ambos combatientes. Uno de ellos se detuvo, atónito.

—Abandono —dijo—. Mi contrato no decía nada de esto. —El hombre dio media vuelta y se encaminó a la escalera.

Elaith siguió la dirección de su mirada y lanzó un ahogado grito de sorpresa. Una elfa alta y delgada había aparecido al borde del cuadrilátero. Empuñaba una espada translúcida, y su fantasmagórico rostro desafiaba a cualquiera a osar interferir en el duelo que se libraba. Muchos de los clientes lo tomaron por un espíritu vengativo y corrieron hacia las salidas.

Por el contrario, Elaith se quedó paralizado. Sabía quién era esa elfa. Era, o había sido, Thassitalia, una guerrera a la que conoció en Siempre Unidos. Era la poseedora de una hoja de luna que legó a Amnestria —la testaruda y audaz princesa que Elaith amaba—, y ésta, a su vez, se la había dejado a Arilyn, su hija. Pero eso había ocurrido mucho tiempo atrás. ¿Qué hacía allí Thassitalia? ¿Iba a ayudarlo o a castigarlo por sus muchas fechorías? ¿O pensaba reclamar la Mhaorkiira y destruir al elfo que osaba poseerla?

Antes de llegar a una conclusión, la fantasmal elfa desapareció. Arilyn acabó el duelo y corrió junto a Elaith.

—¿Cómo se sale de aquí? —le preguntó.

Ese regreso a cuestiones prácticas tranquilizó al villano. Con las dagas, Elaith se fue abriendo paso entre la muchedumbre, hasta llegar a una recámara trasera. Allí, el elfo apartó una pequeña alfombra y abrió la trampilla que se ocultaba debajo.

Ambos se introdujeron en el agujero y huyeron en silencio por los túneles.

Cuando finalmente hicieron un alto para recuperar el aliento, Arilyn no se anduvo

por las ramas.

—¿Qué tienes tú que ver con las esferas de sueños?

Ya fuera por la aparición de Thassitalia o porque Arilyn había alzado la hoja de luna en su defensa, Elaith fue sincero. Además, sospechaba que Arilyn ya lo sabía.

—Las tengo yo —admitió—. Se me presentó la oportunidad y la aproveché. En cierto modo, fue un acto en defensa propia: las estoy utilizando para enfrentar a mis enemigos entre sí.

—¿Eres consciente de lo que has hecho?

—Tal vez las cosas se me han ido un poco de las manos.

Hacía muchos años que Elaith no se sentía tan vulnerable y franco mientras describía algunos de los sueños verdaderamente desagradables que habían llegado hasta él a través de las esferas mágicas.

—Ni siquiera sé de dónde provienen algunos de ellos.

Arilyn reflexionó sobre ello y, de pronto, tuvo una sospecha.

—Déjame ver la Mhaorkiira —le pidió.

En vista de que el elfo vacilaba, Arilyn desenvainó la espada, la arrojó a un lado y, a continuación, hizo lo mismo con el cuchillo que escondía en una bota, así como con el de caza que le pendía del cinto.

—Estoy desarmada —anunció—. Podrás recuperarla fácilmente.

—No es eso lo que me preocupa.

—Sé qué te preocupa. Aunque lo que creo no sea cierto, no me corromperé sólo por tocarla —replicó ella secamente.

Con una expresión de desconcierto, el elfo se sacó el rubí de un bolsillo de la chaqueta y se lo tendió.

Arilyn estudió cuidadosamente la gema desde todos los ángulos y pasó los dedos sobre las relucientes caras. Era una gema preciosa, de un rojo intenso y perfectamente tallada. Incluso ella percibió que transmitía una vibración mágica. Pero al mismo tiempo supo que no se trataba de la gema oscura de la que hablaba la leyenda.

—¿Cuánto pagaste por ella? —preguntó.

—Seiscientas piezas de oro —contestó Elaith, sobresaltado—. ¿Por qué?

—Bastante cara para tratarse de un simple cristal.

El elfo la miró como si no supiera si sentirse confundido o indignado.

—Explícate —exigió fríamente.

—Sigues vivo —declaró la semielfa con una débil sonrisa gélida—. Sabes qué soy, o mejor dicho, qué fui. Hay suficiente ira en mi interior para que la Mhaorkiira tuviera dónde afianzarse. Cualquier excusa me bastaría para matarte.

»Y sobre todo, Danilo sigue vivo. Incluso lo ayudaste. Dudo de que lo hubieras hecho de haber estado bajo la influencia de la gema oscura.

Cuando respondió, la sonrisa de Elaith fue amarga.

—No conoces toda la leyenda, princesa. Si hay una semilla de maldad, la gema oscura la hace crecer, mientras que aquellas personas que ya están más allá de toda redención la pueden manejar con impunidad. Sigo teniendo la mente clara y soy capaz de tomar decisiones a mi antojo. ¿Qué dice eso de mí?

Arilyn jamás había contemplado tal vacío en unos ojos vivos ni tampoco tal desesperación. Pero todo ello la reafirmó.

—Es una falsificación —insistió—. Condúceme al perista que te la vendió y te lo demostraré.

El elfo accedió y la condujo a una tienda del distrito del castillo. Arilyn se aproximó, muy decidida, al hombre con un solo ojo y dejó la gema sobre el mostrador.

—¿Tú vendiste esto?

La mirada del hombre voló de Arilyn a Elaith, como si pidiera permiso para hablar. El elfo hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. ¿Por qué?

—Es una falsificación. Un cristal.

El perista se irguió cuan alto era, indignado.

—Soy un experto en piedras preciosas. Es un rubí. Me jugaría la vida.

—Mala elección de palabras, teniendo en cuenta con quién estás tratando —interpuso Elaith con afabilidad—. Convénceme.

El perista tomó la gema y una lupa para estudiarla. Casi inmediatamente, su confianza se desvaneció y alzó una mirada de horror hacia los clientes.

—Éste no es el rubí que os vendí.

—Te aseguro que es el mismo.

Arilyn comenzó a comprender qué había ocurrido.

—¿Alguien más examinó la gema?

—Dos o tres personas. Recuerdo a una en particular: una joven vestida con lujo y muy altanera. Tenía ojos verdes y el pelo de un rojo brillante.

La semielfa le arrebató la piedra y agarró a Elaith por un brazo. Antes de que el elfo pudiera protestar, lo sacó a empujones de la tienda.

—Errya Eltorchul —anunció lacónicamente—. Tenemos que hablar con ella.

Elaith asintió y comenzó a ascender por los peldaños excavados en el grueso muro de piedra de la tienda de un zapatero. La semielfa se dio cuenta de qué pretendía y lo siguió. Fueron avanzando por los tejados hacia la mansión Eltorchul siguiendo una ruta secreta sólo conocida por aquellos que se movían en las sombras.

A Arilyn no le costó ningún esfuerzo seguir el rápido ritmo que imponía el elfo.

Sin hablar, rodearon los tejados alrededor de la villa Eltorchul hasta localizar a Errya.

Estaba en el jardín. Ambos saltaron desde el muro y aterrizaron uno a cada lado

para impedirle la huida. Elaith la apuntó con una varita. Una esfera reluciente voló hacia ella, le rodeó la cabeza y los hombros, e interrumpió bruscamente su chillido. Quiso echar a correr, pero la semielfa la sujetó y la obligó a sentarse de nuevo en el banco.

Pero la atención de Arilyn estaba en otra parte. Un gato de aspecto familiar había saltado del regazo de Errya y se había agazapado a unos metros de distancia. Era un gato atigrado, que movía la cola gris agitadamente, aunque sus ojos reflejaban una expresión de ira que no tenía nada de felina.

Era el mismo gato que Errya tenía en brazos el día en que Danilo y ella habían ido a informar de la muerte de Oth. Y era el gato que Arilyn había visto en el dormitorio que Isabeau ocupaba en la finca campestre de los Eltorchul.

En definitiva, era un gato muy viajero, si es que realmente era un gato.

Arilyn se lanzó hacia él con los brazos extendidos para atraparlo. La criatura se desvaneció en un estallido de acre humo azul.

—¡Por los Nueve Infiernos! ¿Qué ha sido eso? —exclamó Elaith.

Arilyn bajó la vista hacia la noble y vio confirmadas sus sospechas en su mirada, mezcla de pánico y furia.

—Eso —dijo enfáticamente— era Oth Eltorchul.

—Todo encaja —dijo Danilo, pensativo, cuando se lo explicaron—. ¿Él anillo que viste a Isabeau en la finca de los Eltorchul era como el que encontramos en la mano cercenada?

—No se me había ocurrido, pero ahora que lo mencionas es cierto que ese anillo se me antojó familiar. Era de oro y tenía una gema rosa.

—Apuesto a que el anillo que encontramos era una mera ilusión. Y la mano también, sin duda. —Danilo comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Recuerdas en qué estado hallamos el estudio de Oth? Mesas volcadas, suelo lleno de piezas de loza rotas e ingredientes de hechizos muy comunes, aunque los estantes, que estaban atestados de valiosas ampollas, pergaminos y cajas, no se habían ni tocado.

—No es extraño que la familia Eltorchul mantuviera en secreto la muerte de Oth —dijo la semielfa—. Pero ¿qué razón podría tener él para fingir su muerte?

—Yo puedo responder a eso —intervino Elaith—. La mayor parte ya lo sabéis gracias a esa bocazas de Myrna Cassalanter. La importación y exportación ilegal que entra y sale de esta ciudad están sujetas a un estricto control secreto. Durante muchos años, me he dedicado a levantar un imperio propio. —Sonrió apenas—. Supongo que debería halagarme el hecho de que me consideren una amenaza. Las siete familias me han enviado advertencias, unas sutiles y otras menos.

—Por ejemplo, el ataque tren en la mansión Thann —apuntó Arilyn.

—Ésa fue muy poco sutil —repuso el elfo secamente—. No te inquietes, lord Thann, no fue organizada por tu familia. Naturalmente quien lo preparó esperaba que yo culpara a los Thann y tratara de vengarme. Ello hubiera dado a la familia Thann motivos para unirse a los demás en sus intentos por derrocarme.

—Así pues, ¿lady Cassandra no tiene nada que ver en esto?

—Yo no he dicho eso. Es posible que no haya tenido más remedio que pasar a la acción.

—¿Qué tipo de acción? —preguntó Arilyn.

El elfo meditó largamente la respuesta.

—Pensaba que tenía en mis manos la Mhaorkiira. Tenía buenas razones para creerlo. Tomé medidas para asegurarme de que determinadas personas usaran las esferas de sueños para así obtener información, que luego empleaba para atacar al consorcio de las dos ciudades.

—¿Por ejemplo? —preguntó Danilo con recelo.

—Para empezar, yo no tuve nada que ver con la muerte de tu hermana.

—Fue Oth —afirmó Arilyn con convicción—. Si es capaz de adoptar la forma de un gato, ¿por qué no la de un tren? Desde luego, Isabeau tenía motivos para huir de él, pues a juzgar por lo que dice Elaith, no le robó una sola vez, sino dos.

Probablemente, Isabeau acusó a Elaith por rencor. ¿Y Belinda Gundwynd?

—Sospecho que fue Ilzimmer —dijo el elfo en tono cansino—. El camino que lleva hasta él es bastante tortuoso. En el curso de un duelo, maté a un capitán mercenario al servicio del clan Ilzimmer. El arma asesina era de los Amcathra y fue robada durante la emboscada.

Danilo lo miró sin comprender.

—¿Qué tiene eso que ver con el clan Gundwynd?

—Es de todos sabido que la familia Amcathra no forma parte del consorcio de las dos ciudades. Ésa es la razón por la cual te hablé de Regnet —admitió el elfo—. No fue más que un intento de desviar la atención. Tal como había previsto, los Ilzimmer creyeron que el arma que usé apuntaba a los Gundwynd. Después de todo, fue robada de su caravana. El hecho de que fuese empleada para matar a un soldado a sueldo de los Ilzimmer, especialmente teniendo en cuenta que era el capitán de la caravana, podría ser visto como una acusación directa. La muerte de Belinda fue un aviso.

—¿Y también los ataques contra Danilo y contra mí? ¿Qué me dices de Simón Ilzimmer?

—Eso fue cosa mía —admitió Elaith con una despiadada sonrisa y sin el menor indicio de remordimiento—. La cortesana era empleada mía y se estaba consumiendo por una enfermedad de los pulmones. Unas pocas ilusiones, unas pocas monedas bien gastadas..., y muchos estuvieron dispuestos a jurar que vieron a Simón Ilzimmer salir de su habitación.

—No puedo decir que me caiga simpático, pero no apruebo tus métodos —protestó Danilo acaloradamente—. Dejemos de lado si Simón es inocente, en sentido general, o únicamente en ese caso concreto. ¿Y qué me dices de quienes testificaron?

Supongo que fueron elegidos para implicar a otra familia y avivar las llamas, ¿no es cierto?

Elaith hizo un gesto de asentimiento.

—Trataré de enmendar lo que sea posible. Dijiste que ese mismo día tuviste unas palabras con Simón Ilzimmer. ¿Recuerdas la hora?

—Las campanas del templo de Ilmater estaban sonando —recordó Arilyn.

—Ahí tenemos la respuesta —dijo Elaith con satisfacción—. La hora es bastante cercana. Podrás exculparlo, y ello contribuirá a las buenas relaciones entre las familias Ilzimmer y Thann. Será sencillo culpar a Oth. Sabemos que ha cometido asesinatos adoptando otras formas. ¿Por qué no afirmar que adoptó la forma física de Simón Ilzimmer?

Danilo quiso protestar, pero enseguida accedió con una inclinación de cabeza.

—Antes de poder acusar a Oth tenemos que encontrarlo. La pregunta es cómo.

—Yo veo varios caminos posibles, ninguno de ellos demasiado atractivo —dijo el elfo—. Uno es dejarlo en manos de los Señores de Aguas Profundas, aunque son

acusaciones difíciles de probar, y tal vez no sirviera para más que para intensificar la enemistad entre las familias. Otra posibilidad sería dejar que las familias solucionen este asunto solas y esperar que el derramamiento de sangre sea mínimo. Esta opción es mi preferida, excepto porque tanto tú como la princesa podríais sufrir represalias.

Danilo hizo una mueca.

—¿O?

—Podríamos entregar a Oth a las familias —sugirió el elfo con una fría y despiadada sonrisa—. Claro está que antes tendríamos que encontrarlo y atraparlo.

—No es tarea fácil encontrar a un muerto capaz de cambiar de aspecto —señaló Arilyn.

—Será más fácil de lo que imaginas. —El elfo se sacó el cristal rojo del bolsillo y lo arrojó encima de la mesa—. Oth me ha estado enviando información a través de esta piedra; cosas que quiere que sepa. Nos quiere ver a los tres muertos y trata de hacernos caer en una trampa. Se lo serviremos en bandeja de plata.

—He oído otros planes mejores, aunque sigue. Peor no puede ser —comentó Danilo secamente.

Elaith extendió un brazo y dio suaves golpecitos a la gema.

—Dentro de dos noches, se producirá un ataque masivo coordinado de los tren contra miembros de las familias Thann e Ilzimmer.

—¿Por qué haría Oth tal cosa?

—Por varias razones. Existe una rivalidad entre ambas familias que viene de lejos.

Las dos creerán que los ataques han sido propiciados por el clan rival y devolverán el golpe. Lucharán hasta que se debiliten. Más pronto o más tarde, las demás familias tendrán que intervenir para zanjar la disputa.

—¿Por qué quiere Oth crear problemas entre las familias? —se preguntó Danilo.

—Te recuerdo que los Eltorchul se están arruinando.

—No me extraña nada —dijo Arilyn—. Excavar nuevos túneles no es nada barato, ni tampoco contratar los servicios de asesinos tren.

—Ni la investigación —añadió Danilo—. Seguramente tuvo que gastarse una verdadera fortuna para desarrollar las esferas de sueños.

Elaith sacudió la cabeza.

—No fue tanto en comparación con el provecho que Oth podría sacarles si conseguía introducir a su clan en el tráfico entre las dos ciudades. A través de las esferas de sueños, podía averiguar información suficiente sobre el comercio clandestino para presentar una oferta convincente. Por suerte, su plan más ambicioso fracasó: me atrajo al comercio con las esferas de sueños con la esperanza de que me sintiera tentado a utilizarlas para mí mismo y, de ese modo, revelarles secretos que no confío a nadie. Si tenía éxito allí donde las siete familias fallaban y ponía en sus

manos mi destino, las otras familias lo recibirían en el consorcio con los brazos abiertos.

—Aún quedan algunos cabos sueltos —dijo Arilyn—. Es evidente que la nobleza de Aguas Profundas no acepta a los elfos, aunque la familia Eltorchul parece tenerles una aversión especial.

La explicación se la proporcionó Danilo.

—Oth es un hombre arrogante, y la mera idea de que algún tipo de magia esté fuera de su alcance le resulta profundamente ofensiva. Deberías haberle visto la cara en el Baile de la Gema cuando me pidió que le enseñara el canto hechizador.

—Tienes toda la razón —convino con él Elaith—. Hace algunos años, Oth trató de comprar hechizos élficos a los sacerdotes del templo del Panteón. Desde luego, le dieron calabazas.

—Sibylanthra Dezlentyr era maga —recordó Arilyn—. Es posible que también ella desairara a Oth. Tal vez para entonces Oth ya estaba trabajando con la Mhaorkiira.

Si temió que Sibylanthra hubiera adivinado cuáles eran sus intenciones, es posible que considerara necesario silenciarla.

Elaith se sobresaltó, aunque enseguida se enfureció.

—Yo diría que es muy probable.

—Sí, las piezas encajan —caviló Arilyn—. Posiblemente fue asesinada con veneno. Diloontier vende venenos y actúa de intermediario para quien quiere contratar los servicios de los tren. Está claro que Oth tiene algún contacto con el perfumista. Eso explicaría también el intento de asesinato de Myrna Cassalanter.

—No, fui yo —confesó Elaith cándidamente. Ante las incrédulas miradas de ambos se encogió de hombros—. Se lo merecía. ¿Quién creéis que ordenó el ataque contra Danilo fuera de la casa de Regnet?

Danilo se masajeó las sienes.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Supongo que sabes dónde se producirán los ataques.

—Sí. —Elaith lanzó un hondo suspiro de frustración—. Por desgracia, no cuento con hombres suficientes para contrarrestarlos. Pese a que tengo muchos empleados, no confío en ninguno de ellos cuando se trata de este asunto. La remesa de esferas de sueños que conseguí en Puerto Calavera es una miseria en comparación con las que, sin duda, posee Oth. Apostaría a que han llegado ya a manos de cualquier hombre, mujer o monstruo a los que se ha visto frecuentar mis establecimientos o recibir un pago de mí.

»Los únicos en quienes confío están en esta habitación. No conozco a nadie más.

—Yo sí —dijo Arilyn inesperadamente.

Danilo asintió lentamente, adivinando qué se proponía.

—Los elfos de Tethyr han acudido para luchar a tu lado en caso necesario. Y hay más elfos en la ciudad, a los que podríamos reclutar para la causa.

Elaith soltó un resoplido.

—Perdona que te diga que no comprendes la mentalidad elfa. En su mayor parte, los elfos de Aguas Profundas son dorados o plateados, como Arilyn y yo mismo. ¿A quién seguirán? ¿A una banda de elfos del bosque que a sus ojos no son más que una panda de salvajes a los que no conocen? ¿A una semielfa? ¿A un canalla como yo?

Todos los elfos de esta ciudad conocen mi reputación, y más de uno de ellos ha sido víctima indirecta de mis fechorías. No tienen ninguna razón para confiar en mí, especialmente si llega a sus oídos que la Mhaorkiira Hadryad está metida en esto. No, lo siento, pero los elfos de Aguas Profundas no se unirán bajo ninguno de esos estandartes.

—Tú envía a mensajeros para reunir a todos los elfos que conozcas. Del resto, me encargo yo —declaró Arilyn con determinación.

Lady Cassandra miró a su benjamín con recelo.

—¿Vienes a quemarme más libros? —preguntó.

—Vengo a avisarte, madre. Ya he desenredado la madeja y creo que deberías saber qué he averiguado.

Cassandra asintió como si no le sorprendiera en absoluto. Danilo la puso al corriente.

—Yo no ordené los ataques de los tren —dijo la dama en tono tenso y preocupado—, aunque si todo esto sale a luz nadie me creerá y la familia Thann caerá en desgracia. ¡No sé cómo podremos recuperarnos una vez que la guerra entre familias haya acabado!

—No habrá tal guerra —declaró Dan con firmeza—, al menos ninguna en la que la familia Thann esté implicada. Para variar, mantente al margen y deja que otros se ocupen. Toma precauciones para proteger a la familia, pero no digas nada a la servidumbre.

Cassandra no estaba muy conforme, pero no dijo nada.

Al cabo de un momento, Danilo abordó un tema sobre el que necesitaba tener una respuesta.

—Arilyn y yo hemos compartido la ceremonia elfa de unión de manos. Ahora estamos comprometidos. Arilyn lleva un anillo que le regalé, y pensamos casarnos.

Quiero que sepas que ella tiene mi toda mi lealtad, por delante de cualquier otra persona o cosa. Se merece eso y más.

—Eso nunca lo he dudado —murmuró la dama.

—Entonces, explícame por qué te has opuesto tanto a nuestra unión.

Por un instante, Cassandra mostró un aspecto cansado y casi frágil.

—Es posible que tú y Arilyn tengáis hijos, y es posible que esos hijos tengan aspecto de semielfos. Eso daría mucho de que hablar.

Danilo hizo un gesto de asentimiento para animarla a seguir.

—Cuando hablaste de tu herencia elfa pensé que lo sabías, pero cuando se me pasó la sorpresa inicial me di cuenta de que Khelben debía de haberte explicado una historia de un lejano antepasado elfo. El hijo de Arun era hijo de un semielfo. No obstante, hay un lazo de sangre más cercano.

»Yo nací antes de que mi padre llegara a Aguas Profundas —prosiguió tras inspirar hondo—. Mi madre murió al dar a luz; sólo mi padre la atendió en el parto.

Poco después, volvió a casarse. El Khelben cuyo nombre el archimago tomó prestado nació de esa unión, y yo siempre consideré a su madre la mía propia. Pocos saben la verdad. Y nadie que quede vivo sabe que era semielfa.

—Y te avergüenzas de ello —se asombró Danilo.

—Yo no, pero ya has visto cómo trata la nobleza a quienes son de sangre mezclada. —Cassandra señaló con un amplio gesto la cuidada mansión—. Mira qué he hecho. Cuando me casé con tu padre, el negocio de los Thann era un caos. Me he ganado con creces la posición que ahora ocupo. Nadie de mi familia, ni siquiera aquellos que poseen los dones mágicos que a mí me han sido negados, ha llegado a la nobleza. Eso es lo que tengo. Eso es lo que soy.

Pese a hablar en tono gélido, la voz le temblaba ligeramente. Danilo reflexionó con cuidado sobre lo que había oído antes de responder.

—Nada más lejos de mi intención que arrebatártelo, madre.

Pero ella sacudió la cabeza.

—Sin el negocio de las dos ciudades, todo se perderá. No hablo solamente de dinero. ¿Crees que las demás familias permitirán que los Thann sobrevivan si tratamos de abandonar la alianza?

Danilo ya había pensado en ello. Para bien o para mal, sería un secreto que jamás revelaría.

—Los Thann sobrevivirán —afirmó.

—¿Qué te propones? —preguntó Cassandra, que aún no se daba por satisfecha—.

¿Cómo piensas impedir que se tomen represalias contra nosotros una vez que se sepa que estás implicado?

—De eso, no te preocupes. Cuento con aliados que nadie podrá relacionar con esta casa noble ni con ninguna otra.

Cassandra pensó en ello y soltó una breve y amarga carcajada por lo irónico de la situación.

—Haz lo que debas hacer, hijo mío. —Vaciló antes de dirigirle una sonrisa sincera, que llevaba una gran carga de burla contra sí misma—. Agua dulce y risa fácil hasta que volvamos a encontrarnos.

La tradicional fórmula de despedida elfa tomó por sorpresa a Dan y lo dejó confuso y profundamente conmovido. No entendía a Cassandra Thann y sabía que nunca hallaría el modo de penetrar las múltiples capas y retorcidos caminos de su mente. Pero de algo estaba seguro: su madre lo había bendecido usando unas palabras que para él tenían mucho significado. Dan le tomó una mano, le besó los dedos y abandonó rápidamente la mansión familiar, a fin de prepararse para la batalla que se avecinaba.

La atmósfera que reinaba en la reunión en la Torre del Claro Verde distaba mucho de ser cordial. Danilo no tardó en darse cuenta de que, por desgracia, Elaith había juzgado correctamente a los elfos de Aguas Profundas. Algunos de ellos habían sido expulsados hacía poco de esa torre y no perdonaban a Elaith por haberlo ordenado.

Ni tampoco estaban dispuestos a seguirlo. La madre del elfo asesinado junto a Belinda Gundwynd exigió saber airadamente si Elaith había tenido algo que ver con la muerte de su hijo.

—Decidme, milord —le preguntó en amargo tono de mofa—, ¿la muerte de mi hijo fue parte de vuestra venganza contra las familias nobles?

Antes de que Elaith pudiera responder, Arilyn se adelantó. Colocó una mano sobre la hoja de luna y tomó la palabra.

—Todos sabéis qué es esto. No puede derramar sangre inocente y jamás puede ser usada para causarnos daño. Si lo que Elaith Craulnober nos pide es el camino justo y verdadero, si Elaith es merecedor de nuestra lealtad, la espada lo aceptará. Si por el contrario cae, me seguiréis a mí. ¿Estáis de acuerdo?

Había muchas caras dubitativas, pero un rumor recorrió la multitud cuando un espigado elfo se destacó de un pequeño grupo de elfos del bosque. Danilo supo enseguida quién era. Arilyn le había dicho que su amigo Foxfire era un líder guerrero, y ese elfo se movía con la gracia de un consumado luchador. Dan había visto a otros líderes que poseían esa misma fuerza tranquila e indefinible que los rodeaba como una especie de aura e inspiraba confianza en quienes tenían alrededor. Por si eso no fuera prueba suficiente, recordó la costumbre elfa de imponer nombres relacionados con las habilidades o la apariencia física. Foxfire [\[1\]](#) debía su nombre a su larga melena rojiza que tenía el lustre y el color del pelaje de un zorro. Superando sus prejuicios, tuvo que admitir que jamás había visto a un varón, fuera de la raza que fuera, más apuesto que el tal Foxfire.

Foxfire* se quitó una banda del brazo y entonces la arrojó a los pies del elfo de la luna. Era un ritual sobre el que Dan había leído. Sin duda, esa banda llevaba la insignia que definía la posición de Foxfire como líder de los guerreros.

—Yo y mi gente acataremos la decisión de la hoja de luna —declaró en un élfico musical y voz grave.

Los elfos del bosque se levantaron y se colocaron tras él. Desde luego, no sabían que la magia de la hoja de luna se mostraba inestable e incluso contradictoria.

En ese instante, Danilo comprendió qué se proponía Arilyn, y el temor se apoderó de él por completo. Como si la semielfa pudiera percibirlo, se volvió para mirarlo a los ojos. Había desaparecido toda traza de reserva; sus ojos eran fiel reflejo de su corazón, y Danilo no tuvo duda de que también los suyos expresaban lo mismo.

Tampoco dudó de que esa última mirada, supremamente sincera, podría ser el adiós silencioso de Arilyn.

La semielfa le dio la espalda y se encaró con Elaith; desenvainó la espada y la levantó en gesto de desafío.

Pálido como la cera, el elfo de la luna desenvainó su arma y le devolvió el saludo.

No había temor en su rostro, aunque era evidente que creía que le había llegado su hora.

Danilo sospechaba que Elaith deseaba la muerte. Pese a no haber obtenido de la Mhaorkiira la respuesta que tanto buscaba, la muerte por decreto de la hoja de luna zanjaría una cuestión que le obsesionaba y le negaba la paz de espíritu. El humano admiró el increíble coraje que mostraban esos dos elfos tan distintos entre sí.

Arilyn alzó la espada para descargar un poderoso mandoble. La hoja de luna descendió zumbando en el aire, pero no llegó ni a rozar a Elaith.

Se produjo un terrible estallido. Por un segundo, los horrorizados ojos de Danilo percibieron el perfil del cráneo bajo el rostro de Arilyn, así como los huesos de los brazos. Esa visión se desvaneció en un instante para dejar paso a la de la semielfa caída en el suelo. Tenía las manos chamuscadas y los ojos abiertos con la mirada fija. No obstante, no movía ni un músculo.

Antes de que Danilo pudiera reaccionar, Elaith arrojó la espada que empuñaba y se arrodilló junto a ella. Entonces, cerró la mano en un puño y comenzó a golpear con fuerza, una vez tras otra, el pecho de la semielfa. Instintivamente, Danilo quiso intervenir, pero Foxfire lo sujetó para impedirselo.

—Hace lo correcto —le dijo el líder guerrero con suavidad.

Danilo comprendió que tenía razón, hizo un gesto de asentimiento, se desasió de las manos del elfo del bosque y fue a arrodillarse al lado de su enamorada y de su amigo elfo. Durante varios segundos, tuvo que limitarse a mirar mientras Elaith seguía tratando de reanimar a la semielfa de un modo bastante brutal.

De pronto, Arilyn tomó aire al mismo tiempo que emitía un grito ahogado. Cerró los ojos mientras luchaba por sobreponerse al dolor de las quemaduras. Una vez que se hubo controlado, volvió a abrirlos y contempló los sombríos ojos elfos que la observaban.

—La espada ha hablado —dijo con voz débil y entrecortada—. Obedeced al lord elfo.

Una elfa del bosque menuda y de piel muy tostada se distinguió del grupo.

—Ve con los otros —ordenó bruscamente a Danilo—. Soy chamán y la curaré.

Con una mirada, pidió a Foxfire que la ayudara a mover a la herida. El líder guerrero sacudió la cabeza y señaló a Dan.

Danilo la cogió cuidadosamente en brazos y siguió a la chamán fuera de la habitación.

—Sabías que pasaría esto —dijo en voz baja.

Arilyn asintió una vez con gran esfuerzo y se volvió hacia Elaith. El elfo de la luna caminaba junto a Dan con los ojos fijos en Arilyn. Su inescrutable calma había desaparecido, rota por el sacrificio que su princesa había hecho por el pueblo elfo, por la familia de su enamorado humano y también por él. ¡Por él!

—No conseguiste la Mhaorkiira, pero ya tienes tu respuesta. ¿Estás satisfecho?

Una expresión de asombro apareció en el rostro de elfo.

—Todos estos años y todas las cosas que he hecho... —se maravilló—. Creía que estaba más allá de los remordimientos y también de la redención.

—A veces, lo único que diferencia un héroe de un villano es quién explica la historia —repuso Arilyn, hablando lentamente—. Pregunta a estos elfos quién soy yo y te hablarán de la hoja de luna. Pregunta a los humanos y te hablarán de una asesina. En tu caso, es igual.

—Hablas demasiado —la riñó la chamán.

Arilyn cerró los ojos.

—Debía decirlo.

Danilo la dejó al cuidado de la menuda pero temible elfa del bosque para regresar al salón. Puesto que Elaith no se mostraba dispuesto a comentar lo que acababa de suceder, decidió dejar esa conversación para más tarde y fue a hablar con Foxfire.

—Ha sido un gesto muy noble por tu parte —le dijo—. Has demostrado una excepcional amabilidad con un extraño.

El elfo del bosque le dirigió una enigmática sonrisa.

—Ya te había visto antes, una vez, en un campo de batalla cerca de mi bosque.

Arilyn invocó a todas las sombras élficas de su espada, y la tuya estaba entre ellas.

—Ya no. Ese vínculo se ha roto.

—Ha cambiado —lo corrigió Foxfire—. No se ha roto. Ella te necesita.

—¿Para qué? —se sorprendió Danilo.

—Arilyn es coraje. Nunca había conocido a una elfa que encarnara de manera tan absoluta el coraje como ella. No obstante, es semielfa y le faltan algunas cualidades. La música y la risa fácil son tan importantes para el alma elfa como la luz de la luna. Y esas cualidades las encuentra en ti. Procura dáselas y siempre tendrás en mí a un amigo.

Eran palabras sinceras, y además le proporcionaban la respuesta que Danilo había buscado con tanto ahínco. Alzó una mano en el gesto del compromiso elfo, pero Foxfire se echó a reír y le tendió una mano para saludarse como era costumbre entre los aventureros humanos. Tras darse un apretón en la muñeca, fueron a reunirse con los demás para preparar la batalla.

Arilyn y los elfos del bosque treparon a los tejados. Era muy extraño volver a estar en compañía de sus amigos del bosque, aunque también tenía la intensa sensación de que era lo correcto. El grupo de elfos superó el nuevo desafío con facilidad, avanzando por la desigual superficie de los tejados con pie firme y agilidad de ardillas.

Alcanzaron sigilosamente la mansión Thann y rodearon el lugar del que se suponía que provendrían los ataques tren: el cobertizo del jardín con la puerta falsa que conectaba con los túneles. Tomaron posiciones y aguardaron.

La noche resultaba oscura, con una luna delgada y apagada, así como una densa bruma. Cuando los tren emergieron del cobertizo, se confundieron con las sombras.

Incluso con la visión térmica, apenas eran más que una mancha fría.

«Serían invisibles para todos, excepto para los elfos —se dijo para sí la semielfa al mismo tiempo que flechaba el arco—. Oth no se lo esperaba.» A su lado, Foxfire hizo un gesto de asentimiento y alzó su arco. Al ver la señal, los seis elfos dispararon.

Las flechas volaron en picado como halcones que se lanzaran sobre sus presas, silenciosos y mortíferos. Hasta los elfos llegó un débil grito sordo, que abruptamente acabó en un gorgoteo.

—Uno menos —dijo Arilyn.

—Dos —la corrigió el elfo del bosque—. Quedan tres. ¿Los perseguimos?

—No es preciso. Escucha. —Se oyó un leve silbido mientras los tren supervivientes arrastraban a sus compañeros caídos—. Prefieren comer a los suyos antes que dejar pruebas de su presencia —le explicó.

Foxfire sacudió la cabeza, asqueado.

—De todos modos, algunos de nosotros deberíamos permanecer aquí. Tú ve con los demás.

Arilyn asintió, se despidió del elfo colocándole brevemente una mano sobre el hombro y corrió con ligereza por las azoteas hacia la residencia de la familia Ilzimmer.

De pronto, una enorme sombra apareció ante ella y saltó sobre el borde del tejado tan abruptamente que Arilyn a punto estuvo de chocar. Lo reconoció por la purulenta cicatriz que tenía sobre un ojo: era el tren que se hacía llamar Knute.

El tren se tocó la herida.

—Creo que moriré pronto. Un jefe de clan herido no dura; los otros atacan. Pero moriré llevando tu pellejo azul.

Arilyn retrocedió ágilmente y desenvainó la espada.

—Desde luego, las nuevas modas en esta ciudad están yendo demasiado lejos —comentó con gesto sombrío, acercándose al tren en círculos.

Repentinamente tiró una estocada tan rápida que obligó a la criatura a recular. Sin darle tiempo a recuperarse, ejecutó un medio giro y, a continuación, un barrido bajo.

Knute giró a su vez, protegiéndose los ligamentos de ambas corvas y desviando la espada con un golpe de su cola corta y gruesa. Aunque la hoja cortó profundamente, apenas manó sangre. Casi con indiferencia, el tren apartó el apéndice cercenado y se abalanzó hacia Arilyn, empuñando idénticos cuchillos en las garrudas manos, Arilyn paró ambos golpes, pero acusó en las manos el dolor del impacto. Si bien las plegarias de la chamán habían curado la piel chamuscada, la explosión mágica de la hoja de luna

le había causado daños internos, que probablemente arrastraría durante mucho tiempo.

La semielfa se sobrepuso con esfuerzo a una oleada de debilidad y se replegó en previsión del nuevo ataque.

Para su sorpresa, nunca llegó. El tren parecía confundido, sacaba y metía la lengua rápidamente, y su enorme testa daba sacudidas adelante y atrás, como si tratara de evaluar a toda una hueste de nuevos enemigos. Arilyn se dio cuenta de que precisamente eso trataba de hacer. Por el rabillo del ojo, vislumbró la imagen espectral de una hermosa elfa con grandes ojos azules y dorados, y el pelo del color de zafiros. La mirada que le dirigió —una mezcla de severidad vigorizante y amor— alejó de la mente de la semielfa todo pensamiento de debilidad.

—Madre —murmuró Arilyn, dando la bienvenida a esa aparición, aunque fuese una prueba más de que la magia de la hoja de luna se desmoronaba.

Retrocedió más y miró a su alrededor. Todas las sombras élficas —correspondientes a los ocho antepasados que habían empuñado la espada antes que ella— merodeaban por el tejado en actitud presta para la batalla. La mirada del tren saltaba de una sombra a otra, y agitaba la lengua en el aire para captar el olor. A los pocos minutos, la criatura comenzó a avanzar. A diferencia de los humanos, el tren no temía a los espíritus. Si no olían, no representaban un verdadero peligro para él.

Arilyn alzó la espada para ponerse en guardia. El tren arremetió con fuerza y descargó ambos cuchillos. La semielfa efectuó dos paradas consecutivas, girando la espada para eludir el ataque. Los impactos de las armas llegaron a las maltrechas manos y le causaron un dolor tan intenso que solamente veía una neblina roja.

Un tremendo peso con olor a moho se le echó encima. Por un instante, Arilyn creyó que el tren la había herido de gravedad y que perdía la conciencia. De pronto, el peso desapareció, y alguien le arrebató la hoja de luna de sus flojas manos.

Por alguna razón, ello le dio nuevas fuerzas. La visión se aclaró y vio ante ella la acongojada faz de Danilo. El tren yacía muerto a sus pies. Danilo lo había despachado con tres rápidas estocadas.

A continuación, Arilyn se fijó en sus propias manos. Danilo las sostenía entre las

suyas y le apretaba los translúcidos dedos con tanta fuerza que le causaba dolor en todo el brazo. De todos modos, aguantó, pues vio lo que él había visto cuando la miró: podía ver a través de sus propias manos casi tan claramente como podía ver la ciudad a sus pies a través de las fantasmales formas de sus antepasados.

—Ahora no —dijo Danilo, lanzando una desafiante mirada a las sombras que esperaban—. Todavía no.

Arilyn sintió cómo tiraba de ella a través del vínculo que los unía y notó que su maltratado cuerpo recibía fuerzas renovadas.

—Me estoy llenando. —Era una extraña forma de decirlo, pero justamente así se sentía.

Sus manos recuperaban el color y la solidez. Arilyn se soltó y las levantó para examinarlas. Danilo tomó una de ellas y depositó en sus dedos un breve beso agradecido. Entonces, se inclinó y recogió la espada. Vagamente, Arilyn se dio cuenta de que la hoja de luna no le causaba ningún daño, aunque no le sorprendió, pues la magia de la espada se había alterado tanto que se había vuelto contra ella y le arrebató su fuerza vital.

—Es la Mhaorkiira —dijo entendiendo por fin lo que estaba ocurriendo—. Está cerca.

Danilo se detuvo de repente y arrojó la hoja de luna a un lado.

—Tú no puedes hacer nada para combatirla. Quédate aquí o deja la espada.

Pero Arilyn no podía hacer ni una cosa ni la otra. Pasó junto a él rozándolo y se quedó de pie al borde del tejado.

—Tráela —dijo, tras lo cual se zambulló de un salto en la noche.

El corazón de Danilo dejó de latir un instante hasta que captó el suave ruido de las botas de la semielfa al aterrizar sobre el tejado situado a pocos metros por debajo.

Recogió la hoja de luna y la siguió hasta la tienda de Diloontier, donde se sumergieron en los túneles.

Era el punto de reunión de los tren supervivientes. Los elfos habían hecho un magnífico trabajo, y apenas quedaban supervivientes. Los cuerpos sin vida de tren y elfos por igual hablaban de la encarnizada batalla final que se había librado. Sólo un enorme tren se seguía enfrentando a Elaith.

—Será una victoria fácil —declaró Arilyn, muy convencida.

Danilo no estaba tan seguro. Gracias a su velocidad con la espada Elaith mantenía el cuchillo del tren a raya, pero el monstruo acercó la mano libre a una bolsa de aspecto sospechosamente familiar que le colgaba del cinto. Era una bolsa de tela del tipo que solían llevar los magos humanos en vez de la típica y truculenta bolsa de piel confeccionada con el pellejo de la víctima que llevaban los tren.

—Es Oth, me apostaría la vida —dijo en tono inquieto, pues el mago tenía la Mhaorkiira, la poderosa gema negra que robaba los recuerdos y la magia.

Arilyn lo agarró por el brazo.

—Tengo que irme —anunció con urgencia—. Elaith se está jugando la vida. No puedo ayudarlo y si me quedo me arriesgo a distraerlo.

Danilo observó la sombra élfica más cercana y lo comprendió de repente. El rostro era el de Arilyn, más bello aún si eso era posible, pero con una melena de un color azul translúcido.

—La princesa Amnestria —dijo—. Si existía algo capaz de distraer al elfo de la luna en plena lucha era la imagen de la elfa a quien había amado.

La advertencia llegó demasiado tarde. Los ambarinos ojos de Elaith se posaron en la hermosa sombra élfica y la reconoció. Una expresión de dolor y pesar le cruzó la cara. Aunque se recuperó al instante, esa breve vacilación era todo lo que el mago Eltorchul necesitaba.

El falso tren arrojó a un lado el cuchillo e hizo un rápido gesto con los gruesos dedos de ambas manos. Una explosiva ráfaga de luz carmesí brotó de sus manos de reptil y dio de lleno al elfo en el pecho. La fuerza del impacto fue tal que lo lanzó por los aires varios metros hacia atrás. Elaith se estrelló contra la pared del túnel y se deslizó al suelo.

Las escamas del tren se fundieron en carne y tejido a medida que el mago recuperaba su forma original. Oth Eltorchul, alto y de facciones correctas, sostenía en la palma de la mano un gema roja que brillaba con luz perversa.

—Moriréis —declaró el mago casi con indiferencia—, pero no antes de que me entreguéis vuestros recuerdos.

Danilo sintió, de pronto, un fuerte tirón, como si una mano de férreos dedos le apretara el corazón. Notó cómo la magia del Tejido se desplazaba a medida que las hebras que lo mantenían a él en su lugar comenzaban a romperse una a una.

Un rápido vistazo a la pálida faz de Arilyn le bastó para saber que ella experimentaba lo mismo. La kiira le estaba arrebatando su historia y su magia, aunque se manifestaba de un modo distinto: las sombras élficas comenzaron a caminar hacia el mago de pelo bermejo. Aunque se resistían a cada paso, era como si lucharan contra un fuerte viento. Asimismo, Arilyn comenzó a avanzar dificultosamente hacia la hoja de luna, luchando en un desesperado intento por detener la pervertida magia elfa y al mago que la controlaba.

Danilo reunió los últimos vestigios de fortaleza y fuerza de voluntad para volcarlos en el hechizo acusador que había aprendido para usarlo con lady Cassandra.

Tal como esperaba, el hechizo salió mal. En el aire, danzaron líneas que se arremolinaban y delgadas lenguas de fuego. Giraron en torno al mago y, finalmente, fueron absorbidas por la Mhaorkiira.

Eso distrajo a Oth, aunque sólo un momento. Las sombras élficas detuvieron su avance, indecisas. Danilo volvió a intentarlo y lanzó contra Oth el encantamiento de

la burbuja que en una ocasión sirvió para contener a un tren.

Nuevamente, el mago cambió de forma para transformarse en un erizo gigantesco.

Las púas largas y recias atravesaron la prisión mágica, haciéndola añicos. Los fragmentos volaron como gotas de lluvia que se desprenden de un árbol agitado por el viento.

De la garganta del mago brotó un aullido que subió de tono hasta convertirse en el lastimero grito de un lobo y acabó en el estridente chillido de una lechuza que caza.

Luego, fue su cuerpo, que comenzó a cambiar de una forma a otra en una avalancha de magia fuera de control. No todas las transformaciones eran uniformes. El resultado, siempre cambiante, era terrorífico. El mago se había convertido en un espejo que reflejaba los monstruos que habitaban un millar de pesadillas.

Por fin, Arilyn llegó junto a la hoja de luna y se inclinó para recogerla. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura y, sorprendentemente, la atravesaron. La semielfa bajó la cabeza en gesto de resignación. La batalla había acabado para ella. Ya no podía hacer nada más que esperar y observar como mera espectadora la increíble lucha de hechizos que libraban su amado y el enloquecido Oth. Fue el momento más duro de su vida. Por la cabeza le cruzó fugazmente el pensamiento de que era muy apropiado que fuese también el último.

Levantó una fantasmagórica mano para proteger sus sensibles ojos de la deslumbrante luz. Danilo arrojaba contra el mago Eltorchul todos los hechizos de bolas de fuego y flechas de luz que recordaba.

No, no los arrojaba contra el codicioso mago, sino contra la Mhaorkiira.

Totalmente aterrorizada, Arilyn trató de gritarle que se detuviera, que huyera.

Esos hechizos eran peligrosos en circunstancias normales, pero en presencia de la gema oscura podrían resultar letales.

Con cada ataque mágico que la Mhaorkiira absorbía, se volvía más y más brillante. De repente, estalló lanzando fragmentos y chispas de luz a todos los rincones de la caverna. Fue una explosión sin sonido, sin estruendo, sin temblor ni estremecimiento. No obstante, las fuerzas desatadas por la explosión invadieron la forma insustancial de Arilyn y la obligaron a ponerse de rodillas.

Jamás se había enfrentado a un enemigo como ése. Una vorágine silenciosa y sin existencia física, formada por recuerdos, hechizos mágicos, sueños y pesadillas, generó un remolino en la caverna. Eran los sueños y los recuerdos no de una vida, sino de centenares de vidas. Tal era su fuerza, que Arilyn tuvo la sensación que la haría pedazos.

En medio de ese silencioso aullido, oyó una voz familiar y sintió una presencia dorada asimismo familiar. Danilo también iba a la deriva, zarandeado por la fuerza mágica. Sólo podría tocarlo un instante, y luego también él desaparecería.

Arilyn sintió en su mente la mano de Dan en la suya de un modo más palpable de lo que nunca antes lo había experimentado físicamente. Reunió los últimos restos de su fuerza de voluntad para agarrarse a esa mano y transmitirle su propio tenaz coraje. Pese a la violencia de la tormenta que se desataba a su alrededor, juntos hallaron la fuerza para resistir.

Cuando por fin la tormenta carmesí se calmó, lentamente Arilyn soltó la mano de Danilo, se puso de pie y descubrió, sorprendida, que estaban a menos de veinte pasos de distancia el uno del otro.

—Mira —dijo él, señalando con la cabeza la espada elfa.

La hoja de luna emitía un suave resplandor azulado. Aunque las sombras élficas habían desaparecido, las ocho runas resplandecían con un sereno poder.

Danilo se aproximó a Elaith e indicó con un gesto a Arilyn que se acercara. Al oír el tranquilizador taconeo de sus botas en el suelo de piedra, la semielfa supo que su tiempo como sombra élfica aún no había llegado. Un rápido vistazo a Elaith le bastó para darse cuenta de que tal vez el elfo de la luna no sería tan afortunado. Había sufrido graves heridas.

El estado de Oth Eltorchul era aún peor. El mago se agazapaba en el suelo, contra una pared, y tenía una mirada tan vacua como la de un recién nacido. A sus pies yacía la Mhaorkiira Hadryad. Ya no brillaba con la luz de vida y recuerdos, sino que se había convertido en una gema normal y corriente. Arilyn la recogió y no percibió ni rastro de su maléfico poder. La kiira estaba tan vacía como el mago cuya mente había destruido.

Epílogo

Transcurrieron dos días antes de que Danilo acudiera a la mansión Thann por última vez en su vida, o eso creía él.

Le quedaba mucho por hacer antes de despedirse de la existencia que había conocido. Había devuelto el casco de Señor a Piergeiron, Primer Señor de Aguas Profundas, al que había arrancado la promesa de que su sustituto velaría especialmente por los elfos de la ciudad. A continuación, había pagado a los cuidadores de Los Brazos de Mystra la atención que deberían dedicar a Oth Eltorchul, cuya mente había quedado irremediablemente destruida junto con la Mhaorkiira. Las esferas de sueños también habían perdido su poder, pues la magia que acumulaban se había liberado en la vorágine final de la batalla de hechizos. Varias generaciones de niños y niñas jugarían a las canicas con las esferas de cristal mientras soñaban, con la inocencia de la infancia, en unos sueños que no podían alcanzarse con magia, sino con tiempo y lágrimas.

Los túneles que usaban los tren se habían sellado, y Regnet y su grupo de Hondos Hurgadores estarían una temporada entretenidos dando caza hasta el último de esos monstruos. Errya Eltorchul había desaparecido. En la mansión Eltorchul no se había hallado ninguna delicada mano ni ningún pie, aunque Danilo tenía sus sospechas. Errya había admitido tácitamente haber organizado el ataque contra Elaith. Pese a todo lo ocurrido, sería muy propio del elfo pagarle con la misma moneda.

Lo mejor de todo era que Arilyn estaba a su lado y que a partir de ese momento siempre sería así. Nuevamente, el espectro de la guerra se cernía sobre Tethyr, y ambos se habían comprometido con la causa de Haedrak, con una condición: lucharían con los elfos del bosque y para ellos. Cualquier persona de Tethyr que se alzara en armas contra cualquier miembro del pueblo elfo, incluso si esa persona era el mismo Haedrak, tendría que enfrentarse al pequeño ejército de elfos del norte que Elaith estaba formando. En caso contrario, Arilyn había sido muy clara al respecto: esa persona recibiría la visita de uno de los muchos asesinos profesionales que eran la plaga del país, y cuyos nombres la semielfa conocía perfectamente. Ante tal oferta, el aspirante a rey hizo generosas concesiones: había prometido a Elaith tierras y un título en el sur, y a Foxfire, un lugar en el nuevo orden como consejero y embajador.

—¿Y los elfos del bosque? —preguntó Danilo.

—Ya van de regreso a su hogar. Nos han invitado a que los visitemos en Árboles Altos de camino al norte.

—¿Al norte? La última vez que consulté un mapa, el bosque de Tethyr quedaba al sur de Aguas Profundas.

—Cierto, pero está al norte de Espolón de Zazes. Por la información que he conseguido, ése es el destino de Isabeau.

—¡Ah!

No era preciso decir más. La expresión sombría y resuelta de Arilyn lo decía todo.

Había vuelto a caer en su papel de asesina profesional, y esa vez, por propia voluntad.

Oth Eltorchul había recibido su castigo por la parte que había desempeñado en la muerte de Lilly, pero Arilyn consideraba a Isabeau también responsable, y se había librado. La semielfa pensaba perseguirla hasta las fastuosas ciudades de Tethyr, o hasta el Abismo, si era necesario. Danilo no lo desaprobaba.

—Elaith nos acompañará —anunció Arilyn—. Me pidió que lo librara de la promesa de no hacer daño a Isabeau, y yo lo hice. Espero que no te importe que decidiera en nombre de los dos.

—Creía que el nuevo ejército que está organizando no le dejaría ni un momento libre —se asombró Danilo.

—¿Acaso algún día Elaith estará demasiado ocupado para vengarse?

—Sí, claro. Todos necesitamos un pasatiempo y, como tú misma dijiste, lo único que diferencia a un héroe de un villano es quién explica la historia. Me parece que te has asignado a ti misma la tarea de rescribir la historia de Elaith.

Arilyn se encogió levemente de hombros en gesto de impaciencia.

—Elaith es lo que siempre ha sido. Yo no hice nada para cambiarlo.

—Discrepo —replicó Danilo suavemente—. ¿Sabes qué fue lo primero que me dijo cuando recuperó la conciencia? Me preguntó por Amnestria. Según parece, la encontró en medio de la tempestad, y ella le dio fuerza, tal como nos ocurrió a ti y a mí.

Elaith no comprendía qué había ocurrido y lo único que me preguntó fue si yo creía que volvería a verla. Yo le aseguré que sí, porque lo creo —declaró con firmeza—.

Seguramente un elfo que se preocupa por la otra vida tendrá más cuidado con lo que hace en ésta. En realidad, un elfo capaz de ponerse en manos de la Mhaorkiira para descubrir de qué está hecho posee tanto coraje y tanto ánimo como tres paladines juntos.

—Está decidido a matar a Isabeau —dijo Arilyn y volvió a encogerse de hombros—; y yo, también. Si lo hace él, muchos lo considerarán un acto malvado, pero si lo hago yo será un acto de justicia, únicamente porque yo poseo la hoja de luna que aporta su voz y su juicio a mis acciones.

—Por cierto, ¿piensas decirle que la magia de la espada elfa estaba alterada?

Arilyn lo pensó y negó con la cabeza.

—No, no lo haré. Pienso que Elaith es quien ha sido siempre, pero lo más importante es que él mismo lo crea.

—Tal vez la hoja de luna no se equivocó. Quizá Elaith no merezca empuñar la espada Craulnober, pero está perfectamente capacitado para servir al pueblo elfo de otro modo igualmente importante.

Arilyn se mostró sorprendida.

—Es posible —dijo tras pensarlo un poco.

—La verdad es que Elaith sigue siendo un canalla, un asesino capaz y despiadado —apuntó Dan.

—Tienes razón, pero veremos qué más sabe hacer.

Danilo se dio por satisfecho con eso. Juntos caminaron en silencio hacia la mansión Thann. Cuando estuvieron frente a lady Cassandra, su hijo le relató todo lo ocurrido, sin ahorrarle detalles de la batalla ni de su resultado.

—Lo esperaba —declaró la dama con resignación. Sus gélidos ojos azules se posaron en la semielfa—. Muy bien. Acepto a Arilyn en la familia sin reservas.

—No me has entendido bien, madre. En lo que a Arilyn se refiere, no hay tratos.

Tengo una deuda que pagar, y esta vez los fondos saldrán de las arcas familiares. El compromiso de amigo de los elfos es de doble dirección. Quiero que uses tu influencia para asegurarte de que el consorcio cesará en sus ataques contra Elaith o contra cualquier otro elfo de Aguas Profundas.

—¡No puedo hacer eso! —protestó Cassandra—. La familia se encuentra en una posición muy delicada; no podemos permitirnos defender a un elfo canalla.

—Insisto.

Danilo se quedó en silencio para hacer acopio de fuerza de voluntad antes de proseguir. No había sido muy agradable enterarse de que su familia controlaba gran parte del comercio clandestino de Aguas Profundas, y aún era menos agradable

contribuir a ello. No obstante, como lady Cassandra había afirmado, era el único modo de sobrevivir. Razón de más para abandonar la ciudad. Danilo no quería traicionar a los suyos ni tampoco tener nada que ver en sus tejemanejes. Una vez y nunca más.

—Piensa: el riesgo será menor de lo que parece a simple vista. Elaith cederá el control de parte de sus intereses a la familia Thann. Él será el socio en la sombra que se limita a embolsarse su participación en los beneficios.

Cassandra lo pensó unos instantes.

—Teniendo en cuenta las pérdidas que hemos sufrido recientemente, sería un arreglo de lo más oportuno. Aún tengo que revisar los detalles, pero en principio accedo.

Aunque su elección de palabras era extraña e irónica, Dan prefirió no hacer ningún comentario, al menos directo.

—En ese caso, todo arreglado. Sólo queda una pequeña cosa. —Tomó la mano de su madre y deslizó en un dedo un magnífico anillo con un único y perfecto rubí

engarzado—. Esto es, o mejor dicho era, una kiira elfa. Te pido que la lleves siempre para recordarte que ni siquiera el poder más extraordinario es eterno.

Nota

[1] *Foxfire* significa en inglés «candela», que es la flor del alcornoque y que tiene una forma característica y un tono rojizo. (N. de la T.) [Volver](#)